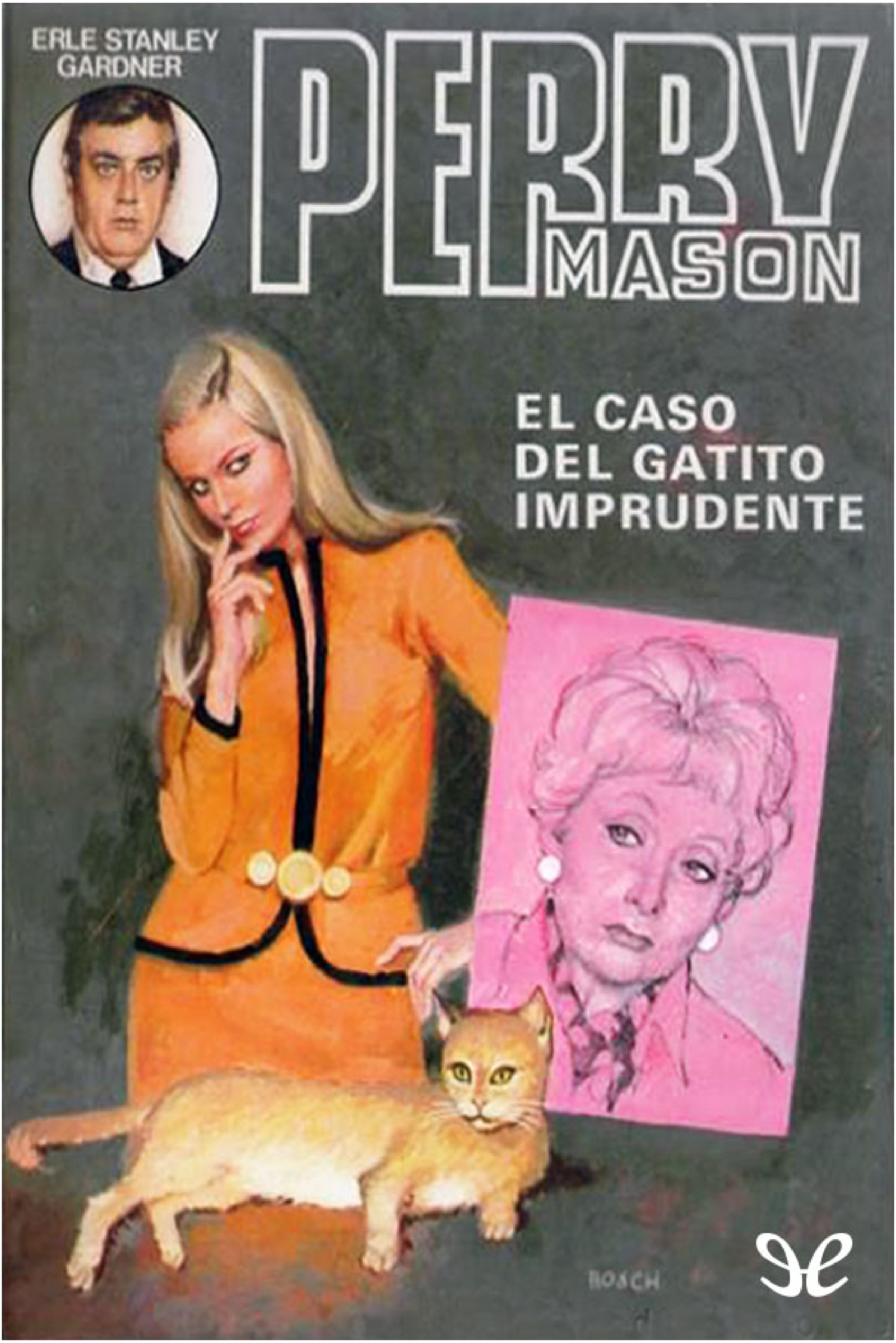

ERLE STANLEY
GARDNER
PERRY
MASON
EL CASO
DEL GATITO
IMPRUDENTE
BOSCH

Cuando está a punto de cumplirse el aniversario de la desaparición del tío Franklin, Helen, su sobrina, recibe una llamada telefónica supuestamente realizada por el desaparecido.

El ensimismamiento de Helen se rompe cuando su gato, Ojos Ambarinos, salta para alcanzar una pelota y le propina un arañazo en la muñeca. Ese mismo día, discute con la ceñuda tía Matilda a propósito de un novio, da vueltas al asunto de un testamento y el encargo de ver a Perry Mason, abogado criminalista.

Para colmo, ha de visitar al veterinario.

Erle Stanley Gardner

El caso del gatito imprudente

Perry Mason - 21

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Careless Kitten*
Erle Stanley Gardner, 1942
Traducción: Julio Vacarezza

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALBER George: Pretendiente de Helen y favorito de Matilda.
BLAKELY Doctor: Veterinario que atiende a *Ojos Ambarinos*.
BURGER Hamilton: Fiscal de distrito, eterno rival de Perry Mason.
DRAKE Paul: Propietario de la agencia de detectives de su nombre.
FRENCH Rodney: Colaborador de negocios con Gerald Shore.
KENDAL Helen: Joven y bonita sobrina de los Shore.
KOMO: Enigmático sirviente oriental de Matilda.
LEECH Henry: Plomero, interesado en el negocio de minas.
LUNK Thomas: Jardinero de Matilda Shore.
MASON Perry: Nuestro siempre invencible abogado.
OJOS AMBARINOS: El gato imprudente; un minino muy gracioso…
ROSLLYN Doctor: Médico que atiende a Templar de sus heridas.
SHORE Gerald: Hermano de Franklin.
SHORE Franklin: Banquero, esposo de Matilda, desaparecido años atrás.
SHORE Matilda: Tía de Helen, cuyo marido ha desaparecido.
STREET Della: La joven y despierta secretaria de Mason.
TEMPLAR Jerry: Novio de Helen.
TRAGG Teniente: Oficial de la Brigada de Homicidios.

Capítulo 1

Los ojos del gatito, moviéndose de un lado a otro, seguían la danza de la pelotita de papel que Helen Kendal balanceaba sobre el brazo del sillón. Sus ojos amarillentos eran la causa de que hubiera sido bautizado con el nombre de *Ojos Ambarinos*.

A Helen le agradaba observarlos. Sus pupilas negras cambiaban constantemente; se empequeñecían hasta convertirse en dos siniestras líneas delgadísimas y aumentaban de tamaño hasta parecer dos opacas lagunas de ónix. Aquellos ojos negros y ámbar producían un efecto casi hipnótico sobre Helen. Después de haberlos observado unos minutos, sus pensamientos escapaban del dominio de su conciencia. En esos momentos solía olvidar el presente, la habitación en que se hallaba y la presencia del gatito; hasta llegaba a olvidar a Jerry Templar y a la excéntricamente autoritaria tía Matilda, se encontraba de súbito recordando cosas lejanas y pretéritas.

El día en que comienza este relato, su memoria había dado un salto atrás, para retornar a la época en que tenía diez años de edad. Veía sobre el tejado a otro gatito, gris y blanco. Era tanta la altura a que se encontraba que temía descender. Un hombre de elevada estatura y ojos grises y bondadosos trajo una larga escalera y, encaramado con apuro sobre su último escalón, instaba al gatito para que se acercara a su mano extendida.

¡El tío Franklin! En estos momentos, Helen le dedicaba los mismos pensamientos afectuosos que siempre tuvo para él. No eran los sentimientos que le inculcaron más tarde, enseñándole que su tío había sido el esposo que abandonó a su tía Matilda; Franklin Shore, el banquero desaparecido, como anunciaron las primeras planas de los periódicos; el hombre que renunció al éxito y a la opulencia, al poder y a la familia y a sus amigos de toda la vida,

perdiéndose de vista para siempre. Helen le recordaba ahora sólo como su tío Franklin, el que arriesgó su vida para recobrar el gatito de una niña desconsolada; le consideraba como al único padre a quien esa niñita había conocido, un padre bueno, comprensivo y cariñoso, cuyo recuerdo estaría siempre vivo en la mente de Helen, y cuyo cariño, a pesar de todas las pruebas adversas, nunca había sido puesto en duda por la joven.

Al volver a descubrir de pronto aquel cariño, Helen Kendal se sintió completamente segura de que Franklin Shore estaba muerto. Debía de estarlo. Debió de haber muerto mucho tiempo atrás, poco después de haber desaparecido. Sin duda, la había amado, pues, de otro modo, no hubiese corrido el riesgo de enviarle aquella tarjeta postal desde Florida poco tiempo después de su desaparición, justamente en la época en que tía Matilda trataba, por todos los medios, de averiguar su paradero, y cuando él debía de preocuparse aún más de que no le hallaran. No pudo haber vivido mucho después de aquello; de lo contrario, Helen habría recibido otro mensaje, pues sabía que la niña estaría ansiosa por tener más noticias suyas, y no hubiese querido defraudar sus esperanzas. Estaba muerto. Desde hacía casi diez años.

Había muerto, y Helen tenía derecho a entrar en posesión de los veinte mil dólares que su tío le dejara en su testamento. ¡Y todo ese dinero en estos momentos en que Jerry Templar se hallaba en la ciudad pasando su semana de vacaciones…!

Los pensamientos de Helen tomaron otro derrotero. El ejército había transformado a Jerry. Sus ojos tenían ahora una expresión más serena y en las líneas de su boca se notaba una sobriedad que no le había caracterizado antes. Mas el cambio sólo había dado como resultado que Helen se sintiera segura de su amor por él, y más segura de que su cariño era correspondido, a pesar del silencio del joven con respecto al asunto. Empero, Jerry no iba a casarse con ella. No lo haría, si el casamiento significaba que tía Matilda arrojara a su sobrina de la casa, condenándola a vivir de la paga del Ejército. Pero si ella dispusiera del dinero suficiente como para que Jerry pudiera estar absolutamente seguro de que, ante una eventualidad, la joven no estaría expuesta a la pobreza…

No valía la pena pensar en ello, tía Matilda no se apartaría un ápice de la línea de conducta que se trazara. No solía hacerlo

nunca, y ya se había aferrado a la creencia de que Franklin Shore estaba vivo, y decidido, con la misma obstinación, a no dar ante la justicia los pasos necesarios para declararle legalmente muerto, única forma en que podría iniciarse el proceso de testamentaría. Tía Matilda no necesitaba la parte que le correspondía por herencia. Como esposa de Franklin Shore dominaba los bienes casi tan por completo como lo podría dirigir siendo su viuda y ejecutora. Dominaba a Helen, pobre y necesitada, mucho más de lo que podía haberla dominado si la joven recibiera ese legado de veinte mil dólares.

Tía Matilda gozaba ejerciendo autoridad sobre la gente. Nunca renunciaría voluntariamente a su dominio económico sobre Helen, especialmente estando Jerry Templar en la ciudad. A tía Matilda nunca le agradó el joven, ni aprobaba el hecho de que Helen le quisiera, y el cambio que la vida militar había obrado en él parecía haber avivado aún más su antipatía. No existía la más remota posibilidad de que entregara el legado antes que terminase la licencia de Jerry. A menos que el tío Gerald…

Nuevamente cambió el curso de las reflexiones de Helen. Recordó a su tío Gerald, quien, tres días antes, le dijo que estaba dispuesto a obligar a tía Matilda a que apresurara la entrega de la herencia. El testamento de su hermano le hacía dueño de la misma cantidad que correspondía a Helen. Obligado a continuar en el ejercicio de la abogacía para poder vivir, estaba convencido de que, a su edad (sesenta y dos años), ya había esperado demasiado para obtener lo que legalmente era suyo.

—Estoy en condiciones de obligar a Matilda a que obre en seguida, y pienso hacerlo así —había dicho—. Todos estamos convencidos de que Franklin ha muerto. Hace ya tres años que se ha cumplido el plazo prescrito por la ley para la declaración judicial. Quiero que se me entregue mi legado y deseo también que tú obtengas el tuyo.

Helen recordaba que la mirada de su tío se había suavizado con una expresión de cariño al posarse en ella, y que su voz adquirió un timbre afectuoso y dulce cuando le dijo:

—Cada vez que te veo, me recuerdas más a tu madre. Ya de niña tenías sus mismos ojos de resplandor violáceo y su cabello, en el que apuntaba el color rojo bajo los rizos dorados. Ahora que ya eres

mujer, tienes su mismo cuerpo hermoso y esbelto y sus mismas manos finas, y aun su misma voz serena y bien modulada. Me gustaba tu padre, pero nunca pude perdonarle por completo que nos robara a tu madre —se detuvo, y su voz cambió de tono cuando prosiguió—: Helen, no tardando mucho, vas a necesitar sus veinte mil dólares.

—Los necesito ya —contestó ella.

—¿Se trata de Jerry? —su rostro debió de darle la respuesta, pues Gerald, sin esperar a que le contestara, asintió con lentos movimientos de cabeza, prosiguiendo—: Muy bien, trataré de conseguir ese dinero para ti.

Por el tono de su voz parecía completamente decidido a tratar de conseguirlo. Y todo esto sucedió tres días antes. Tal vez…

Ojos Ambarinos no pudo soportar más tiempo la expectativa. Saltó rapidísimo hacia la enloquecedora pelotita de papel, aferrándose con garras y dientes; luego, al comenzar a caer, se prendió instintivamente de la muñeca de Helen, adhiriéndose a ella con sus garras afiladas como agujas, en un esfuerzo para evitar la caída.

Debido a la violencia de la sorpresa, Helen lanzó un grito.

—¿Qué pasa, Helen? —preguntó agudamente tía Matilda desde su habitación.

—Nada —respondió Helen, con risa nerviosa, mientras se libraba de las uñas del gatito con su mano libre—. *Ojos Ambarinos* me ha arañado; eso es todo.

—¿Qué le pasa al gatito?

—Nada. Estábamos jugando.

—Deja de jugar con ese gato. Lo mimas demasiado.

—Sí, tía Matilda —respondió Helen, obediente, acariciando al minino y examinando los surcos producidos por los arañazos en el dorso de su mano—. Me imagino —le dijo a *Ojos Ambarinos*— que no sabes lo afiladas que son tus garras. Ahora tendré que curarme la mano.

Estaba ya en el cuarto de baño abriendo el botiquín, cuando oyó los golpes del bastón de su tía. Se abrió la puerta del dormitorio y apareció Matilda, grave y ceñuda.

Matilda Shore, a los sesenta y cuatro años de edad, tenía a sus espaldas diez años de venganza frustrada. La ciática que la aquejaba

no había contribuido a mejorar en nada su carácter. Era una mujer corpulenta, que en su juventud debió de haber sido bella, pero que, en el presente, había perdido todo interés por su aspecto personal. La carne se acumulaba sobre su cuerpo, deformándolo. Sus hombros se encorvaban hacia adelante. Habitualmente, la cabeza le caía sobre el pecho. La piel se había arrugado debajo de sus ojos, formando fláccidas bolsas, y la comisura de sus labios se curvaba hacia abajo. Mas el paso de los años no había podido borrar de su fisonomía la expresión ceñuda de la mujer dotada de una voluntad indomable, que vive para un solo y definitivo propósito.

—Déjame que vea dónde te arañó el gato —ordenó.

—No fue culpa del minino, tía Matilda. Estábamos jugando con una pelotita de papel y no me di cuenta de que la sostenía a demasiada altura. *Ojos Ambarinos* saltó y trató de agarrarse para no caer.

Tía Matilda lanzó una mirada penetrante a la mano herida.

—Hace un rato oí voces. ¿Quién era?

—Jerry —replicó Helen, tratando de que su voz no traicionara la aprensión que sentía; pero la mirada de Matilda era demasiado aguda para ella—. Estuvo sólo unos minutos —agregó.

—Ya lo noté —se veía claro que la brevedad de la visita producía placer a Matilda—. Ya podrías decidirte con respecto a esa boda, Helen. Él ha demostrado tener bastante sentido común para comprender la imposibilidad de casarse contigo; y me alegro por ti de que haya decidido eso. Eres lo bastante tonta para acceder si te pide en matrimonio.

—Tú lo has dicho, tía; soy bastante tonta como para aceptarlo —respondió Helen.

—Con eso quieres decirme que no eres una tonta —gruñó Matilda—. Así piensan siempre los hombres. Es una suerte para ti que tu opinión no sea tomada en cuenta. Jerry es un partido pésimo para una niña como tú. Es un hombre apto sólo para tratar con los de su sexo. Nunca será bueno para una mujer. Su mutismo te volvería loco, y ya tienes bastante con el tuyo. Yo me he casado dos veces y conozco muy bien el paño. La única clase de hombre con la que podrás ser feliz, es alguien como George Alber, que…

—Que no me interesa en absoluto —la interrumpió Helen.

—Pues te interesaría si le vieras más a menudo, si te libraras de

esa ridícula idea de que estás enamorada de Jerry Templar y de que no debes ni siquiera ser cortés con los otros hombres. Tú no puedes ser tan mentecata como para no darte cuenta de que no está en condiciones de mantenerte con su paga de soldado raso. Cuando…

—Jerry no será soldado raso mucho tiempo —replicó Helen—. Le han enviado a un campo de entrenamiento para oficiales.

—¿Y qué hay con eso? Cuando obtenga sus galones, si se los gana, le embarcarán hacia los confines de la tierra y…

—Pasará antes algún tiempo en el campamento —Helen hablaba con rapidez, para evitar que tía Matilda pudiera decir nada respecto a lo que sucedería después. Ni ella misma quería pensar en ello—. Allí permanecerá varios meses y yo podría vivir en las cercanías. De ese modo nos veríamos de cuando en cuando.

—Ya lo veo —la voz de Matilda estaba cargada de ironía—. Lo tienes todo bien planeado, ¿verdad? Excepto, por supuesto, el detalle poco importante de cómo vivirás mientras suceda todo eso que me dices, o… —se detuvo—. ¡Es claro! Has hablado con Gerald. Te ha hecho creer que puedes obligarme a que te entregue el dinero que te dejó Franklin. Bien, puedes quitarte esa idea de la cabeza. Ese dinero no será tuyo hasta que Franklin muera, y él está vivo como yo. Uno de estos días vendrá arrastrándose para pedirme que le perdone.

Rompió a reír, como si le resultara cómico lo que estaba diciendo. Helen comprendió súbitamente, por primera vez, la razón por la cual su tía se aferraba con tanta tenacidad a su creencia de que Franklin Shore estaba vivo.

Le odiaba con demasiada intensidad como para soportar la idea de que se hubiera puesto fuera del alcance de su inquina. Sólo le quedaba una ilusión, y vivía para ella; la ilusión de que su esposo volvería, obligado por las únicas razones que le harían retornar: la vejez, la soledad, la derrota, la pobreza. Así podría cobrarse por entero la ofensa que de él había recibido.

Komo, el sirviente, apareció en forma silenciosa, como si se hubiera materializado en el aire, y se presentó en la entrada.

—*Pelmiso* —dijo.

—¿Qué pasa ahora, Komo? —preguntó Matilda—. Entra, la puerta está abierta, y hazme el favor de no andar siempre de puntillas.

Los brillantes ojos negros del muchacho estudiaron el rostro de Matilda Shore.

—Un *señol* en el teléfono —anunció—. Dice que llamada *sel* muy *impoltante*.

—Muy bien. En seguida voy.

—*Receptol* descolgado en teléfono de su *dolmitolio* —dijo Komo, y girando sobre sus talones se alejó por el pasillo con paso ágil y silencioso.

—Tía Matilda —exclamó Helen—, ¿por qué no despides a ese sirviente? No tengo confianza en él.

—Pues yo sí confío en él.

—Es un japonés.

—¡No digas disparates! Es coreano y odia a los japoneses.

—Él dirá que es coreano, pero eso es sólo…

—Lo ha estado diciendo durante doce años.

—Pues a mí no me importa que sea coreano. Tiene la apariencia de un japonés, se conduce como un japonés y…

—¿Alguna vez has visto a algún coreano? —la interrumpió Matilda.

—Pues… no…, no he visto a ninguno, pero…

—Komo es coreano —afirmó Matilda y se volvió a su dormitorio cerrando la puerta tras su espalda.

Helen retornó a la sala de estar. Le ardía la mano a causa de los arañazos y del desinfectante que se había aplicado. No se veía al gatito por ninguna parte. Helen tomó asiento y trató de leer, pero su mente rehusaba concentrarse en las páginas impresas.

Al cabo de unos quince minutos dejó a su lado la revista y, echándose hacia atrás, cerró los ojos. Apareció entonces el minino y se restregó mimoso contra sus tobillos. Al fin saltó sobre el brazo del sillón y comenzó a lamer la mano a su ama.

Helen oyó sonar el timbre del teléfono y los pasos ligeros del criado, que se apresuraba a contestar la llamada. Al cabo de un momento apareció Komo al lado del sillón, como por arte de magia.

—*Peldón, pol favol.* Esta vez llamada *pala señolita*.

Helen se dirigió a la salita de recibo, donde se hallaba el teléfono. Tomó el auricular, preguntándose si podría ser Jerry el que llamaba.

—Hola —dijo ansiosa.

La voz que sonaba en el auricular del teléfono temblaba, presa de emoción.

—¿Habla Helen Kendal?

—Sí.

—¿No sabes quién te llama?

—No —respondió Helen, algo bruscamente. Siempre le irritaba la gente que llamaba y luego le pedía que adivinara quién era.

La voz parecía un poco más firme y serena.

—Ten cuidado con lo que dices; no sea que te oigan. ¿Te acuerdas de tu tío Franklin?

Helen sintió que se le secaba la boca.

—Sí, sí, pero…

—Es tu tío Franklin quien habla.

—No lo creo. Mi tío está…

—No, Helen, no estoy muerto —le interrumpió la voz con emoción—. Aún me queda mucha vida.

—Pero…

—No me extraña que no me creas. ¿Te parece que me reconocerías si me vieras de nuevo?

—Pues… Pues, sí…; por supuesto.

La voz masculina prosiguió hablando, con más seguridad ahora:

—¿Recuerdas aquella vez en que el perro corrió al gatito en el tejado de la casa? Me rogaste que lo bajara, y yo busqué una escalera y subí a buscarlo. ¿Recuerdas la fiesta de año nuevo, cuando querías probar el ponche y tía Matilda te lo prohibió y tú robaste un poco de la cocina? ¿Recuerdas que te seguí a tu habitación y conversé contigo hasta que te dio un ataque de risa, y que yo no se lo dije a nadie, ni siquiera a tía Matilda?

Helen experimentó una extraña sensación en la nuca.

—Sí —respondió en voz tan baja que más parecía un suspiro.

—¿Me crees ahora, Helen?

—¡Tío Frank…!

—¡Ten cuidado! No menciones mi nombre. ¿Está tu tía en casa?

—Sí.

—No debe enterarse de que he llamado. Nadie debe saberlo. ¿Me entiendes?

—¡Pues, yo…! ¡Pues…, no, no lo entiendo!

—Sólo existe un medio para arreglar la situación, y tú tendrás

que ayudarme.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Qué puedo hacer?

—Algo que ninguna otra persona puede llevar a cabo. ¿Has oído hablar de un abogado llamado Perry Mason?

—Sí.

—Quiero que le veas esta tarde y que le cuentes toda la historia, para que conozca la verdad de los hechos. Te agradeceré que le conduzcas al «Hotel Castle Gate» esta noche, a las nueve. ¿Sabes la dirección?

—No.

—Podrás encontrarla en la guía telefónica. Se trata de un hotel de tercera categoría. No temas, llévate a Mason a ese hotel, pregunta por Henry Leech, y él te conducirá al lugar donde estoy. No permitas que nadie se entere de nuestra conversación ni de lo que suceda. Asegúrate de que no te siguen. Dile a Mason toda la verdad, pero hazle jurar que guardará el secreto. Yo…

Helen oyó un sonido peculiar, como si el que hablara hubiese contenido de súbito el aliento. Abruptamente, se produjo el ruido seco del receptor al ser colgado al otro extremo de la línea, y sólo llegó a sus oídos el zumbido propio de la línea desocupada. Helen agitó varias veces la horquilla del aparato.

—¡Telefonista! —llamó—. ¡Telefonista!

Por la puerta, abierta a medias, le llegaron los ruidos que pregonaban siempre la proximidad de su tía: los pasos lentos y laboriosos, el rítmico golpear del bastón, y el arrastrar el pie derecho.

Colgó el auricular apresuradamente.

—¿Quién era? —preguntó Matilda, al entrar en la salita, en el instante en que Helen se alejaba del teléfono.

—Me parece que se trata de una equivocación —respondió Helen, esforzándose por hablar en tono natural.

Tía Matilda dirigió la vista hacia la mano derecha de la joven.

—¿Cómo te arañó ese gato? —inquirió—. Me parece que has mentido para protegerlo. Te advierto que no le tendré ni un minuto más en casa si se torna arisco y malo.

—No seas tonta —replicó Helen—. Ya te dije que le estaba

fastidiando con una pelota de papel.

—Bueno, no tenía por qué arañarte. ¿Fue tu soldado el que te llamó por teléfono?

Helen rió, evadiendo la respuesta.

—¿Qué es lo que te ha agitado tanto? Se te han subido los colores a la cara —encogió sus pesados hombros en un movimiento desdeñoso—. No me extrañaría nada que ese mentecato de Jerry Templar te hubiese propuesto el matrimonio por teléfono… Helen, ¡en nombre del cielo! ¿Qué le pasa a ese gatito?

Helen suspiró exasperada.

—Ya te dije que fue culpa mía. Yo…

—¡No, no! ¡Míralo!

Helen se volvió rápidamente al observar una expresión de alarma en los ojos de su tía.

—Sólo está jugando —exclamó—. Los gatitos juegan siempre de esa forma.

—Pues a mí no me parece que estén jugando.

—Siempre hacen así cuando se desperezan. Sienten necesidad de estirar sus músculos…

Helen sintió que las palabras se negaban a traspasar sus labios. El gatito se conducía de una forma muy particular y sus movimientos eran muy distintos a los que los felinos suelen efectuar para facilitar el desarrollo de sus músculos. Tenía el lomo arqueado y sus patitas delanteras se estiraban en toda su extensión, mientras su cuerpo se sacudía a impulsos de violentos espasmos. Pero lo que llamó más la atención de Helen, llenándola de alarma, fue la mirada de sus ojos amarillentos y la forma en que se habían apretado sus mandíbulas, al tiempo que de su boca manaba saliva espumosa.

—¡Dios mío, algo le pasa! ¡*Ojos Ambarinos* está enfermo! —exclamó.

—No te acerques a él —ordenó Matilda—. Se ha vuelto rabioso, como les suele pasar a los perros. Será mejor que te hagas examinar inmediatamente esa mano por un médico.

—¡Disparates! —respondió Helen—. El gatito está enfermo… ¡Pobrecillo! ¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño?

Helen acercó la mano hacia el rígido cuerpecillo. En cuanto los dedos tocaron su piel, el gatito se agitó, presa de una convulsión.

—Me llevaré el gato ahora mismo al veterinario —anunció la

joven.

—Ten cuidado, no sea que te haga daño —le advirtió Matilda.

—Seré prudente —prometió Helen, mientras abría el armario y se ponía el abrigo.

—Busca algo con qué envolver al gatito —le aconsejó su tía—, así no podrá arañarte… ¡Komo…! ¡Komo…!

El atezado hombrecillo apareció en la puerta casi inmediatamente.

—Sí, *señola.*

—Saca una manta vieja o un cobertor del armario —le ordenó Helen—. Cualquier cosa con la que pueda envolver al gato.

Komo observó al gatito con extraña expresión en sus ojos relucientes.

—¿Gatito *enfelmo*? —inquirió.

—No hagas preguntas tontas —respondió Matilda con impaciencia—. ¿No ves que el animalito está enfermo? Haz lo que te ha ordenado miss Helen.

—Sí, *señola.*

Apresuradamente, Helen se encasquetó el sombrero frente al espejo y luego se inclinó hacia el gatito.

—No te acerques a él —advirtió Matilda—. No me gusta la forma como se conduce.

—¿Qué te pasa, *Ojos Ambarinos*? —preguntó Helen con voz suave y apaciguadora.

Los ojos del gato estaban fijos e inmóviles, pero, al oír la voz de Helen, se movió levemente como para volver la cabeza. El esfuerzo le provocó un nuevo espasmo, esta vez más violento que los anteriores.

En el momento en que se presentó Komo con la manta, Helen oyó pasos en el pórtico de entrada. Se abrió la puerta y su tío Gerald Shore cruzó el vestíbulo en dirección a la sala de estar, quitándose el abrigo y el sombrero, mientras se acercaba.

—¿Qué tal estáis? —saludó jovialmente—. ¿Qué pasa? —agregó en seguida.

Había firmeza en la voz profunda y resonante de Gerald Shore. Parece que nunca le fuera necesario elevarla y, sin embargo, se le oía siempre con toda claridad aun en las habitaciones más espaciosas.

—Se trata de *Ojos Ambarinos* —respondió Helen—. Está enfermo.

—¿Qué tiene?

—No lo sabemos. Le dan unos espasmos terribles; ahora me lo llevo al veterinario —dijo Helen—. Estoy… Ven, Komo, ayúdame a envolverle con la manta. Ten cuidado no te muerda.

Envolviendo al gatito con la manta, Helen apretó el tenso cuerpecito contra el suyo y se dirigió hacia la puerta, sintiendo que el animalito sufría una nueva sacudida.

—Vamos —exclamó Gerald Shore—. Yo guiaré el coche. Tú ocúpate del gato.

—El gato ya ha arañado a Helen —dijo Matilda.

—Sí, pero me lavé la herida con alcohol —explicó su sobrina.

—Los gatos se vuelven rabiosos, lo mismo que los perros —insistió Matilda.

Komo, sonriente, se inmiscuyó en la conversación diciendo:

—*Peldón, pol favol.* Es un ataque. Todos los gatos *suflen* ataques. Éste es un ataque común *pala* un gato.

Helen se volvió hacia su tío Gerald.

—Vamos, ya. Por favor, salgamos.

—Komo, otra vez me has dejado sin cerveza. Ahora tendrás que recorrer todo el camino hasta el centro para comprarme seis botellas —dijo Matilda Shore al sirviente—. Y no me molestes cuando vuelvas, pues me acostaré hasta que llegue la hora de la cena. Helen, no te inquietes tanto por ese gatito. Más te valdría emplear tu cariño de otra forma. Ahora, váyanse todos.

Entró en su dormitorio, cerrando la puerta violentamente.

Helen recordó de pronto la llamada telefónica. Por extraño que parezca, la había olvidado completamente en su preocupación por *Ojos Ambarinos*. En cierto modo le parecía algo ilusorio, como si, en realidad, no la hubiera llamado. ¡Tío Franklin! En cuanto se hubiera ocupado de *Ojos Ambarinos*, trataría de ponerse en contacto con Perry Mason.

Capítulo 2

Gerald Shore nunca había tenido la facilidad de su hermano para ganar dinero o, mejor dicho, para guardarlo. Mientras Franklin vigiló su creciente fortuna con la determinación del hombre que sabe decir no, Gerald había gastado la suya obrando de acuerdo con la teoría de lo que fácil se gana, pronto se gasta. Hasta el año 1929, Gerald era considerado como un hombre opulento. Al cabo de pocas semanas, no sólo había sido privado de su propiedad, sino que también se vio obligado a ejercer su profesión de abogado para poder vivir.

Ese período de transición le había resultado muy incómodo. Habiendo ajustado siempre el ejercicio de su profesión a la política de no malgastar tiempo en casos de poca importancia, de recibir sólo a los clientes que pedían cita de antemano, y tomar únicamente los casos que le interesaban, Gerald se encontró de repente con que estaba ansioso de aceptar cualquier caso honesto en el que hubiera posibilidad de cobrar honorarios.

Sosteniendo fuertemente al gatito, sintiendo las convulsiones que estremecían su cuerpecillo, Helen, agradecida, consideraba que su tío Gerald era más simpático y más comprensivo que cualquiera de los hombres que conocía. Se preguntaba si siempre había sido así. En realidad, sus dificultades e inquietudes no habían logrado endurecerlo. Parecía aún que, desde la pérdida de su fortuna, se había convertido en una persona más suave y tolerante que antes. Mientras la idea de tía Matilda era que Komo matara al gatito, el tío Gerald consideraba que aquél era un caso que justificaba no prestar atención en absoluto a las reglamentaciones del tráfico. Fue sólo cuestión de minutos el que pusieran a *Ojos Ambarinos* en manos de un veterinario competente.

El doctor Blakely, después de un rápido diagnóstico, tomó una

aguja hipodérmica.

—No se trata…, no se trata de rabia, ¿verdad? —preguntó Helen.

—Probablemente está envenenado —respondió el veterinario—. Venga, sujétele la cabeza al gatito. Sosténgalo fuertemente por el cuello y el lomo. No lo suelte si comienza a luchar.

Introdujo la aguja, reguló cuidadosamente la cantidad del líquido que inyectaba, retiró la aguja, y dijo:

—Le pondremos un rato en esta jaula. El gatito vomitará el contenido de su estómago. De esa forma, le libraremos del veneno que ha quedado. ¿Cuánto hace que observó usted los primeros síntomas?

—No creo que puedan ser más de cinco o diez minutos —replicó Helen—. No nos llevó más de tres minutos el llegar aquí, y… bien quizá fue hace diez minutos.

—Tenemos muchas probabilidades de salvarle —dijo el doctor Blakely—. ¡Lindo gatito! Espero que lo salvaremos.

—¿Cree usted que fue envenenado?

—Así parece. El tratamiento no será nada agradable. Creerán ustedes que el animalito está sufriendo más ahora. Será mejor que esperen en la oficina. Si necesito ayuda les llamaré.

Se puso un par de gruesos guantes de cuero.

—¿Está seguro de que no podemos hacer nada? —inquirió Helen.

El veterinario movió la cabeza.

—Dentro de unos minutos les podré decir más respecto al estado del gatito. Estuvo jugando en el patio, ¿verdad?

—No, creo que no. No lo recuerdo muy bien, pero creo que el gatito permaneció en la sala de estar durante todo el rato.

—Bien, ya averiguaremos todo lo necesario a su tiempo. Vayan a sentarse y esperen.

En la sala de espera, Gerald Shore tomó asiento en una silla, sacó un cigarro del bolsillo de su chaleco, mordió la punta y encendió una cerilla. La llama, que protegía entre sus manos ahuecadas, iluminó los contornos de su sensitiva fisonomía: la extensión de su ancha frente, sus ojos bondadosos y tolerantes, y una boca que era firme y denotaba decisión, sin ser demasiado severa.

—Nada podemos hacer, Helen. Será mejor sentarnos y tomarlo con calma. Ya hemos hecho cuanto podíamos.

Guardaron silencio durante algunos minutos. La mente de Helen estaba ocupada en la revisión de los acontecimientos de aquel día: la extraña llamada telefónica, el envenenamiento de *Ojos Ambarinos y* la forma como debiera obrar con respecto a su tío Franklin. A pesar de lo que éste le dijera, sentía deseos de confiar en su tío Gerald, pero algo la contenía. Evidentemente, Gerald Shore estaba sumido en profundas reflexiones, y su mente parecía ocupada en un problema que requería concentración.

—Helen —dijo Gerald Shore de pronto—, como te he dicho hace algunos días, vamos a hacer algo inmediatamente respecto al testamento de Franklin. Hace ya mucho tiempo que Matilda tiene en su poder algo que nos pertenece.

—Tal vez deberíamos esperar… un poco más —murmuró Helen con incertidumbre.

—Ya hemos esperado lo suficiente.

Vio que Helen parecía vacilar, tratando de decidir si debía hablar o guardar silencio.

—Bien —exclamó—, ¿de qué se trata?

Súbitamente, Helen se decidió a confiar en él y comenzó a hablar rápidamente.

—Yo… Me pasó algo raro hoy —tartamudeó.

—¿Qué?

—Me telefoneó un hombre.

Gerald rió entre dientes.

—Me parece que sería más raro aún que algún hombre que conociera tu número no te hubiese telefoneado. Si no fuera tu tío y…

—¡No seas ridículo! Ese hombre dijo… ¡Oh, parece imposible! ¡No puede ser verdad!

—Si fueras un poquitín más explícita… —murmuró Gerald, animándola a proseguir.

La voz de Helen se convirtió casi en un susurro.

—Dijo que era Franklin Shore. Pareció reconocer mi voz y quería saber si yo reconocía la suya.

En el rostro de Gerald Shore se reflejó la sorpresa y la incredulidad.

—¡Disparates! —exclamó.

—Es verdad.

—Helen, estás excitada. Tú…

—Tío, te lo juro.

Se produjo una larga pausa.

—¿A qué hora llamó? —preguntó al fin Gerald.

—Unos pocos minutos antes de que tú llegaras a casa.

—Por supuesto, se trata de algún impostor con intención de…

—No. Era el tío Franklin.

—Mira, Helen, ¿tú…? Es decir, ¿notaste algo familiar en su voz?

—No sé. No podía estar segura con respecto a la voz…, pero tiene que haber sido tío Franklin.

Gerald frunció el ceño.

—¡Es imposible! ¿Qué te dijo?

—Quiere que me encuentre con él esta noche en el «Hotel Castle Gate»… Es decir, debo preguntar allí por un hombre llamado Henry Leech, quien me llevará a donde está el tío Franklin.

Gerald Shore se calmó.

—Ahora está bien claro. Es un impostor que anda en busca de dinero. Nos presentaremos a la Policía para que le preparen una trampa a tu amiguito.

Helen movió la cabeza.

—El tío Franklin me dijo que me pusiera en contacto con Perry Mason, ese abogado tan conocido; que le relatara toda la historia y le llevara conmigo cuando fuera al hotel.

Gerald Shore la miró fijamente. Parecía intrigado.

—Eso me resulta muy extraño. ¿Para qué quiere a Perry Mason?

—No lo sé.

—Mira —inquirió Gerald algo severamente—, tú no tienes ninguna seguridad de que fuera Franklin el que te hablaba, ¿verdad, Helen?

—Pues…

—Entonces, deja de llamar Franklin a esa persona. Esa circunstancia podría afectar la situación legal del asunto. Todo lo que sabes es que oíste una voz masculina en el teléfono. Ese hombre te dijo que era Franklin Shore.

—Me contó algunas cosas que prueban su identidad.

—¿Qué cosas?

—Muchas cosas de mi niñez, que sólo tío Franklin podría conocer: la vez en que el gatito subió al tejado y no podía bajar y él lo rescató; lo que pasó la noche de la fiesta de Año Nuevo en la época en que yo tenía trece años y robé un poco de ponche y estuve mareada. Nadie se enteró de eso, excepto el tío Franklin. Él me siguió a mi habitación y se portó muy bien conmigo. Tomó asiento a mi lado y comenzó a conversar. Aun cuando me dio un ataque de risa, fingió no darse cuenta de ello. Me dijo que no estaba de acuerdo con la idea de Matilda respecto a mi educación, que ya me estaba desarrollando bastante, y tendría que aprender mucho con respecto a la vida, pero que era mejor que me enterara pronto de lo peligrosa que era la bebida…, y supiera medir la cantidad que podía beber sin que me dañara. Además, me dijo que quizá sería mejor que no bebiera nada hasta pasados algunos años. Luego se puso de pie y me dejó sola.

—¿Y esa persona te habló de todo eso cuando te llamó? —preguntó Gerald Shore pensativo.

—Helen asintió.

Shore se levantó de la silla, anduvo hasta la ventana y permaneció allí, con las manos hundidas en los bolsillos. En apariencia, estaba tranquilo, y pensativo. Sólo las bocanadas de humo, que emergían de su boca rápidamente, demostraban su turbación.

—¿Qué ocurrió después? —inquirió.

—Luego, el tío Franklin…, ese hombre, quienquiera que sea, me pidió que viera a Perry Mason y me presentara en el «Hotel Castle Gate» a las nueve de la noche y preguntara por Henry Leech.

—¡Pero, caramba, Helen! Si era Franklin quien te habló por teléfono, ¿quieres decirme por qué razón no fue a su casa y…?

—Eso es lo que me extrañó; mas luego pensé que tal vez… Bien, tú sabes, si se hubiese fugado con alguna otra mujer… Creo que piensa preparar el camino para retornar, y probablemente quiere que alguien sondee a Matilda para saber a qué atenerse con respecto a sus sentimientos.

—Pero, ¿por qué no me llamó a mí? Yo soy su hermano. Soy abogado. ¿Por qué te llamó a ti?

—No lo sé. Dijo que yo era la única persona que podía ayudarle. Quizá trató de comunicarse contigo y no pudo hacerlo.

—¿Y qué pasó después? ¿Cómo acabó la conversación?

—Obró como si algo le hubiera sorprendido, como si alguien hubiese entrado en la habitación donde él estaba. Lanzó una exclamación por lo bajo y colgó el auricular bastante bruscamente.

—¿Te pidió que no le dijeras nada a nadie?

—Sí; pero yo… Bien, me pareció que debía decirlo…, en vista de las circunstancias.

—¿No le dijiste nada a Matilda?

—No.

—¿Estás segura de que tu tía Matilda no sospecha nada?

—No. Estoy segura de que creyó que yo hablaba con Jerry. Inmediatamente después noté que *Ojos Ambarinos* sufría convulsiones. ¡Pobre *Ojos Ambarinos*! ¿Cómo es posible que se haya envenenado?

—No sé —respondió Gerald algo molesto—. Dejemos de pensar por un momento en el gatito para ocuparnos de Franklin. Esto no tiene sentido. ¡Diez años de silencio y ahora este fantástico retorno teatral! En mi fuero interno siempre creí que había huido con aquella mujer. Estaba seguro de que él había dejado alguna nota para Matilda y que ella no la enseñó a nadie. Al ver que pasaba tanto tiempo sin que hubiera ninguna noticia, excepto aquella tarjeta postal de Miami, pensé que probablemente las cosas no le habían salido bien. Siempre consideré la posibilidad de que pudiera haberse suicidado. Él hubiera preferido esa solución antes que atreverse a sufrir la humillación de un retorno ignominioso.

Gerald hundió más profundamente las manos en los bolsillos y miró por la ventana. Al cabo de un momento se volvió y dijo a Helen:

—Cuando Franklin se fue, muchas propiedades estaban inscritas a nombre de Matilda. Si Franklin se presenta ahora, se vería completamente desposeído de todo. Tú y yo no tendríamos nada. Franklin es mi hermano y tío tuyo. Ambos tenemos la esperanza de que esté vivo, pero tendrá que probarlo.

El doctor Blakely salió en aquel momento de la clínica.

—Su gatito fue envenenado —le anunció a Helen.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

Gerald se volvió para mirar al doctor con grave expresión en los

ojos.

—¿Qué encontró usted?

—Muy poco antes que trajera el gatito usted, le habían dado cierta cantidad de carne envenenada. En la carne hallé tabletas de veneno…, quizá más de una. Pude recuperar parte de una tableta que no se había disuelto por completo.

—¿Vi… vivirá? —inquirió Helen.

—Sí. Ya pasó el peligro. Puede usted volver dentro de una o dos horas para llevárselo; pero sería mejor que lo dejase aquí unos días, o que se lo dé a algún amigo para que le cuide. Alguien trató deliberadamente de envenenarle. Probablemente tiene usted algún vecino que no quiere a los animales, o que tiene alguna razón especial para molestarle a usted.

—Pues, no creo que tal cosa sea posible —respondió Helen.

El doctor Blakely se encogió de hombros.

—Las tabletas envenenadas y metidas en trozos pequeños de carne, como se las dieron a ese gatito, denuncian la mano de un envenenador. Esa gente nos da bastante trabajo en distintas partes de la ciudad; usualmente tratan de envenenar perros. Preparan pequeñas bolas de carne y las arrojan a los patios. Los perros se las tragan ansiosamente. Es raro que un gatito tan pequeño como éste haya ingerido una dosis tan grande de veneno.

—¿Quiere usted que tengamos al gatito alejado de la casa unos días, doctor? —preguntó Gerald.

—Sí.

—¿Está Completamente fuera de peligro, ya?

—Sí; pero quiero tenerle un tiempo más bajo tratamiento…, una hora, poco más o menos.

—Volveremos a buscarle después de la cena, tío Gerald —dijo Helen—. Entonces le podremos llevar para que le cuide Tom Lunk, el jardinero. Tiene una casita de soltero que está lejos de nuestro vecindario. *Ojos Ambarinos* le quiere mucho y estará contento.

—Me parece que ése es un plan excelente —exclamó el doctor Blakely.

Gerald Shore asintió.

—Muy bien. Vamos, Helen, tienes mucho que hacer.

A cuatro o cinco manzanas de la casa del veterinario Gerald Shore detuvo el automóvil, frente a una droguería.

—Respecto a esa cita con Perry Mason —explicó—, como yo le conozco, le llamaré en tu nombre. Será un milagro si le puedo localizar ahora. Tiene sus propias leyes en lo que respecta a horas de oficina…, y a un montón de otras cosas.

Unos minutos más tarde salió de la droguería.

—Te recibirá dentro de una hora en su oficina. ¿Te viene bien?

Helen asintió.

—¿No será mejor que vengas tú conmigo? —dijo.

—No. Le podrás contar todo mejor si lo haces a tu manera y sin que yo esté presente. Estoy ansioso por saber la reacción que le produce a él…; si le da la misma impresión que a mí. Le dije que les esperaría frente al «Hotel Castle Gate» a las nueve.

—¿Qué impresión te produjo a ti, tío Gerald?

Él sonrió afectuosamente, pero movió la cabeza. Se concentró en conducir el auto durante un momento, y luego se volvió hacia Helen.

—Realmente, ¿no sabes si el gatito estuvo afuera esta tarde?

—He estado pensándolo, tío Gerald. Recuerdo que estuvo en el patio trasero alrededor de las tres, pero no puedo recordar que haya salido después de esa hora.

—¿Quién estaba en la casa esta tarde?

—Komo, la tía Matilda y la cocinera.

—¿Quién más?

Ante la mirada fija de su tío, Helen se sonrojó.

—Jerry Templar.

—¿Cuánto tiempo antes que le dieran esos espasmos al gatito?

—No mucho.

—¿Estuvo George Alber allí?

—Sí, pero sólo unos minutos. Fue a visitar a tía Matilda y se quedó haraganeando por allí…, hasta que llegó Jerry. Entonces me libré de él en seguida. ¿Por qué?

Un músculo se estremeció en la mejilla de Gerald, como si hubiera apretado las mandíbulas.

—¿Qué sabes respecto a…, ese afecto que siente Matilda hacia George?

—Sé que le quiere —respondió Helen—. Siempre está ella…

—¿No sabes entonces a qué se debe? ¿No estás enterada de que ella estuvo a punto de casarse con el padre de George?

—Nunca lo supe. Es…, es difícil imaginar que tía Matilda haya estado alguna vez…

—Lo estuvo, sin embargo. En mil novecientos veinte, cuando tenía unos cuarenta años, poco más o menos, era una viuda bastante atractiva, y Stephen Alber era un viudo muy guapo. George se le parece muchísimo. No nos extrañó nada que se enamoraran. Lo que nos sorprendió mucho fue que riñeran y Matilda contrajera matrimonio con Franklin. Siempre me pareció que ella obró así principalmente para herir los sentimientos de Stephen. Así fue, pero éste logró sobreponerse al golpe y se casó dos o tres años después. Probablemente recuerdes que se divorció en el año mil novecientos treinta.

Helen movió la cabeza.

—Es difícil creer que alguien pueda haber estado enamorado de tía Matilda. Y es aún más difícil imaginársela a ella enamorada.

—Sin embargo, lo estaba. Tan enamorada, que no creo que haya olvidado nunca su amor. Aseguraría que todavía ama a Stephen Alber. Me parece que la razón principal de que odie tanto a Franklin no es el hecho de que él haya huido de su lado. Matilda siempre supo que Franklin odiaba a Stephen Alber, y estoy casi seguro de que lo que ella no puede perdonarle es lo que le hizo a Stephen.

—¿Qué le hizo? —inquirió Helen.

—En realidad, nada. El banco lo hizo después de la desaparición de Franklin; mas no me extrañaría que él estuviera preparado para hacerlo antes de irse. La crisis del veintinueve causó bastantes dificultades a Alber, como a todo el mundo, pero él pudo salvar parte de su fortuna y logró retenerla hasta el treinta y dos, es decir, hasta poco después que Franklin desapareciera. Entonces el banco le apretó el torniquete. No me extrañaría que Franklin hubiera tenido la intención de hacerlo él mismo. Te aseguro que no tenía ningún cariño a Alber. De todos modos, Alber se arruinó y nunca pudo recobrar su fortuna. Tal vez no fuera ésta la causa de su muerte, pero en parte ayudó. Y Matilda…, —se interrumpió. Ya estaban llegando a la casa—. Esta noche te acompañaré. Te espero frente al «Hotel Castle Gate» a las nueve.

Helen vaciló un momento.

—Tío Franklin dijo que no debía llevar a nadie conmigo, excepto

a Perry Mason. Me lo dijo con mucha seriedad.

—No importa —respondió Gerald—. Yo te acompañaré —su voz bajó de tono cuando estuvo el coche frente a la casa—. Ten cuidado con lo que dices. Allí está George Alber.

Capítulo 3

George Alber descendía los escalones de entrada. Helen pensó que si se parecía tanto a su padre como le dijera Gerald, era muy fácil creer que veinte años antes la tía Matilda (y, probablemente, otras muchas mujeres) se había enamorado de Stephen Alber.

Empero, tendrían que haber sido la clase de mujeres que entregan sus corazones a las fotografías de artistas de la pantalla. Fotografías retocadas, se dijo Helen. Había mucho de esa cualidad artificial en la gallardía de George Alber, como si algún lápiz cuidadoso hubiera dibujado el diseño griego de su nariz, dando a los rasgos esa línea perfecta, y agregando una onda más en su cabello oscuro y brillante.

Mas el dibujante no había prestado suficiente atención a la boca. Ésta tenía labios demasiado gruesos, mientras que la mandíbula era muy prominente. Ambos detalles quitaban algo de interés al cuadro, dotándole de rudeza, vanidad y una especie de crueldad que fácilmente podría ser real.

—¿Qué es eso de que el gatito se volvió rabioso? —preguntó el joven.

Helen se dijo que su voz estaba en armonía con su rostro. Retocada de modo que en lugar de tener la debida inflexión, era demasiado correcta y bien modulada para ser sincera.

—La cocinera me dijo que te arañó —prosiguió Alber—. Déjame ver la mano.

Extendió la suya para cogerla. Sus dedos eran largos, fuertes y muy bien cuidados, pero a Helen no le agradaba su contacto y retiró la mano.

—Mi mano está bien, y *Ojos Ambarinos* no estaba rabioso. El gatito…

—No puedes permitirte el lujo de darlo por cierto —dijo él,

moviendo la cabeza—. Por lo que me dice la cocinera…

—La cocinera se enteró de lo ocurrido por tía Matilda —le interrumpió Helen—. Al gatito le envenenaron.

—¿Lo envenenaron? —exclamó Alber.

—Así es.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Pero, no lo entiendo…

Gerald Shore abrió la portezuela del coche y descendió, diciendo secamente:

—No hay razón especial para que no lo pueda usted entender. Alguien que quería matar al gatito le dio varios trozos de carne, en los que habían sido introducidas algunas tabletas de veneno. No sé cómo se lo podría explicar más claramente.

Aparentemente, George Alber no notó el sarcasmo, pues respondió sonriendo:

—No quise decir que no entendiera lo que había sucedido, sino que no entiendo la razón del asunto.

—La respuesta es obvia —dijo Gerald—. Alguien quería librarse del gatito.

—Pero, ¿por qué? —insistió George Alber.

Fue esa pregunta la que impresionó repentinamente a Helen. La joven se volvió a su tío con el ceño fruncido.

—Sí, tío Gerald, ¿por qué razón querría alguien envenenar a *Ojos Ambarinos*?

Gerald Shore, explicó, algo bruscamente, según le pareció a Helen:

—No se puede responder a la psicología de un envenenador de animales. Suelen pasar frente a las casas y dejan caer pedazos de carne envenenada en los patios. El veterinario dice que hay muchos individuos de esa clase en algunos barrios de la ciudad.

Helen observó que George Alber miraba fijamente a su tío. Se dio cuenta de que existía cierta cualidad batalladora en el joven, la que le hacía avanzar más bien que retroceder ante el ataque.

—Dudo de que el gatito haya sido envenenado de esa forma —dijo el joven—. Un trozo de carne, quizá sí; pero varios… Bien, lo dudo.

Gerald Shore, a la defensiva y algo amoscado ante la negativa,

añadió:

—En un espacio reducido se podrían haber arrojado varios trozos de carne. No veo razón para que el gatito no pudiera cogerlos.

George Alber se volvió hacia Helen.

—¿Cuándo salió el gatito por última vez, Helen?

—No lo sé, George. No recuerdo que haya salido después de las tres.

—¿Pudo haber comido la carne envenenada entonces?

—El veterinario dijo que debió ser administrada pocos minutos antes del momento en que sufrió el primer espasmo, no mucho antes que le lleváramos al hospital. Por eso logramos salvarle la vida.

Alber asintió con lentos movimientos de cabeza, como si las palabras de la joven confirmaran alguna idea que se le hubiera ocurrido al principio de la conversación; luego dijo:

—Bien, me voy ya. Vine de paso. Hasta luego. Siento mucho lo ocurrido. Cuida bien a *Ojos Ambarinos*.

—Así lo haremos —respondió Helen—. Lo dejaremos al cuidado de Tom Lunk durante unos días.

George Alber cruzó la acera en dirección al sitio donde estaba estacionado su coche, subió al vehículo y se alejó.

Con una intensidad en la voz que resultó sorprendente para su sobrina, Gerald Shore dijo:

—No me gusta nada ese hombre.

—¿Por qué, tío Gerald?

—No lo sé. Es demasiado…, está demasiado seguro de sí mismo. Se puede soportar en un hombre de más edad; pero, ¿qué diablos ha hecho él para permitirse adoptar esa actitud? ¿Cómo no está en el Ejército?

—Es algo sordo del oído izquierdo —explicó Helen—. ¿No has notado que siempre se vuelve para que su oído derecho esté más cerca de quien habla?

Gerald gruñó:

—Eso lo hace para lucir su perfil. Recuerda la forma en que levanta la cabeza. Trata de imitar la pose de algunos ídolos de la pantalla.

—No, no lo creo, tío Gerald. Eso no es justo. Sé que lo hace por

su sordera. Estoy bien enterada de que trató de alistarse en el Ejército.

—¿Cuándo vuelve Jerry Templar al campamento? —preguntó el tío de pronto.

—El lunes —respondió Helen tratando de no pensar en los pocos días que faltaban.

—¿Sabe adónde le envían?

—Si lo sabe, no quiere decirlo.

Habían llegado a la puerta de la casa. Gerald la abrió para dejar paso a la joven, pero no la siguió al interior.

—Tengo que hacer algunas cosas en el centro. Tendrás que ir por tus propios medios a la oficina de Mason —consultó el reloj—. Deberías salir pronto. No podrás estar aquí a la hora de la cena, de modo que será mejor e digas a tu tía que comerás conmigo. Eso satisfará a Matilda y te permitirá conceder a Mason todo el tiempo que él te requiera. A menos que me equivoque, me parece que te retendrá bastante. Yo te esperaré frente a Castle Gate a las nueve.

Cerró la puerta antes que Helen pudiera recordarle nuevamente que el tío Franklin le había recomendado que no dijera a nadie, a excepción de Perry Mason, que tenía una cita con él en el Hotel Castle Gate.

Capítulo 4

Perry Mason estaba dotado de ese magnetismo especial, inspirador de confianza, que se halla tan a menudo en los hombres de elevada estatura. En reposo, sus facciones y modales revelaban su paciencia infinita, propia del duro granito. Era sólo en los momentos de tensión cuando su indomable personalidad se desbordaba por todos sus poros. Ante un jurado, por ejemplo, podía llamar en su auxilio la destreza y la gracia del actor consumado. Su voz era un dócil instrumento que acompañaba y prestaba fuerza a sus palabras. Sus preguntas tenían el filo de una navaja que cortaba el velo de falsedades con que se defendían los testigos obstinados y perjuros. En los momentos críticos de un juicio, era él una fuerza movediza dotada de una extraordinaria agilidad cerebral que moldeaba la mente de los jurados, aprovechándose de sus emociones y ganando en astucia a sus antagonistas; dramático, persuasivo, ágil, sin desechar, no obstante, la fortaleza de la fría lógica en la que se fundaban todos sus argumentos.

Della Street, la secretaria de Mason, abrió la puerta de la oficina privada del abogado y halló a éste sentado en el sillón giratorio, con los pies cómodamente apoyados sobre una punta de su enorme escritorio.

—Bien, aquí estoy —anunció, quitándose los guantes y el abrigo.

Mason no respondió hasta que la joven salió del armario en que guardaba su ropa.

—Della, la virtud ha tenido su recompensa —dijo entonces—. Le advertí esta mañana que no deberíamos llenar nuestras cabezas con los detalles de ese caso sobre la hipoteca, aun cuando nos pudiera dejar bastante dinero. Ocho horas más tarde conseguimos esto.

—Ese caso de la hipoteca nos hubiera dejado diez mil dólares de honorarios —replicó Della fríamente—. ¿Cuánto ganaremos con

éste?

—Es una aventura que le hará sentirse diez años más joven —respondió Mason sonriendo.

—¡La mayoría de sus casos me hacen sentir diez años más vieja!

Mason se desentendió de la respuesta.

—Éste no tiene el aspecto rutinario y aburrido de los que me hacen pensar. Está lleno de extraño misterio, aventura y romance. Para decirlo de otra forma: es algo incomprensible y no tiene nada de sentido común… Un caso espléndido como el que más.

—Así me lo imaginé cuando me telefoneó usted —comentó la joven, cruzando la oficina para tomar asiento ante la otra esquina del escritorio y reparando en el brillo peculiar de los ojos de Mason, que sólo se reflejaba en ellos en los momentos de excitación.

Perry Mason estaba dotado de la rara habilidad, tan rara en los profesionales, de gozar con su trabajo. Al cabo de cierto tiempo, el médico que ha experimentado toda la gama de incidentes de las enfermedades humanas, adquiere una cierta eficiencia impersonal. Considera a sus pacientes no tanto como personas, sino como depositarios de varios síntomas o estructuras anatómicas, a los que se debe devolver la salud. El abogado, después de adquirir la suficiente experiencia, está propenso a dejarse llevar por la rutina de los procedimientos judiciales. Mas Perry Mason poseía una mente que sólo se contentaba cuando hacía incursiones fuera de los trillados caminos de las leyes. No sólo consideraba él cada caso como una aventura llena de excitación, sino que se impacientaba con las demoras de los procedimientos rutinarios. Cuanto más ejercía su profesión, más se interesaba por la personalidad de sus clientes. Cada vez adquirían sus métodos mayor brillo, tornándose peligrosos y muy fuera de lo corriente. Y Della Street sabía que esa luz especial en sus ojos significaba que en ese nuevo caso había hallado un enigma tentador.

Perry la miraba fijamente y, en forma casi automática, Della se imaginó estar detrás de sus ojos, examinándose. Sus zapatos pardos de piel de Suecia eran de la mejor calidad. Sus piernas, perfectas. Si su traje de color *beige* no le sentaba, no era porque no lo hubiera cortado un buen sastre. Su rostro estaba bien arreglado, y se había coloreado los labios con una nueva pintura. Su sombrero era absurdo. La joven tenía la esperanza de que Mason estuviera

satisfecho de su apariencia.

—Della —suspiró Mason—, a veces me parece que está usted hastiada.

—¿Ah, sí? —replicó ella con tono amenazador—. Hábleme del asunto.

—Se está usted tornando conservadora, mercenaria, cauta. Se interesa más en los puntos y aparte que en los signos de interrogación.

Della perdió su actitud combativa.

—En esta oficina se necesita una persona que sea práctica —dijo—. Pero, yendo al asunto, ¿sería mucho preguntar a qué se debe su excitación? No me molesta dejar la cena a medio terminar y correr hacia aquí; pero me gustaría saber a qué misionero se comió el caníbal.

—Fue después que salió usted de la oficina —le respondió Mason—. Yo iba ya a retirarme… Había estado trabajando con los documentos del caso Johnson. Un abogado, al que conozco de vista, me telefoneó pidiéndome una entrevista con su sobrina, y un poco más tarde vino ella y conversó conmigo.

Della Street se puso en pie para tomar de su escritorio un libro de notas. Acercó una silla y sus modales informales cedieron el lugar a la eficiencia de la secretaria perfecta.

—¿Me da los nombres? —pidió.

—El abogado se llama Gerald Shore, tiene una oficina en el Edificio Debenture Investment. Recuerdo que maneja una rama especial de la profesión…; trabaja bastante con compañías mineras. Creo que tiene alma de jugador, trabaja mucho para organizadores de empresas industriales, y cobra sus honorarios parte en efectivo y parte en acciones de las compañías que organiza.

—¿Le da dinero ese trabajo? —preguntó Della.

—No sea usted tan endiabladamente materialista —replicó Mason, sonriendo—. Creo que gana algo más que dinero en su trabajo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Siempre está a la pesca de espejismos. Nuestros filósofos realistas afirman que ése es un mal sistema económico. Simplemente, porque un espejismo no tiene sustancia definida, dejan de apreciar el hecho de que es un objeto hermoso, digno de

ser perseguido. No ven tampoco que el cazador de espejismos goza realmente de la vida. Siempre está interesado en el objeto de sus ansias, lo cual es más de lo que se puede decir respecto a muchos hombres que luchan para alcanzar metas más prácticas. El interés en la vida es la mejor forma de riqueza.

—¿Algún adelanto?

—Ninguno todavía —admitió Mason.

—¡Ajá! ¿Cuál es el nombre de la sobrina?

—Helen Kendal.

—¿Edad?

—Alrededor de veinticuatro años. Ojos violeta, muy interesantes. Más bien rubia. Carrocería agradable, conjunto agradable, accesorios agradables…, definidamente agradable.

—Y ningún adelanto —rezongó Della—. ¿Dice usted que es la sobrina de Gerald Shore?

—Sí. Le haré un breve esbozo de la historia de la familia.

Tomó algunos papeles llenos de notas y comenzó a dictar rápida y concisamente los hechos más salientes del caso.

—Un atardecer de enero de 1932, Franklin Shore, de cincuenta y siete años de edad y en perfecto estado de salud, entró en su despacho después de haber cenado en compañía de su esposa. Allí recibió a un visitante, a quien él mismo debió de haber hecho entrar, ya que ningún sirviente abrió la puerta. Una criada vio a alguien acercándose por el camino y creyó reconocer a Gerald Shore. Matilda Shore también creyó que la voz que oyó en el despacho era la de Gerald; pero no la pudo distinguir muy bien y no estaba segura. Además, Gerald Shore afirmó que no estaba en la casa. Quienquiera que fuese el visitante, necesitaba dinero. Matilde Shore oyó claramente la voz de su esposo, que airadamente se negaba a prestarlo, diciendo algo respecto a que el mundo estaba atestado de borricos y creen que sólo necesitan unos pocos miles para ganar una fortuna, cuando aun un borrico debería saber que ya no se ganaban fortunas con la facilidad de antes. Ése fue todo el fragmento de la conversación que Matilda Shore oyó por casualidad. La señora se fue al piso alto, se acostó y se puso a leer, sin saber cuándo se retiró el visitante. Hasta la mañana siguiente no se enteró de la desaparición de Franklin Shore. Era aquélla la época en que un simple rumor podía hacer quebrar a un banco, de modo

que la esposa de Shore y sus asociados no encomendaron el asunto a la Policía hasta que pasaron unos días sin que se encontrara al banquero. Se hicieron todos los esfuerzos posibles, tanto oficiales como privados, para tratar de localizarle, pero no pudieron hallar señales del desaparecido. Se comprobó que los asuntos del banco estaban en perfecto orden, de manera que, a pesar de los titulares de los diarios, la entidad no sufrió ningún percance por causas de la desaparición de su presidente. Sus asuntos privados estaban también en orden y, en lugar de explicar su acción, eso la hizo aún más misteriosa, pues, salvo unos pocos cientos de dólares que habitualmente llevaba encima, se había ido al parecer sin llevar fondos. Su libreta de cheques se halló sobre su escritorio, con la fecha sobre un cheque, en blanco, en el que había comenzado a escribir un nombre, y luego, evidentemente, cambió de opinión o fue interrumpido, pues sólo se veía una línea irregular trazada con tinta. En la libreta se vio que el saldo bancario era de 58941,13 dólares pertenecientes a su cuenta conjunta con su esposa, y ese saldo estaba de acuerdo con el del banco, excepto por la cantidad de 10000 dólares, pagados sobre un cheque de otro talonario, respecto al cual Shore había telefoneado a su secretario antes de su desaparición. Corrieron los rumores usuales en estos casos. Varias veces, durante los últimos meses antes de desaparecer, Shore había sido visto con una mujer desconocida, muy bonita, vestida con muy buen gusto, y de unos treinta y cinco años de edad. Pero no había indicios de que ella hubiera acompañado a Shore en su huida, salvo una tarjeta postal enviada desde Miami (Florida), cuyo matasellos tenía fecha 5 de junio de 1932, que recibiera su sobrina seis meses después de su desaparición. El mensaje, cuya letra fue identificada por expertos como perteneciente, sin lugar a dudas, a Franklin Shore, decía: *«No tenemos idea de cuánto tiempo más nos quedaremos aquí; pero nos sienta muy bien el clima cálido y, lo creas o no, nadamos todos los días. Con cariño de tu tío, Franklin».*

»El hecho de que hablase en plural parecía justificar los rumores respecto a la rubia desconocida; pero los investigadores que salieron inmediatamente para Miami no hallaron rastros de Franklin Shore. Tenía varias amistades allí, y el hecho de que ninguna de ellas le hubiera visto demostraba que no pudo haber permanecido en Miami mucho tiempo. Se encontró su testamento. En él dejaba el

total de sus propiedades a su esposa, con la excepción de un legado de veinte mil dólares para su sobrina y otro para su hermano.

—¿Qué me dice de ellos? —inquirió Della Street, levantando la vista con expresión esperanzada.

—Todavía no han cobrado la herencia. Hace muchos años que la sobrina está viviendo con mistress Shore. Gerald Shore, según creo, ha recibido algunos beneficios indirectos; pero los legados están pendientes todavía…; es decir, se pagarán si Franklin Shore está muerto.

—Pero nada se ha sabido de él durante…

—Ésa es exactamente la dificultad —replicó Mason—. Algo se ha sabido. Telefoneó hoy a su sobrina. Y la verá esta noche. Shore insistió para que yo estuviera en la entrevista. Pienso llevarla a usted conmigo.

—¿Me llevo la libreta de notas? —preguntó la joven.

—Naturalmente —respondió Mason—. Tomaremos nota para saber todo lo que se dice, y poder comentar la significación de lo que no se diga.

—Pero, ¿por qué no habla él con su esposa y vuelve a su casa?

—Ésa es la otra dificultad. Hubo algo de misterioso en su desaparición, algunas habladurías respecto a que había huido con una mujer joven. Al parecer no está muy seguro del recibimiento que le brindará su esposa.

—¿No sabe ella nada de su presencia en la ciudad?

—No. Franklin recomendó especialmente a su sobrina que no dijera nada a nadie. Ella confió todo a su tío Gerald, que fue quien telefoneó.

—¿Es Matilda Shore mujer de las que perdonan? —preguntó Della Street.

—No, por cierto —respondió Mason, riendo—, y leyendo entre líneas el relato de Helen Kendal, diría que es un personaje muy peculiar y reprensible. Además, existe también un viejo asunto amoroso. El hombre ha muerto, pero su hijo George Alber, es el retrato viviente de su padre y Matilda le quiere mucho. Deduzco que Gerald Shore considera alarmantes esas relaciones.

—¿Por qué?

—En el joven Alber —dijo Mason— ve mistress Shore la imagen del hombre al que amó en otro tiempo. Sus únicos parientes vivos

son Gerald Shore y Helen Kendal, quienes, en circunstancias ordinarias, serían los beneficiarios de su testamento. Hace algún tiempo, antes que el joven Alber comenzara a visitar la casa, ella les dio a entender que ellos eran no sólo sus herederos, sino que heredarían la fortuna entera.

—¿Es una fortuna grande?

—Sí.

—¡Entra Alber!

Mason sonrió burlonamente.

—Entra Alber —dijo—, Gerald Shore cree que el joven está poniendo en juego todo su encanto con la señora, y no hay duda de que se ha convertido en un frecuente visitante de la casa.

—¡Cielos! No querrá usted decir que esa mujer de sesenta y cuatro años piensa casarse con este…

—Probablemente no —respondió Mason—. Pero quiere que su sobrina se case con él, y la idea parece ser del agrado de Alber. Matilda Shore se ha convertido en una déspota y es ella quien maneja los cordones de la bolsa. Empero, no conoce usted todavía todas las ramificaciones del caso. No es sólo esa misteriosa llamada telefónica, sino que también el gatito de Helen Kendal fue envenenado esta tarde.

Della arqueó las cejas.

—¿Qué tiene que ver el gatito envenenado con el retorno de Franklin Shore?

—Tal vez nada, tal vez mucho.

—¿En qué forma?

—Probablemente se trata de un trabajito llevado a cabo por gente de la casa.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Porque, investigando lo mejor que pueden, se han dado cuenta de que el gatito no parece haber estado fuera de la casa después de las tres de esta tarde. Los síntomas de envenenamiento se presentaron alrededor de las cinco. El veterinario dice que el veneno fue administrado no más de quince o veinte minutos antes que le llevaran al gatito para que lo atendiera. Eso fue alrededor de las cinco y cuarto.

—¿Qué clase de veneno? —preguntó Della Street—. ¿Alguna variedad que podría haber sido administrada a un ser humano?

—Ése es el asunto —respondió Mason—. Al parecer, fue usada estricnina. Ésta tiene un gusto amargo. Un animal la tragaría si el veneno estuviera cuidadosamente envuelto en pequeñas bolitas de carne, pues los animales rara vez mastican; pero un ser humano hubiera notado en seguida el gusto amargo, especialmente si la carne estuviera cocida.

—¿Y quiere usted que le acompañe esta noche?

—Sí. Un hombre llamado Leech nos conducirá al sitio donde está oculto Franklin.

—¿Por qué se oculta?

Mason rompió a reír.

—En primer lugar, ¿por qué desapareció? A menudo me he preguntado eso, Della. Es extraño que un hombre que fue lo suficientemente materialista como para continuar vendiendo acciones a bajo precio durante los años que siguieron a la crisis del veintinueve, que ganaba el dinero que quería, a quien la vida le brindaba todo, desapareciera de repente sin llevarse ningún dinero consigo.

—Quizá tuviera alguna cantidad guardada en otro sitio… —dijo Della Street.

—Imposible, en estos días del impuesto a los créditos —afirmó Mason.

—Tal vez falsificó los libros…

—Un individuo con unos ingresos menores podría haber hecho eso, pero los negocios de Franklin Shore eran demasiado complejos. No, Della; estamos a punto de resolver un antiguo misterio. La solución será interesante y tal vez nos depare aventuras. Le daré el retrato de Matilda Shore, tal como lo pintó Helen Kendal. Una mujer malhumorada y decidida, con más de un millón de dólares encerrados en sus avaras manos, próxima ya al fin de su vida, aficionada a los pájaros; un sirviente que ha pasado siempre por coreano, pero que se conduce, se asemeja y habla como un japonés. Esa mujer se mantiene viva por una sola causa: el deseo de esperar en su casa el retorno de su marido. ¡Vamos, Della, estamos en la pista de otra aventura criminal!

Della hizo una mueca.

—No hay crimen todavía —afirmó.

—Bien —dijo Mason, entrando en el armario para ponerse el

abrigo—; por lo menos tenemos una tentativa de crimen.

—¿Cuál?

—La que se realizó contra el gatito.

—¿El caso del gatito envenenado? —preguntó la joven.

Metió en su bolso una libreta de notas y media docena de lápices, y luego permaneció en pie cerca del escritorio, como si algo le preocupara.

—¿Vamos? —inquirió Perry impaciente.

—Jefe, ¿ha observado usted alguna vez la forma de comer de un gatito?

—¿Por qué?

—Los gatos, por lo general, comen con mucha delicadeza y eligen los bocados. Ese minino debía de estar muy hambriento para engullir sin masticar las bolitas de carne.

—Me imagino que ese gatito fue muy imprudente. Apresurémonos.

—Muy imprudente —afirmó Della—. Creo que cuando abra una nueva carpeta para este asunto, le llamaré: «El caso del gatito imprudente».

Capítulo 5

Ya en camino hacia el «Hotel Castle Gate», en el automóvil de Mason, Della Street inquirió:

—¿Puso Franklin Shore todas sus propiedades a nombre de su esposa?

—Tengo entendido que sí. Las cuentas del banco eran conjuntas.

—¿Desde cuánto tiempo antes de la desaparición?

—Hacía tres o cuatro años que procedían así.

—Entonces, si ella quiere evitar que él retorne, podría…

—No podría evitar que volviera físicamente —le interrumpió Mason—, pero sí podría evitar su retorno financiero. Supongamos que, en el momento en que él asome las narices, ella entabla juicio de divorcio, solicita que inscriban a su nombre las propiedades y todo lo poco que ha quedado a nombre de su esposo. ¿Se da cuenta de la situación? La esposa afirmaría que las otras propiedades eran de ella.

—¿Cree usted que eso es lo que piensa hacer ella?

—Se ve que Shore tiene alguna razón para desear que esté yo presente en la conferencia —dijo Mason—. No creo que me haya llamado para jugar a los naipes.

Guardaron silencio por espacio de algunos minutos, luego Della Street preguntó:

—¿Dónde debemos encontrarnos con los demás?

—A una manzana del «Hotel Castle Gate».

—¿Qué clase de establecimiento es ése?

—Es un hotel de ínfima categoría; tiene un frente con un poco de respetabilidad, pero sólo una capa muy delgada.

—¿Y Henry Leech quería que Helen Kendal y usted fueran allí?

—Sí.

—¿Cree usted que tendrá inconveniente en que vayamos los

cuatro?

—No lo sé. Existen circunstancias muy peculiares, y quiero tomar notas para saber lo que se dice y lo que no se dice… Allí, en la otra esquina, nos encontraremos con los demás. Aquí tenemos un buen sitio para aparcar el coche.

Mason acercó el automóvil al bordillo, apagó la luz y cortó la corriente del motor, ayudó a Della Street a descender, y cerró la portezuela del coche con llave. Dos figuras surgieron de las sombras de un portal. Gerald Shore se adelantó para estrecharles la mano. Las presentaciones se hicieron en voz baja.

—¿Hay moros en la costa? —preguntó Mason.

—No, no hay nadie.

—¿No les han seguido?

—Me parece que no.

—Estoy completamente segura de que nadie nos ha seguido — dijo Helen Kendal.

Mason hizo un ademán en dirección al edificio que se elevaba en medio de la manzana siguiente, donde una sección de pared blanca, que sobresalía por encima de los tejados de las casas cercanas, mostraba la siguiente leyenda: «“Hotel Castle Gate”. Habitaciones desde un dólar en adelante. Precios por meses. Viajeros. Restaurante». El letrero estaba sucio y descolorido por el polvo y el hollín de la gran ciudad.

Mason tomó del brazo a Helen Kendal.

—Usted y yo iremos primero —dijo—. Shore, usted y miss Street pueden seguirnos dentro de un minuto. No demuestren que vienen con nosotros hasta que estemos en el ascensor.

Gerald Shore vaciló un momento.

—Al fin y al cabo —dijo—, a quien yo quiero ver es a mi hermano Franklin. No tengo interés en ver a ese Leech. Si mi presencia puede inquietarle, prefiero sentarme en el automóvil y esperar.

—Mi secretaria Della Street vendrá conmigo —dijo Mason—. Así seremos tres. Podría usted ser el cuarto.

Shore se decidió de pronto.

—No —dijo—, esperaré aquí en el automóvil, pero en cuanto vea usted a mi hermano, quiero que le diga que estoy aquí y que debo verle antes que hable con nadie. ¿Entiende usted? Antes que

hable con nadie.

Mason contempló a Shore con mirada burlona.

—¿Antes que hable conmigo?

—Con cualquier persona.

Mason movió la cabeza.

—Si quiere hacerle llegar ese mensaje, hágalo usted mismo. Ese hombre me ha llamado a mí. Probablemente quiere hacerme una consulta profesional.

Shore se inclinó como lo hubiera hecho en la sala del tribunal.

—Perdón, míster Mason, he cometido un error. Pero, de todos modos, esperaré aquí. Dudo que mi hermano esté en ese hotel. Cuando salgan con Leech, me uniré a ustedes.

Se dirigió hacia el sitio donde había aparcado su automóvil, abrió la puerta, entró y tomó asiento.

Mason favoreció a Helen con una sonrisa tranquilizadora.

—Vamos —dijo.

Marcharon por la acera casi desierta en dirección a la entrada del viejo hotel. Mason abrió la puerta para que entraran las jóvenes y él las siguió.

El vestíbulo tenía unos seis metros de ancho y se extendía hasta un mostrador en forma de U, cerca del cual había un conmutador telefónico. Detrás del mostrador se hallaba sentado un recepcionista de aspecto aburrido, que leía una revista policíaca de lo más espeluznante. Frente al mostrador había dos ascensores automáticos. Se veían quince o veinte sillas ordenadas en hilera contra una pared del vestíbulo. Media docena de individuos, sentados en las actitudes más variadas en esas sillas, levantaron la vista para mirar, primero con indiferencia y luego con profundo interés, a las dos esbeltas jóvenes, seguidas por la alta figura del abogado.

El recepcionista separó los ojos de la revista y les hizo el señalado honor de permitir que su atención no se apartara de ellos.

—¿Tiene usted alojado aquí a un tal Henry Leech? —preguntó Mason al llegar frente al mostrador.

—Sí.

—¿Está alojado aquí hace mucho tiempo?

—Alrededor de un año.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es su habitación?

—Tres-dieciocho.

—¿Quiere usted llamarle, por favor?

El recepcionista, que por lo visto era también telefonista, se acercó al conmutador e insertó una clavija en uno de los orificios. Oprimió un botón repetidas veces mientras mantenía el auricular apoyado contra su oreja izquierda. Sus ojos estudiaron a Della Street y a Helen Kendal con un interés que no trató de ocultar.

—Lo siento. No está en su habitación.

Mason consultó el reloj.

—Debía verse con nosotros aquí a esta hora.

—No creo que esté en su habitación. Un hombre vino a verle hace dos o tres horas y Leech no estaba. No le he visto volver. Yo… —se interrumpió al ver que un mensajero se acercaba al mostrador.

—Traigo una carta para el recepcionista del «Castle Gate» —dijo el mensajero.

El recepcionista firmó el recibo, abrió la carta, la leyó y luego miró a Mason.

—¿Es usted míster Perry Mason? —preguntó.

—Así es.

—Bien, ya veo que Leech debía verse con usted. Esta carta es en realidad para usted…, pero la dirigió a mi nombre.

Entregó a Mason una hoja de papel, en la cual había un mensaje cuidadosamente escrito a máquina.

Al recepcionista del «Hotel Castle Gate»:

Un caballero irá a buscarme esta noche. Es Perry Mason, abogado. Por favor, dígale que no puedo acudir cita, pero que él debe venir en seguida lugar indicado. Circunstancias obligan cambio de planes. Lamento mucho. Dígale que vaya, por favor, depósito agua cerca parte superior del camino regreso a Hollywood, de acuerdo ruta marcada en plano adjunto. Una vez más disculpe, por favor, cambio de planes. Es inevitable.

Henry Leech

La firma, tal como el mensaje, estaba escrita a máquina. El mapa adjunto a la carta era uno del Automóvil Club, que mostraba Hollywood y los suburbios. Había sido trazada en tinta una línea

que recorría el Hollywood Boulevard, tomaba hacia la derecha al llegar a Ivar Street, para seguir luego un camino serpenteante en dirección a un punto del plano marcado: *Depósito de agua*.

—Me parece que salió… hace un par de horas. No le he visto volver —dijo el recepcionista.

Mason estudió la carta, la plegó juntamente con el mapa, y se guardó ambos en el bolsillo de su abrigo.

—Vamos —dijo.

Capítulo 6

La luz de los faros de los dos automóviles se quebraba y volvía a brillar sobre el camino, mostrando a veces cegadores círculos sobre el talud de una curva, para luego enviar conos de luz paralelos a través de oscuros cañones. El camino serpenteaba hacia la cima de las montañas, ascendiendo gradualmente. Mason y Della Street iban en el coche de delante; Gerald Shore y su sobrina les seguían en el automóvil del primero.

—¿Notó usted algo extraño en esta carta con las instrucciones? —preguntó Mason a Della, mientras maniobraba hábilmente con el volante, para seguir las revueltas del camino.

Della Street, cuyos ojos se fijaban alternativamente en el mapa y en el camino, contestó:

—Me pareció vagamente familiar, como si conociera a la persona que la escribió…, algo así como la forma de expresarse, se podría decir.

Mason rompió a reír.

—Inclínese repetidas veces y sonría mientras lee las palabras en voz alta. Pronúncielas sin cambiar la expresión del rostro y en forma monótona, y verá de qué se trata.

Della Street sacó la carta del sobre y comenzó a leerla. Al finalizar la cuarta línea, dijo:

—¡Cielos! Es la forma que escribiría un japonés.

—El estilo no podría parecer más japonés ni aunque se hubiera tratado de hacerlo deliberadamente. Y tome nota de que la firma está escrita a máquina…; también fíjese que la carta está dirigida simplemente al recepcionista del «Hotel Castle Gate». Leech ha estado alojado allí desde hace un año. Es casi seguro que conoce al recepcionista por su nombre, y lo hubiera mencionado en la carta.

—Entonces, ¿no cree usted que encontremos a Leech allí arriba?

¿Cree que vamos a la caza de un espejismo?

—No sé. Me llamó la atención el estilo especial de la carta y me pregunté si usted también lo habría notado.

—Cuando la leí por primera vez no me di cuenta. Supongo que lo habría notado si la hubiera oído leer en voz alta. Ahora que me lo indicó usted, salta a la vista.

Mason puso el coche en segunda, oprimió el acelerador y lanzó el automóvil a mayor velocidad. Por espacio de varios minutos sus manos estuvieron ocupadas en el volante; luego el camino se presentó recto y a nivel. A su alrededor se veía el contorno negro de las tranquilas montañas. Sobre sus cimas titilaban las estrellas. Debajo y atrás, una alfombra de luces vacilantes se extendía en varios kilómetros, señalando la situación de Los Ángeles, Hollywood y los pueblos suburbanos. Veíase una multitud ininterrumpida de millares de lucecillas, entre las que se destacaban diseminadas las burbujas de color procedentes de los letreros luminosos. En contraste con ese vasto mar de luces, las montañas a las que habían ascendido eran siluetas oscuras e inmóviles.

Mason puso nuevamente el coche en tercera, disminuyó la presión sobre el acelerador y el áspero rugir del poderoso motor se convirtió en un simple murmullo. Por las ventanas abiertas penetraba el silencio de las montañas, un silencio interrumpido sólo por el roce de las cubiertas al rodar sobre el camino, y el ominoso ¡juuu…! ¡juuu…! ¡juuu…! de un búho.

Un momento después, las luces del coche de Gerald Shore se reflejaron en el parabrisas y en el espejo del auto de Mason, cegando a éste parcialmente con su resplandor, de tal modo que Mason no pudo ver un automóvil detenido en el camino hasta que ya estuvo a punto de chocar con él, evitando, a duras penas, la colisión con una brusca maniobra hacia la derecha. Unos metros más adelante, había una curva cerrada y un grupo circular de eucaliptos marcaba la situación del depósito de agua.

—Ya llegamos —dijo Della.

Mason acercó el automóvil a un costado del camino y lo detuvo. Gerald Shore paró detrás del abogado. Ambos apagaron las luces y cortaron la corriente de los motores.

Casi instantáneamente los tragó el silencio de las montañas. El motor del auto de Mason, al enfriarse, producía débiles sonidos que

parecían estrepitosos en contraste con el silencio que les rodeaba. El ruido de pasos, cuando Gerald Shore se acercó, parecía extraordinariamente resonante.

Ajustando su voz a la tranquilidad reinante, Gerald Shore dijo:

—Ése debe ser el coche, mas no vi a nadie dentro.

Della Street rió indecisa.

—No me parece ésta una cita —anunció nerviosa—. ¿Está seguro de que dijeron el martes por la noche?

La voz de Helen Kendal reveló, en su agudeza, la aprensión que sentía la joven.

—En este automóvil hay alguien sentado detrás del volante. No se ha movido y parece estar esperando.

—¿Tiene una linterna? —preguntó Shore—. No sé por qué me siento inquieto respecto a este asunto. No hay razón para que mi hermano nos haya hecho venir aquí simplemente para vernos.

—Traeré la linterna —dijo Mason; abrió la portezuela del coche, sacó del bolso una linterna eléctrica y agregó—: Vamos.

Formaron un pequeño grupo compacto y se dirigieron hacia el silencioso auto. La linterna dibujaba un círculo de luz blanca sobre el suelo.

Del automóvil al cual se acercaban no les llegó señal de vida.

Bruscamente, Mason levantó la linterna para que los rayos de luz iluminaran el interior del coche. Helen Kendal no logró reprimir del todo la exclamación de horror y sobresalto que le brotó a los labios.

El cuerpo estaba echado sobre el volante, al que rodeaba a medias el brazo derecho. La cabeza se inclinaba a un lado, apoyada sobre el hombro. Una siniestra corriente roja, que había manado desde la sien izquierda, se bifurcó al llegar al pómulo y su color señaló un contraste con el de la carne muerta.

Mason permaneció inmóvil, sosteniendo la linterna enfocada sobre el cuerpo inerte. Sobre el hombro dijo a Gerald Shore.

—Supongo que usted no podría identificar a ese tal Leech.

—No. Nunca le he visto.

—¿No es éste su hermano? —preguntó Mason, apartándose un poco para que el haz de luz iluminara mejor las facciones del muerto.

—No.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

Mason reflexionó un momento; luego dijo:

—El teniente Tragg, del Departamento de Homicidios, se queja siempre de que yo violo la ley al mover cadáveres y destruir indicios antes que la Policía comience a investigar. Esta vez me mantendré fuera de toda sospecha. Si miss Kendal no siente temor de estar aquí voy a dejarles a ustedes dos para que vigilen el cadáver, mientras mi secretaria y yo corremos hacia el teléfono más próximo para comunicarlo al Departamento de Policía.

Shore vaciló un momento; al fin dijo:

—Sólo se necesita una persona para hacer la llamada. Me gustaría que hubiera más de un testigo conmigo.

—¿Quiere quedarse? —preguntó Mason a Della.

Ella le miró a los ojos.

—Por supuesto.

—Pues bien…, miss Kendal, ¿cuál es el número de teléfono de su tía?

—Roxwood tres, tres mil novecientos ochenta y siete. ¿Por qué? ¿Piensa usted avisarla?

—No —respondió Mason—; pero se me ocurre llamar a la casa. Quizá haga una pregunta al sirviente.

Mason saltó a su coche, cerró la puerta apresuradamente, puso en marcha el motor, oprimió el acelerador y partió en segunda camino abajo. Detuvo el coche frente a la primera casa en que vio luz, ascendió los escalones de entrada y llamó a la puerta.

Era una mansión de líneas elegantes, construida al estilo típico de California: un piso sobre el frente, para descender luego en una serie de pisos y galerías sobre la colina y apartándose del camino.

Mason vio una figura masculina que se acercaba lentamente por un pasillo interior. Se encendió la luz del pórtico iluminándolo. Se abrió el mirador de la puerta. Un par de penetrantes ojos grises inspeccionaron al abogado.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la voz del hombre.

—Me llamo Perry Mason —respondió éste—. Querría usar su teléfono para notificar a la Policía que ha sido encontrado el cadáver de un hombre en un auto parado frente al tanque del agua, en la cima de la colina.

—¿Perry Mason, el abogado? —preguntó el hombre.

—Sí.

—He oído hablar de usted. Pase.

Se abrió la puerta. El propietario, que vestía una bata y calzaba pantuflas, miró curiosamente a Mason y dijo:

—He leído mucho respecto a usted en los diarios. Nunca creí que le conocería de esta forma. El teléfono está allí, sobre esa repisa.

Mason le dio las gracias, se acercó al teléfono, marcó el número de la Policía y oyó la voz aguda y potente del teniente Tragg.

—Habla Perry Mason —dijo el abogado—. Tengo algo que comunicarle.

—No me irá usted a decir que ha encontrado otro cadáver —dijo Tragg.

—Ciertamente que no —replicó en seguida Mason.

—Bien, así es mejor. ¿Qué le pasa?

—Yo he dejado de descubrir cadáveres, pero una de las personas que estaba conmigo descubrió uno en un automóvil, cerca del tanque de agua que está en las colinas de Hollywood. Si quiere usted salir ahora, le esperaré en la esquina de Ivar y Hollywood para indicarle el camino.

—¡Oh! —contestó el teniente Tragg con rebuscada cortesía—. Alguien que estaba con usted descubrió el cadáver.

—En efecto.

—Ya que ha agotado usted su cuota —prosiguió Tragg sarcásticamente— presumo que deja usted a su estimada secretaria reclamar el honor de haber hallado el de hoy, ¿no es verdad?

—A mí no me molesta que gaste usted bromas por teléfono en lugar de investigar un asesinato, pero a los periódicos seguro que no les hará ninguna gracia.

—Muy bien, gana usted —respondió Tragg—. Salgo ahora mismo. Mason cortó la comunicación y marcó luego el número Roxwood tres, tres mil novecientos ochenta y siete.

Al cabo de varios segundos, durante los cuales Mason oyó el zumbido de la llamada al otro extremo de la línea, se dejó oír una voz femenina:

—Sí. ¿De qué se trata? —preguntó con voz áspera y excitada.

—Ustedes tienen un sirviente japonés —dijo Mason—. Quisiera

hablar… —¡No es japonés! ¡Es coreano!

—Está bien, cualquiera que sea su nacionalidad, quiero hablar con él.

—No está en casa.

—¡Oh!, ¿no está?

—No.

—¿Cuándo salió? —preguntó Mason.

—Hará poco más o menos una hora.

—¿Quién es usted?

—Soy la cocinera y ama de llaves. Ésta es mi noche de salida, pero volví en el momento mismo en que ellos dejaban la casa, y me dijeron que permaneciera aquí y contestara las llamadas telefónicas.

—¿Podría usted decirme si ese sirviente coreano ha estado en la casa toda la noche?

—Bien…; no sabría decirle… Creo que salió hace un rato; ya se lo dije…

—¿Y dónde está ahora?

—Afuera.

—¿No puede usted darme más informes?

—No.

—Yo soy míster Mason. Llamo en nombre de Gerald Shore y quiero saber dónde está ese sirviente en este momento.

—¿Llama usted por encargo de míster Shore?

—Así es.

—Si le digo a usted dónde está Komo ahora, ¿se ocupará usted de que… no haya complicaciones?

—Sí. Yo me encargaré de eso.

—Salió para llevar a mistress Shore al «Hospital Exeter».

—¿Al «Hospital Exeter»? —replicó Mason sorprendido.

—Sí. Enfermó de repente, parecía como si la hubieran…

—¿Como si la hubiera qué? —inquirió Mason.

—Nada.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Creo que fue alrededor de las nueve menos cuarto.

—¿Parecía como si la hubiesen qué? —insistió Mason.

La mujer vaciló un momento; luego dijo bruscamente.

—Envenenado. Pero no le diga a nadie que yo se lo conté —y cortó la comunicación.

Capítulo 7

El automóvil del Departamento de Homicidios, lanzado a gran velocidad por el Hollywood Boulevard, serpenteaba por entre los coches detenidos para darle paso, salvando así los obstáculos. Los peatones suspendieron su marcha para observarlo hasta que su luz roja desapareció, y luego el tránsito normal recobró vida y movimiento.

Mason descendió de un automóvil para ponerse frente a la luz de los focos del auto de la Policía, que se acercaba. Cuando el enorme coche se detuvo con rechinar de frenos, se abrió una portezuela y el teniente Tragg dijo suavemente:

—Suba usted.

Mason entró en el auto, notando que en el asiento trasero, al lado del teniente Tragg, había un espacio aparentemente reservado para él.

—¿A dónde vamos? —preguntó Tragg.

Mason sacó el mapa de su bolsillo.

—Aquí está el plano del cual obtuve las instrucciones.

—¿Dónde lo consiguió?

—Vino con una carta.

—¿Dónde está la carta?

Mason se la entregó. Tragg la tomó en sus manos, pero no intentó leerla todavía.

El agente que conducía se volvió hacia Tragg para pedir instrucciones.

—Tómalo con calma un minuto, Floyd —le dijo Tragg—. El individuo del automóvil está muerto. Él nada hará que nos confunda. Pero este míster Mason está muy vivo.

—¿Con eso quiere decir que yo podría hacer algo para confundirle a usted? —preguntó Mason sonriendo.

—Bien; siempre me gusta entrevistarme con usted tan pronto como es posible, después de sus aventuras nocturnas que hacen necesaria nuestra presencia. Sé que eso nos simplificará a veces las cosas.

—Yo no descubrí este cadáver.

—¿No? ¿Quién fue?

—Un abogado llamado Gerald Shore.

—Nunca le he oído nombrar.

—No trabaja mucho en los tribunales y no se ocupa de casos criminales. Creo que se dará usted cuenta de que es un miembro respetable de la profesión.

Aun contra su voluntad, los ojos del teniente Tragg dejaron entrever cierta admiración mientras examinaban a Mason. Tragg era completamente distinto de la idea que tiene la gente con respecto al detective. No tan alto como Mason, era esbelto, suave, gallardo, y dotado de un profundo conocimiento de su profesión. Cuando Tragg comenzaba a seguir una pista, no se dejaba desviar muy fácilmente de ella. Tenía imaginación y osadía.

—Esta carta… —dijo el policía, sosteniéndola en su mano como si tratara de sopesar la importancia del documento como prueba—. ¿Dónde la obtuvo usted?

—Me la entregó el recepcionista del «Hotel Castle Gate».

—¡Ah, sí! El «Hotel Castle Gate» es un establecimiento de ínfima categoría, algo viejo ya; y, en caso de que le interese a usted, Mason, le tenemos en una lista en que anotamos los nombres de las casas hospitalarias con personas de no muy buena reputación… ¿O quizás está enterado de eso?

—No sabía nada del asunto.

—De cualquier modo, me parece difícil que hubiera usted elegido ese hotel para alojarse en él.

—Es verdad —admitió Mason—. Yo no me alojaba allí.

—Por tanto, es lógico que le pregunte qué estaba usted haciendo allí… Avanza lentamente, Floyd. Estamos reuniendo demasiado público aquí.

Uno de los agentes que ocupaban el asiento delantero dijo:

—Puedo dispersarlos en seguida.

—No, no —ordenó Tragg con impaciencia y sin apartar la vista de Mason—. Emprendan la marcha. Dispersar a una multitud lleva

tiempo. Míster Mason quiere contarnos su historia mientras esté fresca en su mente, ¿no es verdad, Mason?

El abogado rompió a reír.

Tragg pasó el mapa a los ocupantes del asiento delantero.

—Oye, Floyd. Toma este mapa. Sigue el camino. No le des toda la marcha hasta que yo te avise. Bien, Mason, iba usted a decirme por qué fue al «Hotel Castle Gate».

—Fui a ver a un hombre. Si leyera usted la carta, lo entendería.

—¿Cómo se llama el hombre? —inquirió Tragg, con la carta en la mano y la vista fija en el abogado.

—Henry Leech.

—¿Y para qué quería verle usted?

Mason hizo un ademán, como si arrojara algo de su lado.

—Bien, bien, teniente —dijo—; eso sí que no lo sé. Fui a ver a míster Leech por invitación de él mismo. Quería decirme algo.

—¿La invitación vino directamente de Leech?

—Indirectamente.

—¿Por intermedio de un cliente?

—Sí.

—¿El nombre del cliente?

—Helen Kendal, y presumo que fue a verme aconsejada por ese abogado que le nombré, Gerald Shore.

—¿Sabían ellos para qué quería Leech verle a usted?

—Míster Leech me iba a conducir a presencia de otra persona. Así lo tengo entendido.

—¡Oh! ¿Es un caso de un testigo misterioso que le lleva a usted para ver a otro testigo misterioso?

—No, precisamente. La persona que yo tenía que ver era un hombre que desapareció hace algún tiempo y…

Tragg levantó la mano, entornó los ojos, chasqueó sus dedos y dijo:

—¡Un momento…, un momento! Empiezo a entenderlo. ¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Franklin Shore —respondió Mason.

—Es verdad. La desaparición más misteriosa de mil novecientos treinta y dos. Ahora sé quién es el abogado Gerald Shore. ¿Sabía Leech algo respecto a la desaparición?

—Le aseguro —dijo Mason— que sólo le digo a usted lo que me

han dicho a mí. Tal vez haría bien poniéndose en contacto con las personas que conocen la historia a fondo.

—Muy buena la sutileza —concedió Tragg—. Pero creo que prefiero oír antes su historia, Mason.

Mason le dijo entonces:

—Tengo entendido que Leech conduciría a Helen Kendal a presencia de Franklin Shore. Le aseguro, teniente, que me parece que obrará usted mejor si trata de llegar lo más pronto posible. Lo que sucedió allí, puede muy bien ser un comienzo de algo mucho más importante.

—Sí, sí, ya sé —respondió Tragg—. Usted siempre tiene alguna cosa muy aceptable, que me pone en el camino para tentarme cuando voy a llegar a alguna parte; pero hay algo más que quiero averiguar primero, Mason… Sigue marchando lentamente, Floyd… Ahora bien, Mason, ¿cómo es que Leech prometió llevarle a usted a ver a Franklin Shore?

En la voz de Mason se notó la impaciencia que sentía cuando respondió:

—No lo sé, y creo que está usted malgastando el tiempo. El mensaje me llegó por intermedio de miss Kendal.

—Pero, ¿prometió llevarle a usted?

—¿Quién?

—Leech, por supuesto —replicó Tragg—. Déjese de tratar de ganar tiempo.

—No —dijo Mason—. Que yo sepa, Leech no habló con miss Kendal. Creo que fue una comunicación telefónica con otra persona la que hizo que ella fuera a ver a Leech.

—¡Oh, ya veo! —contestó Tragg—. Otra persona fue el portavoz, e imagino que no dirá usted quién fue esa otra persona.

—No —dijo Mason—. No sé quién era.

—Ajá. ¿Se trata de una de esas conversaciones anónimas?

—Por el contrario, teniente. La persona dio su nombre, y además algunos informes bastante interesantes para establecer su identidad.

—¿Y el nombre? —preguntó Tragg.

Le llegó el turno de sonreír a Mason.

—Franklin B. Shore.

Durante un segundo, el rostro de Tragg cambió de expresión, mientras su cerebro absorbía la importancia de esa información;

luego dio una orden al conductor.

—Aprieta el acelerador, Floyd. Suéltale a toda marcha. ¡Tenemos que llegar allá…, muy rápidamente!

Mason se arrellanó en el asiento, sacó una pitillera del bolsillo y ofreció un cigarro a Tragg.

—Ya me parecía que quería usted llegar allá, teniente. Sírvase un cigarrillo.

—Guárdese eso en el bolsillo y agárrese fuerte. No conoce usted a Floyd —respondió Tragg.

Mason trató de coger un cigarrillo, y estuvo a punto de ser arrojado del asiento cuando el automóvil tomó una curva y esquivó a otro vehículo que cruzaba la calle.

—Haz sonar esa sirena —ordenó Tragg—. Y dale velocidad.

La sirena comenzó su imponente aullido. El enorme y poderoso coche acrecentaba su velocidad a medida que ascendía el empinado camino. Mason, recobrando la posición, logró sacar un cigarrillo y colocárselo entre los labios. Guardó la pitillera en el bolsillo y se vio obligado a cogerse con ambas manos al asiento sin encontrar la oportunidad de encender una cerilla.

El vehículo ascendía rápidamente, la sirena aullaba y sus ecos resonaban en los cañones cercanos para ser luego absorbidos por los valles distantes. El conductor arregló hábilmente los faros para que, a pesar de las curvas, siempre hubiera un espacio iluminado frente al coche, sobre el camino.

Al fin los haces de luz de los faros del coche policíaco iluminaron los dos automóviles parados y mostraron a Della Street, Helen Kendal y Gerald Shore, que estaban en pie, en grupo, observando la llegada del automóvil de la Policía.

Mason dijo:

—Vuelva el reflector de manera que ilumine primeramente a ese coche, teniente.

—¿Es ése el coche que contiene el cadáver de Leech? —preguntó Tragg.

—No lo sé —replicó Mason—. Yo no conozco a Leech.

Tragg le dirigió una rápida mirada.

—¿Quiere usted decir que ese cadáver no es el de Leech?

—No lo sé.

—¿Quién lo sabe?

—Le aseguro que no podría decírselo —dijo Mason—. No sé si alguno de los que me acompañan podría identificarle.

El coche policíaco se detuvo al fin.

—Muy bien —exclamó Tragg—, echemos una ojeada por los alrededores, muchachos. Mason, vaya y vea si alguno de sus compañeros puede identificar el cadáver.

Si la petición del teniente Tragg fue hecha con la intención de alejar a Mason mientras la Policía inspeccionaba el automóvil, no tuvo éxito, pues Mason sencillamente levantó la voz y llamó:

—Vengan aquí…, ustedes tres.

—No le dije que hiciera eso —dijo Tragg irritado.

—Creí que quería usted saber si ellos podían identificar el cadáver —le respondió Mason.

—Así es; pero no necesitan venir aquí y molestarnos en nuestro trabajo.

—No le molestarán. ¿Cómo van a identificar un cadáver si no lo ven?

—Ya lo habrán visto muy bien —replicó Tragg—. Si usted estuvo presente, no me cabe la menor duda de ello.

—Por el contrario —le aseguró Mason—, dos de esas personas no se han acercado al automóvil.

—¿Cómo sabe usted que no lo han hecho?

—Porque dejé instrucciones de que no lo hicieran.

—¿Cómo sabe usted que siguieron sus instrucciones?

—Porque Della Street estaba con ellos.

Tragg frunció el ceño y dijo:

—Las excesivas precauciones que usted se toma en este caso me dan la impresión de que ya ha metido el pie en el agua y la ha hallado demasiado caliente.

Mason adoptó una expresión de dignidad ofendida.

—Tiene usted una mente horriblemente suspicaz, Tragg —luego sonrió—. Admitiré, empero que traté de recordar el cuento aquel del individuo que una noche quiso nadar en el estanque y se zambulló en él sin asegurarse de si estaba lleno de agua o no.

En aquel momento, los reflectores iluminaban por completo el interior del coche. Un fotógrafo había colocado su cámara sobre un trípode y estaba poniendo una lamparilla en la pistola de magnesio.

—Vayamos para ese lado —dijo Tragg—. Desde allí podrán ver

la cara del muerto. ¿Alguno de ustedes le conoce?

Solemnemente se acercaron al automóvil para examinar la fisonomía de la víctima.

—Nunca he visto antes a ese hombre —afirmó Shore con gravedad.

—Yo tampoco —agregó Helen Kendal.

—¿Y usted? —preguntó Tragg a Della Street.

La joven negó con la cabeza.

—¿Ninguno de ustedes conoce a Leech? —preguntó entonces el teniente. Se oyeron dos «no» y se vio un movimiento negativo de cabeza.

El fotógrafo dijo:

—Muy bien, teniente, quítelos de en medio.

Un agente hizo retroceder al grupo, y el relámpago de magnesio iluminó las tinieblas de la noche.

—Quieto —dijo el fotógrafo—. Tomaré otra fotografía desde este ángulo, luego otra desde el otro. Después pueden quedarse con él.

Cuando el grupo se alejó del automóvil, Mason logró apartar a Della Street y a Helen Kendal hacia un lado.

—Cuando el teniente Tragg las interrogue —dijo— contesten francamente a sus preguntas; pero quizá convenga no ofrecer voluntariamente ninguna información…, especialmente sobre las cosas insignificantes.

—¿Cuáles, por ejemplo? —inquirió Della Street.

—¡Oh! —exclamó Mason, con actitud indiferente—, nada de las habladurías de familia o cosas de esa especie. Tragg les preguntará lo que quiera saber. No le hagan malgastar su tiempo con una cantidad de información sin importancia, tales como el hecho de que Gerald Shore no entró en el hotel cuando fuimos nosotros a preguntar por Leech…, cosas como ésa. Por supuesto, si pregunta algo en particular, entonces cambia de aspecto el asunto; pero no hay necesidad de perder el tiempo diciéndole cosas en las que no esté interesado. Él les formulará preguntas respecto a todo lo que quiera saber.

Helen Kendal asintió inocentemente; pero Della Street se llevó a Mason hacia la parte trasera del automóvil.

—¿Por qué quiere usted que se guarde secreto respecto a que Gerald Shore no entró en el hotel? —preguntó—. ¿Y qué significado

tiene eso?

Por su actitud, Mason parecía sumido en profundas reflexiones.

—Que me cuelguen si lo sé, Della. Por alguna razón desconocida no quiso entrar en el hotel. Eso es lo que me parece.

—¿Cree usted que él conoce en realidad a Henry Leech?

—Es posible…; o podría ser que él hubiera estado allí esta misma noche más temprano, y no quisiera que el recepcionista le reconociera.

Della Street frunció los labios y emitió un silbido leve.

—Tenga en cuenta que no es más que una suposición —le advirtió Mason—. Probablemente es infundada, pero yo…

—¿De qué está usted hablando? —preguntó Tragg perentoriamente, acercándose desde el otro lado del automóvil.

—Me preguntaba si el tiro fue disparado desde la izquierda por alguien oculto a la vera del camino, o desde el lado derecho por alguien que estaba sentado en el interior del auto.

Tragg gruñó:

—¡Perdone usted! Por la forma misteriosa como se comportaban, creí que estaban discutiendo algo confidencial…, como, por ejemplo, quién ganó el último campeonato de baseball. Sólo para satisfacer su curiosidad, le diré que el tiro fue disparado desde la izquierda, por alguien que estaba fuera del coche. La bala entró por el lado izquierdo de la cabeza y el asesino estaba lo suficientemente lejos como para que el arma no dejara quemaduras de pólvora. Probablemente usó un revólver calibre treinta y ocho, y es posible también que fuera una pistola automática. Vamos a buscar el cartucho vacío. ¿Hay algo más que quiera usted saber?

—Mucho más —respondió Mason—. En una palabra, me gustaría conocer todos los detalles.

—¿Tiene una moneda? —preguntó Tragg de manera casual.

Mason metió una mano en el bolsillo.

—Sí, ¿por qué? ¿Quiere usted hacer una llamada telefónica?

—No —dijo Tragg, sonriendo—. Guarde la moneda. Con ella podrá comprar mañana un diario y enterarse de todos los detalles. En estos momentos, sólo le diré lo que yo quiero que sepa.

Tragg se alejó de ellos en dirección al otro lado del auto. Por entonces, el ayudante del médico forense ya había finalizado su examen y los agentes comenzaron a revisar las ropas del muerto.

Unos momentos después, Tragg se acercó al automóvil policíaco y dijo:

—Quisiera que ustedes cuatro vinieran aquí. Mason, le voy a pedir que me deje llevar la conversación por un momento y no diga nada, a menos que yo le formule alguna pregunta.

Mason asintió.

—Bien —prosiguió Tragg, volviéndose hacia los otros—. ¿Qué fue lo que Mason les aconsejó que no me dijeran?

—¿Qué le hace creer…? —comenzó Mason.

Tragg le hizo callar con un ademán. Siguió con la vista fija en Helen Kendal.

—Muy bien, miss Kendal —prosiguió—, se lo preguntaré a usted. ¿Me lo dirá?

En voz alta y monótona, Della Street comenzó a recitar:

—«¿Quiere entrar en mi salita?, dijo la araña a la mosca…».

—¡Basta ya! —ordenó Tragg indignado—. Le estoy formulando una pregunta seria a miss Kendal. Vamos, señorita. ¿Qué fue lo que le dijo Mason?

Helen Kendal permaneció indecisa por un momento; luego, mirando a los ojos del teniente, dijo:

—Nos aconsejó que respondiéramos a todas sus preguntas con entera franqueza.

—¿Eso es todo?

—Nos dijo que no le hiciéramos perder tiempo agregando una serie de detalles sobre las cosas triviales y sin importancia.

—¿Tales como…? —inquirió Tragg, aprovechando la respuesta de la joven con la presteza de un fiscal que ha notado el punto débil de la declaración de un testigo.

Los grandes ojos violeta de Helen Kendal estaban muy abiertos.

—Cosas sobre las cuales no querría usted interrogarnos. Míster Mason dijo que es usted muy hábil y que nos haría preguntas que cubrirían todos los aspectos del caso, sobre los cuales querría usted que le diéramos informes.

El rostro de Tragg demostró furiosa determinación.

—Y no crean que no lo haré —prometió ceñudo.

Capítulo 8

Pasó una media hora antes que el teniente Tragg finalizara su minucioso interrogatorio. En ese tiempo, sus hombres habían completado el examen del cadáver y del automóvil.

—Muy bien —dijo Tragg con acento cansado—. Ustedes cuatro se quedan aquí, en este automóvil. Yo vuelvo al otro coche para revisar algunas cosas.

Cuando Tragg se alejaba, Gerald Shore dijo:

—Ha sido un interrogatorio minucioso, según mi opinión. Parecía como si estuviéramos declarando en el banquillo de los testigos. Me figuro que ese hombre sospecha de nosotros.

—Tragg tiene el presentimiento de que hay algo oculto detrás de lo ocurrido —respondió Mason sobriamente—. Por tanto, quiere saber de qué se trata.

—Usted no me insinuó a mí que ocultara al teniente alguna información que pareciera trivial —dijo Gerald Shore con tono muy casual.

—Así es —concedió Mason.

—¿Qué es lo que se proponía especialmente con eso?

—¡Oh!, cuestiones sin importancia…; cosas que forman parte de todo el caso, pero que me parece no tienen mucho que ver con el asunto.

—¿Era algo especial lo que motivó su recomendación? —preguntó Shore.

—Muchas cositas —replicó Mason—. Por ejemplo, el envenenamiento del gatito.

Una inspiración rápida y profunda de Helen Kendal demostró su sorpresa.

—Míster Mason, seguramente no creerá usted que el envenenamiento del gato tiene algo que ver con esto, ¿verdad? —y

señaló con un ademán el automóvil en el que se descubriera el cadáver.

Mason respondió suavemente:

—Solamente lo mencioné para ilustrar las insignificancias en las que creo que el teniente Tragg no estaría interesado.

—Pero yo creí que lo que usted no quería que le dijéramos era… —se interrumpió de pronto.

—¿Era qué? —preguntó Gerald Shore.

—¡Oh! Nada.

Shore miró a Mason con suspicacia.

—Creo que lo único que mencionó en especial —respondió Mason serenamente— fue algo que sugerí a guisa de ilustración…, tal como mencioné ahora el envenenamiento del gatito.

—¿Qué fue lo que usó usted para ilustración? —inquirió Shore.

Helen Kendal dijo de pronto:

—El hecho de que no entraras tú al «Hotel Castle Gate» cuando fuimos esta noche.

Parecía haberse apoderado del cuerpo de Gerald Shore esa inmovilidad que resulta del esfuerzo consciente para no traicionar las emociones.

—¿Qué puede tener eso que ver con esto?

—Ése es el asunto, míster Shore —dijo Mason—. Lo mencioné como uno de esos detalles triviales que podría embrollar el caso y prolongar innecesariamente el interrogatorio de los testigos. Está incluido en la misma categoría a que pertenece el envenenamiento del gatito.

Shore se aclaró la garganta, comenzó a decir algo, luego lo pensó mejor y guardó silencio.

El teniente Tragg retornó al automóvil, llevando un bulto envuelto en un trozo de paño blanco.

—Abra la puerta del auto —dijo a Mason—. Córrase un poco para que pueda poner allí estas cosas. Ahora bien: no quiero que nadie toque ninguno de estos objetos. Quiero que los miren con atención…, pero sólo que los miren.

Abrió el bulto, que resultó ser un pañuelo en cuyo interior había un reloj de oro, un cortaplumas, un billetero de cuero, un lápiz de oro y una pluma estilográfica chapada en oro con iniciales grabadas.

—Tengo una teoría respecto a estas cosas —dijo el teniente—. Pero no les diré de qué se trata. Quiero que me digan si alguna vez las han visto, o si alguna de ellas les parece familiar.

Todos se inclinaron para observar los objetos. Shore miró por encima del hombro de Mason desde el asiento delantero del automóvil; Della Street y Helen Kendal se apoyaron en el respaldo del asiento.

—Para mí no tienen ningún significado —anunció Mason en seguida.

—Y usted, Shore, ¿qué dice? —preguntó el teniente.

Shore estiró el cuello, frunciendo las cejas en actitud meditativa.

—No puede ver muy bien desde su posición, teniente —dijo Mason—. ¿Es correcto que salga yo para que él los pueda ver desde más cerca?

—Está bien —replicó Tragg—, pero no toque usted ninguna de estas cosas.

—¿Se puede preguntar dónde las consiguió usted? —inquirió Mason.

—Estaban envueltas en este pañuelo, tal como las ve aquí, y las hallé sobre el asiento del auto, al lado del cadáver.

—¡Ajá! —exclamó Mason, retorciéndose para poder salir por la portezuela sin tocar ninguno de los objetos—. ¿Se puede tocar el pañuelo, teniente?

—Sí. No podemos obtener ninguna huella dactilar de la tela.

Mason palpó el pañuelo.

—Buena tela —dijo—. Es un pañuelo de hombre. Tiene un color algo raro, ¿no es así, teniente?

—Así parece.

Cuando Mason descendió, Gerald Shore, inclinándose hacia adelante, exclamó:

—¡Vaya, ése es el reloj de mi hermano!

—¿Se refiere usted a Franklin Shore? —inquirió el teniente Tragg, mirándole atentamente.

—Sí —replicó Gerald con voz excitada—. Ése es su reloj y creo…; sí, ¡ésa es su pluma estilográfica!

—Tiene iniciales «FBS» grabadas en ella —dijo secamente Tragg —. Eso me hizo pensar que podría haber sido propiedad de su hermano.

—Lo es. Es de él.
—¿Y este lápiz?
—No estoy seguro respecto al lápiz.
—¿Y el billetero?
—No podría ayudarle en eso.
—¿El cortaplumas?
Gerald movió la cabeza, y dijo:
—Pero ese reloj sí es suyo.
—¿Marcha el reloj? —preguntó Mason.
—Sí.
—Tal vez podríamos mover el pañuelo de manera que viéramos la esfera del reloj.
—Es un reloj sencillo, sin tapa —respondió Tragg—, pero note usted que tiene un adorno en la parte de atrás; es una rúbrica formada por las iniciales «FBS».
—Muy interesante —comentó Mason—. Podríamos echar una ojeada a la esfera del reloj, para ver si tiene alguna otra cosa interesante.
El abogado cogió el pañuelo y lo movió de manera que el reloj se volvió lentamente, hasta quedar con la esfera hacia arriba.
Mason dirigió una mirada significativa a Della Street, y le guiñó un ojo. La joven bajó las manos en seguida hacia el cierre de su bolso.
—Esto es interesante —dijo Mason—. Es un reloj «Waltham». Tiene algo escrito en la esfera. ¿Qué es…? —se inclinó sobre el pañuelo—. Mantenga la luz allí por un momento, teniente, hágame el favor.
—Es la marca y la descripción del reloj —dijo Tragg.
Mason se inclinó aún más.
—Es verdad —dijo—. La impresión está muy bien hecha. La palabra «Waltham» está impresa en línea recta, y debajo de ella, en curva, se lee: Vanguard veintitrés Jewels. Observe, teniente. Hay un indicador de la cuerda en la parte superior, al lado del número doce. Sirve para saber cuándo se ha dado cuerda al reloj y cuándo está por terminar. Hay veinticuatro horas en la esfera y se puede apreciar, por la posición de la manecilla, cuánto tiempo, poco más o menos, hace desde que se le dio cuerda. Alrededor de seis horas en este caso. Bastante interesante…, ¿no le parece?

—Sí —respondió Tragg—. Eso indica que el reloj tenía toda la cuerda hace aproximadamente seis horas…, aunque no veo que el detalle tenga significación alguna.

Mason consultó su propio reloj.

—Son las diez y treinta —comentó, pensativo—. Lo que quiere decir que se le dio cuerda a ese reloj alrededor de las cuatro y media o cinco de la tarde.

—Exactamente —repitió Tragg—. Pero me perdonará usted, Mason, si no demuestro excitarme demasiado por el detalle. De una forma u otra, siempre he notado que cuando empieza usted a señalar indicios, no es porque esté muy ansioso de que yo me interese en las cosas que menciona, sino más bien para evitar que me llame la atención alguna otra cosa que cuidadosamente omite usted mencionar.

Helen Kendal volvió la cabeza e hizo una mueca a Della Street, diciendo en un murmullo que oyeron todos.

—¡Me alegro de no ser la esposa del teniente Tragg!

Mason miró a Helen con admiración. La joven parecía despertar bastante rápidamente.

—El teniente no es casado —le dijo.

—Míster Mason, no me sorprende en absoluto la noticia. ¿Y a usted?

—No, no, miss Kendal, no me sorprende —respondió Mason gravemente—. Me han dicho que una vez… Está bien, Tragg, está bien. Siga usted.

—Esa pluma estilográfica es de mi hermano —dijo Gerald Shore —. Recuerdo que la apreciaba mucho.

—¿La llevaba siempre en el bolsillo? —inquirió Tragg.

—Sí.

Mason descendió del coche y miró hacia atrás para cerciorarse de que Della Street había interpretado correctamente su mirada.

La joven tenía un libro de notas sobre la rodilla y estaba tomando taquigráficamente toda la conversación.

Mason sacó un lápiz y una libretita del bolsillo y anotó una serie de números.

El teniente Tragg dijo:

—Es obvio que ese cadáver es el de Henry Leech. Encontramos su tarjeta de conductor en uno de sus bolsillos. Está a nombre de

Henry Leech, que se aloja en el «Hotel Castle Gate». Evidentemente, debe haber sido un huésped permanente del hotel. Hay también algunas tarjetas en su billetero. Tiene que ser Leech.

—Oiga usted, teniente, este hombre nos iba a llevar a presencia de mi hermano. Creo que podrá usted apreciar la importancia que tendrá el que se aclare este viejo misterio.

El teniente asintió.

—Si mi hermano está vivo y sano —prosiguió Shore—, eso tendrá mucha más importancia que el asesinato de este hombre. Creo que no debería usted perder más tiempo en comprobar el significado de todos los indicios que se encuentren.

Tragg entornó los ojos.

—Dígame usted: ¿Por qué cree que tiene más importancia que el asesinato?

—Estoy hablando en mi calidad de abogado —respondió Shore.

—Exactamente —replicó Tragg—, y yo estoy hablando en mi calidad de policía.

Shore lanzó a Mason una rápida mirada; luego prosiguió apresurado:

—Mi hermano era hombre de cierto prestigio. Entiendo que este hombre, Leech, que vivía en un hotel de ínfima categoría, no lo era.

—Siga hablando —le animó Tragg—. No ha dicho usted nada… todavía.

Shore continuó:

—Bien; podría haber mucha diferencia en la situación legal. Verá usted… Yo creo que entiende lo que quiero decir.

Tragg reflexionó un momento, luego le espetó la pregunta.

—¿Un testamento?

—No me refería a eso.

—Pero, ¿lo pensaba?

—No de manera especial.

—Pero, ¿es uno de los aspectos del asunto?

—Sí —admitió Shore de mala gana—. Así es.

Mason intervino con una sugerencia:

—Oiga usted, teniente, ¿no cree que, en vista de las circunstancias, tenemos derecho a ver todo lo que contenían los bolsillos del muerto?

Tragg movió la cabeza.

—Estoy llevando esta investigación por mi cuenta, Mason —dijo con firmeza—. No tiene usted derecho a ver nada.

—Por lo menos —dijo Mason—, se nos debería permitir acompañarle a usted a la habitación de Henry Leech, en el «Hotel Castle Gate», para ver qué descubre cuando la inspeccione. Al fin y al cabo, andamos en busca del hermano de Gerald Shore, y éste debería tener algún derecho a saber cómo va el asunto.

Gerald Shore intervino apresuradamente:

—En lo que a mí concierne, tengo una confianza ilimitada en la habilidad del teniente Tragg. No quiero hacer nada que pueda perturbar la investigación. Empero, si puedo hacer algo para ayudar estoy por completo a disposición del teniente.

Tragg asintió con expresión distraída.

—Le visitaré cuando necesite algo.

—Tragg —dijo Mason—, quiero ir con usted al «Hotel Castle Gate». Necesito ver qué hay en la habitación de ese hombre.

El teniente Tragg movió la cabeza negativamente.

—No, Mason, efectuaré esta investigación a mi manera, sin aceptar insinuaciones, ni que se inmiscuya nadie.

—Pero usted va para allá ahora —inquirió Mason—. Por lo menos, permítanos que le sigamos y…

—No —respondió Tragg—. Ya no le necesito a usted. Su automóvil está aparcado en el Hollywood Boulevard, Mason. Vaya allí, métase en él y ocúpese de sus asuntos. Le avisaré si le necesito para algo. Pienso dejar a un hombre de guardia para que cuide el cadáver. Quiero que un perito en huellas dactilares examine todo el automóvil. Muy bien, Floyd, vamos ya. Y recuerde, Mason, no quiero que trate usted de seguirme. Permanezca alejado del «Hotel Castle Gate» hasta que yo termine mi investigación. Buenas noches.

El teniente Tragg recogió el pañuelo, y una vez más, unió las cuatro esquinas para formar un pequeño lío.

Mason volvió a sentarse en el asiento delantero.

—Bien —dijo a Shore—. Parece que Tragg no necesita nuestra ayuda. Podría usted llevarme al sitio donde dejé mi auto aparcado. Y —agregó en voz baja— emprenda la marcha antes que el teniente cambie de opinión.

—¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó Shore, oprimiendo el arranque.

Mason le respondió en voz baja:

—Si no me hubiera mostrado tan insistente en que nos dejara acompañarle al «Hotel Castle Gate», el teniente podría haber insistido para que fuéramos con él.

Shore se volvió hacia Mason con expresión desafiante en el rostro.

—Bien —dijo—, ¿qué habría de malo en ello?

—Ha sucedido algo más, y se me ocurrió que podríamos investigarlo antes que se inmiscuya la Policía. Matilda Shore está en el «Hospital Exeter». La han envenenado.

—¡Dios mío! —exclamó Shore, tomando rápidamente una curva —. Helen, ¿oíste eso?

—Lo he oído —respondió Helen con sosiego.

—Calma, calma —aconsejó Mason a Shore—. No demuestre que está demasiado interesado en alejarse de aquí. Marche lentamente, hasta que nos haya pasado el coche de la Policía. Y no tardará mucho. Ese individuo, Floyd, maneja el auto como un demonio.

Habían recorrido unos trescientos metros, cuando vieron la luz de los faros del auto policíaco, oyeron el roce de las ruedas sobre el camino, y luego el enorme automóvil se aproximó a gran velocidad.

—Hágase a un lado —dijo Mason—, y esperemos que Tragg no recapacite y cambie de idea.

El automóvil de la Policía no aminoró en nada la velocidad, sino que pasó rugiendo al costado del otro, tomando la primera curva del camino de la montaña.

Mason se arrellanó en el asiento.

—Muy bien —dijo a Shore—, póngale en segunda y láncelo a toda velocidad.

Capítulo 9

Matilda Shore, sentada en su cama del hospital, echó sobre los visitantes una mirada iracunda.

—¿Qué significa esto? —preguntó rápidamente.

—Pues —explicó Gerald Shore—, nos enteramos de que estabas enferma y, naturalmente, quisimos saber si podríamos serte útiles.

—¿Quién les informó?

—Lo supo míster Mason.

Ella se volvió hacia Mason.

—¿Cómo? —preguntó.

—Por casualidad —respondió Mason, favoreciéndole con una ligera inclinación del busto.

Gerald Shore intervino apresuradamente:

—Teníamos que verte, Matilda. Han ocurrido algunas cosas que debes saber.

—He estado enferma. No quiero visitas. ¿Cómo supieron dónde estaba? ¿Por qué han traído a esa gente?

—Perry Mason, el abogado, y su secretaria, Della Street —respondió Shore—, están interesados en ciertos asuntos que te incumben a ti.

Matilda Shore hizo girar su enorme cabeza, inspeccionó a Mason, y exclamó:

—¡Hum!

Al cabo de un momento preguntó:

—¿Cómo supo usted dónde estaba yo?

Helen Kendal dijo:

—Komo estaba muy alarmado respecto a lo que te ocurrió. Dijo que te habían envenenado y que te conducías de la misma forma que el gatito. Tú le ordenaste que te trajera en el auto al hospital.

—¡Vaya, qué hipócrita! —exclamó Matilda Shore—. Le

recomendé que no dijera nada.

—Y cumplió sus órdenes —dijo Mason—, hasta que se enteró que nosotros ya sabíamos lo ocurrido. Yo no hablé con Komo. Su sobrina habló con él después que yo comuniqué a ella dónde estaba usted.

—¿Cómo lo averiguó usted?

Mason sonrió.

—Debo proteger mis fuentes de información.

Matilda Shore se irguió un poco más y dijo:

—¿Sería usted tan bondadoso que me informara por qué mi paradero y mi salud pueden tener algo que ver con sus negocios?

—Pero, Matilda —interrumpió Gerald para explicar—, hay algo que debes saber. No teníamos más remedio que ponernos en contacto contigo.

—Bien, ¿de qué se trata? Déjate de andar con rodeos.

—Franklin está vivo —dijo Gerald.

—Ésa no es una novedad para mí, Gerald Shore. ¡Por supuesto que está vivo! Nunca lo he dudado. Se escapó con una gorrona y me dejó con un palmo de narices. Supongo, entonces, que has tenido noticias de él.

—No deberías condenarle demasiado precipitadamente, tía Matilda —dijo Helen Kendal con tono muy poco convincente.

—No hay tonto peor que un tonto viejo —gruñó Matilda—. Un hombre de casi setenta años, ¡escaparse con una mujer que tenía la mitad de su edad!

Mason se volvió a Gerald Shore.

—Tal vez sea mejor que le diga usted cómo se enteró de que su hermano está vivo.

—Telefoneó esta tarde… Es decir, telefoneó a Helen.

Rechinaron los muelles de la cama cuando Matilda movió su enorme cuerpo hacia un lado. Abrió un cajón de la mesita de noche, tomó un par de gafas con armazón de acero, se las caló y miró a su sobrina como si estuviera examinando un bacilo por el microscopio.

—De modo que… te llamó por teléfono. Supongo que me habrá tenido miedo.

Se abrió la puerta y entró en la habitación una enfermera de uniforme almidonado.

—No deben ustedes excitar a la paciente —advirtió la recién

llegada—. En realidad, no debería recibir visitas. Sólo podrán permanecer aquí unos minutos.

Matilda la miró fijamente.

—Ya estoy bien. Haga el favor de dejarnos solos.

—Pero el doctor…

Matilda hizo un ademán imperioso, señalando la puerta.

La enfermera vaciló un momento.

—Tendré que comunicar esto al doctor —murmuró mientras se retiraba.

Matilda se volvió nuevamente hacia Helen Kendal.

—Así que te telefoneó, y no me dijiste una sola palabra del asunto. Eso es gratitud. Durante diez años me dedico a tu…

Gerald Shore la interrumpió, diciendo apresuradamente:

—Verás, Matilda: Helen pensó que quizá se tratara de un impostor, y no quiso molestarte con la noticia hasta haberse asegurado de su veracidad.

—¿Por qué le telefoneó a ella? —preguntó Matilda.

—Eso es lo que digo yo —exclamó Gerald tratando de apaciguarla—. Todo indicaba que estábamos tratando no con Franklin, sino con algún impostor que quería sacar algo a la familia. Pensamos que sería mejor ponernos en contacto con él antes de decirte nada sobre el asunto.

—No soy una niña.

—Comprendo, Matilda; pero creímos que sería mejor así.

—¡Hum!

Helen Kendal añadió entonces:

—Me dijo que no le podría ver si no seguía sus instrucciones al pie de la letra.

—¿Le viste? —preguntó Matilda, examinando a su sobrina a través de los cristales de sus gafas.

—No, no le vimos. Un hombre llamado Leech debía llevarnos a su presencia… y ocurrió algo que se lo impidió.

—Estoy segura de que era Franklin, entonces —dijo Matilda—. Eso es lo que él haría…, tratar de introducirse a escondidas… Quiere ver a Helen, contarle sus desdichas, despertar su simpatía, y hacer que ella interceda ante mí en su favor. Díganle que deje de ocultarse detrás de las faldas y que venga a verme sin emplear artimañas. Yo le diré una o dos cosillas. En el momento mismo en

que asome las narices, entablaré juicio de divorcio. He estado esperando diez años para esto.

—Mistress Shore, espero que el envenenamiento no haya sido cosa seria —dijo Mason.

Ella volvió la vista hacia él y dijo:

—Un envenenamiento es siempre cosa seria.

—¿Cómo sucedió? —interrogó Gerald.

—Me equivoqué de frasco; eso es todo. En el botiquín había medicina para el corazón y tabletas para dormir. Me bebí una botella de cerveza antes de irme a la cama. Luego fui a buscar algunas tabletas para dormir. Me equivoqué de frasco.

—¿Cuándo se dio usted cuenta de que se había equivocado? —preguntó Mason.

—Sentí una convulsión —replicó ella—, y llamé a Komo, le ordené que sacara el auto, avisara al doctor, y me trajera al hospital. Tuve la suficiente presencia de ánimo para beber mucha agua con mostaza, y logré de esa forma librarme de gran parte del veneno. Dije al doctor que después de haber bebido cerveza había abierto el botiquín en la oscuridad, y le expliqué también que tomé el frasquito equivocadamente. No estoy segura de que me crea. De todos modos, ya me curó y ahora estoy bien. Quiero que no digan ustedes una palabra respecto a lo ocurrido. No tengo interés en que la Policía se meta conmigo. Ahora bien: quiero hablar a Franklin. Saquémosle de su escondite.

—¿No se le ha ocurrido a usted, mistress Shore —dijo Mason—, que podría haber alguna relación entre el retorno de su esposo y los dos casos de envenenamiento que han ocurrido en su casa?

—¿Dos? —preguntó ella.

—El gatito y usted.

Matilda Shore le estudió durante varios segundos; luego exclamó:

—¡Disparates! Yo me equivoqué de frasco; eso es todo.

—Ahora le pregunto si no se le ha ocurrido la idea de que la cerveza estuviera envenenada.

—¡Tonterías! Le digo a usted que me equivoqué de frasco.

—¿No cree que, para bien de usted misma, debería hacerse algo?

—¿Qué se puede hacer?

—Por lo menos debería usted dar los pasos necesarios para evitar que se repita lo ocurrido —le respondió Mason—. Si alguien ha atentado contra su vida, tendría usted ciertamente que hacer algo.

—¿Se refiere a la Policía?

—¿Por qué no?

—¡La Policía! —exclamó Matilda con tono desdeñoso—. No voy a permitir que se metan en mis asuntos privados y den motivo para que hablen los periódicos. Eso es lo que sucede siempre. Llama usted a la Policía para que le proteja, y algún idiota que quiere ver su retrato en los periódicos se va corriendo a los reporteros y les cuenta toda la historia. No lo permitiré. Además, sólo se trata de un lamentable error cometido por mí.

—Por desgracia, mistress Shore —replicó Mason—, después de lo ocurrido esta noche, habrá muchísima publicidad.

—¿Qué es eso de «lo ocurrido esta noche»?

—Ese individuo, Leech, que nos iba a llevar a donde estaba su marido, no pudo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque alguien se lo impidió —dijo Mason.

—¿Cómo?

—Por medio de una bala calibre treinta y ocho, disparada contra su cabeza, cuando estaba sentado en su automóvil esperándonos.

—¿Quiere usted decir que ha muerto?

—Sí.

—¿Asesinado?

—Así lo parece.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—No lo sabemos con exactitud.

—¿Dónde?

—Cerca del tanque de agua, en el camino de Hollywood, en las montañas.

—¿Quién era Leech? Quiero decir, ¿qué tiene que ver en el asunto?

—Al parecer era amigo de su esposo.

—¿Por qué cree usted eso? Nunca le he oído nombrar.

Gerald Shore intervino en la conversación.

—Cuando Franklin telefoneó a Helen —dijo— le recomendó que

se pusiera en contacto con míster Leech, pues éste le llevaría a donde él estaba.

Matilda hizo una seña a Helen, diciéndole:

—Saca a estos hombres de aquí. Dame mis ropas, que están en ese ropero. Me vestiré para irme a casa. Si Franklin está por las cercanías, andará de puntillas por la casa, tratando de halagar mi vanidad. He estado diez años esperando esto, y no pienso quedarme encerrada en un hospital cuando suceda. ¡Le enseñaré que no puede dejarme plantada a mí!

Mason no hizo ademán de retirarse.

—Temo que tendrá usted que solicitar permiso al doctor —manifestó—. Me parece que la enfermera ha ido a telefonearle.

—No necesito permiso de nadie para levantarme e irme de aquí —replicó Matilda—. Gracias a ese vomitivo que tomé, sólo absorbí una dosis muy pequeña de veneno. Tengo la fortaleza de un toro. Logré eliminarlo y ahora estoy bien. Me iré por mis propios medios.

—No le aconsejaría que se levantara usted e hiciera trabajar más de lo debido al corazón —le advirtió Mason—. Sólo queríamos avisarle respecto a su marido, y averiguar qué había sucedido y qué pensaba hacer usted con respecto al envenenamiento.

—Le digo que fue un accidente y no quiero que la Policía…

Se oyó un golpecito en la puerta. Gerald Shore dijo:

—Probablemente es el doctor, o un par de enfermeros fornidos que vienen a echarnos por la fuerza.

Matilda Shore gritó:

—Bueno, entren ya. Terminemos de una vez. Que me echen a mí también.

Se abrió la puerta y entraron en la habitación el teniente Tragg y un detective. Mason los saludó con una reverencia.

—Mistress Shore, permítame usted que le presente al teniente Tragg, del Departamento de Homicidios. Me parece que quiere hacerle algunas preguntas.

Tragg saludó a mistress Shore, se volvió e hizo una reverencia a Mason.

—Obró usted con mucha astucia, Mason. Cuanto más le conozco a usted, más me veo obligado a respetar su destreza.

—¿A qué se refiere esta vez? —inquirió Mason.

—A la forma en que me despistó, temporalmente, insistiendo en

que debía permitirle a usted y a sus amigos que me acompañaran al «Hotel Castle Gate». Hasta después de separarme de usted no se me ocurrió que me había tragado el anzuelo.

—En la forma como lo dice, todo parece como si fuera una conspiración —dijo Mason.

—Saque usted la conclusión que quiera —respondió Tragg—. Comencé a pensar en todos los aspectos del caso en cuanto me di cuenta de que su insistencia en acompañarme fue causa de que le dejara marchar. Ahora bien, mistress Shore: si no tiene inconveniente, quisiera saber los detalles del envenenamiento.

—Es que tengo inconveniente —respondió mistress Shore amoscada—. Me molesta mucho hablar del asunto.

—Es una pena —comentó Tragg.

—Comí algo que me hizo mal; eso es todo.

—El registro del hospital indica que tomó usted equivocadamente una medicina —dijo Tragg.

—Muy bien; fui al botiquín y tomé una medicina equivocada.

La actitud de Tragg era suave y solícita.

—Es una pena —repitió—. ¿Puedo preguntar a qué hora ocurrió eso, mistress Shore?

—Creo que fue alrededor de las nueve. No tomé nota de la hora exacta.

—Y, según tengo entendido, se había preparado usted para acostarse, tomó su acostumbrado vaso de cerveza, apagó la luz y fue hacia el botiquín a oscuras, ¿no es así?

—Sí. Me pareció que tomaba las tabletas para dormir, y me equivoqué de frasco.

Tragg se mostró especialmente condolido.

—¿No notó usted la diferencia en el gusto?

—No.

—¿Su medicina para dormir tiene forma de tabletas?

—Sí.

—¿Las guarda en el botiquín?

—Sí.

—¿Y no notó usted ninguna diferencia en el gusto de las tabletas que ingirió?

—No. Las tragué con agua. Tenía un vaso lleno de agua en una mano, me eché las tabletas en la boca con la otra, y las tragué en

seguida.

—Ya ve. Entonces, ¿tenía usted el vaso de agua en su mano derecha cuando se echó las tabletas a la boca con su mano izquierda?

—Así es, en efecto.

—¿Y cerró el frasco con el tapón y lo volvió a colocar en el botiquín?

—Sí.

—¿Para eso usó ambas manos?

—¿Qué importancia tiene eso?

—Simplemente, estoy tratando de averiguar cómo sucedió. Eso es todo. Si se trata de accidente, no tendremos nada que investigar.

—Bien, fue un accidente.

—Por supuesto —respondió Tragg con dulzura—. Trato sencillamente de conocer los detalles de lo ocurrido para presentar mi informe diciendo que fue un accidente.

Apaciguada, mistress Shore explicó:

—Bien, eso es lo que ocurrió. Atornillé el tapón sobre la boca del frasco.

—¿Y lo volvió a guardar en el botiquín? —preguntó Tragg.

—Sí.

—¿Se echó las tabletas en la boca y bebió el agua en seguida?

—Sí.

—¿No notó usted un gusto amargo?

—No.

—Creo que fue un envenenamiento por estricnina, ¿no es verdad, mistress Shore?

—No sé.

La voz de Tragg revelaba su sentimiento de condolencia.

—Un accidente muy desgraciado —dijo; y luego preguntó, como por casualidad—: ¿Y por qué tenía usted tabletas de estricnina en su botiquín, mistress Shore? ¿Las usaba para algún propósito particular?

Los ojos de la señora estudiaron la fisonomía del detective.

—Son estimulantes para el corazón. Las tengo allí para el caso de que las necesite.

—¿Por receta médica? —preguntó Tragg.

—Sí, por supuesto.

—¿Qué médico se las recetó?

—No creo que eso tenga nada que ver con usted, joven —respondió ella.

—¿Cuántas tabletas tomó usted?

—¡Oh!, no lo sé. Dos o tres.

—¿Y después puso usted el frasco otra vez en el botiquín?

—Sí. Ya se lo he dicho antes.

—¿Al lado del frasco en que guarda las tabletas para dormir?

—Creo que sí. Le he dicho que estaba a oscuras. Alcé la mano en dirección a donde estaban los frascos y tomé el que me pareció que contenía las tabletas para el insomnio.

—Es una pena —dijo Tragg.

—¿Qué es una pena?

—El hecho de que un registro de su botiquín revela que allí no hay ni tabletas para el insomnio ni estricnina.

Mistress Shore se irguió aún más.

—¿Quiere decir que ha estado en mi casa y registrado mi botiquín?

—Sí.

—¿Qué autoridad tenía usted para hacer eso? —exclamó ella.

Tragg replicó, sin elevar la voz:

—Tal vez, mistress Shore, sea mejor que, en lugar de contestarle, le haga una pregunta. ¿Por qué mintió a la Policía respecto a la tentativa de envenenamiento que se ha hecho contra usted?

—No ha habido ninguna tentativa de envenenarme.

—Creo que esta tarde envenenaron en su casa a un gatito y lo llevaron luego al hospital para animales del doctor Blakely.

—No sé nada respecto al gatito.

Tragg sonrió.

—Vamos, mistress Shore, tendrá usted que conducirse en otra forma. Sabrá usted que ocultar la evidencia es un delito. Hay aquí dos abogados que confirmarán lo que digo. Si había veneno en esa botella de cerveza, la Policía quiere saberlo, y sería usted muy imprudente si quisiera poner dificultades a nuestras investigaciones.

Se abrió de pronto la puerta de la habitación, y un hombre que entró apresuradamente dijo:

—¿Qué ocurre aquí? Yo soy el médico encargado de este caso. La paciente no debe ser molestada. Ha sufrido un choque nervioso

muy severo. Les ruego que se retiren todos… inmediatamente.

Matilda Shore le miró y dijo:

—Creo que tiene usted muy buenas intenciones, doctor, pero llegó con cinco minutos de retraso.

Capítulo 10

Gerald Shore, extrañamente pensativo y silencioso, condujo su auto hasta la amplia y antigua casa que había permanecido casi exactamente igual desde la noche en que desapareciera el presidente del Shore National Bank.

—Será mejor que bajes aquí, Helen —dijo Shore—, y te quedes de guardia en la casa. Yo llevaré a míster Mason y a su secretaria al Hollywood Boulevard, donde dejó su coche.

—Podría ir y hacerte compañía durante el regreso —ofreció Helen.

—Creo que será mejor que te quedes en la casa. Es necesario que permanezca alguien aquí para nacerse cargo de todo.

—¿Cuándo volverá tía Matilda? —preguntó ella.

Gerald Shore se volvió hacia Mason, haciéndole la misma pregunta en silencio. Mason sonrió.

—No volverá hasta que haya contestado a todas las preguntas que el teniente Tragg le quiera formular.

—Pero el doctor insistió en que el interrogatorio sólo podía durar cinco minutos. Dijo que el estado en que se hallaba no le permitiría soportar más.

—Exactamente —respondió Mason—. Y el doctor es el que manda mientras ella permanezca en el hospital; pero Tragg pondrá un par de hombres de guardia. Se ocupará de que ella no abandone el lecho hasta que el doctor diga que está completamente curada. Cuando el médico afirme que ella se ha recobrado por completo, Tragg conseguirá la respuesta a sus preguntas…, ya sea en el hospital o en la Jefatura.

—El teniente Tragg parece ser un joven muy inteligente y decidido —contestó Gerald Shore.

—Así es —admitió Mason—, y no le estime nunca en menos de

lo que vale. Es un antagonista peligroso.

Gerald Shore dirigió a Mason una mirada interrogadora; pero nada había en el rostro de éste que indicara algún significado oculto en su comentario sobre Tragg.

Helen descendió del vehículo y dijo:

—Bien, me quedaré aquí para defender la fortaleza.

—No tardaremos —le prometió su tío.

La joven se estremeció ligeramente.

—Me gustaría saber qué sucederá ahora. Ojalá supiera dónde hallar a Jerry Templar.

—¿No le gustaría que me quedara con usted? —preguntó Della impulsivamente.

—Ya lo creo —confesó Helen.

—Lo siento —dijo Mason con firmeza—, pero necesito a Della.

El rostro de Helen se nubló.

—No importa. Estaré bien…; creo.

En camino hacia el Hollywood Boulevard, Gerald Shore insistió en el tema que parecía preocuparle.

—Usted ha mencionado dos o tres veces que el teniente Tragg es un antagonista peligroso —dijo a Mason.

—Sí.

—¿Debo entender que sus comentarios tenían algún significado especial?

—Eso depende —respondió Mason.

—¿De qué? —preguntó Shore con una actitud inquisitiva y cortés, pero insistente.

—De lo que tenga usted que ocultar.

—Pero, ¿y suponiendo que no tenga nada que ocultar?

—En ese caso, el teniente Tragg no sería un antagonista peligroso, porque no estaría en contra de usted. Empero, el teniente siempre sería peligroso.

Shore estudió el perfil de Mason por espacio de un minuto, luego volvió su atención al camino.

Mason prosiguió con voz suave:

—En este asunto existen varios detalles que son bastante significativos. En primer lugar, si usted y su hermano se hubieran separado siendo amigos, no hay ninguna razón para que no le hubiera llamado a usted, en vez de exponer a su sobrina al

sobresalto de oír su voz y enterarse de que está vivo. No obstante, ése es un asunto de menor importancia. El caso es que él recomendó especialmente que Helen debía de consultarme a mí y llevarme con ella cuando fuera a ver a míster Leech, y le dijo también que ningún otro miembro de la familia debía estar presente.

—Usted ha dicho demasiado, Mason…, o muy poco —dijo Gerald Shore.

—Sin embargo —prosiguió Mason tranquilamente—, usted insistió en acompañarnos.

—No sé qué propósito persigue usted con sus palabras, míster Mason. Era muy natural que yo quisiera ver a mi hermano.

—Cierto; pero parece que consideró usted necesario verle antes que ninguna otra persona hablara con él.

—¿Puede explicarme exactamente qué quiere decir con eso?

Mason sonrió.

—Con el tiempo averiguará Tragg que, aunque salió usted de la casa con nosotros, y nos acompañó cuando fuimos a cumplir nuestra cita con Leech, usted no estuvo en nuestra compañía cuando entramos en el hotel.

—Yo estaba interesado en ver a mi hermano, no a Leech —replicó Shore.

—Exactamente. Aun el teniente Tragg admitirá eso, aunque en vista de que Leech era el único vínculo que nos unía a su hermano, hubiera sido lógico que su interés se transfiriera a él. No obstante, Tragg estaría dispuesto a aceptar eso… si no existieran otros factores que pueden complicar el asunto.

—¿Tales como…? —insistió Shore.

—¡Oh! —dijo Mason—. Supongamos que, sólo para asegurarse, Tragg obtuviera un retrato suyo y se lo llevara al recepcionista del «Hotel Castle Gate» para preguntarle si usted había hecho alguna averiguación respecto a Henry Leech, inquiriendo también si usted le había ido a ver…, o si recordaba haberle visto por el hotel alguna vez.

Gerald Shore guardó silencio durante varios segundos; luego preguntó:

—¿Con qué objeto haría eso?

—No estoy en condiciones de conocer todos los detalles, pero (considerando el caso desde el punto de vista de Tragg) hay cosas

que son muy significativas. Su hermano desapareció repentinamente. Su desaparición debió de ser motivada por factores extraordinarios. Muy poco antes que se le viera por última vez, tuvo una entrevista con alguien que pedía u ordenaba la entrega de dinero. Ciertos detalles indican que esa persona fue usted. Parece que en cuanto a eso no se pudo probar nada. Yo me imagino, sin embargo, que se le interrogó a usted al respecto, y creo que usted negó haber visto a su hermano aquella noche. Ahora bien, Tragg podría deducir que sería muy molesto para usted el hecho de que apareciera ahora su hermano y, no sólo refiriera una historia distinta a la que se conoce, sino que indicara que la conversación sostenida por ustedes dos tuvo algo que ver con la desaparición. Si razona de esta forma, el teniente Tragg se dirá entonces: «Franklin Shore, vive. Por alguna razón no quiere que le conozcan. No tiene deseos de ir directamente a su casa. Quiere comunicarse con alguno de sus parientes. Evita hablar con su hermano y, en cambio, se comunica con su sobrina, una señorita muy atractiva, sin duda alguna; pero una joven que tendría sólo trece o catorce años de edad en la época en que él desapareció. Gerald Shore, a quien su hermano ha ignorado al retornar, entra en acción inmediatamente e insiste en acompañar a su sobrina. Henry Leech es el vínculo entre Franklin, que no puede o no quiere ir directamente a su casa, y sus parientes. Henry Leech va a un sitio solitario y es asesinado. Existe una carta escrita a máquina que dice que Leech fue a ese sitio por su propia voluntad, pero nada indica que fuera el mismo Leech el que escribió tal carta. Más aún: existe toda clase de razones para creer que no la escribió él». Por supuesto, que mucho de esto dependerá de lo que averigüe el teniente Tragg por medio de la autopsia, con respecto a la hora de la muerte. Sin embargo, guiándome por ciertos indicios que noté cuando estuve en la escena del crimen, me inclino a creer que la muerte ocurrió alrededor de cuatro horas antes de que llegáramos nosotros a ese sitio. Después de todo ese razonamiento, si el teniente Tragg halla alguna prueba de que trató usted de ponerse en contacto con Leech algo más temprano de esta noche, o que logró verle en realidad, es muy lógico y natural de su parte que le considere a usted como sospechoso.

Mason calló, sacó un cigarrillo de su pitillera, lo encendió, y se

acomodó en el asiento.

Gerald Shore condujo el auto por espacio de unas diez manzanas sin pronunciar palabra; luego dijo:

—Me parece que es hora de que le contrate a usted para que sea mi abogado.

Mason se quitó el cigarrillo de la boca, para comentar con tono casual:

—Tal vez lo sea.

—¿Qué me dice usted de su secretaria? —inquirió Shore, señalando a Della Street, que estaba sentada en el asiento trasero y no había dicho nada.

—Es la discreción en persona —le aseguró Mason—. Puede usted hablar con entera libertad…, y quizá sea ésta la última oportunidad que tenga usted de hablar libremente.

—¿Me representará usted?

—Eso depende —respondió Mason.

—¿De qué?

—De las circunstancias, y de que le considere inocente.

—Soy inocente —respondió Shore con voz alterada por la emoción—, completamente inocente. Soy la víctima de una serie de infortunios, o de una conspiración deliberada.

Shore disminuyó la velocidad del automóvil para no tener que prestar tanta atención al volante, y dijo:

—Yo fui el que visitó a mi hermano la noche de su desaparición.

—¿Lo negó usted después? —inquirió Mason.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por varias razones. Una de ellas fue que alguien oyó gran parte de la conversación, y luego se hizo pública. Recordará usted que la persona que estuvo con Franklin aquella noche le pidió dinero y dio a entender que su situación era desesperada.

Mason asintió.

—En aquella época yo me ocupaba de la organización de algunas empresas. Éstas me hubieran brindado una ganancia considerable si podía constituirlas, y me hubieran producido la ruina si fracasaba. Lo único que me mantenía a flote era el hecho de que los otros socios en la transacción no sospecharon ni por un momento que yo no tuviera un capital considerable para mi

actuación.

—¿Su hermano? —preguntó Mason.

—Bien, las relaciones con mi hermano tal vez tuvieron algo que ver con ello. No creían que él estaba directamente interesado. Lo que creían era que yo tenía suficiente capital, y que si algo pasaba y tenía yo necesidad de más dinero que la cantidad de que disponía, mi hermano estaría siempre dispuesto a respaldarme.

—De modo que —dijo Mason— no se atrevió usted a admitir que fue la persona que visitó a su hermano, debido a que se publicó en los diarios gran parte de la conversación que sostuvieron.

—Así es.

—¿Y la desaparición de su hermano no produjo un mal efecto en el negocio?

—Ya lo creo que sí —respondió Shore sinceramente—; pero puede interesar a un hombre que me proveyó del capital necesario, llevándose, como sucedió, la parte del león en las ganancias. Me ayudó el hecho de que se investigaran en seguida los negocios del Shore National Bank, y el hecho de que mi hermano dejara un saldo tan grande en su cuenta particular.

—¿No le habrá dicho a mistress Shore que fue usted el que estuvo con Franklin?

—No se lo dije a nadie. No me atreví a hacerlo en aquel momento.

—¿Y cuándo no hubo ya necesidad de guardar el secreto? —preguntó Mason.

—No confesé la verdad. Póngase usted en mi lugar, y se dará cuenta de que me vi obligado a proceder así.

—Continúe.

—Esta noche, cuando Helen me dijo que Franklin le había telefoneado, me sentí lleno de aprensión. Me di cuenta de que tenía que ver a Franklin antes que ningún otro.

—Así que, mientras Helen retornaba al hospital para ver cómo estaba *Ojos Ambarinos*, usted trató de ponerse en contacto con su hermano, ¿no fue así?

—Sí. Helen fue al hospital inmediatamente después de la cena, para buscar al gatito. Le llevó a casa del jardinero y luego fue a cumplir la cita que tenía con usted.

—¿Y en este intervalo, usted fue al «Hotel Castle Gate»?

—Sí. Por eso no entré con Helen y con usted.

—¿Trató de ver a Leech?

—Sí.

—¿Tuvo éxito?

—No. Primero pregunté por teléfono y me comunicaron que Leech había salido con un hombre, pero que regresaría pronto. Eso me preocupó. Creí posible que el hombre fuera mi hermano Franklin. Así que fui al hotel y los esperé. No conocía a Leech; pero estaba seguro de que se hallaba en compañía de Franklin y que volvería dentro de una hora.

—¿Le esperó? —preguntó Mason.

—Sí. Estuve allí esperando hasta que llegó el momento de encontrarme con ustedes.

—¿No entró él en el hotel?

—No. Por lo menos, me parece que no. Estoy seguro de que Franklin no entró.

—¿Y el recepcionista notó su presencia?

—Sí. Se dio cuenta de que no era uno de sus clientes habituales. Estuve sentado cerca de la puerta, y él me miraba constantemente. Quizá creyó que era un detective. Por lo que dijo el teniente Tragg, me di cuenta de que el hotel era el lugar de refugio de mucha gente de dudosa moralidad, y ésa es la razón por la que sospechan de todos los desconocidos. Al principio, tuve la intención de aparcar mi coche cerca de la puerta y esperar sentado en el auto; pero no pude hallar sitio libre en la manzana para hacerlo, por lo que decidí entrar y aguardar.

—Y el hecho de que el recepcionista pudiera reconocerle como el hombre que había estado esperando allí algún tiempo antes, fue causa de que creyera usted necesario que no le vieran cuando fuimos nosotros.

—Sí… Eso, por supuesto, se lo digo confiando en que guardará el secreto profesional.

—Me parece que puede usted estar seguro de que Tragg lo deducirá sin ayuda de nadie —le respondió Mason.

Había un espacio vacío al lado de la acera. Shore dirigió el auto hacia el costado del camino, aparcó y cortó la corriente del motor.

—No puedo seguir guiando —dijo—. ¿Me da un cigarrillo, por favor?

Mason le ofreció un cigarrillo. Las manos de Gerald temblaban de tal manera que a duras penas pudo encenderlo.

—Prosiga —dijo Mason.

—Eso es todo lo que tengo que decirle.

Mason volvió la cabeza para mirar a Della Street; luego comentó:

—Todo está muy bien, excepto el motivo.

—¿Qué hay de malo en el motivo? —inquirió Shore.

—No hubiera usted obrado en la forma que lo hizo si la necesidad de ver a su hermano antes que nadie se hubiera debido simplemente al deseo de que no se descubriera la falsedad de sus declaraciones originales.

Shore se volvió hacia Mason.

—Ya veo que tengo que ser franco con usted.

—Eso es siempre una ventaja —comentó Mason secamente—. Siendo usted abogado, debería darse cuenta de ello.

—Y usted se dará cuenta de que uno nunca sabe hasta qué medida es honesto. Uno vive pensando que es honrado, debido a que nunca se ha visto frente a la tentación; de pronto, se le presenta a uno una situación decisiva que ofrece dos alternativas: por un lado la ruina y por el otro la oportunidad de convertir la derrota en victoria, obrando de una forma que parece muy simple, pero que es…, bien, no deshonesta, pero en desacuerdo con la legalidad.

—Déjese de excusas —dijo Mason algo ásperamente—. No aprecie a Tragg en menos de lo que vale. Cuando se ocupa de resolver un caso, trabaja con rapidez. Lo que yo necesito son hechos concretos. Usted podrá darme razones y excusas más tarde. Y entiéndame bien: todo lo que usted me ha dicho es lo que yo había deducido; lo que usted ha hecho hasta ahora ha sido poner los puntos sobre las íes. Lo que me dirá usted ahora, si es que habla con sinceridad, será el factor que determinará si acepto representarle o no.

Shore, con ademán nervioso, se sacó el cigarrillo de la boca y lo arrojó por la ventanilla. Se quitó el sombrero y se mesó el cabello gris, ondulado.

—Esto es algo que nunca, nunca, debe saberse —dijo.

—Prosiga —le instó Mason.

—Le rogué encarecidamente a mi hermano que me ayudara —

dijo Shore—. Necesitaba diez mil dólares a toda costa. Él me espetó un sermón con respecto a mis métodos comerciales… Un sermón que no estaba yo en condiciones de apreciar, pues si no conseguía los diez mil dólares estaría completamente arruinado. Si los obtenía, estaba seguro de poder ganar suficiente dinero en ese negocio como para dejar mis métodos de jugador y ser más prudente. Finalmente, mi hermano prometió ayudarme. Dijo que tenía algunas cosas que atender aquella noche; pero que, antes de acostarse, extendería un cheque por diez mil dólares y me lo enviaría por correo.

—¿Un cheque a la orden de usted? —inquirió Mason.

—No. Un cheque pagadero directamente a la persona a quien debía yo entregar el dinero. Disponía de muy poco tiempo para que el cheque fuera depositado en mi cuenta.

—¿Y lo hizo así su hermano? —preguntó Mason.

—No. Desapareció sin extender el cheque.

—Entonces, podemos deducir que, después de su visita, se vio frente a una necesidad urgente que hizo su desaparición tan imperativa como para olvidar la promesa que le había hecho a usted.

—Supongo que fue así.

—¿Cuándo se enteró usted de la desaparición?

—No me enteré hasta la mañana siguiente.

—¿Y ése era el último día de que usted disponía para hacer la operación?

Shore asintió.

—¿Usted quizá ya había asegurado a sus socios que el asunto estaba arreglado? —inquirió Mason.

—A las nueve y media de aquella mañana —dijo Shore emocionado— llamé por teléfono a la persona a quien se debía el dinero y le dije que recibiría su cheque antes que los bancos cerraran aquella tarde, y que el cheque estaría a su orden y llevaría la firma de Franklin B. Shore. Unos diez minutos después de colgar el receptor, Matilda me habló para pedirme que fuera a su casa inmediatamente. Me contó lo que había ocurrido.

—Ahora bien: que yo recuerde —dijo Mason—, el asunto de la desaparición no se hizo público hasta un día o dos después.

Shore asintió.

Mason le miró sagazmente.

—Durante ese tiempo se pagaron varios cheques importantes —dijo.

Shore asintió nuevamente con un movimiento de cabeza.

—¿Y qué más? —le instó Mason.

—Entre ellos —respondió Shore— había un cheque pagadero a Rodney French por la suma de diez mil dólares.

—¿Rodney French era el hombre a quien usted debía el dinero?

—Sí.

—¿Y a quien usted había prometido pagar?

—Sí.

—¿Y ese cheque? —preguntó Mason.

Gerald Shore replicó:

—Ese cheque fue extendido y firmado por mí. Falsifiqué la firma de mi hermano. Él me había asegurado que podía contar con el cheque. Yo creí que…, que tenía derecho a obrar de esa forma con entera honestidad.

—¿Y Matilda Shore no se enteró nunca de que el cheque era falsificado?

—Nadie supo nunca que había sido falsificado. Yo…, yo lo hice muy bien. Resulta que mi hermano había telefoneado aquella misma noche a su tenedor de libros para darle instrucciones sobre otros asuntos, y le dijo además que iba a extender ese cheque a nombre de Rodney French por la suma de diez mil dólares. Creo, míster Mason —prosiguió Shore, con la voz ahogada por la emoción—, que nunca podría explicarle lo que eso significaba para mí. Era el momento decisivo de mi carrera. Antes de ese momento, yo había estado asociado a una serie de empresas para ganar dinero fácilmente…; ilegítimas, por cierto; pero, eran como jugadas de bolsa. A toda costa quería ganar dinero. Me imagino que la influencia de mi hermano fue el acicate que me llevó adelante. Yo quería ser como él. Quería demostrar que yo también tenía habilidad para ganar dinero. Anhelaba las cosas que nos brinda la seguridad de una buena situación económica. Después de eso, efectué examen de conciencia. No me impresionó mucho lo que hallé en mí. Eso sucedió hace diez años, míster Mason. Creo que puedo decir sinceramente que he cambiado mucho desde entonces…

—Prosiga —le dijo Mason—. Estoy interesado.

—Me he dado cuenta de que en la vida existen otras cosas, aparte del ansia de dinero.

—¿Se refiere usted a adquirir conocimientos, o una filosofía de la vida? —preguntó Mason.

—No, no me refiero a eso —respondió Gerald Shore—. Hablaba de los deberes y responsabilidades que tiene un hombre hacia sus semejantes.

—¿En qué sentido?

—En otra época pensaba yo que un hombre era dueño absoluto de su vida para hacer con ella lo que quiera. Ahora me doy cuenta de que eso no es verdad. Un hombre no es absolutamente libre para obrar según su albedrío. Constantemente ejerce cierta influencia en sus semejantes, por su carácter, por su manera de hablar, por su forma de vivir, por… —la voz de Shore se ahogó, y dejó de hablar.

Mason esperó, fumando tranquilamente.

Shore prosiguió hablando, al cabo de pocos segundos:

—Tome usted a Helen, por ejemplo. Ella era una niña de catorce años de edad en pie frente al umbral de la vida. Siempre me había respetado. Llegaba entonces a una época de su evolución en que los valores morales adquieren mayor significación. Si algo sucediera, si ella llegaba a descubrir que… Bien, míster Mason, desde ahí en adelante, cambió por entero la meta de mi vida. Comencé a tratar de moldear mi existencia de modo que aquellos que me respetaban no tuvieran que… ¡Oh! ¿De qué vale que siga?

—Vale mucho —dijo Mason, bondadosamente.

—Eso es todo lo que tengo que contarle —agregó Shore—. Cesé en mi empeño de ganar dinero. Comencé a tomar mayor interés por la gente, no por lo que me pudieran dar, sino por lo que yo pudiera hacer por ella. Me di cuenta de que, por lo menos para los jóvenes, representaba yo ciertas normas dignas de ser respetadas. Y yo —continuó con amargura—, un falsificador, hablo de todo esto; yo, que he cometido un delito y que pensé que ese delito no se descubriría, tuve la temeridad de pensar que podría liberarme del pago de lo que había hecho.

Mason esperó hasta que se hubiera apaciguado la emoción de su interlocutor; luego preguntó:

—¿Qué fue de French? ¿Le hizo alguna pregunta?

—No. Lo único que hizo fue telefonear al tenedor de libros de

Franklin para preguntar si mi hermano había dicho algo respecto al cheque. Lo hizo al ver que el cheque no le había llegado en el correo de la mañana. Cuando le aseguraron que Franklin había advertido a su tenedor de libros su intención de extenderlo, French se guardó el dinero y cerró la boca.

—De lo contrario, French podría haberle perjudicado a usted al enterarse de la desaparición de Franklin, ¿no es verdad?

—No lo sé. Supongo que se despertaron sus sospechas cuando se enteró de la desaparición, y supo que yo negué que había estado con mi hermano.

—Y, dígame —preguntó Mason—: ¿por qué creyó que su hermano se enojaría con usted por eso?

—¿No se da cuenta? —replicó Shore, con un dejo de angustia en la voz—. Los diarios publicaron una serie de detalles reservados con respecto a los negocios de mi hermano, el importe de su saldo bancario, los cheques que se habían pagado en los últimos días…, y, por supuesto, se mencionó que el último cheque pagado había sido uno a la orden de Rodney French, por la suma de diez mil dólares.

Mason reflexionó sobre el asunto durante un momento.

—¿No cree usted que su hermano le haya perdonado…, en vista de las circunstancias?

—Yo tenía la esperanza de que comprendiera y me perdonara —replicó Gerald—; pero, cuando creyó conveniente presentarse de nuevo, y llamó a Helen en lugar de llamarme a mí, yo… Bien, ya puede usted imaginarse mi reacción.

Mason apagó su cigarrillo.

—Si el teniente Tragg se entera alguna vez de todos esos detalles —dijo— le acusará a usted de asesinato en primer grado.

—¡Si lo sabré…! —exclamó Gerald Shore—. Y nada puedo hacer. Me siento como el nadador arrastrado por una poderosa corriente hacia un remolino que le tragará.

—Hay una cosa que usted puede hacer —le dijo Mason.

—¿Qué?

—Tener la boca cerrada —le respondió el abogado—. Deje que hable yo por usted…, y eso quiere decir que usted no debe pronunciar una sola palabra.

Capítulo 11

Helen Kendal se había quitado abrigo, sombrero y guantes, y estaba leyendo un libro, cuando oyó aproximarse un automóvil por el camino.

Consultó su reloj de pulsera. Seguramente, no era ésa la hora de que viniera nadie de visita; pero, indudablemente, el automóvil estaba entrando en el camino privado de la mansión. Luego, cuando el conductor detuvo la marcha y se oyeron una serie de sonidos procedentes del motor, el corazón de la joven pareció detenerse por un instante, y comenzó a latir con ritmo más acelerado. Estaba segura de que sólo existía un motor en el mundo que produjera todos esos ruidos raros y continuara funcionando aún.

Rápidamente se dirigió hacia la puerta.

Jerry Templar salía de su coche. Se movía con su característica lentitud deliberada, que parecía estar casi al borde de la torpeza; no obstante, esa actitud le producía resultados sorprendentes. Parecía más delgado y erguido con uniforme, y Helen se dio cuenta de que el entrenamiento del Ejército le había dotado de cierta determinación y de una seguridad de propósitos de las que carecía unos meses antes. En cierto modo, aquel hombre era un desconocido para ella, un amigo familiar que adquiriera un extraordinario poder para afectar su vida, para hacer que su corazón cambiara el ritmo de sus latidos y luego comenzara a saltar locamente dentro de su pecho.

Helen decidió no mencionar el asesinato ni las demás complicaciones de la familia. El joven había venido, de improviso, para visitarla. Había cosas más importantes de qué conversar con Jerry. Quizás esa noche…

—¡Oh, Jerry! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—Hola, querida. Vi las luces y me figuré que no te habías

acostado aún. ¿Puedo entrar un momento?

La joven le tomó de la mano y le condujo al interior del vestíbulo, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Sí —dijo, sin necesidad.

Helen se dirigió hacia la enorme sala de estar y se dejó caer en un diván. Observó a Jerry, curiosa por saber dónde tomaría asiento. ¿Se sentaría en la silla, al otro lado del hogar, o vendría a sentarse a su lado en el diván? Sin sentirse avergonzada por su pensamiento, deseó que Jerry se sentara a su lado, pero el joven permaneció de pie en medio de la habitación.

—Pareces cansado, Jerry.

Él demostró sorpresa.

—¿Cansado? No lo estoy.

—¡Oh! ¡Me habré equivocado, entonces! ¿Quieres un cigarrillo? —le tendió la caja llena de cigarrillos.

El joven soldado cruzó lentamente la habitación, tomó un cigarrillo y se sentó al lado de Helen.

—¿Dónde has estado toda la noche? —preguntó.

Helen bajó los ojos diciendo:

—Afuera.

—Eso ya lo sé. Te he llamado cuatro veces.

—¡Veinte centavos! No deberías malgastar tu dinero de esa forma, Jerry.

—¿Dónde estabas? —preguntó él con voz en la que se notaba una acusación.

—Oh, en todas partes —replicó Helen evasivamente—. En ningún sitio especial.

—¿Sola?

Helen levantó la vista. Había cierto brillo burlón en su mirada.

—Eres muy curioso, soldado —dijo, arrastrando las palabras—. ¿Se quedan en su casa todas las mujeres esperando que a ti se te ocurra llamarlas?

—No tengo ninguna… mujer —respondió él con aspereza—. Tú sabes que yo…

—Prosigue.

Empero, en lugar de continuar hablando, Jerry se incorporó de un salto y comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Dónde está tu tía? —preguntó de pronto—. ¿Acostada?

—Estaba en la cama la última vez que la vi —dijo ella, y agregó luego, con tono muy indiferente—: También lo están Komo y el ama de llaves.

—¡Tu tía no siente ninguna simpatía por mí!

—¡Qué psicólogo eres, Jerry! ¡Me asombras!

—¿Qué es lo que tiene contra mí?

Sobrevino un intervalo de silencio.

—Me parece que no te contestaré a esa pregunta —dijo Helen.

Hubo otro momento de silencio.

—¿Estuviste con George Alber esta noche?

—No es nada que te incumba, por supuesto; pero te diré que estuve toda la noche con tío Gerald.

—¡Oh!

Jerry parecía aliviado, y de nuevo tomó asiento en el diván.

—¿Cuándo irás al campo de entrenamiento para oficiales, Jerry?

—Me imagino que será en cuanto vuelva a mi regimiento, la semana próxima.

—El lunes…, seis días más —murmuró Helen—. No piensas mucho en nada ni en nadie, aparte de la guerra, en estos días, ¿verdad?

—Bien, tengo que cumplir con mi deber.

—Sí, pero también tenemos que vivir —dijo Helen suavemente.

¡Si pudiera romper aquella pared de silencio tras la cual se encerraba! ¡Si dejara de ser tan ridículamente noble, tan disciplinado, y obedeciera sus impulsos aunque fuera sólo por un momento! Estaban completamente solos en la enorme casa. Se oía claramente el tic-tac del gigantesco reloj del vestíbulo.

Jerry pareció ponerse a la defensiva contra ella. Comenzó a hablar y no anduvo con rodeos. Sus palabras se oían claras y rápidas. Sus ojos grises se clavaron con la misma determinación que la joven observara en ellos durante los últimos días.

—No sé lo que me espera —dijo—. Tú tampoco lo sabes. Tenemos un doloroso deber que cumplir. Después, habrá enormes cambios en el mundo. ¿No te das cuenta de que en un momento como éste, un hombre debe abandonar y tratar de olvidar alguna cosa que personalmente significa para él mucho más que todo el mundo? Por ejemplo, si un hombre está enamorado de una mujer…

Su voz se apagó cuando, de pronto, procedente del dormitorio

de Matilda Shore, se oyó el estrépito de algo que se hacía pedazos contra el suelo. Luego, un momento después, llegó a sus oídos el inconfundible golpetear de un bastón y el arrastrar de pesados pasos que cruzaban la habitación. Los pajarillos, en sus jaulas, comenzaron a piar excitados.

—Tu tía Matilda —dijo Jerry con voz ronca.

Helen trató de hablar, pero sentía un nudo en la garganta que, por un momento, le impidió pronunciar palabra.

Jerry le miró curioso.

—¿Qué te pasa, querida? Pareces asustada.

—Ésa…, ésa no es tía Matilda.

—¡Tonterías! Sus pasos son inconfundibles. El golpeteo del bastón…, hasta se pudo oír cómo arrastraba sus pies por el suelo cuando…

Helen se aferró con fuerza al brazo de Jerry.

—¡Jerry, no es ella! Tía no está en casa, está en el hospital.

Pasó un momento, durante el cual sus palabras y sus temores se introdujeron en el cerebro de Jerry; luego el joven se puso en pie, apartándola a pesar de los esfuerzos de ella por agarrarse a su brazo.

—Muy bien, veremos quién es.

—¡No, no Jerry! No vayas solo. ¡Hay peligro! Esta noche ha sucedido algo horrible. No quería decírtelo, pero…

Quizás el joven la oyó; es posible también que no la oyera. La muchacha vio que sus palabras no causaron el menor efecto. Apretando sus mandíbulas, el soldado se acercó rápidamente por el pasillo a la puerta del dormitorio de Matilda.

—¿Dónde está la llave de la luz? —preguntó.

Helen corrió a ponerse a su lado, y se dio cuenta de que Jerry, que no conocía la casa, estaba abriéndose paso a ciegas en la oscuridad.

Oprimió el botón de la luz.

—Jerry, ten cuidado. ¡Oh, querido, por favor…!

En el dormitorio de Matilda nada interrumpía el silencio, como si el intruso estuviera inmóvil…, o se acercara sigilosamente para sorprender a Jerry cuando éste abriera la puerta. El piar de los pajarillos llegó a su punto máximo.

—Por favor, Jerry —susurró Helen—, no abras. Si hubiera

alguien allí y…

—Suéltame el brazo —respondió él.

Ella no le obedeció.

—Suéltame el brazo —repitió Jerry, librándose con una sacudida de la mano que lo asía—. Es probable que necesite utilizarlo. Veamos de qué se trata.

Hizo girar el picaporte, levantó la pierna y abrió la puerta de un puntapié.

Una corriente de aire frío, que procedía de una ventana, pasó por la puerta en dirección al pasillo. La habitación estaba completamente a oscuras, salvo la iluminación que penetraba desde el pasillo, y que dibujaba en el piso del dormitorio la sombra grotesca y retorcida de Jerry. Los pájaros dejaron de piar súbitamente.

—Las luces —exclamó Helen, y se adelantó rápidamente a Jerry para alcanzar el interruptor de la luz.

El joven la asió por el hombro.

—No seas tonta. Sal de aquí. Dime…

Una lengua de fuego, procedente de la cabecera de la cama, atravesó la habitación. Una detonación resonó estruendosa en el interior del dormitorio. La joven percibió el chasquido de la bala al penetrar profundamente en el marco de la puerta, al mismo tiempo que un golpe de aire le azotaba el rostro. Vio saltar astillas de la madera, y que ésta mostraba la huella de la bala. Sintió que infinidad de astillas diminutas y trozos del revoco le herían la piel.

Jerry le cogió entonces por el hombro, le echó hacia atrás y le escudó con su propio cuerpo.

La pistola rugió de nuevo.

Esta segunda bala golpeó con ruido sordo contra algo que Helen tenía a su lado. Sintió ella que el cuerpo de Jerry, tan próximo al suyo, giraba en semicírculo. La mano del joven azotaba el aire, tratando de aferrarse a algo. Luego ella trató desesperadamente de soportar su peso muerto. Las piernas de Jerry se doblaron y se desplomó al suelo, arrastrándola en su caída.

Capítulo 12

Al subir a su propio coche, Mason se despidió de Gerald Shore, esperó a que desapareciera la luz trasera del automóvil y luego oprimió el arranque del suyo.

—¡Uf! —exclamó Della Street—. ¡Le aseguro que usted sabe escoger sus asuntos! Si el teniente Tragg descubre alguna vez todo esto… ¡Buenas noches!

Mason sonrió.

—Existe un solo medio para evitar que lo descubra.

—¿Cuál es?

—Proveerlo con otros muchos asuntos que descubrir, que no le quede un momento para molestarse con éste.

—Pero le retendrá sólo por cierto tiempo —comentó ella.

—Por ahora, eso es todo lo que podemos hacer.

Mason entró con el auto en el Hollywood Boulevard y llevaba recorrido la mitad del camino hacia Los Ángeles cuando habló de nuevo.

—Creo que ha llegado el momento de llamar a Paul Drake —decidió.

Della suspiró.

—¡Más personal! ¿Para qué necesita un detective privado? ¿No podría servir yo para el caso?

—No, no podría usted.

—Bien, de todos modos, Paul está fuera de la ciudad. Se ha tomado una semana de vacaciones y juró que no volvería a la oficina ni tomaría ningún trabajo, por amor ni por dinero.

—¡Diablos! Me había olvidado.

—Tendrá usted que contratar a alguno de sus empleados. Ese pequeñín que parece un *foxterrier* es muy bueno. ¿Cómo se llama?

—No me servirá —respondió Mason con firmeza—. Necesito a

Paul.

—Cortará la comunicación en caso de que usted le llame. Ya le conoce.

—Sí, le conozco. Creo que usted tiene razón. Me despedirá con cajas destempladas.

Siguieron avanzando por el Boulevard.

—¿Es muy importante, Perry?

—¿El qué?

—El conseguir los servicios de Drake.

—Sí.

Della Street suspiró, resignada.

—Muy bien, deténgase cerca de aquel restaurante y, si tiene cabina telefónica, veré lo que puedo hacer por usted.

—¿Usted? ¿Qué le hace creer que tendrá éxito en sacar a Paul de la cama, si yo no lo puedo lograr?

Della bajó los ojos con expresión de castidad.

—Lo que pasa es que usted no sabe apelar a los sentimientos caballerescos de Paul —murmuró—. No digo que pueda hacerle trabajar; pero sí puedo hacer que vaya a la oficina y podrá usted convencerle entonces.

Perry Mason detuvo el automóvil frente al restaurante y siguió a Della al interior del comercio. La joven miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo Mason—. Yo pediré algo de comer para los dos.

Della movió la cabeza.

—No podré hacerlo en este restaurante.

—¿Qué pasa? Parece bastante limpio.

—No tienen cabina telefónica.

—Allá, en la pared, hay un teléfono.

—Lo que tengo que decirle a Paul exige una cabina telefónica —respondió Della—. Ese teléfono descubierto no sirve. Vamos, tendremos que mirar en algún otro sitio.

Unas manzanas más adelante, Mason detuvo de nuevo el coche frente a un restaurante brillantemente iluminado. Examinó el interior por los cristales del escaparate, y cerró el automóvil.

—Comeremos aquí, haya o no haya cabina telefónica. Tengo apetito.

Ya en el interior del establecimiento, Mason señaló hacia la cabina telefónica y se dirigió al mostrador.

—Jamón con huevos y café, para mí —pidió Della.

Mason dijo al encargado del mostrador.

—Dos platos de jamón con huevos. La yema para arriba y fríalos a fuego lento. Muchas patatas fritas. Mucho café caliente, y prepárenos además dos emparedados de queso.

Cinco minutos más tarde Della Street se unió a Mason frente al mostrador.

—¿Consiguió comunicarse con él? —preguntó Perry.

—Sí, lo conseguí.

—¿Va para la oficina?

—Irá a la oficina… dentro de treinta minutos.

—Magnífico. Oiga, ¿qué tiene en la cara? No estará con fiebre, ¿verdad?

—¡Estoy ruborizada, pollino! Nunca más haré eso otra vez, ni aun por usted… Ahora quiero tomar mi café.

—Bueno, que me cuelguen —exclamó Perry Mason en voz baja.

El camarero les sirvió dos tazas llenas de café.

—Les gustará mi café —dijo—. Es el mejor que se puede conseguir. Lo muelo en pequeñas cantidades, para que esté siempre fresco.

Perry y Della tomaron asiento en las banquetas, apoyaron los codos sobre el mostrador, sorbieron su café, y observaron la comida que se cocinaba en el hornillo de gas, mientras que el apetitoso aroma les acariciaba el olfato.

—Ahora, dígame para qué necesita a Paul Drake —dijo Della.

—Necesito que me averigüe una serie de detalles antes que Tragg cierre el caso con una cantidad de verdades a medias —respondió Mason.

—¿Cree usted que Shore le contó la verdad a medias?

Mason fijó su mirada pensativa en la taza de café.

—Nos dijo la verdad tal como él la ve; pero él sólo ve una parte de toda la historia. No hay nada tan dañino como un caso basado en pruebas circunstanciales compuestas por verdades a medias.

El camarero hizo deslizar los platos sobre el mostrador. Generosas rebanadas de jamón, el amarillo áureo de los huevos fritos, y el apetitoso aspecto de las patatas doradas agregaban una

visión tentadora a los aromas que les llegaban.

—Primero comeremos —dijo Mason—, y después pensaremos.

—Los emparedados estarán listos en seguida —prometió el camarero; y comenzó a prepararlos sin tardanza—. ¿Quieren mostaza?

—Sí, y abundante —replicó Mason.

Comieron en silencio.

Della Street adelantó su taza para que se la llenaran de nuevo.

—¿Por qué trató Matilda Shore de evitar que el teniente Tragg se enterara de la tentativa de envenenamiento? —preguntó.

—Evidentemente, lo hizo porque existía algún vínculo entre lo que le sucedió a ella y el envenenamiento del gatito.

—¿Habrá sido un atentado contra su vida?

—Así parece.

—¿Tiene usted alguna idea sobre ello? —preguntó la joven.

—Todo depende del elemento tiempo. Al parecer, la cerveza se guardaba en una nevera.

—¿Por qué lo cree usted así?

—Si no se hubiera conservado en frío, no habría perdido presión tan rápidamente después de haber sido abierta la botella y envenenado el contenido. Probablemente se guardan varias botellas en la nevera.

—¿Y cómo podía estar seguro el envenenador de que ella iba a coger la botella en que estaba el veneno, si había varias a mano?

—Posiblemente se aseguró envenenando la más próxima a la puerta…, o quizás envenenó varias.

Mason pagó la cena con un billete de cinco dólares y consultó su reloj de pulsera.

El camarero le entregó el cambio.

—¿Sirvo más café?

—Media taza más —respondió Mason—. No tengo tiempo —separó veinticinco centavos del cambio y se los dio; guardó el resto en el bolsillo y luego dijo—: Muy buena comida. Volveremos alguna otra vez.

—¿Tienen prisa? —inquirió el camarero.

—Ajá.

El hombre los examinó mirando por encima de los anteojos.

—Si alguien me preguntara —dijo—, diría que ustedes dos están

en camino a Yuma con intenciones de casarse.

—¡Nadie se lo preguntó! —replicó Della Street sonriendo.

Mason sacó de su bolsillo otra moneda de veinticinco centavos y se la ofreció.

—¿Para qué es eso? —preguntó el camarero.

—Por la idea —respondió Mason sonriendo—. Vamos, Della.

Avanzaron a toda velocidad por las calles, en dirección al edificio en que Mason tenía sus oficinas. La agencia de detectives de Paul Drake se hallaba en el mismo piso, pero más cerca del ascensor. Mason abrió la puerta, miró al hombre que estaba encargado de la oficina durante la noche y preguntó:

—¿Ha venido ya el jefe?

—Hola, míster Mason… No, esta semana está de vacaciones. Yo creía que usted lo sabía.

—Si llegara a venir, no me nombre —le respondió Mason riendo —. Olvídese de que me ha visto.

Recorrieron el largo pasillo desierto y el sonido de sus pasos despertó ecos sonoros en las paredes. Las puertas oscuras, a cada lado del pasillo, parecían centinelas de comercios muertos. El ambiente estaba muy viciado. Mason abrió la puerta de su oficina privada y encendió las luces. Della Street se detuvo antes de entrar.

—El ascensor sube otra vez —dijo—. Apuesto a que es Paul Drake.

Mason desapareció en el interior del salón biblioteca y cerró la puerta. Oía ya el ruido de pasos que se aproximaban.

—Sí, es Paul —susurró Della Street desde el otro lado de la puerta—. Parece que nada le hace cambiar el ritmo de sus pasos. No se ha detenido en su oficina.

Se oyó un golpecito suave dado en la puerta de entrada. Della Street la abrió un poco. Drake terminó de abrirla de un empujón, penetró en la oficina y la cerró con violencia a sus espaldas. Miró a Della con sus ojos ligeramente saltones, en los que no se notaba expresión alguna. Luego sonrió sardónicamente. De elevada estatura y hombros ligeramente encorvados, tenía los modales de un empresario de pompas fúnebres que efectúa su acostumbrado recorrido de medianoche por el depósito de cadáveres.

—¿Qué tal, chiquilla? —saludó.

—Hola, Paul —respondió Della con voz que reflejaba

incertidumbre.

—Representó usted muy bien su papel. No sabía que fuera tan buena actriz —dijo Drake. Cruzó rápidamente la oficina en dirección a la puerta tras la que se ocultaba Perry Mason, y la abrió de un tirón—. ¡Salga de ahí, picapleitos de pacotilla! Ya le enseñaré a tratar de engañarme como a un chino.

Mason salió sonriendo.

—Tenía el presentimiento de que no se había dejado engañar, pero no dije nada.

Della Street emitió un quejido.

—¡Usted me animó a seguir y fingió creer todo lo que yo decía, y, sin embargo, se estuvo riendo de mí todo el tiempo!

—No, Della, la estaba admirando. No me reía de usted —respondió Drake arrastrando las sílabas—. Lo que pasa es que la conozco demasiado bien.

—¿Por qué vino, entonces? —preguntó ella, señalándole con el índice.

Paul Drake metió la cabeza entre los hombros, luego se lanzó hacia adelante y trató de dar un mordisco al dedo de la joven, que estaba a pocos centímetros de su cara.

—Me imaginé que Perry me necesitaba, y ya he descansado bastante. Me sentía más aburrido que una ostra —confesó, riendo entre dientes—. Quíteme a esta mujer de delante, Perry, y pongámonos a trabajar —tomó asiento en su sillón favorito—. ¿De qué se trata?

Durante diez minutos, Mason habló rápidamente. Drake le escuchó con los ojos cerrados.

—Ésa es la situación —finalizó Mason.

—Muy bien. ¿Qué hago yo?

—Averiguar todo lo que pueda con respecto a Leech. Averiguar lo posible sobre todos los miembros de la familia, especialmente lo que hicieron desde que se apaciguó el revuelo producido por la desaparición de Franklin.

—¿Algo más?

—Sí. Este hombre que telefoneó a Helen Kendal parece haber probado sin lugar a dudas que era Franklin Shore; pero, en casos de esta clase, no se puede desechar la posibilidad de que sea un impostor. Ahora bien: Leech ha estado en realidad en contacto con

Franklin Shore, o estaba tratando de jugar una mala pasada. Aquí tiene un número —agregó. Mason, abriendo su libreta y arrancando una de sus hojas.

—¿Matrícula de automóvil? —inquirió Drake.

—No. Es una marca de lavadero hallada en un pañuelo en el que habían sido envueltos varios objetos de uso personal de Shore. Se encontró en el asiento del automóvil, al lado del cuerpo de Leech. Evidentemente, éste le tenía consigo para demostrar que en realidad era un intermediario de Shore.

—¿A qué se debía lo del intermediario?

—Eso sí que no lo sé. Quizá Shore no quería retornar hasta haber comprobado que sería bien recibido.

—¿Y qué perspectivas había a su favor?

—Poco halagadoras.

Drake emitió un silbido por lo bajo.

—Ajá, ¿eh?

Mason asintió.

—¿Sabe Tragg que consiguió usted esta marca del lavadero? —interrogó Drake.

—No lo creo. Toqué el pañuelo y fingí que estaba interesado en el reloj. Esa marca me llamó mucho la atención, Paul. Hace tiempo que no veo marcas de lavaderos hechas con tinta en los bordes de los pañuelos. La mayoría de los lavaderos no lo hacen ya. Deberíamos encontrar a Franklin Shore por intermedio de esa marca.

—¿Alguna otra cosa?

—Ese «Hotel Castle Gate» parece ser…

—Conozco el sitio —le interrumpió Drake—. Por allí andan siempre muchos «comerciantes». Organizadores de explotaciones mineras falsas. Empresas para hacerse rico pronto con el petróleo y cosas por el estilo. No llevan a cabo sus negocios sucios en el hotel, pero lo usan para invernar cuando las cosas les van mal. Si comienzan a ganar dinero, se mudan a hoteles de lujo. Si la Policía no consigue pruebas contra ellos, se convierten en grandes hombres de negocios. En caso contrario, van a la prisión de San Quintín. Pero cuando el negocio no les deja ganancias, y la Policía no les persigue, vuelven al «Castle Gate» para estar en contacto con sus consocios y permanecer tranquilos hasta que pase el peligro de que

les pesque algún cliente engañado.

—Muy bien —dijo Mason—. Existe otro aspecto del asunto. Revise los diarios de mil novecientos treinta y dos y hallará publicada en ellos una lista de cheques que se pagaron en la cuenta de Franklin Shore a los pocos días de su desaparición. Puede estar seguro de que la policía ha hecho todas las averiguaciones posibles respecto a esos cheques en mil novecientos treinta y dos. Yo quiero que efectúe usted una nueva investigación en mil novecientos cuarenta y dos.

—¿Algo más? —preguntó Drake, mientras tomaba notas en una libreta.

—Además —respondió Mason—, en casa de Matilda Shore envenenaron a un gatito. Creo que Tragg investigará en todas las droguerías para averiguar sobre las ventas de veneno, y no nos servirá de nada andar siguiendo los pasos de la Policía. Ellos tienen la organización y la autoridad. Es lógico que averigüen todo antes que nosotros. Pero tenga en cuenta el asunto.

—¿Qué tiene que ver el gatito con todo el caso? —preguntó Drake.

—No lo sé; pero Matilda Shore ingirió veneno del mismo origen…; aparentemente la misma clase de veneno que se usó para el gatito. Hay un individuo llamado Komo que trabaja de sirviente. No se sabe con certeza si es japonés o coreano. Tragg tiene una carta y un mapa que se echó al correo, con sello de urgencia, alrededor de las seis y treinta en una sucursal de Correos de Hollywood. El estilo de la carta es muy propio de un japonés…, casi demasiado, diría yo. Empero, no se puede asegurar nada. Komo podría haberla escrito, o quizá lo hizo alguien que consideró a Komo, debido a su nacionalidad, como buena carnada para que la Policía mordiera el anzuelo. Probablemente podrá usted conseguir una copia fotográfica de esa carta. Tragg buscará la máquina de escribir que se usó para el caso, y hará que un experto la revise. Quizá pueda usted averiguar con los periodistas cuál es el informe de ese experto…, la marca y el modelo de la máquina en que fue escrita la carta. A mí me dio la impresión de que era una portátil propiedad de una persona que no escribe muy a menudo; es muy probable también que haga mucho tiempo que tiene la máquina.

—¿Qué fue lo que le dio esa impresión? —preguntó Drake.

—Las letras fuera de línea, la cinta muy débil, que parecía haberse secado por falta de uso; sucios los espacios libres de las ees y las aes, unas pocas tachaduras, espacio irregular entre líneas, e irregularidades en las letras que indicaban pulsaciones de una persona poco experta en mecanografía. Tragg debe de haber visto todo eso de una mirada, de modo que no pierda demasiado tiempo con la carta. No vale la pena que imitemos el esfuerzo de la Policía, y no podemos competir con ellos en las cosas que investiguen.

—Muy bien —dijo Drake—. Yo…

Della Street dijo entonces:

—Está sonando el teléfono en la oficina exterior. ¿Oyen ese zumbido especial? Lo produce el conmutador cuando están desconectadas las líneas y llama alguien por la principal. Ha estado llamando a intervalos desde hace cinco minutos.

Mason consultó su reloj y dijo:

—Tengo un presentimiento, Della. Vea quién es.

La joven se puso en pie y se dirigió a la oficina exterior. Al cabo de unos minutos volvió corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Mason.

—Es Helen Kendal. Alguien entró en la casa y le disparó un balazo a su novio, el joven que estaba gozando de su licencia del Ejército. Ella lo ha comunicado a la Policía y llamó a un taxi. Ahora está en el hospital. Al joven le han operado; parece que su estado es bastante grave. No creen que pueda soportar la operación. Es Helen quien ha estado llamando durante los últimos cinco minutos.

Mason hizo una seña a Paul Drake.

—Vamos, Paul.

Drake movió la cabeza.

—Vaya usted. Para cuando llegue allí, el teniente Tragg tendrá todo tan vigilado que se verá obligado a pagar entrada para poder acercarse a una manzana de ese sitio. Yo aprovecharé el tiempo investigando todos estos puntos, mientras Tragg anda ocupado con ese otro asunto.

—Tiene razón —respondió Mason.

—Esta nueva contingencia le mantendrá ocupado —dijo Drake —. De ese modo tendré las manos libres.

Mason se puso el abrigo.

—¿Quiere venir, Della?

—Trate de dejarme atrás si puede.

Drake miró a Mason, mientras en su rostro se dibujaba una aviesa sonrisa.

—¿Dónde estaba su cliente cuando fue hecho el último disparo? —preguntó.

Mason consultó su reloj de pulsera, reflexionó un momento, y dijo:

—Ésa es una de las primeras cosas que el teniente Tragg va a preguntar. Que yo sepa, ya lo está haciendo en este momento… y recibiendo una respuesta. Y, calculando el tiempo transcurrido, mi cliente pudo haber vuelto a la casa a tiempo para disparar el arma.

Capítulo 13

La enorme y vieja casa en la que reinaba Franklin B. Shore en su época de magnate financiero, estaba iluminada desde el sótano hasta el tejado. Había dos automóviles de la Policía aparcados en la avenida. Al conjuro del alboroto producido por el ir y venir de la gente uniformada, las casas vecinas mostraban sus ventanas iluminadas en los pisos superiores, y aquellos rectángulos de luz, en un barrio que se hallaba envuelto en las sombras y entregado al reposo, pregonaban la tragedia recientemente ocurrida.

Mason pasó en su coche dos veces frente a la casa; luego lo aparcó en la parte opuesta de la calle y dijo a su secretaria:

—Efectuaré una investigación preliminar. ¿Quiere esperarme sentada en el auto?

—Muy bien.

—Tenga los ojos bien abiertos. Si ve algo sospechoso, encienda un cigarrillo. Si no pasa nada, no fume. Cuando encienda la cerilla, téngala un segundo cerca del parabrisas, luego junte las manos y acérquela al cigarrillo. No hará ningún daño el que deje apagar la primera cerilla y encienda otra, por si acaso estoy en algún sitio desde el que no pueda ver la primera señal.

—¿Piensa usted ir a la casa?

—Cuando llegue el momento. Primero quiero examinar los jardines y el patio.

—¿Quiere que le acompañe cuando entre usted en la casa?

—La avisaré. Primero quiero examinar los alrededores. ¿Ve usted esta ventana en la parte norte de la casa, la que está en el piso de abajo? Está completamente abierta y con las cortinas corridas. Acabo de ver el resplandor de un disparo de magnesio en esa habitación. Parece como si estuvieran fotografiando la ventana. Eso es significativo.

Della Street se acomodó en el asiento.

—Supongo que ya estará Tragg en persona encargado del asunto.

—Con toda seguridad.

—¿Y su cliente, Gerald Shore?

—Es fácil que haya entrado en el momento de más alboroto —respondió Mason—. Espero que tenga suficiente sentido común como para no darles una coartada.

—¿Qué coartada podría darles? —inquirió Della Street.

—Estaba con nosotros… Espero…, espero…

—Me parece que nunca hemos provisto de coartadas a nuestros clientes, ¿no es verdad? —dijo Della.

—Así es. Por eso tengo la esperanza de que no diga una sola palabra.

—¿No aceptaría Tragg su palabra?

—Tragg la aceptaría; pero póngase usted en el lugar de alguno de los jurados. Un abogado entra en el Juzgado para defender a un hombre acusado de asesinato. Luego ocurre que otro asesinato se complica con el primero. El acusado declara: «En este momento, yo estaba con mi abogado», y el abogado que le defiende, y su secretaria, se levantan y tratan de probar la coartada. No parece muy bonito, ¿verdad?

Ella movió la cabeza.

—Es verdad, a un jurado no le parecería muy bonito.

—Por eso, los mejores abogados se retiran de un caso en el que tienen que ser testigos —dijo Mason.

—¿Quiere usted decir que se retiraría si tuviera que comprobar la coartada de Shore?

—No quisiera ser al mismo tiempo abogado defensor y testigo en un caso.

—Yo podría ser la testigo.

—Ya conversaremos sobre el asunto más tarde —respondió Mason, y abrochándose el abrigo para protegerse del frío de la noche, cruzó la calle en dirección a la casa iluminada.

Della Street le observó mientras se alejaba. Sus ojos recorrían los alrededores, penetrando en la oscuridad. Cuando Mason llegó a los jardines y comenzó a cruzar el césped, Della vio una sombra que se movía cerca de un seto.

Mason se había vuelto en dirección a la ventana que se hallaba al Norte. La sombra se movía hacia él.

Della Street encendió apresuradamente una cerilla. Luego extendió la mano y encendió y apagó los faros delanteros dos veces.

Mason se volvió entonces…, demasiado tarde.

Della Street bajó el cristal de la ventanilla y pudo escuchar la conversación.

—¿Míster Mason?

Sólo una persona que conociera a Mason desde hacía mucho tiempo podría haber notado algo raro en su voz cuando respondió:

—Sí. Soy míster Mason, ¿por qué?

El hombre se adelantó.

—El teniente Tragg quiere verle. Me dijo que vigilara y que le vería a usted acercarse.

Mason rió alegremente.

—Mis cumplidos para el teniente Tragg. ¿Cuándo le veré?

—Ahora.

—¿Dónde?

—En el interior de la casa.

Mason cogió del brazo al agente de Policía.

—De todos modos, hace frío aquí fuera. ¿Quiere un cigarro?

—Sí, señor, muchas gracias.

Ascendieron los escalones y desaparecieron en el interior de la casa.

Della Street adoptó una posición cómoda en el asiento.

Las luces del vestíbulo cegaron por un momento al abogado. Un agente de investigaciones que se hallaba sentado cerca de la puerta se puso en pie.

—Diga a Tragg que míster Mason está aquí.

El guardián miró a Mason con curiosidad, asintió y se fue.

El acompañante de Mason encendió el cigarro, se echó el sombrero hacia atrás y dijo:

—Nos quedamos aquí. Creo que el teniente no quiere tenerle cerca hasta que esté listo para hablar con usted.

Mason oyó el sonido de pasos rápidos. Tragg entró por la puerta que daba a la sala de estar.

—Bien, bien, Mason —saludó—, le agradezco la visita. Quería hablar con usted. Llamé a su oficina, pero no le hallé allí.

—Trato de adelantarme a sus deseos —respondió Mason con una inclinación burlona.

—Es usted muy bondadoso.

El teniente Tragg se volvió, asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Cierren la puerta del dormitorio.

Esperó un momento hasta oír el ruido de la puerta al cerrarse.

—Pase usted, Mason.

Tragg le precedió al entrar en la sala de estar: Los ojos de Mason, ya acostumbrados a la luz, observaron los detalles importantes con claridad fotográfica.

Gerald Shore, en apariencia muy sereno y tranquilo, estaba sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y fumando plácidamente su pipa. En pie, entre las sombras, se encontraba un agente de investigaciones. Su sombrero le ocultaba el rostro. El rojo extremo de su cigarrillo brillaba y palidecía a intervalos regulares. Un hombre, en quien Mason reconoció a Komo, estaba sentado a poca distancia del agente.

Ese extremo del largo salón se hallaba sólo iluminado a medias, pero el que daba al pasillo por donde se iba al dormitorio de Matilda aparecía brillante, por la luz de poderosos reflectores colocados sobre trípodes para tomar fotografías. Los cables que los conectaban eran de metal. Evidentemente, esos reflectores se habían usado con los varios enchufes que de la sala de estar cruzaban el piso en todas direcciones.

La puerta cerrada ocultaba el interior del dormitorio. Los reflectores situados al lado de la puerta demostraban que Tragg había mandado sacar fotografías del dormitorio y de la siniestra mancha roja que se veía en el piso, cerca de la entrada.

—Tome asiento, Mason —invitó Tragg—. No quiero aprovecharme de usted. En otras oportunidades le he pedido su cooperación. No lo hago ahora porque esta vez somos enemigos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mason.

—Míster Shore dice que usted es su abogado. No quiere hablar, y eso no me gusta.

—No le culpo por ello —respondió Mason.

—Y no tengo intención de soportarlo —prosiguió Tragg—. Cuando un hombre trata de ocultarme algo relacionado con un asesinato, considero su actitud como una prueba de culpabilidad.

Mason inclinó la cabeza con expresión de condolencia.

—Tengo la esperanza —prosiguió Tragg— de que usted sí hablará. Será una desgracia para su cliente si no lo hace.

Mason favoreció a Gerald Shore con una inclinación de cabeza, tomó asiento y dijo:

—Por supuesto que hablaré, Tragg. Siempre estoy dispuesto a hablar.

Tragg acercó una silla y se sentó.

Shore apartó la pipa de los labios.

—El teniente Tragg me ha estado formulando preguntas, y yo le dije que usted era mi abogado.

—Eso no le impide que responda a las preguntas que se refieren a un asunto enteramente distinto —dijo Tragg.

—¿Cómo sabe usted que es un asunto enteramente distinto? —preguntó Mason.

—Porque debió de ocurrir después que él le contrató a usted.

—Ajá.

Shore apretó el tabaco en la pipa.

—Uno de los axiomas de nuestra profesión, teniente, dice que el abogado que quiere aconsejarse a sí mismo tiene un tonto por cliente.

—El caso es que Shore rehúsa decirme dónde estaba cuando ocurrió el crimen —dijo Tragg.

—¿Qué le parece si me dice usted a qué crimen se refiere, Tragg? —preguntó Mason.

—Muy bien… —respondió Tragg—, se lo diré. Helen Kendal estaba sentada en aquel diván conversando con Jerry Templar, su… Bien, si no son novios, deberían serlo. Oyeron un ruido en el dormitorio de mistress Shore.

—¿Qué clase de ruido? —preguntó Mason, súbitamente.

—Como si se hubiese caído un velador o algo por el estilo.

—¿De lo cual fue causante un sujeto que se introdujo por esa ventana que da al Norte? —inquirió Mason.

Tragg vaciló un momento y luego respondió:

—Bien, sí.

—Prosiga.

—Naturalmente, Helen Kendal se sobresaltó —prosiguió Tragg —, pues sabía que mistress Shore no estaba en su dormitorio. Luego

oyeron ruidos que demostraban la presencia de mistress Shore en la habitación. El golpear del bastón y el ruido que produce su pie derecho al arrastrarlo. Es muy significativo el detalle de que si miss Kendal no hubiera sabido que su tía estaba en el hospital, no hubiese prestado ninguna atención a esos sonidos, creyendo que ella habría hecho caer algún objeto al levantarse de la cama para ir al baño, por ejemplo. Pero como estaba enterada de que mistress Shore no se hallaba en la casa, comenzaron a investigar inmediatamente.

—¿Mistress Shore estaba en el hospital? —preguntó Mason.

—Sí, señor —respondió Tragg—. Puedo asegurarlo. Templar abrió la puerta y, mientras buscaban la llave de la luz, alguien oculto en la habitación le hirió de un tiro de revólver. Fueron disparados dos tiros. El primero no dio en el blanco. El segundo le hirió en el costado izquierdo.

—¿Murió? —inquirió Mason rápidamente.

—No. Tengo entendido que tiene tantas probabilidades de salvarse como de morir. Los médicos están efectuando una operación de urgencia.

—Ésta parece ser una de sus noches más sangrientas, amigo Tragg —comentó Mason secamente.

Tragg pasó por alto sus palabras.

—Pronto extraerán esa bala, si es que no la han recobrado ya. Tengo aquí la bala que no dio en el blanco y se incrustó en el marco de la puerta. Pasó apenas a uno o dos centímetros de la cabeza de Helen Kendal. Es una bala calibre treinta y ocho, al parecer disparada con un revólver común de doble acción. Todavía no la he comparado con la que mató a Henry Leech; pero no me sorprenderá en absoluto si los tres disparos se hubieran hecho con la misma arma. Por supuesto, eso querrá decir que fueron disparados por la misma persona.

Mason tamborileó suavemente sobre el brazo del sillón.

—Es interesante el asunto —comentó.

—¿No es cierto? —replicó Tragg cáusticamente.

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—Si *a priori* admitimos que los tres disparos fueron disparados con la misma arma y, por tanto, por la misma persona, podemos excluir de la lista a Leech, que está muerto; a Matilda Shore, que

estaba en el hospital a la hora en que se cometió el segundo crimen; a Gerald Shore y a Jerry Templar. Además…

—Yo soy muy capaz de deducir todo eso —le interrumpió Tragg —. Lo que me interesa es su afirmación de que Gerald Shore tiene una coartada.

—La tiene —respondió Mason.

—Muy bien, ¿cuál es?

Mason sonrió.

—No me ha dicho usted a qué hora se cometió el atentado.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que él tiene una coartada? —respondió Tragg rápidamente.

—Es verdad —dijo Mason sonriendo—. No lo sé, ¿verdad? Ahora bien, veamos. La persona que entró en esa habitación estaba enterada de que mistress Shore no se hallaba en el dormitorio, pero no sabía que Helen Kendal conocía la ausencia de su tía.

—¿Cómo deduce usted eso? —preguntó Tragg interesado.

Mason respondió:

—Porque trató de engañar a Helen imitando a mistress Shore y cruzando la habitación como lo hubiera hecho ella. Eso prueba que Gerald Shore no pudo ser el culpable. Gerald estaba muy bien enterado de que Helen conocía la ausencia de su tía.

Tragg frunció el ceño. Era claro que el razonamiento de Mason le impresionó, logrando también desbaratar alguna teoría que había formado.

De pronto, el policía que estaba en el otro extremo de la habitación dijo:

—Este japonés está escuchando muy atentamente, teniente. Parece que las orejas se le hubieran agrandado.

Tragg se volvió molesto.

—Sáquele de aquí.

Komo se inclinó repetidas veces.

—*Peldón, pol favol* —dijo dignamente—. No soy japonés. Soy *coleano*. Mis sentimientos *pol* japoneses no son amistosos.

—¡Sáquele de aquí! —repitió Tragg.

El policía apoyó una mano sobre el hombro de Komo.

—Vamos, amiguito —dijo—. ¡Afuera!

Tragg esperó a que Komo hubiera salido de la habitación. Luego se volvió hacia Mason.

—Mason —dijo—, no me gusta su actitud, ni la de su cliente.

Mason mostró los dientes al sonreír.

—Si vamos a jugar a manos limpias, teniente, ahora es mi turno. No me gusta la forma en que me hizo usted entrar aquí, como si fuera un sospechoso.

—Y quizá no le gustará tampoco lo que voy a hacer ahora —respondió Tragg—. Cuando mis hombres investigaron en el «Hotel Castle Gate», el conserje declaró que sólo había tres personas allí cuando se recibió la carta. Cuatro fueron a la cima de la montaña. Ahora bien: ¿por qué uno de ustedes no entró en el hotel? Espere un momento.

El teniente se puso en pie y se dirigió hacia el teléfono que se hallaba en el pasillo, dejando la puerta abierta. Marcó un número, y al cabo de un momento dijo:

—¿Habla el «Hotel Castle Gate»? ¿El conserje nocturno…? Habla el teniente Tragg, Departamento de Homicidios… Así es… ¿A qué hora entró usted de servicio anoche…? A la seis… Muy bien, ¿conoce usted a un hombre llamado Gerald Shore…? Se lo describiré. Tiene unos sesenta y dos años de edad, es de aspecto distinguido, frente amplia, perfil bien definido, un metro sesenta de estatura, poco más o menos, pesa unos ochenta kilos, tiene cabello gris ondulado y largo, viste un traje gris a cuadros, camisa azul claro y corbata azul y roja con un alfiler de perla negra… ¡Estuvo! ¿Cuándo…? Ya veo… ¿Cuánto tiempo…? Iré a verle dentro de media hora. Mientras tanto, no hable con nadie respecto a esto.

Tragg colgó el auricular y retornó a la sala de estar. Se detuvo en un sitio desde donde podía ver tanto a Gerald Shore como a Mason.

—Me parece que comienzo a ver claro —dijo—. Míster Shore, tal vez quiera usted decirme por qué fue al «Hotel Castle Gate» esta noche temprano y se quedó allí esperando largo rato.

Gerald Shore se quitó la pipa de la boca con toda calma y señaló a Perry Mason con la boquilla.

—Él es mi abogado.

Tragg asintió. Su sonrisa era triunfal.

—Oiga, Jerry —llamó al policía que se hallaba en el vestíbulo—. Míster Mason tiene que retirarse. Si le ve usted por las cercanías, recuérdele que tiene un compromiso en otro sitio… ¡Hasta la vista,

abogado! —luego levantó la mano para que le prestaran atención—. Y les digo a todos los presentes que, en cuanto se halle a Franklin Shore, le necesitaré como testigo para declarar ante el jurado…, y me harán ustedes el favor de recordar eso.

Mason se volvió sin decir palabra, llegó hasta la puerta de entrada y la abrió. Tragg dijo a Shore:

—Ésta será su última oportunidad de hablar.

Mason se detuvo un momento para oír la respuesta de Shore.

—¿Tiene una cerilla, teniente? —preguntó Shore tranquilamente.

El policía acompañó a Mason hasta el pórtico de entrada. La puerta se cerró con gran violencia a sus espaldas.

Otro agente, que evidentemente estaba allí para comprobar si salía de la finca con la suficiente premura, se le acercó.

—Le acompañaré hasta su coche.

—No hay necesidad.

—¡Oh! Será mejor. No se sabe lo que puede suceder aquí esta noche. No quisiera que le sucediese nada a usted, míster Mason.

Perry marchó por el camino de entrada acompañado por el agente. Mirando hacia la acera opuesta, sólo vio la calle desierta. No había señales del automóvil, ni de Della Street. Sólo por un momento, Perry se sintió intrigado. Se detuvo para que le alcanzara el agente.

—¿Qué le pasa? —preguntó el policía.

—Me torcí el tobillo —respondió Mason, dirigiéndose hacia la esquina.

—¡Oiga, míster Mason! Su automóvil está al otro lado. Será mejor… ¿Dónde diablos está su auto?

Mason le replicó:

—Mi chófer lo llevó de vuelta a la oficina. Le ordené que cumpliera un encargo.

El policía le miró con suspicacia.

—¿A dónde va usted ahora?

—Voy a pasear un rato para tomar aire fresco. ¿Quiere acompañarme?

El agente le respondió con toda sinceridad:

—¡Infiernos, no!

Capítulo 14

Cuando Mason abrió la puerta de su departamento, estaba sonando el timbre de su teléfono privado. El abogado encendió las luces, cruzó la habitación, levantó el auricular y preguntó:

—¿Quién habla?

Era Della Street. En cuanto empezó a hablar, Perry se dio cuenta de que estaba muy excitada y que trataba de disimularlo.

—Hola, jefe, ¿es usted? —siguió hablando con el ritmo de una remachadora neumática—. Creo que he violado las formas, la fuerza y el efecto de los preceptos jurídicos más severos, y mis acciones están probablemente en pugna con la paz y dignidad de los habitantes del Estado de California. Me parece que me he convertido en una criminal de pies a cabeza.

—Me han dicho que se aprende mucho en la prisión —le aseguró Mason—. Resulta muy útil para algunas personas.

La joven rió nerviosamente y se interrumpió de pronto para continuar:

—Paul Drake me advirtió que yo terminaría en la cárcel si seguía trabajando para usted, pero soy demasiado obstinada para hacerle caso.

—Bien, todavía no la han sentenciado. ¿Qué crimen ha cometido usted?

—He se…, se…, secuestrado a un testigo —respondió la joven tartamudeando.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Le secuestré delante de las mismas narices del teniente Tragg, y le tengo incomunicado.

—¿Dónde?

—En mi automóvil…, o, mejor dicho, en el suyo.

—¿Dónde está usted?

—En una estación de servicio, a unas cuatro manzanas de su departamento.

—¿Quién es el testigo?

—Ahora está sentado en el auto. Se llama Lunk y…

—Un momento —le interrumpió Mason—. ¿Cómo es el nombre?

—Lunk. Es jardinero de la mansión de Shore. Y está temporalmente encargado de la custodia del gatito envenenado.

—¿Cómo se deletrea el nombre?

—L-u-n-k. Thomas B. Lunk. Estoy segura de que es así, pues pude echar una ojeada a su tarjeta de conductor.

—¿Qué es lo que sabe ese hombre?

—No estoy muy segura, pero creo que se trata de algo muy importante.

—¿Por qué?

—Se bajó de un tranvía a dos manzanas de la casa. Fue justamente cuando ese polizonte se lo llevó a usted adentro. Vi que se detenía el tranvía y que ese nombre se apeaba. Es un individuo anciano, curtido por el sol, tipo de campesino. Se acercó apresuradamente a la casa. De cuando en cuando corría un trecho. Se notaba en seguida que iba muy apresurado.

—¿Qué hizo usted?

—Obré de acuerdo con un presentimiento —respondió la joven — y puse en marcha el coche, avanzando una media manzana hasta salirle al encuentro; allí bajé del auto y le pregunté si se dirigía a la residencia de los Shore.

—Y luego, ¿qué? —preguntó Mason, al ver que la joven vacilaba.

—Preferiría no decirle esto por teléfono.

—Tendrá usted que hacerlo. Por lo menos, la parte que no quiere que oiga él.

—Bien, estaba tan excitado que tartamudeaba. Sólo movía la cabeza, y al principio no podía hablar. Luego me dijo que tenía que ver a mistress Shore inmediatamente. Yo lo traté con mucha amabilidad y le pregunté si conocía a mistress Shore… Estaba tratando de ganar tiempo y quería averiguar por qué iba a la casa. El hombre me dijo entonces que había trabajado para ella y que era el jardinero que cuidaba los jardines de la casa desde hacía doce o trece años.

—Pero, ¿no vive allí? —preguntó Mason.

—No. La dirección en su tarjeta de conductor es seiscientos cuarenta y dos, South Belvedere. Dice que vive en una casita de campo de soltero, en la parte trasera de una casa. Antes vivía en una habitación, sobre el garaje de la casa de los Shore. Luego se mudó para vivir solo.

—¿Qué es lo que sabe ese hombre?

—No lo averigüe. Estaba tan excitado que apenas podía hablar. Dijo que tenía que verla en seguida, pues había sucedido algo, y yo le comuniqué que mistress Shore no estaba en su casa, pero que yo sabía dónde se hallaba y podría conducirle allí. Le hice subir al coche, y traté de ganar tiempo, fingiendo que necesitaba combustible y aceite, luego dejé que el encargado de la estación de servicio tratara de convencerme de la necesidad de cambiar las bujías. Le avisé que mistress Shore se encontraba en un sitio en el que no la podía molestar en seguida, pero que la podríamos ver al cabo de quince o veinte minutos y que yo le llevaría junto a ella. Durante todo ese tiempo, por supuesto, le llamé por teléfono a usted repetidas veces, con la esperanza de que hubiera tomado un taxi para ir a su departamento. Cuando vi que no podía comunicarme con usted, soborné al encargado de la estación de servicio para que dejara escapar el aire de una de mis cámaras y me dijera que tenía una goma pinchada y que debía ser arreglada inmediatamente. Quitó la cubierta y está trabajando con ella. Ahora mi amigo se va poniendo nervioso y comienza a sospechar. Voy a tener que permitir al empleado que vuelva a colocar la goma; debe usted venir aquí volando.

—¿En qué calle está la estación de servicio?

—En la esquina, a cuatro manzanas de su departamento en el bulevard.

—En seguida salgo. Espéreme allí —respondió Mason.

—¿Qué haré cuando usted llegue?

—Déjeme actuar a mí —dijo Mason—. Yo veré cómo le hago hablar. Dígame cómo es el individuo.

—Tiene los ojos azules, ligeramente estrábicos, de mirada firme, rostro curtido por el sol y el viento, pómulos salientes, un bigote caído; alrededor de cincuenta y cinco años o quizá sesenta años de edad; manos nudosas, hombros caídos; brazos largos; es lento en sus

movimientos y parece tener una mente muy simple, pero obstinada y arisca, cuando se despiertan sus sospechas. Me parece que creerá lo que se le diga, siempre que se le haga ver que se le habla con sinceridad. Pero yo estaba tan nerviosa y… Bien, se están despertando sus sospechas. Tendrá que venir en seguida o no querrá quedarse conmigo ni un minuto más.

—Ya voy —prometió Mason, y colgó el auricular.

Apagó las luces, descendió al piso bajo, salió a la calle y esperó entre las sombras para asegurarse de que no era seguido. Una vez convencido sobre este punto, recorrió rápidamente tres manzanas y se detuvo de nuevo, para asegurarse una vez más de que nadie le seguía los pasos. Luego se dirigió a la estación de servicio, en la que un empleado de uniforme blanco terminaba de ajustar las tuercas de la rueda izquierda posterior del coche de Mason.

Mason se acercó a Della Street, ignorando, aparentemente, la presencia del hombre que estaba sentado a su lado, se quitó el sombrero y saludó:

—Buenas noches, miss Street. Confío no haberla hecho esperar demasiado.

Della le miró a los ojos aguardando una señal de inteligencia, vaciló un momento y luego dijo:

—¡Bien, ya lo creo que tardó usted! Si no hubiera sido porque tuvieron que arreglarme una cubierta, no hubiese esperado.

—Lo siento mucho —respondió Mason—. Tuve un compromiso ineludible. Ya le aseguré qué podía conseguirle una entrevista con mistress Shore; pero ella…

Se interrumpió, aparentando ver por primera vez al hombre que estaba al lado de la joven. Ésta le dijo:

—Bien: éste es míster Lunk. Trabaja en casa de los Shore como jardinero. Él también quiere ver a mistress Shore.

—Mistress Shore está en el hospital —dijo Mason—. La envenenaron. Ella dice que tomó el veneno por equivocación, pero la Policía no quiere creerlo y están investigando el asunto.

—¡Veneno! —exclamó Lunk.

Della Street fingió sentirse afligida.

—¿No la podremos ver? Míster Lunk dice que tiene algo muy importante que comunicarle.

—Por lo menos, podemos probar —replicó Mason—, creí que

estaba todo arreglado, pero la forma en que se presentan las cosas… —se volvió un poco para poder vigilar a Lunk con el rabillo del ojo—. Verá usted —prosiguió—, con la guardia policíaca que ocupa la casa, en cuanto tratáramos de verla, comenzarían a formularnos preguntas.

—No quiero saber nada de la Policía —exclamó Lunk—. Tengo que ver a mistress Shore personalmente y en privado.

Mason elevó las cejas.

—¿Dice usted que trabaja en la casa?

—Soy el jardinero.

—¿Vive usted allí?

—No. Tomo el tranvía para ir a mi trabajo y hago lo mismo para volver a casa. Viví en la casa durante algún tiempo, hace algunos años. Ella quería que me quedara, pero no puedo soportar que un maldito oriental ande metiendo las narices en los asuntos ajenos. Me gusta estar solo y tranquilo.

—¿Un oriental? —preguntó Mason.

—Sí. Ese sirviente que tiene en la casa. No sé por qué no le han despedido hace tiempo. Para decirle la verdad, espero que en cualquier momento llegaran los de la Inmigración y… Bien, me parece que no diré más.

Mason no insistió. Sólo afirmó con voz en la que se transparentaba la simpatía:

—Bueno, entiendo que, si puedo arreglar las cosas para que podamos ver a mistress Shore sin que la Policía nos arreste, usted quiere ir con nosotros. De otro modo, su asunto puede esperar. ¿No es así?

—Mi asunto no puede esperar —replicó Lunk.

—¿Es tan importante?

—Sí.

Mason adoptó, durante un momento, una actitud reflexiva.

—Bien, vamos a ver si no hay moros en la costa.

—¿Dónde está la señora?

—En el hospital —replicó Mason.

—Sí, ya lo sé. Pero, ¿en qué hospital?

—Yo le llevaré allí.

Mason puso el coche en marcha y emprendió camino hacia el hospital.

—A esta hora de la noche —dijo cuando cruzaba lentamente una bocacalle—, no se encuentra uno con ningún auto en los cruces, pero si así sucede, pasan a toda velocidad. Es muy fácil que lo hagan a uno papilla en las bocacalles.

—Ajá.

—¿De modo que usted ha trabajado para mistress Shore durante unos doce años?

—Sí, ya van para trece.

—¿Conoció entonces al esposo?

Lunk dirigió a Mason una mirada penetrante, pero sólo vio un perfil inexpresivo y los ojos de Mason fijos en la calle.

—Sí. Era uno de los hombres más buenos que pisó nunca un jardín.

—Así me lo han dicho. Caso raro el de su desaparición, ¿no es verdad?

—Ajá.

—¿Qué piensa del asunto?

—¿Quién, yo?

—Sí.

—¿Qué motivo hay para que yo piense algo sobre ello?

Mason rompió a reír.

—Usted piensa, ¿no es verdad?

—Me pagan para que me ocupe del jardín.

—Es una familia interesante —replicó Mason.

—¿Los conoce usted? —preguntó Lunk—. ¿A todos ellos?

—Conozco a algunos de ellos. Actualmente estoy ocupado en un asunto para Gerald Shore. ¿Le resulta simpático el hombre?

—Me parece que es una buena persona. Aunque no es como su hermano Franklin en su gusto por las flores y el jardín. Parece que no le agradan mucho esas cosas, de modo que no le veo muy a menudo. Mistress Shore da las órdenes…, excepto cuando ese maldito japonés se mete en lo que no le importa. ¿Sabe usted lo que ese demonio pagano trató de hacer hace poco tiempo?

—No.

—Trató de que la señora hiciera un viaje para mejorar la salud. Quería que toda la familia saliera de viaje y le dejaran que efectuara una limpieza general de la casa. Me imagino que quería pasarse tres o cuatro meses con ese trabajo. Deseaba que ella se

fuera a Florida acompañada por su sobrina. Y yo me enteré de que él estuvo hablando del asunto con George Alber. Quizá haya sido idea de Alber. ¿Le conoce usted?

—No.

—Es el niño mimado de la señora en estos momentos. Parece que a la vieja le gustaba el padre de ese muchacho, o que él estaba enamorado de ella, no estoy seguro. Yo cumplo con mi trabajo y quiero que me dejen tranquilo. Eso es todo lo que pido.

—Y Komo, ¿qué tal? ¿Muy trabajador?

—¡Oh! Como trabajar, trabaja, pero siempre da la impresión de estar espiándole a uno.

—Dijo usted que vivió en la casa de los Shore durante algún tiempo. ¿Tuvo alguna dificultad con Komo mientras vivía allí?

—Peleas, no…, por lo menos abiertamente. Mi hermano fue quien tuvo dificultades con él.

—¿Su hermano? —inquirió Mason, apartando por un momento los ojos del camino, para lanzar una mirada rápida a Della Street—. ¿Así que su hermano vivió allí, en su compañía?

—Ajá. Estuvo durante seis o siete meses.

—¿Qué fue de él?

—Murió.

—¿Mientras vivía usted allí?

—No.

—Después que se mudó, ¿eh? ¿Mucho tiempo después?

—Una o dos semanas.

—¿Estuvo mucho tiempo enfermo?

—No.

—Supongo que estaba enfermo del corazón, ¿eh?

—No. Era más joven que yo.

Della Street intervino entonces con voz dulce:

—Ya me imagino cómo lo sentirá usted. No querrá hablar del asunto, ¿no es verdad, míster Lunk? —Della Street prosiguió rápidamente—: Así pasa cuando fallece algún miembro de la familia. Es un golpe doloroso. Su hermano debió de ser un hombre inteligente, míster Lunk.

—¿Por qué lo cree usted?

—¡Oh! Sólo por pequeños detalles en la forma como le describe usted. Parece haber sido un hombre de los que no se dejarían

engañar por nadie. Es decir, estoy segura de que ese extraño sirviente japonés no pudo engañarle.

—¡Ya lo creo que no!

—Debió de resultarle duro tener que hacer el trabajo sólo cuando no tuvo a su hermano para que le ayudara.

—Él no me ayudaba. Estaba de visita. Hacía tiempo que no se hallaba bien de salud, y no podía hacer ningún trabajo.

—La gente así vive a veces mucho más tiempo que las personas fornidas que no saben en su vida qué es un dolor.

—Es verdad.

—Míster Shore debió de ser un hombre excelente… —dijo entonces Della.

—Sí, señorita. Le aseguro que lo era. Fue muy bueno conmigo.

—… al dejar que se quedara su hermano en la casa. Supongo que no le habrán cobrado pensión.

—No. No lo hicieron —respondió Lunk—. Y nunca olvidaré cómo se portó míster Shore cuando falleció mi hermano. Yo había tenido que gastar mi dinero en doctores y medicinas, y… Bien, míster Shore me dijo que me acompañaba en el sentimiento y… ¿Sabe usted qué hizo?

—No. ¿Qué hizo?

—Me dio trescientos cincuenta dólares para que pudiera enviar los restos de mi hermano al Este, y me concedió permiso para que acompañara el cuerpo en el tren. Mi madre vivía aún, y significó mucho para ella el que le llevara a Phil allá y se realizaran los funerales en el pueblo.

—¿Ha fallecido ya su mamá? —preguntó Della.

—Hace cinco años. Nunca me emocionó nada tanto como la forma en que se portó míster Shore conmigo. Se lo agradecí entonces. Quería agradecérselo más; pero se había ido ya cuando volví después del funeral de mi hermano.

Mason tocó a Della con la rodilla para que la joven no insistiera más sobre el tema y no alarmara al jardinero. Luego, al cabo de un momento, el abogado preguntó con tono indiferente:

—¿Eso sucedió en la misma época en que desapareció míster Shore?

—Exactamente en esa época.

—Esos japoneses son gente astuta —dijo Mason entonces—. Los

orientales conocen una serie de drogas cuya existencia ignoramos nosotros.

Lunk se inclinó hacia delante para poder mirar con atención la cara del abogado.

—¿Por qué dice usted eso?

—¡Oh! No lo sé —replicó Mason—. Pensaba en voz alta. A veces tengo ideas raras.

—Bien, ¿qué tenía de raro esa idea?

—Ni siquiera fue una idea —replicó Mason—. Sólo estaba pensando.

Lunk dijo significativamente:

—Bueno, yo también he pensado mucho.

Mason esperó unos segundos, luego comentó, con voz apagada y natural:

—Si yo tuviera cerca de mí a un japonés que no me agradara…, le aseguro que odiaría la idea de vivir en la misma casa con él… Permitir que me preparara o me sirviera la comida. No tengo ninguna confianza en ellos.

—Así pienso yo —dijo Lunk—. Le diré a usted algo, míster… ¿Cómo dijo que era su nombre?

—Mason.

—Bien, le diré algo, míster Mason. Después de la desaparición de míster Shore hubo momentos en los que hubiera apostado diez dólares contra un buñuelo a que el japonés tuvo algo que ver con el asunto. Además ya más adelante, comencé a preguntarme si Komo no habría tenido algo que ver con el fallecimiento de Phil. Ha de saber usted que fue muy posible.

—¿Veneno? —preguntó Mason.

—Bien, no diré nada. Personalmente, no me gusta en absoluto esa raza traidora, pero prefiero ser justo. Ya una vez cometí una injusticia con él.

—¡Oh! ¡No me diga!

Lunk replicó:

—Para decirle la verdad, yo sospeché que hubiera tenido algo que ver con… Bueno, se lo diré. Hubo momentos en los que pensé que él quería quitar de en medio a míster Shore, y que primero practicó con mi hermano para medir la dosis del veneno que debía usar… Usted sabe cómo desapareció Shore y todos los detalles, y al

ocurrir eso en un espacio de tiempo tan corto después de la muerte de Phil… No pensé mucho sobre el asunto en aquellos momentos, pero reflexioné bastante después que hubo pasado algún tiempo.

Mason dio un codazo a Della Street, mientras tomaba la curva y entraba en la calle principal que llevaba al hospital.

—Pues no veo que eso sea una injusticia con el japonés.

—No —dijo Lunk con firmeza—. No fue culpable. Pero hasta hace unas pocas horas, nadie me hubiera convencido de lo contrario por más argumentos que empleara. Eso demuestra cómo se le mete a uno una idea en la cabeza y no se la puede quitar. Para ser sincero, le diré que la razón de que no quisiera yo vivir más en esa casa era porque estaba allí el japonés. Phil empeoraba día tras día. Yo mismo me sentía medio enfermo y consulté a un médico, y él no pudo hallar que tuviera nada malo, de modo que preparé mi maleta y me fui.

—¿Logró curarse entonces? —preguntó Mason.

—Ya lo creo que sí —respondió Lunk, encantado con el tema—. Ocupé una casita para mí solo, me preparaba mi propia comida, y me llevaba el almuerzo al trabajo. Y le diré a usted algo más, señor, no dejé mi almuerzo en ningún sitio donde pudiera venir nadie a hacer nada en la comida. ¡No, señor!

—¿Y se curó inmediatamente?

—Al cabo de una o dos semanas. Pero Phil continuó enfermo y no pudo curarse. Estaba muy mal.

—¿Qué dijo Komo cuando se mudó usted?

—El maldito japonés no dijo ni una palabra. Sólo me miraba, pero estoy seguro de que sabía lo que pensaba yo, y no me importaba que lo supiera.

—¿Qué fue lo que le hizo cambiar de idea? ¿Por qué no cree usted que él haya envenenado a míster Shore?

—No —replicó Lunk, moviendo la cabeza en ademán negativo —. Él no envenenó a mi amo. Sin embargo, creo que envenenó a Phil y que trató de envenenarme a mí; y lo que es más, envenenó al gatito, y si Matilda Shore ingirió veneno, no me convencerá usted nunca de que Komo no lo hizo. A mí no me encaña. Tome en consideración lo que digo: quería envenenar a alguien, pero antes deseaba conocer el efecto que hacía el veneno. Hace diez años usó a Phil para probarlo. Anoche usó al gatito. Hace diez años creí que

estaba practicando con Phil para emplear el veneno contra el amo. Ahora sé que era a mí a quien quería envenenar.

—Pero, si creyó que su hermano había sido envenenado, ¿por qué no se presentó ante la Policía y…?

—No tenía ninguna prueba. Cuando murió Phil, le pregunté al doctor respecto al veneno. Se rió de mí y dijo que Phil vivía por un milagro desde hace cinco años.

—Bueno, ya estamos en el hospital —dijo Mason—. ¿Quiere entrar conmigo, para ver si todavía están de guardia los policías?

—No quiero ver a ningún policía.

—Por supuesto —respondió Mason—. Pero existe posibilidad de que podamos entrar a ver a mistress Shore.

Della Street miró a Mason con aprensión.

—Yo puedo subir, jefe —dijo—, para ver si están de guardia y…

—No —respondió Mason significativamente—. Quiero llevar a míster Lunk conmigo. Verá usted —le explicó a Lunk—, yo ya había venido a verla antes, esta noche.

—¡Oh! —exclamó Lunk—. ¿No dijo usted que trabajaba para Gerald Shore?

—Sí. Él es mi cliente. Yo soy abogado.

Mason abrió la portezuela del automóvil.

—Vamos, Lunk. Iremos arriba. Della, ¿quiere quedarse aquí?

Ella asintió, pero con un fruncimiento de ceño que revelaba preocupación.

Mason tomó a Lunk del brazo, y ambos ascendieron los escalones de entrada.

Mientras recorrían el largo pasillo frente al mostrador de recepción, Mason dijo a Lunk:

—Será mejor que me deje hablar a mí. Pero usted escuche, y si no lo hago bien, me da un codazo.

—Muy bien —replicó Lunk.

Mason oprimió el botón del ascensor y ambos subieron al piso en que se hallaba la habitación de Matilda Shore. Una enfermera, que revisaba algunos papeles en un escritorio, levantó la vista. Dos hombres se incorporaron de sus sillas situadas en el extremo del pasillo y se acercaron a los visitantes.

Mason tenía ya la mano sobre el picaporte, cuando uno de los hombres dijo con truculencia:

—Un momento, compañero.

Su acompañante exclamó:

—Ése es Mason, el abogado. Ya vino aquí antes. El teniente Tragg estuvo conversando con él.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó el que parecía ser el jefe.

—Quiero hablar con mistress Shore.

El hombre movió la cabeza sonriendo.

—No hay nada que hacer. No es posible —replicó.

—Este señor que me acompaña quiere hablar con ella —dijo Mason.

—¿Ah, sí? ¡No me diga! —exclamó el policía sonriendo y examinando a Lunk con mirada burlona—. De modo que los dos quieren hablar con ella, ¿eh?

—Así es.

El hombre señaló el extremo del pasillo con el pulgar y dijo:

—Vuelvan al ascensor, muchachos. Lo siento, pero no hay nada que hacer.

Mason dijo, elevando la voz:

—Quizás este hombre les pueda ayudar a ustedes si consigue hablar con mistress Shore. Es su jardinero. Creo que el teniente Tragg querrá verle también.

El policía hizo una seña a su compañero y tomó a Mason del hombro. El otro asió el cuello de la chaqueta de Lunk.

—Vamos, muchachos. Márchense, y no se resistan.

—Me parece que tenemos derecho a verla —protestó Mason.

—¿Tiene permiso? —preguntó el policía.

La enfermera se acercó rápidamente.

—Hay otros pacientes en este piso y yo soy la responsable. No quiero ruidos ni discusiones. Hagan el favor de no provocar escándalo.

Uno de los policías llamó al ascensor.

—No habrá escándalo, señorita —dijo—. Estos hombres ya se van. Eso es todo.

El ascensor se detuvo y se abrió la puerta. Impelidos por los policías, Mason y Lunk se vieron obligados a entrar.

—Y no traten de volver sin un pase —les advirtió el polizonte cuando se volvió a cerrar la puerta del ascensor.

Lunk quiso decir algo cuando, ya en el piso bajo, se dirigían

hacia la salida, pero Mason le hizo callar con un ademán. Tampoco habló el abogado hasta que estuvieron en la calle.

Della Street abrió la portezuela del automóvil.

—¿Salió todo como usted esperaba? —preguntó ansiosa.

Mason estaba sonriendo.

—Exactamente —respondió—. Ahora iremos a un sitio donde podamos conversar.

—Yo tengo que ver a mistress Shore —insistió Lunk con obstinación—. No quiero conversar con nadie más.

—Ya lo sé —respondió Mason—. Veremos si se nos ocurre algún plan de acción.

—Oiga, no puedo estar toda la noche ocupado en esto —le replicó Lunk—. Es algo muy importante y debe ser atendido inmediatamente. No tengo otro remedio que verla.

Mason guió el auto hacia una calle ancha que, a esa hora de la noche, no era transitada. Bruscamente, acercó el coche al bordillo de la acera, lo detuvo, apagó las luces, se volvió hacia Lunk y dijo ásperamente:

—¿Cómo sabe usted que Franklin Shore está vivo?

Lunk dio un respingo, como si Mason le hubiera pinchado con un alfiler.

—Vamos —dijo Mason—. Hable.

—¿Por qué cree que yo sé tal cosa?

—Porque se delató usted mismo. Recuerde que me dijo que hasta hace poco tiempo nadie podría haberle convencido de que Komo no tenía nada que ver con la desaparición de Franklin Shore. Usted ha tenido esa creencia durante muchos años. Estaba tan seguro de ello que se había convertido ya en una obsesión. Ahora bien: sólo una cosa podría haberle hecho cambiar de opinión tan súbitamente. Usted ha visto a Franklin Shore o ha tenido noticias de él.

Lunk se irguió un momento, como si se preparara para negar esa afirmación; luego, al debilitarse su resolución, se echó hacia atrás en el asiento.

—Muy bien —admitió—. Le he visto.

—¿Dónde está? —preguntó Mason.

—En mi casa.

—¿Fue allá poco antes que tomara usted el tranvía para ir a ver

a mistress Shore?

—Así es.

—¿Y qué quería?

—Quería que hiciese algo por él. No puedo decirle de qué se trata.

—Quería que fuese usted a preguntarle a mistress Shore si le recibiría, o alguna cosa por el estilo —dijo Mason.

Lunk vaciló un momento; luego dijo:

—No le descubriré lo que me dijo. Le prometí que nunca lo sabría otro ser viviente.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que Franklin Shore llegó a su casa hasta que salió usted para tomar el tranvía? —preguntó Mason.

—Un rato bastante largo.

—¿A qué se debió la tardanza?

Después de una corta vacilación, Lunk respondió:

—No se produjo ninguna tardanza.

Mason miró a su secretaria y luego preguntó a Lunk:

—¿Usted ya se había acostado cuando Franklin Shore le fue a visitar?

—No. Cuando él llamó a la puerta yo estaba escuchando el boletín informativo de la radio. Estuve a punto de caer muerto cuando vi quién era.

—¿Le reconoció usted sin ninguna dificultad?

—Sí. Claro está… No ha cambiado mucho…, no tanto como ella. Tiene el mismo aspecto que el día que se fue.

Mason dirigió una mirada significativa a Della y dijo:

—No hay razón para que usted esté levantada tanto tiempo, Della. La llevaré hasta una parada de taxis. Allí podrá tomar uno para ir a su casa.

—No me molesta estar levantada. No me perdería esto por nada del mundo, yo…

—Necesita usted dormir algo, querida —le interrumpió Mason solícitamente—. Recuerde que tiene que estar en la oficina a las nueve en punto, y le llevará un largo tiempo llegar a su casa.

—¡Oh! Sí… Creo que sí.

Mason puso en marcha el motor y llevó el coche rápidamente hasta un hotel cercano, frente al cual había un taxi estacionado. Della Street descendió del auto y saludó:

—Buenas noches. Hasta mañana, jefe —y se dirigió hacia el taxi.

Mason llevó el coche a dos manzanas de distancia y lo detuvo nuevamente.

—Será mejor que aclaremos bien esto, Lunk —dijo—. ¿Dice usted que Franklin Shore golpeó a su puerta?

El jardinero se había tornado hosco y se sentía lleno de sospechas.

—Sí, golpeó. El timbre está descompuesto.

Mason movió la cabeza.

—No estoy seguro de que usted haya obrado correctamente. El hecho de que quiera usted interceder en favor de su marido podría indisponerle con mistress Shore.

—Yo sé lo que hago —replicó Lunk.

—Usted tiene una deuda de gratitud con Franklin Shore —prosiguió Mason—. Quiere hacer todo lo que esté a su alcance para ayudarle, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y usted sabe que mistress Shore le odia, ¿verdad?

—No.

—Usted ha debido de estar conversando con Franklin Shore durante un par de horas antes de emprender la marcha para ver a mistress Shore —dijo Mason.

—No tanto.

—¿Una hora, quizá?

—Tal vez.

—¿Le pareció que Shore estaba en sus cabales? —preguntó Mason súbitamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Tenía la mente clara?

—¡Oh, sí! Tan clara como el que más… Recuerda cosas que aún yo he olvidado. Me preguntó por unas plantas de claveles que había plantado poco antes que él desapareciera. Le aseguro que yo no las recordaba en absoluto hasta que él me preguntó. No prendieron bien y la vieja hizo que las sacáramos. En ese sitio tenemos algunos rosales.

—Entonces, ¿no, parece haber envejecido mucho?

—No. Está más viejo, pero es casi el mismo de antes.

—¿Por qué no me dice la verdad, Lunk? —dijo Perry Mason.

—¿Qué quiere decir?

—Franklin B. Shore fue un banquero, un hombre de negocios muy inteligente —dijo Mason—. Por lo que me han dicho, sé que era un hombre de decisiones rápidas y mente clara. Un hombre de ese tipo no hubiera ido a pedirle a usted que intercediera ante mistress Shore por él.

Lunk guardó un hosco silencio.

—Es mucho más probable —prosiguió Mason— que haya ido a su casa sabiendo que tenía usted una deuda de gratitud con él, en busca de un sitio donde pasar la noche. Un sitio al que nadie le iría a buscar. Usted fingió que le ocultaría, y luego, después que Shore se durmió, salió de la casa sigilosamente para ir a decirle a mistress Shore dónde estaba su marido.

Lunk apretó los labios firmemente, y guardó un silencio desafiante.

—Le convendrá más que me diga la verdad —dijo Mason.

Lunk movió la cabeza con obstinación.

—La Policía quiere interrogar a Franklin Shore. Necesitan informarse de lo que ocurrió después que él estuvo en comunicación con un hombre llamado Henry Leech.

—¿Qué tiene que ver eso con él?

—Leech fue asesinado.

—¿Cuándo?

—Anoche, temprano.

—¿Y qué?

—¿No se da cuenta? —preguntó Mason—. Si usted oculta a un testigo, sabiendo que lo es y que la Policía le busca, se hace culpable de un crimen penado por la ley.

—¿Cómo sé yo que es un testigo?

—Porque se lo estoy diciendo yo. Muy bien; será mejor que me diga todo lo que ocurrió.

Lunk reflexionó durante algunos minutos, luego dijo:

—Bueno, me parece que será mejor. Franklin Shore fue a mi casa. Estaba nervioso y asustado. Me dijo que alguien había tratado de matarle y que necesitaba disponer de un sitio donde ocultarse. Me recordó lo que había hecho por mí cuando le brindó casa a mi hermano, y dijo que ahora yo debía ayudarle a él.

—¿Y usted le preguntó por qué no iba a su propia casa?

—Le hice algunas preguntas —respondió Lunk—, pero no quiso hablar mucho. Se conducía como si todavía fuera el amo y yo el empleado. Dijo que no quería que mistress Shore se enterara de su presencia hasta haber averiguado el destino que se había dado a ciertas propiedades. Dijo que su esposa trataría de quitarle hasta el último centavo y que él no tenía intenciones de permitir que le hicieran eso.

—¿Y después?

—Entonces le dije que podía quedarse conmigo. Es exactamente como se lo figuró usted. Tengo un dormitorio vacío en la parte trasera de la casa, y allí le dejé que se acostara. Cuando se quedó dormido, yo salí silenciosamente para decirlo todo a mistress Shore.

—¿No se había acostado usted?

—No.

—¿Y no se acostó tampoco entonces?

—No. Le dije que tenía que escribir algunas cartas.

—¿Y Franklin Shore no se dio cuenta de que usted salió?

—No. Estaba acostado boca arriba, y cuando yo salí, se oían sus sonoros ronquidos.

—De modo que iba a traicionar al hombre que en cierta oportunidad fue bueno con usted —agregó Mason.

Lunk le miró inquieto.

—No pensaba decirle a la señora dónde estaba míster Shore…, sólo le diría que había tenido noticias de él.

—¿Conocía usted a Henry Leech? —preguntó Mason de pronto.

—Sí, le conocí… Hace mucho tiempo.

—¿Quién era? ¿En qué se ocupaba?

—Era plomero… Acostumbraba a ir a la casa de cuando en cuando por motivos de trabajo. A Franklin Shore le resultó simpático. Mistress Shore nunca le trató mucho. Él y mi hermano Phil eran buenos amigos, pero a mí nunca me gustó. Se daba una importancia enorme… Siempre decía que se iba a hacer rico con un negocio minero. Poco antes que mi hermano muriera, Leech le dijo que Franklin Shore pensaba invertir dinero en uno de sus negocios de minas; dijo que al cabo de un par de meses sería rico. Siempre me pregunté si no sería posible que Franklin se hubiera asociado con él, y se hubiera ido a trabajar a esa mina cuando desapareció.

—¿Dónde estaba la mina?

—En alguna parte de Nevada.

—¿Leech continuó trabajando después que Shore desapareció?

—No, no fue más. A mistress Shore nunca le gustó ese hombre. En cuanto ella fue la dueña de todo, le dio el portante. Leech estaba cambiando las cañerías de la parte norte de la casa, y cada vez que tenía oportunidad conversaba del negocio de minas con míster Shore y con mi hermano. No sé por qué razón, Shore le quería, y acostumbraba a gastarle bromas respecto a su mina y a la posibilidad de que se hiciera rico con ella.

Mason dijo:

—Cuando Franklin Shore se presentó en su casa, usted le hizo algunas preguntas respecto al sitio donde había estado, y si había invertido algún dinero en ese negocio de minas. Ahora continúe, y dígame la verdad.

—El amo se escapó con esa mujer —exclamó Lunk—. Fue a Florida, pero tenía dinero invertido en una mina de Nevada. No sé si la mina era de Leech o no. Parece que la mina dio resultados, y el socio de Shore le dejó plantado por unos pocos miles, cuando podría haber ganado muchísimo dinero si se hubiera quedado a trabajar con él.

—¿Y ese socio era Leech? —preguntó Mason.

Lunk miró a Mason con expresión candorosa en sus ojos serenos.

—Le diré la verdad, míster Mason. No sé quién era ese socio. Shore no quiso decirlo. Cuando traté de averiguarlo, cerró la boca y no dijo una sola palabra. Tal vez fuera Leech y tal vez, no.

—¿No se lo preguntó usted?

—Bien; no se lo pregunté directamente. Cuando estaba hablando con él, no me acordaba del nombre de Leech. Pregunté al amo qué había sido de aquel plomero que trataba de interesarle en un negocio de minas, y el amo cerró la boca como si fuera una ostra.

—¿Y no insistió en su pregunta?

—Me parece que usted no conoce muy bien a Franklin Shore, ¿verdad? —respondió Lunk.

—No le conozco en absoluto.

—Bien —dijo Lunk—; cuando Shore no quiere decir algo, no lo dice. Y no hay nada que hacer. No creo que tenga ahora ningún dinero, pero cualquiera diría que es un magnate financiero por la forma en que se conduce cuando uno le pregunta algo. Bueno —

prosiguió Lunk—; no puedo entretenerme más tiempo. Está en casa y debo volver antes que se despierte. Se armará el gran alboroto si se despierta y ve que me he ido. Haga el favor de llevarme a casa y ya encontraré yo algún medio de ponerme en comunicación con mistress Shore. ¿No tiene teléfono en su habitación del hospital?

Mason replicó:

—Yo estuve en la habitación unos minutos. Vi que tenía un teléfono al lado de la cama; pero no le aconsejo que la llame, a menos que no tenga otra alternativa. Aun en ese caso, no le conviene decirle nada de importancia.

—¿Por qué?

—Porque el teniente Tragg habrá mandado sacar el teléfono o habrá dejado instrucciones en el conmutador para que no comuniquen ninguna llamada de afuera.

—Pero, ¿ella puede llamar al exterior? —preguntó Lunk.

—Ella puede hacerlo.

Lunk frunció el ceño y adoptó una actitud meditativa.

—Yo tengo teléfono —dijo— y, si pudiéramos hacer que ella me llamara, podría darle el mensaje.

—Le llevaré a su casa y cuando estemos allí quizá se nos ocurra la forma de lograr que ella haga la llamada —dijo Mason—. Podría usted enviarle algunas flores con su tarjeta y su número de teléfono. Estoy seguro de que las flores se las entregarían. Los policías no las van a detener. Cuando ella vea su nombre y su número de teléfono, se dará cuenta de que usted quiere que ella le llame. Ésta podría ser la forma más conveniente de arreglar el asunto.

—Ahora sí que ha dicho algo bueno —dijo Lunk—. De ese modo podríamos hacerlo. Lo primero que pensaría ella cuando viera mi tarjeta entre las flores sería por qué diablos le enviaba yo flores. Pero comprenda usted que deben ser flores compradas. Si le enviara de las del jardín, sería algo muy natural. En cambio, las flores compradas le indicarían que existe alguna razón especial para que yo se las envíe.

—Conozco una floristería que está abierta toda la noche —anunció Mason—. Podemos conseguir que las entreguen inmediatamente en el hospital. ¿Tiene dinero?

—Sólo un dólar y medio.

—Deberá ser un ramo grande, de flores caras —afirmó Mason—.

Le llevaré a la floristería y luego a su casa. Yo pagaré las flores.

—Es mucha bondad por su parte.

—No tiene por qué agradecérmelo. Me alegro de poder serle útil. Ahora bien: hay una cosa que deseo preguntarle, y quiero que lo piense cuidadosamente antes de responderme.

—¿De qué se trata?

—Henry Leech estaba interesado en minas. ¿Sabe usted si él contrató alguna vez a Gerald Shore como abogado para algún trabajo con su compañía minera?

Lunk consideró la pregunta durante casi un minuto; luego respondió:

—No se lo puedo decir con seguridad, pero me parece que sí. Le revelaré a usted un secreto, míster Mason. Creo que alguien traicionó a Franklin Shore… después que se fue.

—¿En qué forma?

Lunk se movió inquieto y replicó:

—La última vez que el amo estuvo en Florida se encontró por casualidad con un individuo que se le parecía muchísimo. Se hicieron una fotografía juntos, y le aseguro que se semejaban como dos gotas de agua. Bien —prosiguió Lunk—; el amo siempre bromeaba respecto a ese parecido después que volvió de Florida; decía que pensaba usar a ese individuo como su doble cuando su esposa le quisiera llevar a alguna reunión social que a él no le gustara. Mistress Shore se enojaba muchísimo cuando él mencionaba el asunto. Ahora bien: se me ocurrió la idea de que el amo fue a Florida con aquella mujer y tenía la intención de enseñar bien a ese doble para que retornara y fingiera ser Franklin Shore. Ese individuo podría vivir magníficamente y tendría que enviar dinero a Shore, y el amo podría así ser feliz con la mujer que le acompañaba. Bien; yo creo que después de haber aleccionado a ese hombre, el pájaro se asustó o quizás haya muerto o le haya pasado cualquier otra cosa. ¿Me comprende? Yo creo que el amo tenía la intención de hacer que ese otro pájaro viniera aquí, afirmando que la causa de que se hubiera ido era que había perdido la memoria. La gente lo hubiera creído, pues el amo no se llevó ningún dinero consigo cuando desapareció. Bien; de una u otra forma, parece que el plan no resultó. Tal vez no pudo enseñar bien al otro o quizá sucedió otra cosa. De ese modo, el amo se encontró con que había

volado los puentes y no podía volver.

Mason fijó sus ojos en los del jardinero.

—¿Y no será todo exactamente al contrario? —preguntó.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Ese doble quizás aprendió todo muy bien y luego quitó de en medio a Franklin Shore y volvió aquí para ocupar su sitio en la sociedad.

—No. El hombre que vino a mi casa es Franklin B. Shore. Estoy seguro por lo que dijo… Oiga, espere un momento. Estoy hablando demasiado. Usted y yo seremos mucho más amigos, míster Mason, si deja de hacer preguntas… desde ahora mismo. Vamos ya…, o puede usted dejarme aquí y yo arreglaré mis cosas solo.

Mason rompió a reír alegremente.

—¡Oh, vamos, Lunk! No quise ser entrometido.

Capítulo 15

Las casas del vecindario estaban oscuras y silenciosas a la hora en que Mason detuvo su automóvil frente al número 624 de South Belvedere. El frío propio de la madrugada se hacía sentir en el ambiente.

Mason apagó los faros, paró el motor y Lunk descendió a la acera.

—¿Vive usted en la parte de atrás? —preguntó Mason.

—Sí. Esa casita, al otro lado. Se pasa por ese caminito. Mi casa está sobre el garaje.

—¿Tiene automóvil? —preguntó Mason.

Lunk le respondió sonriendo:

—Bien; no es un auto como el suyo, pero me lleva adonde quiero ir.

—¿Lo guarda aquí, en el garaje?

—Sí. Lo hubiera usado esta noche para ir a casa de los Shore, pero temí que al abrir la puerta del garaje y hacer arrancar el motor se despertara Franklin Shore. De modo que salí muy silencioso y tomé el tranvía.

Mason asintió con un movimiento de cabeza y emprendió la marcha por el camino.

—Oiga usted —protestó Lunk—, no quiero que entre en casa.

—Sólo quiero asegurarme de que Franklin Shore está todavía dentro.

—No quiero que le despierte.

—Claro que no —respondió Mason—. Las flores serán entregadas en cualquier momento y mistress Shore le llamará por teléfono. Cuando así lo haga usted tendrá que hablar con ella de forma que se dé cuenta de lo que usted quiere decir, sin necesidad de explicarle nada.

—¿Por qué no se lo puedo decir por teléfono?

—Porque Franklin Shore se despertará cuando oiga sonar el timbre del teléfono y oirá su conversación.

—Quizá no —respondió Lunk—. El teléfono está al lado de mi cama. Podría taparme con una almohada y él no oiría la conversación.

—Podría hacerlo —concedió Mason, sin detener la marcha—, o podría decirle a ella que me había visto a mí y darle mi número de teléfono para que me hablara.

—Sí. Tal vez dé resultado eso. ¿Cuál es su número de teléfono?

—Entraré en su casa y se lo anotaré en un papel —dijo Mason.

—No podrá entrar sin hacer ruido —protestó Lunk.

—No haré ningún ruido.

—¿No puede escribirlo aquí afuera?

—Por supuesto que no.

—Bueno; entre entonces. Pero no haga ruido.

Lunk subió de puntillas los dos tramos de escalera que conducían a la entrada de madera, introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta silenciosamente. Encendió una luz que iluminó una habitación pequeña, amueblada con poco gusto, en la que se veían señales de estar habitada por un hombre solo. Parecía hacer más frío en la habitación que en el exterior. La casa era de estructura débil y estaba mal construida; el frío penetraba por las junturas de las paredes. El aire se hallaba impregnado con un rancio olor de cigarros; una colilla, húmeda y fría, descansaba sobre el cenicero.

Mason se inclinó para examinarla.

—¿Es de Shore? —preguntó.

—Sí. Es de los caros, me imagino. Tenía un aroma muy agradable cuando lo estaba fumando. Yo fumo cigarros y tabaco en pipa.

Mason siguió examinando la mesita en la que se hallaba el cenicero. Vio una tarjeta que decía «George Alber», en la que había sido escrita con letra masculina:

«Vine a verle por el gatito. Llamé al timbre sin resultado. Espero que todo marche bien. Sabía que Helen estaba afligida».

Lunk encendió una estufa de gas.

—Linda casita —comentó Mason en voz baja.

—Aquí está mi dormitorio; el otro está allí detrás, y el baño entre los dos.

—Será mejor que cierre las puertas de los dormitorios; de ese modo, Franklin no podrá oír el timbre del teléfono —le advirtió Mason.

—Muy buena idea —dijo Lunk—. Me parece que dejé abierta la puerta entre el baño y el dormitorio que ocupa el amo. Cerré la de mi cuarto.

Entró de puntillas en el dormitorio y Mason le siguió de cerca.

El dormitorio era una habitación pequeña y cuadrada. Componían su mobiliario una cómoda de ínfima calidad, una mesa, una silla de respaldo recto y una cama de una plaza con un colchón delgado que se hundía en su parte central.

A la luz que provenía de la sala de estar, Mason vio que la puerta que daba al baño estaba abierta, que la cama no había sido arreglada y que en el hueco formado en su parte central, hecho un ovillo en medio de la sábana sucia y arrugada, dormía un gatito.

Los cajones de la cómoda estaban abiertos y su contenido esparcido por el suelo. El armario también se hallaba abierto y las prendas de vestir formaban un montón en el suelo, cerca de la puerta.

Lunk se detuvo a mitad de camino entre la puerta y la cama, miró sorprendido a su alrededor y exclamó:

—¡Bueno; que me cuelguen!

Mason se adelantó a Lunk, entró en el cuarto de baño y miró al interior del otro dormitorio.

Estaba desocupado.

Esa habitación era aún más pequeña que la otra. En el extremo más lejano se veía abierta una ventana que daba al callejón. La brisa nocturna agitaba las sucias cortinas de encaje. Las mantas se hallaban dobladas sobre el elástico. Las sábanas limpias estaban ligeramente arrugadas. La almohada mostraba una depresión en el sitio donde descansara la cabeza de un hombre.

Lunk se detuvo al lado de Mason, mirando con la boca abierta a la cama y la ventana.

—Saltó por la ventana —dijo malhumorado—. Si pudiera haber visto a Matilda Shore mientras él estaba aquí, ella hubiera…

Se interrumpió de pronto, como si temiera haber dicho

demasiado.

Mason examinó rápidamente la habitación.

—¿Estaban abiertas las puertas del cuarto de baño cuando salió usted? —preguntó.

—Creo que ésta sí estaba abierta, pero la que da a mi dormitorio estaba cerrada. Yo mismo la cerré cuidadosamente cuando salí.

Mason señaló a una segunda puerta.

—¿Adónde da esa otra?

—A la cocina. Desde la cocina se puede llegar a la sala de estar.

—¿Hay que pasar forzosamente por uno de los dormitorios para poder entrar en el cuarto de baño?

—Así es. Esta casa no es más que una caja cuadrada. La habitación del frente y la cocina a un lado, y los dos dormitorios al otro, con el cuarto de baño entre los dormitorios.

—Veo que la puerta que da a la cocina está entreabierta… dos o tres centímetros —dijo Mason.

—Es cierto.

—Sé que el gatito pasó por allí —dijo Mason—. Allí se ven las huellas de sus patas, que han dejado una impresión blanca en el piso.

—Es verdad.

Mason se inclinó y tocó el piso con los dedos, restregándolos sobre una de las marcas blancas.

—Parece como si fuera harina. Se puede ver el sitio por donde pasó el gatito y caminó hasta la cama. Sí, hay cuatro huellas juntas en el sitio donde el gatito debió de detenerse para saltar a la cama. Luego bajó de la cama por el otro lado. Aquí se ven señales del polvo blanco.

—Sí, pero no creo que ese polvo sea harina.

—¿Por qué no?

—Porque yo guardo la harina en una lata, y siempre la tengo tapada. Y sé que la puerta de la alacena estaba cerrada.

—Veamos un poco… —dijo Mason, entrando en la cocina.

Lunk abrió la puerta de la pequeña alacena y explicó a Mason:

—Por supuesto que no pierdo mucho tiempo en el cuidado de la casa. Yo mismo cocino y las comidas que preparo me resultan buenas. Quizá no le vendrían bien a un ama de casa quisquillosa, pero a mí, sí. La lata está tapada. Claro está, a veces se me cae un

poco cuando la saco para cocinar. Hay un poco de harina en el piso alrededor de la lata, y parece que el gatito anduvo a la caza de alguna rata y saltó sobre la harina derramada. Ese gatito es de lo más imprudente que he visto en mi vida. No tiene suficiente sentido para asustarse por nada. Se golpea la cabeza contra la pared cuando corre detrás de un bicho o de cualquier cosa, o si no, se sube al respaldo de una silla y cae de cabeza al suelo. Es terriblemente imprudente. O no es inteligente; no, todavía no es lo bastante crecido como para asustarse de nada.

Mason miraba fijamente la harina esparcida por el suelo.

—Si la puerta de la alacena estaba cerrada, ¿cómo entró aquí el gatito?

Lunk pensó un momento.

—Sólo hay una explicación. Franklin andaría en busca de algo y vino a buscarlo a la alacena, y el gatito le siguió.

—¿Y qué me dice de lo que pasó en el dormitorio, donde le abrieron los cajones y le desparramaron las ropas por el suelo? —preguntó Mason.

Lunk respondió algo malhumorado:

—Me parece que me equivoqué. Shore debió levantarse en cuanto salí. Cuando vio que yo no estaba, se dio cuenta de que había ido a decirle a su mujer que él se hallaba aquí. ¡Diablos! ¿Por qué le habré permitido que se diera cuenta?

—¿Y cree usted que entonces lo registró todo? —preguntó Mason.

—Seguramente fue así; de otro modo no habría abierto la puerta de la alacena y esparcido la ropa por el suelo.

—¿Qué estaría buscando?

—No me lo imagino.

—Usted debe tener algo que Franklin Shore necesitaba.

Lunk reflexionó un momento y replicó:

—No estoy seguro, pero me parece que Shore estaba arruinado. Quizá trataba de encontrar algún dinero.

—¿Tenía usted dinero?

Lunk vaciló y dijo:

—Sí, tenía guardada cierta cantidad.

—¿Dónde?

Lunk guardó silencio durante un momento, y Mason insistió:

—Vamos, vamos. Yo no voy a asaltarle.

—La guardaba en el bolsillo trasero de mi mejor traje, que está colgado en el armario —dijo al fin Lunk.

—Bien, echemos una ojeada para ver si todavía está allí.

Lunk volvió a la otra habitación. El gatito abrió sus ojos soñolientos, bostezó, se incorporó sobre sus cuatro patas, arqueó el lomo todo lo posible, luego estiró sus patitas delanteras, flexionó el lomo en otra dirección y lanzó un agudo *miauuu*.

Mason rompió a reír.

—Me parece que su gatito tiene hambre. ¿Tiene leche en la casa?

—No tengo nada de leche fresca —respondió Lunk—. Hay algunas latas de leche condensada. Helen Kendal trajo aquí el gatito para evitar que lo envenenaran otra vez —se acercó a la pila de ropas, las levantó y comenzó a revisar los bolsillos. Una expresión de consternación se reflejó en su rostro—. ¡Las ha limpiado! —exclamó entre dientes—. ¡Maldito sea! Se ha llevado hasta el último centavo que tenía ahorrado.

—Dígame exactamente cuánto era —pidió Mason.

—Cerca de trescientos dólares. Con esa cantidad puede ir bastante lejos.

—¿Cree usted que quería huir? —preguntó Mason.

Una vez más, Lunk apretó los labios y guardó un hosco silencio.

—¿Cree que volverá? —preguntó Mason.

—No sé.

—¿Tiene usted más dinero aparte del que se llevaron?

—Tengo un poco en el Banco. Nada en efectivo.

—Matilda Shore le llamará en cualquier momento —le recordó Mason—. ¿Le va a decir que Franklin Shore estuvo aquí y que usted le dejó escapar?

—¡Diablos, no!

—¿Y qué piensa decirle, entonces?

—No sé.

—¿Y las flores? ¿Cómo le va a explicar el envío de un ramo de rosas, para ser entregadas sin demora… a las tres de la madrugada?

Lunk frunció el ceño en actitud reflexiva; luego se rindió y dijo:

—No sé qué le voy a decir…, por lo menos ahora.

—¿Para qué decirle nada? ¿Por qué no desaparecer

simplemente?

—¡Caracoles! Me gustaría hacerlo, ¿cree que me saldría bien la jugada? —dijo Lunk.

—¿Y por qué no? Yo podría llevarle a un hotel, anotarle bajo un nombre supuesto, y después usted podría ponerse en contacto con mistress Shore cuando le pareciera conveniente, y explicarle lo que usted quisiera. De ese modo, no sería obligado decirle nada a nadie. Podría usted mantenerse en comunicación conmigo.

Lunk asentía con lentos movimientos de cabeza.

—Podría meter algunas ropas en una maleta —dijo— y tal vez pudiera cambiar un cheque en algún comercio…

Mason sacó dos billetes de diez dólares de un grueso rollo que llevaba en el bolsillo.

—No necesita cambiar ningún cheque —dijo—. Yo le daré algún dinero, y cuando necesite más, puede telefonearme. Ya le he dado mi número y siempre me encontrará si me llama allí.

Lunk asió con fuerza la mano del abogado.

—Se porta usted muy bien conmigo —dijo, y al cabo de un momento agregó—: Usted me ayuda a salir de ésta, y yo le ayudaré en lo que quiera. Quizá más adelante le diga lo que en realidad quería Franklin Shore. Déjeme pensarlo y le llamaré más tarde.

—¿Por qué no puede usted decírmelo ahora?

En el rostro de Lunk volvió a reflejarse una expresión hosca.

—Ahora, no —dijo—. Tengo que asegurarme de algo primero, pero quizá se lo diga más tarde…, quizás al mediodía. No trate de averiguarlo ahora. Estoy esperando que pase algo antes que se lo diga.

Mason estudió al individuo un momento.

—Ese algo —preguntó—, ¿es el periódico con el relato del asesinato de Leech?

Lunk negó con la cabeza.

—¿O el informe policíaco sobre el envenenamiento de Matilda Shore?

—Le repito que no debe insistir —le advirtió Lunk.

Mason rió.

—Muy bien, vamos ya. Le llevaré a un hotel tranquilo y bueno. ¿Qué le parece si se anota como Thomas Trimmer? Yo me llevaré al gatito para que lo cuide alguien.

Lunk observó al gatito con expresión pensativa.
—Cuídelo bien.
—Lo haré —prometió Mason.

Capítulo 16

Helen Kendal estaba sentada en la sala de espera del hospital. Le parecía que había pasado allí horas interminables. Se hallaba tan nerviosa que no podía mantenerse quieta en su silla, y tan fatigada físicamente, que se sentía privada de energías para incorporarse y caminar por la sala. Durante la última hora había consultado su reloj por lo menos cien veces. Estaba segura de que no podía faltar mucho ya.

Oyó el ruido de pasos rápidos que se acercaban por el pasillo. Su mente torturada se preguntó si sería alguien que venía para llevarla junto al lecho de un hombre agonizante. Su corazón pareció saltarle a la garganta cuando pensó que, si las noticias fueran buenas, el mensajero caminaría más lentamente. Esos pasos apresurados sólo podían indicar una cosa: que la venían a buscar y que los segundos eran preciosos.

Pálida hasta la raíz de los cabellos, se incorporó de la silla y se acercó corriendo a la puerta de la sala.

Los pasos se detuvieron a la entrada. Una figura alta y cubierta con un largo abrigo le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—¿Cómo está, miss Kendal? Creo que me recuerda usted, ¿verdad?

La joven le miró fijamente.

—¡Teniente Tragg! Dígame, ¿ha sabido… usted… algo…?

Tragg movió la cabeza.

—Le están operando. Tardaron un poco en encontrar donantes para la transfusión de sangre. Ya deben de estar finalizando —dijo Tragg—. Hablé por teléfono con la enfermera.

—¡Oh! Dígame, ¿cómo está él? ¿Hay peligro? ¿Será…?

Tragg apoyó la mano sobre el hombro tembloroso de la joven.

—No pierda la calma. Todo saldrá bien.

—¿No…, no le habrán mandado llamar porque es la última oportunidad que tendrá él de decir…?

—Escuche —respondió el policía—, tenga valor. Ha soportado usted tantas cosas esta noche que está nerviosa. Le están operando ahora, y me dijeron que aguanta la operación muy bien. He venido aquí para conseguir una cosa.

—*¿Qué?*

—La bala… y una declaración del muchacho, si es que está en condiciones de hablar.

—¿No será lo que llaman una declaración póstuma?

Tragg sonrió.

—Usted ha estado aquí sola, luchando contra sus nervios, y está demasiado excitada.

—¡Puedo soportarlo! —respondió la joven—. Quiero saber cómo está…, eso es natural. Y le mentiría si le dijera que no estoy asustada. Pero le aseguro que no estoy histérica. Me parece que todos pensábamos que teníamos el derecho a la felicidad desde la cuna. Ahora muere gente en todo el mundo y… Bien, tengo que aprender a soportarlo…, lo mismo que todos los demás.

Tragg la miró con simpatía.

—¿No ha estado llorando?

—No…, y no me haga llorar, tampoco. No me tenga lástima, y no me mire así. Pero, ¡por el amor de Dios!, si puede usted averiguar cómo está él y las posibilidades que tiene de curarse, hágalo.

—¿Están ustedes prometidos? —preguntó Tragg de pronto.

Helen bajó la vista y se sonrojó:

—Yo…, yo…, francamente, no lo sé… Él nunca… llegó a declararse, pero cuando veníamos para aquí en el taxi… Bien, me parece que le demostré el amor que siento por él. No tenía intenciones de hacerlo, pero estaba tan atemorizada que no pude contenerme. Él fue tan valeroso… No debí de haberlo hecho, por supuesto.

—¿No debió haber hecho qué? Usted le ama, ¿no es verdad?

Helen levantó la cabeza y le miró desafiante.

—Sí, le amo. Y se lo dije. Le pertenezco ahora y siempre, pase lo que pase. También le dije eso, teniente Tragg. Y le dije que quería casarme con él ahora.

—¿Qué respondió él?

Helen volvió el rostro hacia otro lado.

—No dijo nada —replicó con voz apagada—. Perdió el conocimiento.

Tragg se esforzó por contener la risa que asomaba a sus labios.

—Jerry perdió mucha sangre, de modo que no me sorprende. Dígame, miss Kendal: ¿cuánto llevaba usted en su casa hasta que llegó Jerry?

—No lo sé. No hacía mucho.

—¿Cómo fue de visita… tan tarde?

Helen rompió a reír nerviosamente.

—Dijo que había tratado de comunicarse por teléfono conmigo, pero yo no estaba en la casa. Pasó por allí y vio la ventana iluminada, de modo que entró un momento. Estábamos conversando, y de pronto oímos esos ruidos en el dormitorio de tía Matilda.

—Usted dijo que el ruido era como si alguien hubiera tirado algo al suelo. ¿Estaba a oscuras la habitación?

—Sí.

—¿Está usted segura de eso?

—Sí. A menos que el que estaba allí tuviera una linterna. Así debió ser, porque los pajaritos comenzaron a piar.

—Pero, ¿no se vio ninguna luz cuando ustedes abrieron la puerta?

—No.

—¿Estaban encendidas las luces del vestíbulo?

—Sí. Ni siquiera se me ocurrió no encenderlas. Me parece que hubiera sido mejor haber dejado el pasillo a oscuras y encender las luces del dormitorio.

—Es verdad —dijo Tragg—, pero ya pasó todo. No vale la pena preocuparse ahora por eso. Lo que quiero aclarar es si las luces del vestíbulo estaban encendidas y el dormitorio de su tía a oscuras.

—Así es, en efecto.

—¿Y quién abrió la puerta? ¿Usted o Jerry?

—Jerry.

—Y luego, ¿qué sucedió?

—Por supuesto, sabíamos que alguien estaba en el dormitorio. Jerry buscaba la llave de la luz, pues no sabía dónde estaba, y yo

me di cuenta de pronto de que era muy importante encender las luces, de modo que pasé por debajo de su brazo y extendí la mano hacia la llave. Fue entonces cuando sucedió todo.

—¿Dos disparos?

—Sí.

—¿No consiguió encender la luz?

—No.

—¿Tenía usted la mano cerca del interruptor cuando dispararon el primer tiro?

—Creo que sí, pero no puedo estar segura. La bala pasó muy cerca de mi cabeza y se incrustó en la madera del marco. Las astillas o el revoco me saltaron a la cara y me hirieron la piel. Entonces retrocedí de un salto…

—¿Y el otro disparo se produjo en seguida?

—Casi inmediatamente.

—¿Qué ocurrió después?

Palideciendo, la joven movió la cabeza.

—Hay muchas cosas que no puedo recordar. Oí ese chasquido especial de la bala… al herir a Jerry.

—Es usted una chica valerosa. No piense ahora en Jerry. Trate de recordar lo que sucedió. Tenga presente que eso es todo lo que nos interesa. Ese segundo disparo siguió al primero casi en seguida e hizo impacto en Jerry.

—Sí.

—¿Cayó inmediatamente?

—Pareció como si girara sobre sí mismo, como si algo le hubiera golpeado con fuerza.

—Entonces, ¿cayó?

—Sentí que se le doblaban las rodillas, luego se convirtió en un peso muerto que se apoyaba en mí. Traté de que no cayera al suelo de golpe, pero me resultó demasiado pesado. Ambos caímos a la vez.

—¿Qué fue de la persona que estaba en el dormitorio?

—No sé. Todo lo que puedo recordar es la palidez cadavérica que inundó el rostro de Jerry. Apoyé mi mano en su costado y vi que estaba manchada de sangre. Había perdido el conocimiento. Me pareció que estaba muerto. Naturalmente, no pensé en nada en aquel momento. Le hablé…, le dije cosas…, y entonces movió los

párpados… al cabo de unos momentos, luego me sonrió y dijo: «Veamos si puedo sostenerme en pie, nena».

Tragg frunció el ceño.

—¿Se le ha ocurrido a usted pensar que la persona que estaba en el dormitorio no disparaba contra Jerry?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —respondió Tragg— que disparaba contra usted. Le apunto a la cabeza la primera vez, y casi hizo blanco; luego usted dio un salto atrás y, al hacerlo, giró de modo que su cuerpo quedó detrás del de Jerry, y cuando ese individuo disparó de nuevo contra usted, hirió a Jerry. Recuerde que la persona que ocupaba la habitación podía verles a ustedes con mucha claridad.

Los ojos de la joven reflejaron una expresión de asombro.

—No había pensado en ello. Sólo creí que había alguien en la habitación y que no quería ser descubierto, y…

—¿Y no tiene usted idea de quién pueda ser ese alguien?

—No.

—¿Alguien para quien fuera conveniente el que desapareciera usted del mundo?

La joven negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera en el caso de que muriera su tía?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Alguien trató de envenenar a su tía esa misma noche. Quizás estaba seguro de que había tenido éxito, y que ella estaba agonizante o ya muerta. Es posible que esa persona fuese a la casa con el propósito definido de quitarla a usted del medio.

—No, no puedo imaginarme una cosa así.

—¿No puede usted imaginarse si existe alguien que hubiera ganado con…?

Se oyeron pasos que se acercaban. Una enfermera de níveo uniforme se presentó sonriendo en la puerta.

—Ya ha salido de la sala de operaciones, miss Kendal. Usted es miss Kendal, ¿no?

—¡Sí, oh, sí! ¿Vivirá? ¿Recobró el conocimiento? ¿Está…?

—Por supuesto que sí, y puede usted ir a verle, si quiere.

Tragg acompañó a Helen Kendal. La enfermera le miró con ojos interrogantes.

—Soy el teniente Tragg —explicó el policía.

—Muy bien.

—Vine a buscar la bala.

—Tendrá que hablar con el doctor Rosllyn. En seguida saldrá de la sala de operaciones.

Tragg se volvió hacia Helen.

—No me gusta nada entretenerme, pero tengo que formularle una pregunta: ¿cree el doctor que el herido podrá responderme?

—No está inconsciente —dijo, la enfermera—. Usaron anestesia local.

Helen Kendal miró a Tragg ansiosamente cuando llegaron al ascensor.

—¿No le interesa más que esa bala, teniente? Eso es muy importante. Ya sabe usted que los doctores son a veces muy descuidados. Podrían tirarla o perderla…, o quizás ocurra algo…, a menos que fuera usted en seguida a buscarla.

Tragg rompió a reír.

—Muy bien, gana usted. Vaya y véalo sola. Pero no le canse mucho, porque dentro de un minuto iré para hablar con él.

La enfermera frunció el ceño.

—Sabrá usted, teniente, que el joven está todavía bajo los efectos de las inyecciones. Tiene la mente algo turbada, y no podrá confiar mucho en lo que diga.

—Lo sé —respondió Tragg—. Sólo quiero hacerle un par de preguntas muy simples. ¿En qué piso se halla la sala de operaciones?

—En el undécimo. Míster Templar está en el cuarto. Yo acompañaré a miss Kendal.

Cuando el ascensor se detuvo en el cuarto piso, Tragg dio a Helen un codazo disimulado. Luego se volvió hacia la enfermera.

—¿No podría usted dejar que miss Kendal halle por sí sola el cuarto de míster Templar, y acompañarme a mí a la sala de operaciones?

—Sí, por supuesto. La habitación del herido es la cuatrocientos ochenta y uno…, al extremo del pasillo.

—La encontrará fácilmente, miss Kendal —dijo el policía.

Helen lanzó al teniente Tragg una mirada de agradecimiento.

—Gracias —dijo por lo bajo, y corrió por el pasillo.

Se cerró la puerta y el ascensor prosiguió su ascensión.

—¿Qué posibilidades tiene de salvarse? —preguntó Tragg.

La enfermera movió la cabeza.

—No sabría decirle.

Al llegar al undécimo piso, la joven condujo a Tragg hacia la sala de operaciones. El doctor Rosllyn, desnudo hasta la cintura, se estaba secando los brazos con una toalla.

—El teniente Tragg —anunció la enfermera.

—¡Ah, sí, teniente! Ya tengo esa bala para usted. ¿Qué diablos hice con ella? Miss Dewar, ¿dónde está la bala?

—La puso usted en una bandeja, doctor, y dijo que no quería que la tocara nadie.

—¡Caramba! —exclamó Rosllyn—. Apuesto a que puse encima todas las vendas. A ver, espere un momento… Venga por aquí.

Se dirigió a un cuarto contiguo a la sala de operaciones. El olor acre de la sangre llegó al olfato de Tragg. Una enfermera retiró de una bandeja algunos trozos de vendas empapadas, y entregó ésta al doctor. El médico tomó un par de pinzas y levantó un trozo de metal manchado de sangre.

—Aquí tiene, teniente.

—Gracias. Ya. sabe que tendrá que jurar que ésta es la bala que extrajo del cuerpo de Jerry Templar.

—Con seguridad, ésta es la bala.

Tragg examinó el proyectil.

—Hágale una marca identificadora en la base para que pueda reconocerla más adelante.

El doctor sacó su cortaplumas del bolsillo, marcó tres líneas paralelas en la base de la bala y luego trazó cruces sobre cada línea. Tragg se guardó la bala en el bolsillo de su chaleco.

—¿Qué posibilidades tiene de recuperarse? —preguntó.

—Hasta ahora tiene muchas. Antes de operar, hubiera dicho que tenía tantas posibilidades de salvarse como de morir. Ahora estoy casi seguro de que saldrá adelante. Si no sobrevienen complicaciones, pronto estará perfectamente. Es un joven fuerte y resistente. El entrenamiento del ejército obra maravillas con esos muchachos, teniente. Éste tiene la vitalidad de un macho cabrío. Soportó la operación maravillosamente.

—¿Podré hablar con él uno o dos minutos?

—Creo que sí. Por supuesto, está completamente *dopado*. No le

fatigue ni le formule preguntas complicadas. Sólo cosas sencillas que su mente pueda entender. Comenzará a desvariar si le deja usted hablar mucho, pero si le hace fijar la mente en lo que usted quiere saber y le hace preguntas simples, le contestará todo. Pero no se lleve una taquígrafa. Parte de lo que le diga el joven no tendrá ningún sentido, y algunas de sus respuestas pueden ser incorrectas.

—Muy bien —respondió Tragg—. Si se produce algún cambio en su estado, quiero saberlo. Y si parece que empeorara, quiero obtener una declaración antes de que muera.

El doctor Rosllyn rompió a reír.

—No creo que tenga usted que hacer eso. El muchacho quiere vivir. Está loco por una chica y, hasta que le hice dormir, estuvo desvariando y diciendo que se sentía muy contento de que le hubieran herido, pues así se había enterado de lo mucho que ella le amaba. ¿Qué le parece a usted? Lo único que le aflige es que la bala le tiró al suelo y no pudo apresar al culpable. Muy bien, teniente, avíseme cuando quiera que me presente como testigo para identificar la bala.

El teniente Tragg bajó entonces al piso cuarto, marchó de puntillas por el pasillo hasta la puerta 481 y la abrió con mucha suavidad.

En el rincón más lejano de la habitación se hallaba en pie una enfermera. En una silla, al pie de la cama, se había sentado Helen Kendal. La joven parecía avergonzada y molesta.

—Me alegro muchísimo —estaba diciendo ella cuando Tragg abrió la puerta.

Jerry Templar frunció el ceño al ver que le interrumpían de nuevo.

Tragg le sonrió alegremente.

—¡Hola! No parece que tenga usted muchas ganas de hablar ahora, pero tengo que formularle un par de preguntas. Soy el teniente Tragg, del Departamento de Homicidios.

Templar cerró los ojos, los abrió de nuevo, miró a Tragg durante un momento, como si le resultara dificultoso fijar la vista, luego sonrió y dijo:

—¡Dispare!

—No dos veces en la misma noche —protestó Tragg—. Ahora contésteme tan brevemente como pueda, pues no le conviene hablar

mucho.

Jerry asintió:

—¿Quién hizo los disparos? —preguntó el teniente Tragg.

—No sé.

—¿Pudo usted ver algo?

—Sólo un movimiento…, una figura borrosa que se movía.

—¿Alta o baja?

—No podría decir… Pareció como si se moviera un rincón del dormitorio, luego vinieron los tiros.

—¿Es posible que esa persona estuviera disparando contra Helen en lugar de hacerlo contra usted?

La idea despertó en seguida la atención de Templar.

—¿Cómo es eso? ¿Disparando contra Helen?

—¿No podría haber sido así?

—No sé. No puedo figurármelo. Sí…, sí…, podría ser. Nunca…

—Lo siento, pero no se debe excitar al paciente —dijo la voz monótona de la enfermera que estaba en el rincón.

El teniente Tragg miró el rostro orgulloso de Helen Kendal, y recordó el desconcierto que se reflejó en la expresión de Jerry Templar cuando él abrió la puerta. Sonrió a la enfermera, diciéndole:

—Enfermera, yo he conversado con el doctor y puedo decirle que no es aquí donde usted debe estar. Este atentado, con todo lo misterioso que es, ha comenzado a aclarar algunas cosas terriblemente importantes, que terminarán de aclararse por completo en seguida si saliera usted a tomar una taza de café y a descansar un rato. Quizá no conozca yo nada de medicina, pero sé algo de la naturaleza humana, y si saliera usted de aquí y dejara a estas dos personas solas durante cinco minutos, le daría usted a su paciente la medicina que mejor efecto puede hacerle. Durante la operación, él mismo se lo dijo al doctor. ¿Por qué no darle una oportunidad de que ahora se lo diga a ella?

La enfermera miró a Templar; luego, su almidonado uniforme crujió cuando se dirigió hacia la puerta para salir.

El teniente Tragg saludó:

—Bien, ya les veré.

—Sólo disponen de un minuto —advirtió la enfermera a Helen Kendal.

Tragg abrió la puerta para que pasara la enfermera, observó la mirada de inteligencia con que le favoreció Helen, y cerró la puerta a sus espaldas.

—Déles el tiempo que pueda —le dijo a la enfermera.

La joven marchó a su lado en dirección al ascensor.

—Le aseguro que dijo usted un par de verdades —observó.

Tragg sonrió.

—Tenía que hacerlo. El orgullo ha arruinado más noviazgos que los celos. El muchacho no quería decir nada porque está en el ejército. La chica le reveló sus sentimientos cuando le traía en el taxi al hospital, y de pronto se sintió avergonzada, creyendo que había obrado apresuradamente y espera que él diga algo. Él teme que la chica haya cambiado de opinión. Ninguno de los dos quiere decir nada, y el hecho de que estuviera usted allí presente…

—Yo estaba en un rincón, donde no les molestaba.

Tragg respondió sonriendo.

—Bueno, parece que algo conseguí, de todas maneras.

Silbando alegremente, Tragg oprimió el botón del ascensor, bajó a la planta principal, y salió al frío y a la oscuridad exterior.

Subió al coche de la Policía y se dirigió rápidamente a la Jefatura. Un escocés malhumorado le recibió en el laboratorio con estas palabras:

—Supongo que esto no podía haber esperado hasta las nueve.

—Imposible —respondió Tragg—. ¿Tiene usted la bala que le dio el médico forense? ¿La que extrajeron al efectuar la autopsia del cadáver de Henry Leech?

—Sí.

Tragg le entregó las dos balas que tenía en el bolsillo del chaleco.

—La que tiene tres líneas paralelas marcadas en la base es la que fue extraída de la herida de Jerry Temple. La otra se sacó del marco de la puerta en la que estaban Templar y la chica cuando se hicieron los disparos. Ahora bien: ¿cuánto tiempo necesita para decirme si todas fueron disparadas por la misma arma?

—No lo sé —replicó el escocés con pesimismo—, depende. Puede llevarme mucho tiempo o puede ser que lo haga en seguida.

—Trate de que sea en seguida —le dijo Tragg—. Yo me voy a la oficina. Llámeme por teléfono. Y no confunda esas balas. Perry

Mason anda metido en este caso, y ya sabe usted lo que le hará cuando le interrogue en el Juzgado.

—No me hará nada en el Juzgado —replicó el escocés, preparando el microscopio para el examen—. No le daré la oportunidad. Tomaré fotografías y dejaré que la cámara hable por mí. Es un tonto el hombre que usa la lengua cuando puede hacer que la fotografía hable por él.

Tragg sonrió y, ya en la puerta, se volvió para anunciar.

—He declarado abierta la estación de caza para Perry Mason. Voy a enseñar a ese muchacho a no meterse en lo que no le importa.

—Será mejor que se compre un despertador —gruñó Angus Macintosh mientras comenzaba su tarea—. Tendrá que madrugar mucho para competir con Mason, señor teniente.

Tragg se detuvo antes de cerrar la puerta, para decir:

—Ya me he comprado uno —luego entornó la hoja suavemente y se dirigió a su oficina.

Tragg hizo una mueca cuando su olfato fue asaltado por olor rancio de humo de tabaco. Se dirigió a las ventanas, las abrió, y se estremeció ligeramente cuando el frío de la noche penetró en la habitación. Se restregó el mentón y frunció el ceño al notar la crasitud que tenía en el cutis. Se sintió sucio y cansado.

Se dirigió al armario, en el que había un lavabo, hizo girar el grifo de agua caliente, se lavó las manos y la cara, y estaba secándose cuando sonó el timbre del teléfono.

El teniente se acercó al aparato y levantó el auricular.

—¿Sí?

La voz del encargado del laboratorio le dijo:

—Todavía no las tengo en una posición conveniente para tomar las fotografías, pero le puedo asegurar una cosa: las tres fueron disparadas con la misma arma. ¿Cuándo necesita usted las fotografías?

—Inmediatamente, tan pronto como pueda tenerlas listas —contestó Tragg.

El escocés lanzó un gruñido de protesta.

—Siempre fue usted un muchacho impaciente —comentó, y colgó el auricular.

Tragg sonrió satisfecho.

Una vez más llamó el teléfono. El encargado de la centralita le dijo apresuradamente:

—Hay una llamada anónima para usted, teniente. El individuo no quiere hablar con ningún otro. Dice que colgará dentro de sesenta segundos exactos, y que no vale la pena que averigüemos de dónde viene la llamada.

—¿Está listo para escuchar la conversación? —le preguntó Tragg.

—Sí.

—Muy bien, comuníquelo.

Oyó el sonido que produce la clavija al establecerse la comunicación y la voz del operador que decía:

—Ya está el teniente Tragg al aparato.

—Hola —dijo una voz apagada. El que hablaba seguramente había colocado las manos sobre el receptor para disimular la voz—. ¿Habla el teniente Tragg?

—Sí, habla Tragg. ¿Quién habla?

—No tiene importancia. Sólo quiero decirle algo respecto a Perry Mason y a la joven que le llevó en auto a la casa de los Shore poco después de medianoche.

—Prosiga —le invitó Tragg—. ¿Qué sabe usted de ellos?

—Recogieron a un hombre en el coche. Es un testigo importante que usted necesita. Le raptaron y le tienen muy bien oculto.

—Siga —le dijo Tragg con impaciencia—. ¿Quién es el individuo, y dónde está?

—No sé quién es, pero puedo decirle donde está.

—¿Dónde?

La voz comenzó a hablar apresuradamente, como si el que hablaba estuviera ansioso por finalizar la conversación.

—En el «Hotel Maple Leaf», bajo el nombre de Thomas Trimmer. Se alojó allí alrededor de las cuatro y cuarto de esta madrugada. Ocupa la habitación trescientos setenta y seis.

Tragg dijo rápidamente:

—Ahora espere un momento. Quiero que me aclare algo. ¿Está usted absolutamente seguro de que Perry Mason, el abogado, es el que llevó a ese hombre al hotel? ¿Es él el responsable?

—Ya lo creo que es el responsable —respondió la voz anónima —. Mason fue el que entró con él, llevando una maleta forrada de

cuero. La muchacha no les acompañaba entonces.

Súbitamente, el desconocido colgó el auricular.

El teniente Tragg agitó la horquilla.

—¿Pudo averiguar de dónde procedía la llamada? —preguntó.

—Es una cabina pública, a una manzana del hotel —respondió el operador—. Hice averiguar de dónde procedía y envié dos autos patrulleros con instrucciones de que arresten para interrogarle a cualquiera que esté dentro de un radio de tres manzanas de ese sitio. Dentro de quince minutos sabremos si han obtenido algún resultado.

Los ojos del teniente relucieron de satisfacción.

—Esperaré quince minutos, por si acaso.

Pasaron veinte minutos antes que llegara la información. Dos autos patrulleros habían convergido en el sitio donde se hallaba el teléfono público. Era un restaurante con una cabina telefónica cerca de la puerta. Sólo había un hombre de servicio en el mostrador, y había estado ocupado atendiendo a algunos clientes. Notó que un hombre entraba en la cabina, pero no le podía describir, pues no se fijó en él. Los agentes patrulleros habían detenido a dos hombres dentro de un radio de cuatro manzanas alrededor del restaurante. No parecía probable que ninguno de ellos hubiera hecho la llamada, pero los policías les tomaron los nombres y domicilios. Luego, entrando en el «Hotel Maple Leaf», comprobaron que un tal Thomas Trimmer se había alojado allí alrededor de las cuatro de la madrugada. Era un hombre de unos cincuenta y ocho años de edad, algo cargado de hombros, de unos setenta kilos de peso, de más de un metro sesenta de estatura, vestido con ropas algo ajadas, aunque limpias, de pómulos salientes y mostacho gris caído. Todo su equipaje era una vieja maleta forrada de cuero, y bastante pesada. Trimmer había entrado en el hotel en compañía de un hombre de elevada estatura y muy bien vestido.

El pulso del teniente Tragg se aceleró mientras escuchaba el informe.

—Que se queden de guardia los dos autos patrulleros —ordenó —. Vigilen el hotel de manera que Trimmer no pueda salir. Voy inmediatamente para allá.

Capítulo 17

Mason hacía marchar su coche con lentitud. Las largas horas de incesante actividad y la falta de sueño habían minado su resistencia, y casi no podía resistir el aire frío de la noche.

El gatito se había hecho un ovillo sobre el asiento, y se había acercado mucho a él, para mantener el calor. De cuando en cuando, el abogado llevaba el volante con la mano izquierda y apoyaba la derecha sobre el cuerpo del gatito, dejándola allí unos momentos, hasta que *Ojos Ambarinos* comenzaba a ronronear muy satisfecho.

Hacia el Este, las estrellas comenzaban ya a desaparecer. Una luz débil se reflejaba en el cielo contra el que se delineaban las siluetas de los edificios. Mason detuvo el automóvil al llegar a la casa en que vivía Della Street. Todo el edificio de departamentos estaba a oscuras, salvo un rectángulo vagamente iluminado, que debía ser la ventana de la joven.

Mason tomó al gatito y lo puso bajo su abrigo, sosteniéndolo contra su cuerpo para que no perdiera el calor. Se detuvo frente a la larga lista de inquilinos y oprimió el timbre correspondiente al departamento de Della Street.

Casi instantáneamente oyó el zumbido del aparato eléctrico que abría la puerta principal. Mason penetró al cálido zaguán del edificio. Cruzó hacia el ascensor y subió al piso en el que se hallaba el departamento de su secretaria. *Ojos Ambarinos* sintió aprensión al notar que ascendía y se removió inquieto, aferrándose con sus afiladas garras a la ropa de Mason, hasta que su cabecita asomó por la abertura del abrigo para mirar con curiosidad las paredes del ascensor.

Mason abrió la puerta, salió al pasillo y se detuvo frente al departamento de Della Street, sobre cuya entrada golpeó ligeramente con la yema de los dedos, haciendo la señal que

acostumbra a usar siempre.

Su secretaria abrió la puerta. Aún vestía las ropas que tenía puestas cuando Mason la dejó frente a la parada de taxis.

—Me alegro de verle —le saludó—. Dígame: ¿entendí correctamente su señal? —preguntó en un susurro, mientras Mason cruzaba el umbral.

—¡Que me cuelguen si lo sé! ¿Qué creyó usted que yo quería?

—Que yo fuera a casa de Lunk.

—Correcto. ¿Qué hizo con él?

—No estaba allí —dijo ella—. ¡Oh, ha traído el gatito!

Mason se quitó el sombrero, colocó el gatito en las manos de Della Street, y tomó asiento sin quitarse el abrigo. Frunció el ceño y clavó la vista en la alfombra.

—¿Tiene algo de beber?

—Tengo una cafetera llena de café en el fuego. Le eché unas gotas de coñac. Eso le dará nuevas fuerzas… —depositó el gatito sobre el diván—. Tú te quedas aquí, *Ojos Ambarinos*, y pórtate bien.

—Un momento, Della —dijo Mason—. Quiero hablar con usted respecto a…

—No hablaremos de nada hasta que haya tomado su café —replicó ella, y desapareció en dirección a la cocina.

Mason permaneció inmóvil en su asiento, con los codos apoyados sobre las rodillas y los ojos fijos en el dibujo de la alfombra.

Ojos Ambarinos exploró el diván, salió al piso, permitió que su nariz le guiara en dirección a la cocina y se detuvo frente a la puerta emitiendo un agudo *miauuu*.

Della Street rompió a reír y abrió la puerta, diciendo:

—Y supongo que tú quieres un poco de leche caliente.

Mason estaba aún en la misma posición cuando la joven retornó con una bandeja, en la que había dos tazas de café oscuro y humeante. El aroma del coñac se mezclaba con el del café, produciendo un efecto delicioso.

Mason levantó una taza de la bandeja y sonrió a Della.

—Por el crimen —brindó.

La joven tomó asiento en el diván, colocó el platillo sobre la rodilla y replicó:

—A veces me asusta ese brindis.

Mason tomó varios sorbos de café y sintió en seguida que el coñac le calentaba la sangre.

—¿Qué pasó? —inquirió.

La joven respondió:

—No estaba segura de que podría usted retener a Lunk mucho más tiempo, y dije al chófer que avivara la marcha.

—¿Le dio la dirección de Lunk? —preguntó Mason.

—No le di la dirección. Le dije que me dejara en la esquina de una calle transversal y que me esperara. Luego retrocedí una manzana, doblé una esquina, y miré los números de las casas hasta dar con el caminillo que lleva a la de Lunk. Es una casita cuadrada construida sobre un garaje y…

—Ya sé —le interrumpió Mason—. Estuve allí. ¿Qué hizo usted?

—Vi que la casa estaba a oscuras, de modo que subí ruidosamente los escalones y llamé al timbre, como si tal cosa. Nadie me contestó. Continué oprimiendo el timbre, pero no lo oí sonar, de manera que empecé a golpear y luego noté que la puerta de entrada no estaba cerrada del todo. Y, créame, jefe, que en ese momento tuve deseos de ser adivina, para saber qué quería usted que hiciera. Pero, después de un rato, abrí la puerta y me metí en la casa.

—¿Encendió las luces? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Qué encontró allí?

—No había nadie en la casa. La cama del dormitorio delantero no estaba hecha. En el dormitorio de atrás…

—Un momento. ¿Por dónde entró usted en el dormitorio trasero? ¿Por la cocina o por el cuarto de baño intermedio?

—Por el cuarto de baño.

—Ahora quiero que me conteste con absoluta seguridad, Della. ¿Estaban abiertas las puertas entre los dos dormitorios?

—Sí, a medio abrir…, es decir, la primera puerta estaba entornada. La que va del cuarto de baño al dormitorio trasero, estaba abierta por completo. En el dormitorio trasero había una ventana que daba a un callejón. Los cristales estaban levantados y entraba la brisa, que movía ligeramente las cortinas.

—¿Y la puerta del dormitorio a la cocina?

—Estaba abierta unos centímetros.

—¿Pasó usted por allí?

—No. Entré en la cocina pasando otra vez por el dormitorio delantero y por la sala de estar. Pero permítame que le cuente primero lo que vi en el dormitorio delantero. Habían sacado los cajones de la cómoda, y las ropas del armario estaban en un montón sobre el suelo.

—Lo sé —dijo Mason—. Volvamos a la cocina. ¿Miró dentro de la alacena?

—Sí.

—¿La puerta de la alacena la encontró abierta o cerrada?

—Cerrada.

—¿Encendió la luz de la alacena?

—No. Abrí la puerta, y entraba suficiente luz de la cocina para poder comprobar que no había nadie oculto allí. Quería asegurarme… Pensé que quizá Franklin Shore había oído el timbre y decidió ocultarse, por si acaso entraba alguien a quien él no quisiera ver.

—¿Notó si había harina en el piso de la alacena, alrededor de la lata?

—No…; pero no lo hubiera notado a menos que fuera mucha la cantidad de harina esparcida, pues la luz me llegaba por detrás, y yo sólo quería asegurarme de que no había nadie oculto allí.

—¿Estaba muy nerviosa?

—¡Ya lo creo! Sentía escalofríos que me recorrían la espina dorsal. Si Franklin Shore hubiera estado en el interior de la alacena, me hubiera llevado el susto más grande de mi vida.

Mason terminó de tomar su café y se levantó para poner la taza y el platillo sobre la mesa. Se quitó el abrigo, estiró sus brazos en toda su extensión y luego se metió las manos en los bolsillos. Desde la cocina, el gatito maulló perentoriamente para que le dejaran entrar de nuevo en la habitación, donde podría estar en compañía de personas. Della Street abrió la puerta y el gatito, con el estómago lleno de leche caliente, entró en la pieza caminando con dificultad, ronroneó satisfecho y saltó sobre el diván donde se hizo un pequeño ovillo… Sus ojos perdieron su vivacidad y, al cabo de un momento, cuando él mismo se dispuso a dormir sin dejar de ronronear, se convirtieron en dos rayitas delgadas.

Mason, aún en pie, señaló al gatito.

—¿Dónde estaba *Ojos Ambarinos* cuando entró usted?

—Hecho un ovillo, sobre las sábanas, en medio de la cama del dormitorio delantero.

—¿Cerca del centro de la cama?

—Sí. Los muelles están algo flojos, y hay una especie de hoyo cerca del centro. El gatito estaba allí profundamente dormido.

Mason retiró las manos de los bolsillos, colocó los pulgares en las sisas del chaleco y comenzó a pasearse por la habitación.

—¿Quiere más café? —preguntó Della.

Él pareció no oírla, y continuó su paseo con la cabeza algo echada hacia adelante y los ojos bajos.

De pronto se volvió hacia su secretaria.

—¿Notó algunas huellas en el suelo, algunas marcas como si el gatito hubiera pisado un polvo blanco?

Della Street frunció el ceño y replicó:

—Déjeme que piense. No buscaba nada de menor tamaño que un hombre, y estaba asustadísima, pero… Creo que había unas huellas que cruzaban el piso de la cocina. Me dio la impresión de que en aquella casa vivía un hombre solo y que necesitaba una buena limpieza. Las sábanas que cubrían la cama del dormitorio delantero estaban bastante sucias, y la funda de la almohada producía repugnancia. Las cortinas de encaje necesitaban un buen lavado. Los repasadores estaban imposibles. Muchísimos detalles por el estilo. Y creo que había algo en la cocina, algunas huellas de patas o algo que se hubiera derramado por el suelo.

—Pero, ¿la puerta de la alacena estaba cerrada? ¿Está usted segura de eso?

—Sí.

—¿Cómo diablos pudo entrar el gatito en la alacena, ensuciarse las patas con harina y dejar sus huellas impresas en el piso… si la puerta estaba cerrada? ¿No entraría cuando la abrió usted?

Della Street reflexionó durante unos segundos; luego movió la cabeza.

—No puedo comprenderlo. El gatito no se movió de la cama mientras yo estuve allí.

Mason observó al gatito con expresión pensativa; luego, súbitamente, recogió su abrigo, se lo puso, y buscó su sombrero.

Cuando el abogado llegaba a la puerta de entrada, Della Street

se le acercó.

—Por favor, acuéstese y duerma un poco, jefe. Necesita descanso.

Él inclinó la cabeza para mirarla, y las duras líneas de su rostro se suavizaron un poco cuando sonrió.

—Usted debe dormir. Le hace falta descanso. ¿Cuando estuvo en la casa —prosiguió—, notó usted una tarjeta de George Alber en la que había algunas líneas escritas? Estaba sobre el cenicero.

—Vi una tarjeta, pero no me fijé en el nombre. ¿Por qué?

—¡Oh, por nada! No tiene importancia.

Mason la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí. Della elevó sus labios entreabiertos. Él otro brazo del abogado rodeó los hombros de la joven. Por un momento la sostuvo así, abrazada; luego dijo:

—Tenga ánimo, querida. Me parece que hemos descubierto algo.

Silenciosamente, abrió la puerta y salió al pasillo.

Capítulo 18

Entre sueños, Della Street hizo un esfuerzo para no prestar atención al timbre del despertador.

Su primer esfuerzo se vio coronado por el éxito. El timbre cesó en su insistente llamada y la joven se sumió una vez más en profundo sueño, sólo para ser despertada por la irritante persistencia de la segunda alarma.

Se incorporó, apoyándose sobre un codo, con los ojos aún cerrados, y buscó el freno del timbre. No pudo hallar el reloj, de modo que le fue necesario abrir los ojos.

El despertador no estaba en su sitio acostumbrado sobre la mesita de noche, sino que se hallaba sobre la cómoda, donde ella lo colocara para evitar la tentación de hacerlo callar entre sueños y continuar durmiendo.

De mala gana, echó a un lado las mantas, sacó las piernas de la cama, y se dirigió hacia el reloj.

Se oyó un débil maullido de protesta, procedente de la cama.

Por un momento, la joven no pudo explicarse ese extraño sonido; luego silenciando al despertador, levantó las mantas que había arrojado sobre *Ojos Ambarinos*.

El gatito, que ocupaba una depresión en el lecho, ronroneó agradecido, se levantó, arqueó el lomo, bostezó y dio dos o tres saltos torpes que lo acercaron a las manos de la joven.

Della le acarició detrás de las orejas y el minino exploró la cama en busca del calor perdido.

La joven lo alejó, riendo.

—Ahora no, *Ojos Ambarinos*. El despertador me ha llamado a mi trabajo.

Sabía que no tenía obligación de llegar a la oficina a una hora fija, pero la correspondencia exigiría su atención. Una nueva

mecanógrafa estaba trabajando en un sumario importante y Della tendría que revisar todo lo escrito antes de presentárselo a Mason para la lectura final.

La caricia del agua tibia de la ducha, la aromática espuma del jabón y, finalmente, la reacción producida por una breve ducha fría, la volvieron a la lucidez completa. Se frotó vigorosamente con la toalla, revisó las medias para ver si no tenían algún punto corrido y estaba ya frente al espejo, en paños menores, cuando oyó el timbre de la puerta.

En principio, Della no le prestó atención; luego entreabrió la puerta y dijo:

—Váyase, soy una chica que trabaja y no quiero comprar nada, no puedo suscribirme a ninguna revista y ya se me ha hecho tarde para llegar a mi oficina.

La voz del teniente Tragg le respondió:

—Bueno, yo la llevaré a su empleo. Llegará más rápidamente.

Della inclinó la cabeza y acercó un ojo al espacio que quedaba libre entre el marco y la puerta, para poder ver el rostro de Tragg.

—¿Cómo pudo entrar por la puerta principal?

—Es un secreto. Parece que tiene usted sueño.

—Usted parece que tiene algo más que sueño.

Tragg sonrió.

—Que yo sepa, ningún habitante del oeste del Mississipi pudo dormir anoche.

—Me estoy vistiendo.

—¿Cuánto tiempo tardará en terminar de vestirse?

—Cinco o diez minutos.

—¿Y el desayuno?

—No lo tomo aquí. Acostumbro a beber una taza de café en la droguería de la esquina.

—Es malo para la salud comer así —le dijo él.

—Es espléndido para la línea.

—La esperaré aquí en la puerta —dijo Tragg.

—¿Es tan importante?

—Muy importante —respondió Tragg.

Della cerró la puerta. El espejo reflejó su rostro ceñudo. Se acercó al teléfono y comenzó a marcar el número de Mason; luego cambió de idea, se vistió rápidamente y se dio cuenta del problema

que le presentaba el gatito.

Levantó de la cama al pequeño ovillo y dijo:

—Escúchame, queridito, ese policía se come a los mininos, se los come vivos. Lo que es más, querrá que le explique tu presencia aquí, y, francamente, me resultaría más fácil explicar la presencia de un hombre oculto debajo de mi cama. Irás a la cocina. Ruego a Dios que te quedes tranquilo con la leche caliente que te voy a dar.

Ojos Ambarinos ronroneó satisfecho.

Della Street entró en la cocina, calentó un poco de leche y se la dio al gatito.

—El doctor dice que no puedes ingerir ningún alimento sólido —dijo a *Ojos Ambarinos*—, y si no quieres traicionarme, serás un gatito bueno y mantendrás la boca cerrada. Un estómago bien lleno te ayudará a portarte bien; de manera que bébete la leche.

El gatito comenzó a beber la leche muy contento y Della Street salió de la cocina, cerrando la puerta con suavidad, para que el teniente Tragg no pudiera oír el ruido desde fuera. Apresuradamente arregló la cama y se levantó haciéndola girar sobre su eje, de modo que quedó oculta en un espacio apropiado de la pared. Acomodó todas las sillas, trabajando apresuradamente, para ganar tiempo.

Se puso su abrigo, ajustó su sombrero, abrió la puerta y favoreció al teniente Tragg con su mejor sonrisa.

—Lista ya —dijo—. Es usted muy bondadoso al ofrecerse a llevarme a la oficina. Sin embargo, supongo que su acción no se debe por entero a su filantropía.

—Así es —respondió Tragg.

—¿No será un presente griego el que usted me ofrece?

—Exactamente. Lindo departamento el suyo. La vista al Sudeste es espléndida.

—Es verdad —dijo Della, tratando de cerrar la puerta.

—¿Está usted sola aquí?

—Por supuesto.

Tragg se adelantó de modo que su hombro impedía que la puerta se cerrara.

—Escúcheme, miss Street, podríamos hablar aquí un momento.

—No tengo tiempo. Debo ir a la oficina.

—Me parece que esto es más importante que ir a la oficina —le

replicó Tragg.

—Podríamos conversar en su automóvil, o…

—Es difícil conversar cuando uno guía un auto —respondió Tragg, entrando en el departamento y dirigiéndose hacia el diván.

Della Street suspiró exasperada y permaneció en la puerta, segura de que la aguda vista de Tragg examinaba minuciosamente la habitación.

—Lo siento, teniente, pero tengo que ir a trabajar. No dispongo de tiempo para conversar con usted ni para discutir…, y no le puedo dejar a usted aquí.

Tragg pareció no oírla.

—De veras que el departamento es muy bonito. Bueno, si usted insiste, saldré, aunque preferiría conversar aquí.

Se detuvo, aparentemente para arreglarse la corbata, frente al espejo; pero Della se dio cuenta de que desde allí, el teniente podía ver reflejado el interior del cuarto de baño, cuya puerta estaba abierta.

—Por favor, vamos, teniente.

—Ya voy —respondió él—. ¡Dios mío! Si tengo el aspecto de haber estado en pie toda la noche. ¿No le molestará a usted que la vean en compañía de un individuo como yo?

—Vamos ya —replicó Della firmemente.

—¿Y esta puerta? —preguntó Tragg, señalando la puerta de la cocina.

—Es una puerta —le dijo ella furiosa—. Seguramente ya habrá visto puertas antes, teniente. Están fabricadas con madera. Se aseguran sobre bisagras y giran de un lado a otro.

—¡No me diga! —exclamó Tragg sin quitar la vista de la puerta.

Della entró de nuevo en el departamento.

—Oiga usted —dijo con aspereza—. No sé qué es lo que busca. No le permitiré que entre y revise mi departamento cuando se le ocurra. Si quiere hacerlo, consígase una orden de allanamiento. Si tiene algo que decirme, dígamelo camino de la oficina. ¡Yo me voy ahora, y usted se retira de aquí!

Tragg miró sus ojos desafiantes y dijo con una sonrisa simpática.

—¡Miss Street, estoy seguro de que no se molestará usted porque eche una ojeada a su departamento!

—Ciertamente que me molesta.

—¿Por qué? ¿Tiene a alguien oculto aquí?

—Le doy mi palabra de honor de que no hay otro ser humano en este departamento, excepto yo. ¿Le satisface eso?

Él la miró de hito en hito y respondió:

—Sí.

Ella le dejó llegar hasta la puerta y le siguió de cerca, preparada para cerrarla tan pronto salieran.

Tragg cruzaba el umbral y tenía la mano apoyada en el picaporte, cuando se oyó un penetrante maullido de angustia, un alarido que cambió de tono con sorprendente rapidez.

—¡Oh, cielos! —exclamó Della, recordando que solía dejar abierta la ventana de la cocina.

El maullido era inconfundible. No era un grito de impaciencia felina, sino un lamento de agonía.

Della Street no pudo contener sus sentimientos humanitarios. No estaba dispuesta a dejar sufrir al gatito, ni siquiera para salvarse de una acusación criminal.

El teniente Tragg la siguió de cerca cuando ella cruzó rápidamente la sala de estar en dirección a la cocina. Al aproximarse Della a la ventana, el policía asomó su cabeza sobre el hombro de la muchacha.

Se veía a las claras lo que había ocurrido. La polea que sostenía la cuerda de colgar ropa estaba asegurada inmediatamente debajo de la ventana. *Ojos Ambarinos* saltó al alféizar y se sintió intrigado por esa cuerda. La había tocado con su patita y, al tratar de retirarla, sus garras se habían quedado prendidas de ella. La cuerda, impulsada por el peso del gatito, comenzó a deslizarse por la bien aceitada polea, y *Ojos Ambarinos* se halló recorriendo el espacio a considerable altura del suelo. Sus otras patitas se habían aferrado a la cuerda, y quedó colgado cabeza abajo y maullando desesperadamente.

—¡Pobrecillo! —exclamó Della, y cogiendo la cuerda comenzó a acercar el gatito a la ventana—. Tente fuerte, minino —le recomendó—. No te sueltes.

El gatito se balanceaba de un lado a otro y sus ojos se fijaban alternativamente en la ventana, que le ofrecía su seguro refugio, y el piso del patio, que estaba a considerable distancia, más abajo.

Tragg comenzó a sonreír, y la sonrisa se convirtió en una

explosión de carcajadas cuando Della tuvo al minino al alcance de su mano.

No sólo no tenía el gatito intenciones de soltarse, sino que también el terror le había hecho asegurar en tal forma sus garras a la soga, que Della tuvo que desprenderlas una por una, como si fueran anzuelos. Al fin, tuvo el cuerpecillo junto al suyo y le habló con tono tranquilizador, acallando sus temores.

—Ríase usted —le dijo furiosa al teniente—. ¡Supongo que le parecerá gracioso!

—Ya lo creo que sí —admitió Tragg—. El gato quiso jugar con la cuerda y al segundo siguiente se halló volando por el espacio como si fuera un pájaro. Debe de haber sido una sensación extraordinaria para el gatito.

—Me alegro de que le parezca graciosa la situación —dijo Della indignada.

—No sabía que tuviera usted un gatito —dijo Tragg.

—¿Ah, no? Supongo que el departamento de Policía se sentirá ofendido por el hecho de que yo haya adoptado un gatito sin consultarlo. Supongo que si les dijera a ustedes que mi tía Rebeca se ha lastimado la pierna patinando, ustedes; me reñirían por haberle permitido sin autorización de la Policía. Si me deja usted ir a la oficina le escribiré una carta: «Estimado teniente Tragg: Tengo un gatito. ¿Aprueba usted eso?».

—Es muy efectiva su explosión de indignación y sarcasmo, pero no me explica la presencia del gatito y no distrae mi atención en absoluto —le respondió Tragg.

—¡Oh! ¡No me diga!

—¿Cuánto tiempo hace que tiene usted ese gatito?

—No hace mucho.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No es un gatito muy viejo.

—¿Lo tiene usted desde que nació?

—No.

—¿Desde cuándo, entonces?

—No hace mucho. Lo bastante para quererlo. Ya sabe usted lo que pasa cuando uno tiene un animalito por unas semanas…, o para el caso es lo mismo, unos pocos minutos, llega uno a quererlo de una forma…

—¿Hace algunas semanas que tiene al gatito? —preguntó Tragg.

—No; creo que no.

—¿Algunos días?

—No me parece que esto sea en absoluto de su incumbencia.

—En circunstancias normales, diría que tiene usted toda la razón del mundo, miss Street; pero existen detalles que alteran el caso.

—¿Qué detalles? —preguntó ella, impulsivamente, y deseó entonces no haber hablado, pues así brindaba al teniente la oportunidad que éste deseaba.

—Que el gatito podría ser el que pertenece a mistress Matilda Shore —replicó Tragg con tono casual—, ése que envenenaron anoche.

—Y aunque así fuera, ¿qué tiene que ver con esto?

—La forma como el gatito llegó a sus manos podría ser interesante para la Policía —dijo Tragg—. Empero, como lo sugirió usted, podríamos conversar del asunto mientras nos dirigimos a la oficina.

—Sí; ya se me ha hecho tarde.

Tragg sonrió como disculpándose.

—Quizá —dijo— no se refiere usted a la misma oficina de la que yo hablo.

Ella le miró a los ojos, tratando de luchar contra el temblor que sentía en las piernas.

—Usted sabe muy bien a qué oficina me refiero —respondió, tratando de que su voz fuera firme.

El teniente Tragg no se dejó impresionar por las palabras de la joven.

—Me refiero a la oficina del fiscal del distrito —anunció—. Y podría usted traer al gatito. No sólo parece ser demasiado imprudente para que lo dejen solo, sino que es una prueba muy significativa.

Capítulo 19

Perry Mason estaba sumido en un profundo sueño. La luz del día logró impresionar su cerebro, despejando las brumas que lo llenaban. Se incorporó en la cama el tiempo necesario para consultar su reloj, cambiar de posición las almohadas y arrebujarse de nuevo cómodamente para proseguir durmiendo… El campanilleo del timbre de la puerta volvió a despertarle.

Mason decidió no prestar atención a la llamada. Se volvió hacia el otro lado, frunciendo el ceño… Al diablo con el timbre… Probablemente sería alguien que le quería vender algo. ¿Por qué no lo desconectó…? Otra vez el timbre… Bien; lo dejaría sonar hasta que se cansara. No le prestaría atención.

El timbre siguió sonando a intervalos regulares. Mason se dio cuenta de que su misma determinación de dormir despejaba su cerebro hasta tal punto que se despertó por completo. Oyó rápidos pasos en el pasillo y luego imperativos golpes en la puerta.

Con una exclamación de fastidio, saltó de la cama y abrió la puerta de un tirón.

Paul Drake estaba en pie ante el umbral y le sonreía.

—¿Le gusta que lo despierten? —preguntó.

—¡Maldita sea! No me gusta. Pase —replicó Mason.

Drake entró en el departamento, eligió el sillón más cómodo, se arrellanó en él y encendió un cigarrillo.

—Bonito departamento tiene usted.

—Le gusta, ¿verdad? —replicó Mason sarcásticamente.

—Un poco frío —dijo Drake—. Cerraré esa ventana. Entra mucho viento y por la otra entra mucho sol. Son las once y media, Perry.

—¿Qué diablos me importa la hora que sea?

Drake arrojó una bocanada de humo, observó la nube azul que

se dirigía hacia el sitio por donde entraban los rayos del sol y dijo:

—Siempre me saca usted de la cama a mitad de la noche, cuando usted y Della han estado divirtiéndose…, y les parece gracioso. Se me ocurrió interrumpir su sueño sólo para que se entere del efecto que causa esa broma.

Mason se cubrió los pies descalzos con la manta, sonrió ante la poética justicia de la acción de Drake y dijo:

—El efecto es horrible —y encendió un cigarrillo.

—Se me ocurrió comunicarle cómo va la investigación —dijo Drake. Mason apretó el extremo del cigarrillo, lo humedeció cuidadosamente con la lengua, encendió una cerilla y anunció:

—En cuanto termine de fumar este cigarrillo le arrojaré a usted fuera y seguiré durmiendo.

Acercó la llama de la cerilla al extremo del cigarrillo.

—Han sucedido muchas cosas —declaró Drake—. Las balas fueron disparadas con la misma arma.

—Eso no es verdad.

—Tragg ha puesto a trabajar toda la fuerza policíaca. Está investigando los aspectos del caso y tratando de hallar los informes que pueda.

—Me alegro de que así lo haga.

—Los médicos dicen que Jerry Templar tiene el noventa por ciento de probabilidades de salvarse. Soportó muy bien la operación.

—Me alegro mucho.

—Al gatito envenenado lo llevaron a la casa del jardinero para que lo cuide… El jardinero se llama Thomas Lunk.

—Eso es —respondió Mason.

—Lunk ha desaparecido y el gatito también.

—Escúcheme, Paul —dijo Mason—. Puedo enterarme de todas las noticias diarias leyendo los periódicos. Lo que yo quería era que usted descubriera detalles que no supiera todo el mundo, no que siguiera los pasos de la Policía.

Drake prosiguió como si no hubiera oído las palabras de Mason.

—Un individuo llamado George Alber parece ser el niño mimado de su majestad Matilda Shore. Tengo la impresión de que Matilda quiere que Alber y Helen Kendal se casen. Alber tiene la misma idea. Alber tiene buenas perspectivas por delante. Es atractivo y

tiene una personalidad extraordinaria. Helen está enamorada de un hombre que no es digno de ella. Tía Matilda dejará su dinero a Alber si Helen no se conduce bien.

Mason abrió enormemente la boca, en un bostezo prodigioso.

—Usted me resulta bastante molesto a veces, Paul.

—¿Me considera usted así? —preguntó Drake, mirándole seriamente.

Mason sacudió la ceniza de su cigarrillo y se abrigó con las mantas de la cama.

—Matilda ha salido del hospital y está otra vez en su casa. Parece que hizo un testamento con el que trató de ejercer cierta presión sobre Helen Kendal para que ella se casara con el joven Alber. Éste entrará en posesión, al parecer, de una buena parte de la fortuna Shore. Ya sea casándose con Helen o no… ¡Ah, sí! Su amigo el teniente Tragg está haciendo revisar los cheques de la cuenta de Franklin Shore por calígrafos expertos. Parece que está muy interesado en uno extendido a nombre de Rodney French por la suma de diez mil dólares. La Policía busca a este último individuo. French se fue de vacaciones ayer por la noche. Olvidó comunicar a nadie adonde se dirigía.

—Franklin Shore telefoneó a su tenedor de libros para avisar que pensaba extender ese cheque de diez mil dólares —comentó Mason.

—Es verdad —dijo Drake sonriendo—. Así lo hizo.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Tragg está investigando el asunto con la idea de que tal vez Franklin tenía la intención de extender el cheque, pero que desapareció antes de hacerlo… Eso presentaría un aspecto muy interesante del caso, ¿no es verdad, Perry? Póngase usted en la posición del hombre que contaba con ese cheque. Luego desaparece el que pensaba firmarlo y el beneficiario ya se ha comprometido a efectuar pagos con ese dinero que estaba seguro de recibir.

—¿Algo más? —inquirió Mason.

—Sí; hay algo más. En realidad, Tragg está investigando aquella desaparición. Es una pena que no estuviera él encargado del departamento cuando ocurrió el asunto, pero fue durante la época de nuestro viejo amigo el sargento Holcomb. Tragg está investigando los informes de todos los cadáveres no identificados

que se encontraron en aquella época. Halló uno que le interesaba, pero la descripción no está de acuerdo con lo que busca. También está revisando todos los casos de suicidio ocurridos en Florida durante mil novecientos treinta y dos y también investiga una propiedad minera en la que Leech estaba interesado. Averigua también todos los detalles de las operaciones financieras de Gerald Shore desde enero de mil novecientos treinta y dos. Este Tragg está lleno de recursos.

—¡Bah! —exclamó Mason—. Tragg no es más que un maldito misántropo.

—Por supuesto que se ocupa de todo —prosiguió Drake—. Parece creer que el gatito es un factor importante en este caso.

—El gatito, ¿eh? —comentó Mason.

—Ajá. Este Tragg es un individuo muy interesante. Cuando anda en busca de algo, siempre lo consigue.

—¿El gatito, por ejemplo? —preguntó Mason, con tono casual.

—Por supuesto, el gatito. Ya lo tiene en la oficina del fiscal del distrito.

Mason se incorporó en la cama.

—¿Cómo es eso? —preguntó.

—Tiene el gatito en la oficina del fiscal del distrito. No sé lo que hará con él, pero…

—¿De dónde lo sacó?

—No lo sé. Me entero de muchas cosas por los muchachos de la Prensa. Tragg está interrogando al jardinero ese que se llama Lunk. El…

Mason se puso en actividad inmediatamente. Apagó el cigarrillo, tiró a un lado las mantas y cogió el teléfono.

Marcó apresuradamente un número y dijo:

—Hola…, hola. ¿Habla Gertie…? ¿Dónde está Della esta mañana…? No la ha visto, ¿eh…? Llame a Jackson… Hola, Jackson. Esto es algo muy urgente. Trátelo antes que cualquier otro asunto. Prepare un escrito para un recurso de *habeas corpus* a favor de Della Street. Hágalo con suficiente amplitud como para cubrir cualquier acusación, desde un rapto hasta un robo. La han detenido contra su voluntad. La tienen arrestada sin que se haya hecho ninguna acusación contra ella. Se puede ofrecer una fianza por cualquier suma razonable. Pida el *habeas corpus* y solicite que se la deje en

libertad bajo fianza hasta que se considere la petición. Yo firmaré todo. ¡Ocúpese inmediatamente de eso!

Mason colgó bruscamente el auricular, se quitó el pijama, se dio una ducha apresuradamente y salió del cuarto de baño para secarse y preparar su ropa.

Drake le observaba desde su sillón. Su mirada de asombro se convirtió en una de inquietud mientras Mason se vestía presuroso.

—Tengo una afeitadora eléctrica en mi automóvil —dijo Drake—. Si quiere que le lleve, puede afeitarse por el camino.

Mason abrió de un tirón la puerta del ropero, se puso el abrigo y el sombrero y dijo:

—Vamos, Paul. ¿Qué es lo que nos detiene?

—Nada —replicó Drake, poniéndose en pie con una serie de contorsiones que hubiera dado fama a un acróbata—. Ya salimos. ¿Vamos a su oficina o a la del fiscal del distrito?

—Primero, a mi oficina —respondió Mason—. Cuando hablo con el fiscal siempre me gusta estar preparado para tirarle a la cara un escrito de *habeas corpus* en caso de que se ponga pesado conmigo.

—¿Es de cuidado el pájaro? —preguntó Drake.

—Ajá. ¿Dónde está la máquina de afeitar?

Capítulo 20

Míster Hamilton Burger, fiscal del distrito, era un hombre que tenía un pecho amplísimo, un cuello de toro y anchos hombros. Parecía estar dotado de la resistencia de un oso. Era muy aficionado a obrar con la rapidez del hombre que reflexiona cuidadosamente antes de moverse. Una vez que entraba en acción lo hacía con energía y sin detenerse ante nada. Los abogados que le conocían bien solían decir que una vez Hamilton Burger empezaba su ataque, se necesitaba una legión de demonios para detener su carrera.

En cuanto entró al salón de espera, Mason se dio cuenta de que estaban preparados para recibir su visita. Ningún empleado le preguntó el motivo de su presencia, sino que le llevaron a la oficina del fiscal tan pronto como anunció su nombre.

Hamilton Burger inspeccionó a Mason con sus ojos brillantes y severos.

—Tome usted asiento —le invitó.

Mason se sentó en la silla situada frente al escritorio de Burger.

—¿Quiere usted hablar conmigo o prefiere que sea yo el que le hable? —preguntó Mason.

—Yo le hablaré a usted —replicó Burger.

—Hágalo entonces —dijo Mason—; hable usted primero. Diré lo que tenga que decir cuando usted haya finalizado.

—Usted es un hombre que no respeta las normas —dijo Burger —. Sus métodos son espectaculares, dramáticos y fanfarrones.

—Podría usted agregar una palabra más —insinuó Mason.

Por un momento brillaron con más intensidad los ojos del fiscal.

—¿Efectivos? —preguntó.

Mason asintió con un significativo movimiento de cabeza.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Burger.

—Me alegro que lo admita.

—Sin embargo, no me preocupa en la forma que usted piensa —prosiguió Burger—. Lo que pasa es que si sus métodos espectaculares, dramáticos y fanfarrones continúan siendo efectivos, tendremos a todos los abogados de nuestro foro tratando de obrar de la misma forma para ser más listos que la Policía. Y el cielo sabe que con un abogado de esa clase ya tenemos bastante en este condado.

—Si yo logro resolver un crimen antes que lo haga la Policía, ¿quiere eso decir que me hago responsable del desagrado de ustedes?

—No es eso lo que yo quiero decir —protestó Burger—; nuestra política no se basa en llevar al banquillo a un inocente. Y entiéndame usted eso, Mason, no sólo me refiero a lo que usted hace, sino a la forma como procede.

—¿Qué tienen de malo mis procedimientos?

—Usted no resuelve sus casos en el Juzgado. No se entrevista con sus clientes en su oficina. Usted recorre el país empleando su sistema de tomar a su gusto las pruebas y de no confiar a la Policía…

—Un momento —le interrumpió Mason—. ¿Confía la Policía en mí?

Burger se desentendió de la pregunta.

—Hubo momentos en los que cooperé con usted porque creía que usted cooperaba conmigo. Pero para usted siempre ha sido lo mismo. Un sistema de trabajar propio de un prestidigitador o de un artista de circo.

—Bien; si de esa forma logro resultados positivos, ¿por qué no obrar así? —dijo Mason.

—Porque siempre es usted el que arregla todos los detalles para que las cosas ocurran como usted quiere. No puede usted justificar sus tretas legales por el solo hecho de que con ellas logra su propósitos. Ahora dejaré de hablar de generalidades y citaré un caso especial.

—Eso sería espléndido.

—Anoche descubrió usted un testigo valioso e imprescindible en un caso de asesinato —dijo Burger—. Si la Policía hubiera tenido el testimonio de ese testigo podría haber resuelto ya el caso. Pero no se le dio la oportunidad de hacerlo. Usted y su secretaria raptaron a

ese testigo delante de los mismos ojos de la Policía.

—¿Se refiere usted a Lunk? —preguntó Mason.

—Me refiero a Lunk.

—Prosiga.

—Usted lo llevó a un hotel y lo ocultó. Hizo todo lo posible para evitar que la Policía lo hallara, pero la Policía lo encontró.

—¿Qué van a hacer con él? —inquirió Mason—. Si es tan valioso, déjenlo que hable y resuelvan el caso.

—Temo que el asunto no sea tan simple —replicó Burger.

—¿Por qué?

—Hemos descubierto un detalle que hasta ahora permaneció en la oscuridad.

—¿De qué se trata? —preguntó Mason.

—En pocas palabras: ese cheque de diez mil dólares que fue entregado a Rodney French pudo ser una falsificación.

Mason se acomodó en la silla y cruzó sus largas piernas.

—Muy bien; hablemos de eso.

—Me gustaría saber su opinión al respecto —anunció Burger con gravedad.

—En primer lugar —replicó serenamente Mason—, Franklin Shore avisó a su tenedor de libros que había extendido ese cheque.

—Permítame que le corrija —le interrumpió Burger, consultando sus notas—. La declaración hecha hace diez años por el tenedor de libros, fue que Franklin Shore le avisó que pensaba extender ese cheque.

Mason no prestó atención al detalle.

—Muy bien; supongamos que fuera así. Eso establece firmemente su autenticidad. Pero aunque haya sido en realidad falsificado, ninguna argumentación legal tendría valor. Actualmente, el asunto del cheque no tiene significación legal.

—El cheque podría ser un motivo —comentó Burger.

—¿Para qué?

—Para un asesinato.

—Siga. Le escucho.

—Si anoche hubiéramos podido comunicarnos con Lunk, no sería tan imposible el descubrimiento de algunas pruebas valiosas.

—¿Quiere usted ser más explícito?

—Sí. Creo que podríamos haber hallado a Franklin Shore.

—¿Y se me acusa de haber impedido a ustedes comunicarse con Lunk?

—Exactamente.

—Destruiré esa teoría inmediatamente —replicó Mason—. Lo primero que hice con Lunk fue llevarle al hospital para que viera a Matilda Shore. Allí era donde él quería ir. Pero, y entiéndame bien esto, Burger, porque tiene mucha importancia legal, en lugar de tratar de alejarlo de la Policía, le llevé al hospital, sabiendo que la Policía estaba de guardia allí. Les comuniqué a los agentes quién era Lunk. Les dije que él quería ver a mistress Shore, que podría hacer algunas declaraciones importantes y que Tragg querría evitarlo. ¿Qué más se puede pedir?

Burger asintió.

—Ése es un ejemplo de su astucia, Mason. En lo que concierne al asunto Lunk, esa jugada suya le hace virtualmente inmune contra nuestras acusaciones. Con esa afirmación suya ningún jurado podría condenarle. Y, sin embargo, usted y yo sabemos que preparó deliberadamente esa visita para que los agentes lo expulsaran a usted y al hombre que lo acompañaba. Lo hizo usted simplemente para proveerse de una póliza de seguro contra cualquier acusación.

Mason sonrió.

—Yo no tengo la culpa de que empleen ustedes retardados en la fuerza pública. Llevé allí a Lunk y les dije quién era. Ellos mismos me metieron a empujones en el ascensor y nos dijeron a los dos que nos fuéramos y no volviéramos.

—Entiendo —dijo Burger pacientemente—. Ahora, permítame que le recuerde algo. De acuerdo con nuestras leyes, cualquier persona que a sabiendas impide a un testigo que se presente a declarar es culpable de su delito.

Mason asintió.

—Y, de acuerdo con otra ley, la persona que soborna o promete sobornar a un testigo para que se aleje, es culpable de una felonía.

—Prosiga —dijo Mason—. Me interesa su teoría.

—De acuerdo con las resoluciones judiciales pertinentes —prosiguió Burger—, no es necesario que el soborno tenga éxito. Ni es necesario que se lleve a cabo el rapto del testigo. En uno de nuestros estados vecinos, ante una ley similar, se considera un delito el hecho de embriagar a un testigo para que no pueda

declarar.

—Bien; yo no soborné a nadie y no traté tampoco de embriagar a nadie —respondió Mason—. ¿A qué se debe el alboroto, entonces?

—Lunk ha adoptado una actitud hosca y desafiante con la Policía y no quiere decirnos lo que sabe —dijo Burger—. Empero, sabemos que no es muy inteligente. Una vez que se logre comprender su psicología especial y se le interrogue pacientemente, se podrá conseguir que nos relate lo que sabe… poco a poco.

—¿Y…?

—Lunk nos ha dicho lo bastante como para que estemos enterados de que Franklin Shore estuvo en su casa y que su secretaria fue allá y se lo llevó. Tragg le había dicho a usted bien claramente que él necesitaba a Franklin Shore como testigo para que se presentara a las autoridades.

—Prosiga y termine lo que tenga que decirme —dijo Mason— y luego le diré lo que yo pienso.

—Usted quiere pronunciar la última palabra, ¿eh?

Mason asintió.

—Mason —le advirtió Burger—, voy a golpearle donde le duela, y pienso golpearle con mucha fuerza.

—Supongo que lo hará desquitándose con mi secretaria, ¿no es así?

—Usted la metió en esto —le respondió Burger—. Yo no tengo la culpa. Usted retuvo a Lunk mientras ella tomaba un taxi, iba a casa de Lunk, despertaba a Franklin Shore, le decía que debía huir y preparaba un sitio donde ocultarlo.

—Me imagino que podrá probar todo eso.

—Puedo probarlo por medio de las pruebas circunstanciales. Usted sabe muy bien que usted mismo quería hablar con Franklin Shore antes que lo hiciera la Policía. Usted envió allí a su secretaria para que se llevara a Shore y lo ocultara.

—¿Admite ella eso?

—No; no lo admite. No hay necesidad tampoco. Tenemos la evidencia que lo prueba.

—Cuando usted dice probar, ¿qué quiere decir?

—Quiero decir que lo podemos probar a satisfacción de un jurado.

—No lo creo.

—Son pruebas circunstanciales —dijo Burger—, pero las tenemos.

—¡Las tiene usted tanto como tengo yo el diamante Hope! —replicó Mason con tono insultante.

Hamilton Burger le miró a los ojos resueltamente.

—He simpatizado con algunas de las cosas que ha hecho usted a veces, Mason. No me he dejado deslumbrar tanto por los métodos rápidos y los resultados logrados por usted como para no darme cuenta de que, en lo que concierne a la justicia, lo depravado de esos métodos pesa más que los beneficios logrados. Ahora echaré abajo su castillo de naipes.

—¿Cómo?

—Pienso acusar a su secretaria de haber raptado a un testigo importante de un caso de asesinato. Después, le acusaré a usted como cómplice y conseguiré que le condenen. Luego, haré que le expulsen del Colegio de Abogados basado en estas acusaciones. Probablemente tiene usted un escrito de *habeas corpus* en su bolsillo, que habrá preparado para echar sobre mi escritorio como su última palabra. No tengo ningún deseo de ser demasiado severo con miss Street. Procedo contra ella porque es la única forma de castigarle a usted. No tengo intenciones de confinar a miss Street en la cárcel. Estoy dispuesto a permitirle que presente su escrito de *habeas corpus*. Estoy dispuesto a permitir que salga libre bajo fianza. Yo no me interpondré en su camino. Pienso hacerle condenar a usted por el delito que ha cometido. No voy a pedir que le sentencien a prisión. Me ocuparé de que le impongan una multa, y luego usaré ese fallo de culpabilidad para hacer que terminen sus actividades como miembro del foro —Burger echó hacia atrás su silla y se puso en pie—. Ahora, esa última palabra de la que hablaba usted… Ese asunto de echar un escrito de *habeas corpus* sobre mi escritorio pierde algo de su efecto dramático, ¿no es verdad, Mason?

Mason también se puso en pie y miró por sobre el escritorio al fiscal del distrito.

—Muy bien; le dije que yo pronunciaría la última palabra. Así lo haré. Burger, lo que pasa con usted es que se ha hipnotizado a sí mismo por mirar a la ley desde el punto de vista de un fiscal de distrito. Ustedes, los fiscales, se han organizado en un grupo y han

organizado el sentimiento del público. Gradualmente han ido durmiendo a la gente hasta hacerla sentir una confianza especial, en el sentido de que ustedes no permitirán que ningún inocente sea condenado.

—Me alegra saber que usted admite eso, Mason —dijo Burger.

—No debería alegrarse. En realidad debería usted sentirse apenado.

—¿Por qué?

—Porque el público se ha quedado ocioso, permitiendo que los acusadores organizados cambien la ley hasta el punto de que las garantías constitucionales hayan desaparecido. Vivimos en un período de cambios constantes. Es muy posible que la afición de la palabra delito se ensanche hasta un punto en que llegue a incluir lo que actualmente podríamos llamar delitos políticos. Cuando el ciudadano ordinario es llevado a la sala del tribunal, hallará que los dados han sido cargados para ganarle la partida. Ostensiblemente fueron cargados por los funcionarios públicos contra los criminales, pero en realidad los que pierden la partida son el señor y la señora del pueblo, pues todo el procedimiento legal ha sido prostituido. Es hora ya de que los ciudadanos despierten y vean que no se trata de que un hombre sea culpable o inocente, sino de que su culpabilidad o inocencia se pueda probar con un procedimiento que deje intactos para el ciudadano los derechos legales que le corresponden bajo un Gobierno constitucional. Usted protesta por los métodos de defensa espectaculares y dramáticos y olvida el hecho de que durante los últimos veinticinco años ha engañado al público para que abandone esos derechos constitucionales, de modo que los únicos métodos efectivos que quedan para la defensa son los espectaculares y los dramáticos. Ahora bien, señor fiscal de distrito: haga su gusto y arreste a Della Street, y dirimiremos esta cuestión en el Juzgado.

—Así es, Mason —replicó Burger—. La dirimiremos en el Juzgado. Y, si le interesa saberlo, su última palabra no fue gran cosa.

Mason se detuvo en el umbral. Tenía el rostro rígido por la indignación.

—Todavía no he dicho mi última palabra —anunció—. Lo haré en el tribunal —y salió, cerrando de un portazo.

Capítulo 21

El juez Lankershim ocupó su sitial entre un coro de susurros procedentes de la atestada sala. Los murmullos se apagaron cuando un alguacil golpeó con su mazo.

—El pueblo del Estado de California *versus* Della Street —anunció el juez.

Mason se puso en pie.

—La acusada se encuentra en la sala y está libre bajo fianza. Que se haga constar en el sumario que ella se ha presentado para ser juzgada.

—Se hará constar en los registros —dijo el juez—. La acusada permanecerá bajo la misma fianza durante el proceso. Tengo entendido que se lleva a cabo este juicio de conformidad con la estipulación del abogado.

—Es verdad —asintió Hamilton Burger.

—Quisiera que el acusador me explicara la naturaleza del caso.

Burger tomó la palabra:

—Presentaré a usía una breve declaración preliminar. La acusación se basa en que mientras los oficiales de Policía estaban investigando un hecho criminal, es decir, un intento de asesinato cometido por personas desconocidas contra míster Jerry Templar, la acusada raptó a sabiendas a cierto testigo, Franklin Shore, quien tenía informes que, de haber sido comunicados a la Policía, hubieran servido a la autoridad para el esclarecimiento del crimen. En resumen: se acusa a miss Street de haber ocultado a ese testigo a la Policía con conocimiento del cabal significado de los hechos que el testigo sabía.

—¿Y la defensa no niega la acusación? —preguntó el juez.

—La defensa afirma que la acusada es inocente y ha pedido que sea juzgada por un jurado competente —dijo entonces Mason—. Y

para demostrar nuestra buena fe, aceptaremos sin interrogatorio a las primeras doce personas que sean llamadas a la tribuna del jurado para juzgar este caso.

El juez Lankershim miró a Perry Mason por encima de sus anteojos.

—¿Insiste usted, pues, en que se efectúe un juicio de jurados?

—Así es —respondió Mason—. El juicio por jurados está garantizado por la Constitución como un derecho de los ciudadanos del Estado. Hemos perdido muchas de nuestras garantías constitucionales por el solo hecho de no insistir en su cumplimiento. En nombre de la acusada insisto en que se efectúe un juicio por jurados, más como un símbolo de nuestra Constitución que por ningún otro motivo. Estoy completamente dispuesto a dejar el asunto a la consideración de su señoría.

—Señor fiscal, ¿acepta usted la proposición de míster Mason de que constituyan el jurado los doce primeros nombres que sean llamados a la tribuna?

Hamilton Burger, que se había ocupado personalmente del juicio, relegando a sus ayudantes a los extremos de la mesa de los abogados, se puso en pie.

—No, señoría; interrogaremos a los jurados en la forma acostumbrada.

Mason tomó asiento nuevamente.

—No tengo ninguna pregunta que formular a los jurados —anunció con una sonrisa—. Renuncio a las recusaciones a las que tengo derecho. Estoy seguro de que cualquier ciudadano americano que entre en la tribuna del jurado favorecerá a la acusada con un dictamen justo cuando se conozcan las pruebas y declaren los testigos…, y eso es todo lo que desea la defensa.

—El tribunal observará —dijo Burger cáusticamente— que el defensor utiliza el recurso de renunciar a sus derechos como si fuera una percha en la que colgará una dramática declaración con el fin de impresionar por adelantado a los jurados con…

—El tribunal comprende bien la situación —le interrumpió el juez—. Los jurados no prestarán atención a los comentarios fuera de lugar de los letrados. Prosigamos con el caso. En vista de las circunstancias, míster Burger, queda a su cargo el examinar a los jurados.

Y así lo hizo Burger, planteando las mismas preguntas cuidadosas y exigentes que podría haber utilizado en un caso de asesinato, mientras Mason echó hacia atrás su silla, mostrando una sonrisa de satisfacción en su rostro y con una actitud que indicaba que no prestaba ninguna atención a las preguntas ni a las respuestas. Y cuanto más interrogaba Burger a los jurados, más demostraba desconfiar de la probidad de cada uno y de su imparcialidad; actitud que contrastaba desfavorablemente con la del abogado defensor. Dos veces sus ayudantes trataron de advertírselo, pero Burger no prestó atención a sus consejos y prosiguió obstinadamente con su interrogatorio.

Cuando el fiscal hubo finalizado, el juez dijo:

—De acuerdo con la ley, el tribunal debe interrogar a los jurados. Así, nunca ha sido política de este tribunal el restringir los derechos de la defensa. Por tanto, siempre se ha permitido al abogado defensor interrogar a los jurados en la forma usual. Pero, en vista de las circunstancias en este caso, el tribunal quiere asegurarse de que ningún miembro del jurado sea parcial a favor o en contra de la acusada.

Acto seguido, el juez formuló unas breves preguntas, y dijo a Hamilton Burger:

—La defensa ha renunciado a sus derechos al interrogatorio. ¿Tiene usted algo que decir?

Burger negó con la cabeza.

Mason favoreció al jurado con una sonrisa. Gradualmente se dieron cuenta los ocupantes de la sala de que el efecto de todo el procedimiento había sido cumplir lo que Mason se propusiera desde el principio: que las primeras doce personas llamadas a la tribuna constituyeran el jurado.

El jurado devolvió en pleno la sonrisa.

Hamilton Burger hizo un breve relato al jurado, explicando concisamente lo que quería probar, y terminó diciendo:

—Llamaré como primer testigo a Helen Kendal.

Consciente de que todos los ojos del público estaban fijos en ella, Helen Kendal se adelantó y prestó juramento. Dio su nombre y domicilio al escribiente, y se volvió a Burger esperando sus preguntas.

—¿Tiene usted motivos para recordar el día trece de este mes?

—Sí, señor.
—Me refiero al atardecer de ese día, y le pido me diga si sucedió algo extraordinario.
—Sí, señor.
—¿Qué sucedió?
—En primer lugar, noté que mi gatito sufría espasmos y lo llevé en seguida al veterinario, quien me dijo que era…
Burger elevó la mano.
—No importa lo que haya dicho el veterinario. Eso lo oyó usted. Sólo queremos que nos diga lo que usted sepa por su propia experiencia.
—Sí, señor.
—Ahora bien: alrededor de la hora en que enfermó el gatito, ¿ocurrió algo extraordinario?
—Sí. Recibí una llamada telefónica… de mi tío.
—¿Qué?
—Recibí una llamada telefónica.
—¿De quién?
—De mi tío.
—¿Tiene usted dos tíos?
—Sí, señor. El que me llamaba era mi tío Franklin.
—Y con las palabras tío Franklin, ¿se refiere usted a Franklin B. Shore?
—Sí, señor.
—¿Cuándo vio usted por última vez a Franklin B. Shore?
—Hará unos diez años, poco antes de su desaparición.
—¿Su tío Franklin Shore es aquel que desapareció hace diez años?
—Sí, señor.
Hamilton Burger se volvió al tribunal:
—Estoy formulando estas preguntas referentes a detalles que no están en discusión con el deseo de que los conozca el jurado.
—No hay inconveniente —dijo Mason.
—¿Qué le dijo a usted su tío por teléfono?
—Protesto —dijo rápidamente Mason—, eso sería de oídas y no experiencia propia de la testigo.
—Con permiso del tribunal —anunció Burger—. Sólo quiero demostrar lo ocurrido aquella noche con el propósito de explicar los

movimientos de las varias personas que prestarán declaración en este juicio.

—Rechazaré la protesta —anunció el juez—, pero más adelante deben limitarse los propósitos para los que el jurado considere la respuesta.

—¿Qué le dijo su tío?

—Me preguntó si sabía quién hablaba. Le dije que no. Él me reveló entonces su nombre y me probó su identidad.

—Ésa es una conclusión suya —dijo apresuradamente Burger— que no se anotará. ¿Qué le dijo él entonces?

—Bien; me recordó ciertas cosas que sólo mi tío conocía.

—Lo que deseo saber especialmente —dijo Burger— es lo que él dijo.

—Me dijo que fuera a ver a míster Perry Mason y que luego me presentara en el «Hotel Castle Gate», donde debía preguntar por míster Henry Leech, quien, según me dijo él, nos llevaría a su presencia. Me recomendó que no dijera nada a nadie y que, en especial, debería impedir que mi tía Matilda se enterara de ello.

—¿Su tía Matilda es la esposa de Franklin Shore?

—Sí.

—Y algo más tarde, aquella misma noche, en compañía de míster Mason, ¿trató usted de ver a míster Leech?

—Sí.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Fuimos al «Hotel Castle Gate». Allí se nos avisó que míster Leech se hallaba ausente. Se nos entregó una nota en la que se decía dónde podíamos…

—Un momento —la interrumpió Burger—. Presentaré esa nota para que la identifique. ¿Es ésta?

—Sí.

—Pido que se reciba como prueba A, y luego la leeré al jurado —dijo Burger.

El documento se selló debidamente y el fiscal la leyó a los componentes del jurado.

—Ahora bien —preguntó a Helen—, ¿qué hicieron ustedes respecto a esa nota? En otras palabras: ¿qué pasos dieron ustedes después de recibir ese documento?

—Fuimos al lugar mencionado.

—¿Había un mapa con la carta?

—Sí.

—Aquí está el mapa. ¿Es éste?

—Sí, señor.

—Solicito que se reciba como prueba B.

—No hay inconveniente —dijo Mason.

—Que así se haga —ordenó el juez.

—¿Y fueron ustedes al sitio indicado en ese mapa? —preguntó Burger a la testigo.

—Sí.

—¿Qué encontraron allí?

—El lugar se halla en las colinas de Hollywood. Hay un depósito de agua. Un automóvil se hallaba parado cerca del depósito. En su interior encontramos a un hombre echado sobre el volante. Estaba muerto. Le…, le habían matado.

—¿Ese hombre era un extraño para usted?

—Sí.

—¿Quién estaba con usted en aquel momento?

—Mi tío Gerald Shore, míster Perry Mason y miss Street.

—¿Por miss Street se refiere usted a miss Della Street, la acusada en este juicio?

—Sí, señor.

—¿Y qué ocurrió luego? ¿Qué se hizo inmediatamente después?

—Nosotros tres nos quedamos junto a nuestro coche, mientras míster Mason se dirigió a telefonear a la Policía.

—¿Y después?

—Vino la Policía y nos interrogó, y luego mi tío Gerald nos llevó a casa. Después fuimos al hospital para visitar a mi tía Matilda, y al final mi tío Gerald me llevó a casa de nuevo.

—Con la palabra casa, ¿se refiere usted a la residencia Shore?

—Sí, señor.

—¿Qué ocurrió después?

—Me dejaron en la residencia y los otros se fueron a…

—No vale la pena que diga usted adonde fueron, pues usted no lo sabe…; sólo sabe lo que le dijeron a usted. Pero los demás se fueron, ¿no es verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—Un amigo vino a visitarme.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Jerry Templar.

—¿Es muy amigo de usted?

—En cierto modo, sí.

—¿Y quién estaba en la casa en aquel momento?

—Komo, el sirviente, estaba durmiendo en el entresuelo. Mistress Parker, la cocinera y ama de llaves, estaba en el cuarto que se halla sobre el garaje. Míster Templar y yo estábamos en la sala de estar.

—¿Qué sucedió?

—Oímos un ruido que provenía del dormitorio de mi tía Matilda, un ruido como si se hubiera caído algo al suelo. Luego oímos el piar de los pajaritos. Después, al cabo de un momento, se oyó un sonido muy particular, parecido a los pasos de mi tía.

—¿Tienen algo especial los pasos de su tía?

—Sí, señor. Arrastra el pie derecho cuando camina, y usa bastón. El golpear del bastón y el ruido de su pie derecho al arrastrarse son inconfundibles.

—¿Y esos pasos parecían ser los de su tía?

—Sí, señor.

—¿Qué ocurrió después?

—Yo sabía que mi tía no estaba en la casa. Así se lo comuniqué a Jerry. Él salió al pasillo en seguida y abrió la puerta del dormitorio. Jerry fue siempre tan fuerte y grande que me parece que yo le consideraba invencible. No me di cuenta del peligro a que le exponía. Yo…

—¿Qué ocurrió? —insistió Burger.

—Alguien que estaba en la habitación hizo dos disparos. La primera bala paso junto a mi cabeza. La segunda… hirió a Jerry.

—¿Qué hizo usted entonces?

—No lo sé con certeza. Arrastré a Jerry, alejándole de la puerta, y entonces él recobró el conocimiento. Había estado inconsciente durante cierto tiempo. No sé exactamente cuánto. Cuando abrió los ojos, le dije que iría a llamar a una ambulancia y un médico. Él me respondió que haría mejor si llamaba un taxi, y así lo hice. Le llevamos rápidamente al hospital y una hora o dos más tarde, el doctor Everett Rosllyn le operó.

—¿Permaneció usted en el hospital?

—Sí, señor, hasta después de la operación y hasta… haberme convencido de que se salvaría.

—Puede interrogar a la testigo —dijo Burger a Mason.

—¿No sabe usted cuánto tiempo estuvo inconsciente Jerry Templar? —preguntó Mason.

—No. Me pareció que todo era una pesadilla.

—¿No sabe usted cuánto tiempo transcurrió desde que se disparó el tiro hasta que le llevó al hospital?

—No, señor. No podría decirle.

—¿Y no sabe usted exactamente cuánto tiempo pasó desde que la dejamos en su casa la última vez, hasta que ocurrió el atentado?

—Bien…, podría ser…, podría ser que transcurriera una hora. Quizá no fuera más de media hora. Debe de ser entre media y una hora.

—¿No puede usted afirmarlo con más aproximación?

—No.

—¿Tenía usted unos catorce años de edad cuando desapareció su tío?

—Sí, señor.

—¿Puede usted decirnos exactamente a qué hora enfermó el gatito…, es decir, con referencia a la llamada telefónica de su tío Franklin?

—Eso ocurrió inmediatamente después que corté la comunicación. En seguida noté que el gatito estaba enfermo.

—¿Fue usted quien lo advirtió?

—Mi tía fue la que me llamó la atención.

—¿Por su tía se refiere a Matilda Shore?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted con el gatito?

—Lo llevé a casa del veterinario.

—Un momento —intervino Burger—, señoría, olvidé formular una pregunta importante. Quisiera interrumpir para que se incluyera en el sumario.

—No hay inconveniente —dijo Mason con afabilidad.

—Después de la cena, esa noche, ¿volvió usted a casa del veterinario?

—Sí, señor.

—¿Y cómo estaba el gatito entonces?

—El gatito parecía estar bien, aunque un poco débil.

—¿Qué hizo usted con el animalito?

—Me lo llevé. El veterinario sugirió que…

—No tiene importancia lo que sugirió el veterinario.

Mason intervino afablemente:

—¡Oh!, déjela usted que lo diga. Me imagino, miss Kendal, que el veterinario sugirió que convendría alejar al gatito de la casa, por si algún vecino estuviera tratando de envenenarlo, de modo que usted lo llevó a casa de Thomas Lunk, el jardinero, ¿no es así?

—Sí, señor.

Mason dijo entonces:

—Eso es todo.

Y Burger asintió.

Hamilton Burger llamó al teniente Tragg al banquillo de los testigos. Tragg hizo sus declaraciones en la forma eficiente y concisa, propia del agente de Policía que ha declarado ante el tribunal infinidad de veces. Declaró que había recibido una llamada telefónica, que fue a las colinas y halló el cadáver, reconoció los objetos que se hallaban envueltos en el pañuelo, y atestiguó la identidad del muerto.

Tragg afirmó entonces que aquella noche había advertido a míster Mason que deseaba la presencia de Franklin B. Shore como testigo y declaró también que había explicado a Mason lo importante que era para la Policía hallar e interrogar a Shore.

Tragg prosiguió luego relatando lo que había hecho aquella noche en la residencia Shore, cuando le llamaron para investigar el atentado contra Jerry Templar. Contó lo que había hallado, llamando especial atención sobre el hecho de que encontró forzado el cajón del escritorio. Identificó las fotografías que mostraban la condición en que se halló el dormitorio en el momento en que él llegó a la escena del hecho. Burger presentó las fotografías como pruebas para el caso.

Al tocarle el turno de interrogar al testigo, Mason adoptó una actitud de afabilidad bienhumorada.

—Teniente, con referencia a este pañuelo, llamó su atención respecto a la marca del lavadero. ¿Ha hecho algo para identificar su procedencia?

—Pues, sí.

—Y averiguó que es la marca de un lavadero de Miami, Florida, y que ese lavadero no trabaja desde hace unos seis años, ¿no es así?

—Así es.

—Recordará usted que cuando me mostró por primera vez el reloj, en las colinas de Hollywood, yo le dije que, de acuerdo con el indicador, se le había dado cuerda aproximadamente a las cuatro y treinta o las cinco del día del asesinato, ¿no es verdad?

—Sí.

—Ahora bien: ¿ha examinado usted la pluma estilográfica?

—Sí.

—¿Y en qué condiciones estaba la pluma?

—Estaba seca —respondió Tragg.

—De acuerdo con lo que usted observó en la escena del atentado contra Jerry Templar, el asaltante se había introducido por una ventana del piso bajo, situada en el extremo norte de la casa. ¿Es esto correcto?

—Sí.

—¿Y, al entrar a la habitación, había hecho caer un taburete que estaba al lado de la cama de mistress Shore?

—Sí.

—¿Luego recogió un bastón que posiblemente estaba en la estancia e imitó los pasos de mistress Shore?

—Creo que eso se puede deducir con bastante certeza en vista de las pruebas. Por supuesto, yo no sé eso por experiencia propia.

—Pero usted encontró un bastón en el piso, cerca del rincón desde el cual se dispararon los balazos, ¿no es así?

—Sí.

—A propósito, teniente, creo que usted afirmó haber arrestado a Thomas Lunk en un hotel donde se había anotado como Thomas Trimmer, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Cómo fue usted a ese hotel para efectuar el arresto?

Tragg sonrió.

—No pienso divulgar eso —respondió.

—No procede esa pregunta —protestó Hamilton Burger—. El testigo tiene derecho a proteger su fuente de información.

Mason dijo entonces:

—Retiraré la pregunta para formular en su lugar esta otra: ¿No es verdad, teniente, que usted fue a ese hotel porque recibió una llamada telefónica anónima, en la que le comunicaron el paradero de Lunk, el nombre bajo el que se había anotado, y el número de su habitación?

—Protesto por la misma causa —intervino Burger.

El juez Lankershim reflexionó sobre el asunto durante un momento; luego preguntó a Mason.

—¿Qué motivo tiene usted para formular esa pregunta, míster Mason?

—Simplemente quiero mostrar la entera *res gestae*[1] —respondió Mason—. En realidad, señoría, el detalle podría ser esencial. Suponga, por ejemplo, que hubiera sido yo quien dio ese informe por teléfono al teniente Tragg.

—¿Afirma usted que lo hizo? —inquirió el juez.

—Por el momento, no, señoría. Pero creo que se hará justicia a la acusada si el testigo responde a esa pregunta.

—Rechazaré la protesta —anunció el juez—. Dudo de que sea por entero pertinente, pero daré a la defensa el beneficio de un interrogatorio tan amplio como sea posible. La pregunta no obliga al teniente a divulgar de ninguna forma la fuente de su información. Responda a la pregunta.

Tragg eligió sus palabras cuidadosamente.

—Recibí una llamada telefónica anónima en la que se me daba aproximadamente esa información.

Mason sonrió y dijo:

—Eso es todo.

—Llamo a Matilda Shore como mi testigo siguiente —anunció Burger.

Matilda Shore, que ocupaba un banco al lado del pasillo, se incorporó de su asiento apoyándose en su bastón con una mano y asiéndose con la otra al respaldo del asiento delantero, y se dirigió hacia el banquillo de los testigos, donde el escribiente le tomó juramento. Mientras caminaba, los jurados, como así también los espectadores, tuvieron oportunidad de escuchar el ruido especial de sus pasos.

Cuando hubo dado su nombre y dirección, Burger no perdió tiempo para tomarle declaración.

—¿Es usted la esposa de Franklin B. Shore?
—Sí, señor.
—¿Y dónde está míster Shore ahora?
—No lo sé.
—¿Cuándo lo vio por última vez?
—Hace aproximadamente diez años.
—¿Puede darnos la fecha exacta?
—El veintitrés de enero de mil novecientos treinta y dos.
—¿Qué ocurrió en esa fecha?
—Desapareció. Estaba conversando en su despacho con alguien que necesitaba dinero. Por un momento ambos elevaron la voz, discutiendo airadamente. Luego se apaciguaron. Yo me fui a la cama. Nunca más volví a ver a mi esposo. Desapareció. No obstante, yo sabía que no había muerto. Estaba segura de que algún día se presentaría…
—No interesa lo que sentía o sospechaba usted —la interrumpió apresuradamente Burger—. Sólo quiero aclarar ciertas cosas, a fin de probar un posible motivo para que entrara en su casa una persona a la que se interrumpió antes de lograr lo que había ido a hacer. Sólo con ese propósito, le preguntaré a usted si había en su casa algunos cheques que se cobraron poco antes y después de la desaparición de su marido.
—Sí.
—¿Uno de esos cheques era por diez mil dólares?
—Sí, señor.
—¿A la orden de quién había sido extendido?
—A la orden de un tal Rodney French.
—¿Había otros varios cheques?
—Sí, señor.
—Ahora bien: ¿dónde estaban esos cheques cuando los vio usted por última vez?
—Estaban en un casillero del escritorio situado contra una pared de mi habitación.
—¿Era un escritorio de cortina?
—Sí, señor.
—¿Antiguo?
—Sí, señor. Había estado antes en el despacho de mi esposo. Era el escritorio que usaba él.

—¿Quiere decir que lo había usado continuamente hasta el momento de su desaparición?

—Sí, señor.

—¿Y lo usaba usted como suyo el día trece de este mes?

—Así es.

—Y esos cheques que yo he mencionado, ¿estaban allí?

—Sí, señor.

—¿Cuántos eran?

—Había alrededor de una docena de cheques dentro de un sobre; eran los que fueron abonados en el Banco pocos días antes de su desaparición, y algunos extendidos antes que él se fuera y pagados por el Banco algún tiempo después.

—¿Por qué tenía usted guardados esos cheques?

—Porque pensé que alguna vez podrían servir como pruebas. Los puse en un sobre y los guardé en el cajón del escritorio.

—¿A qué hora salió usted de su casa la noche del trece?

—No sé con exactitud qué hora era. Me estaba preparando para acostarme. Serían probablemente alrededor de las diez. Siguiendo mi costumbre, bebí una botella de cerveza y poco después me sentí muy descompuesta. Recordando que el gatito había sido envenenado, tomé un vomitivo y en seguida me fui al hospital.

—¿Dónde estaban los cheques mencionados por usted cuando se fue al hospital?

—En el casillero del escritorio.

—¿Cómo lo sabe?

—Los había examinado poco tiempo antes, y no salí de la habitación en ningún momento, excepto para ir a la nevera a buscar la cerveza y un vaso.

—¿Cuándo volvió a entrar en su dormitorio?

—A la mañana siguiente, alrededor de las nueve, cuando volví del hospital.

—¿La acompañaba alguien?

—Sí.

—¿Quién?

—El teniente Tragg.

—Siguiendo sus indicaciones, ¿revisó usted su habitación para comprobar si le faltaba algo?

—No.

Burger presentó el reloj y la pluma estilográfica que habían sido hallados junto al cadáver de Leech. Mistress Shore afirmó que eran de propiedad de su esposo, que él había tenido en su posesión ambos objetos la noche en que desapareció, y que ella no los había vuelto a ver hasta que la Policía se los mostró.

—Puede usted interrogar a la testigo —dijo Burger a Mason.

—¿Comprobó usted que nada faltaba de su habitación cuando la revisó después de su regreso del hospital?

—Sí, señor.

—Eso es todo —dijo Mason.

Rápidamente preparó Hamilton Burger las bases para un caso completo. Llamó al cirujano que practicó la autopsia, llamó al doctor Rosllyn, e hizo reconocer las balas que se extrajeron de la herida producida a Jerry Templar y del cuerpo de Henry Leech. Luego pidió al teniente Tragg que presentara la bala hallada en el marco de la puerta en casa de los Shore. Acto seguido llamó al perito del laboratorio policíaco, quien presentó las fotografías que mostraban las distintas marcas producidas por las estrías del cañón del arma, demostrando así que las tres balas habían sido disparadas con la misma pistola.

El juez Lankershim consultó el reloj.

—Sabrá usted —le dijo a Burger— que no estamos juzgando el caso de asesinato en esta oportunidad.

—Sí, señoría; pero en este caso queremos demostrar las circunstancias que rodearon al supuesto crimen. Queremos puntualizar la significación de lo ocurrido y la importancia de que se hayan puesto trabas a la Policía en sus esfuerzos por aclarar esos crímenes.

El juez asintió, dirigiendo luego una mirada de curiosidad a Mason, quien parecía prestar muy poca atención a los procedimientos.

—Ahora llamaré a Thomas Lunk —anunció Hamilton Burger con algo de jactancia.

Lunk se adelantó arrastrando los pies. No pareció dispuesto a declarar, y Burger se vio obligado a extraer sus declaraciones poco a poco, recurriendo frecuentemente a preguntas intencionadas y repitiendo sus interrogaciones varias veces, un procedimiento que el juez Lankershim permitió debido a la aparente hostilidad del

testigo.

Una vez reunidos todos los fragmentos, la declaración de Lunk constituía el punto culminante del caso que el fiscal del distrito había estado formando. Lunk contó que aquella noche había vuelto a su casa y que Helen Kendal le llevó el gatito para que lo cuidara; dijo también que estuvo escuchando la radio y que luego comenzó a leer una revista, y, mientras estaba leyendo, oyó pasos en el pórtico y golpes en la puerta. La abrió y se llevó una sorpresa extraordinaria al reconocer las facciones de su ex amo.

Brevemente mencionó que habían conversado un rato y que luego hizo acostar a Shore en la cama del otro dormitorio. Esperó hasta asegurarse que su visitante estaba dormido, luego salió en silencio de la casa, tomó un tranvía, descendió a corta distancia de la residencia de Shore, y se dirigió apresuradamente hacia ella. Declaró luego que la acusada le había detenido para preguntarle si quería ver a mistress Shore y, cuando él le respondió afirmativamente, le había hecho subir a su automóvil, asegurándole que le llevaría donde estaba ella; que después la acusada había ganado tiempo hasta que llegó Perry Mason y entonces los tres habían ido al hospital, y Mason le dijo que mistress Shore estaba vigilada por la Policía. Después Mason le llevó al «Hotel Maple Leaf», tomó allí una habitación para él y le inscribió con el nombre de Thomas Trimmer. Declaró luego que cuando comenzaba a desnudarse oyó un golpe en la puerta, y los agentes patrulleros entraron para arrestarle. No tenía la más ligera idea de cómo habían averiguado dónde se hallaba él.

—Con respecto a la indumentaria, ¿en qué condiciones estaba míster Shore en el momento que usted salió de la casa?

—Estaba acostado en la cama, si es eso lo que quiere usted saber.

—¿Desnudo?

—Sí.

—¿Y creyó usted que estaba dormido?

—Lo que el testigo haya creído no viene al caso —interrumpió Mason—. ¿Qué es lo que vio? ¿Qué oyó?

—Muy bien —admitió Burger algo amoscado—. Formularé la pregunta de otra forma. ¿Vio usted algo en su aspecto u oyó algo que indicara si él estaba dormido o despierto?

—Sí; estaba roncando —admitió Lunk de mala gana.

—Y en ese momento, ¿estaba usted vestido por completo? ¿No se había acostado?

—No, señor.

—¿Y salió usted de la casa?

—Sí, señor.

—¿Trató de salir silenciosamente?

—Sí, así lo hice.

—¿Y fue usted andando hasta la vía del tranvía?

—Sí, señor.

—¿Qué distancia recorrió?

—Una manzana.

—¿Cuánto tiempo tuvo que esperar?

—Cuando yo llegué a la esquina, se aproximaba un tranvía. Subí de un salto.

—¿Cuánto tiempo estuvo en ese tranvía?

—No más de diez minutos.

—¿Y cuánto tiempo pasó desde que bajó usted del tranvía hasta que la acusada le detuvo a usted y le hizo subir a su automóvil?

—¡Oh! No mucho.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

—¿Fue un minuto, dos, cinco o veinte?

—¡Oh! Un minuto… —respondió Lunk.

Hamilton dijo entonces, dirigiéndose al juez:

—Opino, señoría, que es imposible que ese hombre que dormía tranquilamente en su cama hubiera despertado y comprobando la ausencia de míster Lunk, se hubiese vestido y abandonado la casa en un espacio de tiempo tan corto. Me parece razonable que el jurado infiera que míster Shore estaba en cama y en esa casa en el mismo momento en que miss Street se encontró con el testigo.

—Ésa es una opinión que el acusador puede presentar al jurado —intervino Mason—. No tiene derecho a hacerlo ahora. Si quiere discutir el caso en este momento, diré que…

El juez Lankershim le interrumpió:

—El jurado no prestará atención en estos momentos a las argumentaciones del acusador —advirtió el jurado—. Todas ellas se dirigen exclusivamente al tribunal. Prosiga con su interrogatorio del

testigo, míster Burger.

—Después que la acusada le hizo subir en su automóvil, míster Perry Mason se unió a ustedes, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y después míster Mason le llevó a ese hotel?

—Sí.

—¿Estuvo la acusada con ustedes durante todo ese tiempo?

—No.

—¿Cuándo se separó de ustedes?

—No lo sé.

—¿Sabe usted qué hora era?

—No.

—¿Dónde se separó de ustedes?

—No recuerdo.

—Fue frente a un hotel, ¿no es verdad?

—No quisiera decirlo.

—Pero fue en un sitio donde ella tomó un taxi, ¿no es así?

—Creo que había un taxi en aquel sitio.

—¿Y después míster Mason permaneció con usted durante algún tiempo, comprando flores para enviarlas al hospital donde estaba mistress Shore, acompañándole a su casa para inspeccionarla, y luego le llevó a usted al hotel?

El testigo vaciló durante un momento; luego replicó hoscamente:

—Sí.

—Puede usted interrogar al testigo, míster Mason —anunció Burger.

Mason fijó los ojos en el testigo.

—Míster Lunk, quiero que responda a mis preguntas con toda franqueza. ¿Me entiende usted?

—Sí.

—Después que miss Street se separó de nosotros, fuimos a su casa, ¿no es así?

—Sí.

—Llegamos a su casa alrededor de las cuatro o cuatro y media, ¿verdad?

—Me parece que sí… Sí.

—¿Hacía frío?

—Sí, señor.

—¿No había fuego encendido en la casa?

—No, señor.

—¿Encendió usted una estufa de gas cuando llegamos?

—Así es.

—Cuando salió usted de la casa por primera vez, ¿había dejado cerrada la puerta que va desde el dormitorio delantero al cuarto de baño?

—Sí.

—Y cuando llegamos allí, ¿esa puerta estaba abierta?

—Sí.

—¿Y el contenido de los cajones de la cómoda estaba esparcido por el suelo y las ropas fuera del ropero?

—Sí, señor.

—¿Faltaba algo?

—Sí. Me habían quitado algún dinero del sitio en que lo guardaba…, del bolsillo de mi mejor traje.

—¿Ese traje, estaba colgado en el ropero?

—Sí, señor.

—¿Cuánto dinero había desaparecido?

—Protesto —intervino Burger—. La pregunta no es pertinente. El interrogatorio no es correcto. Nada tiene que ver eso con los detalles de este caso.

—Se rechaza la protesta —replicó el juez—. El abogado defensor tiene derecho a hacer resaltar la condición en que se hallaba la casa, y cualquier otra circunstancia que pudiera demostrar razonablemente que la partida de Franklin Shore ocurrió antes de la hora fijada por la acusación.

—Habían desaparecido alrededor de trescientos dólares —dijo Lunk.

—¿La puerta de la alacena estaba cerrada?

—Sí, señor.

—Ahora bien: cuando cocinó usted, ¿cogió harina de la lata que está en la alacena?

—Sí, señor.

—¿Y parte de esa harina se derramó sobre el piso de la alacena alrededor de la lata?

—Sí, señor.

—Cuando llegamos nosotros, ¿había un gatito en la casa?

—Así es, en efecto.

—¿Era un gatito dejado allí previamente por Helen Kendal?

—Sí.

—Y creo que le llamé a usted la atención respecto al hecho de que el gatito había cruzado la cocina, y pasando por la puerta de la cocina, había entrado en el dormitorio trasero, ¿no es verdad?

—Así es, sí, señor.

—¿Y había huellas que demostraban que eso había sucedido?

—Sí. No hay mucha distancia desde la alacena hasta la puerta del dormitorio trasero; creo que sólo hay un metro o metro veinte.

—¿No más de un metro o metro veinte desde la puerta del dormitorio hasta la cama?

—Así es.

—Y yo le señalé que al lado de la cama había huellas que mostraban el sitio donde el gatito había juntado las patas como para saltar a la cama, ¿no es así?

—Sí.

—El gatito estaba hecho un ovillo en el centro de la cama del dormitorio delantero cuando nosotros llegamos allí. ¿Es verdad eso?

—Sí, señor.

—¿Pero usted recuerda bien que la puerta de la alacena estaba cerrada?

—Sí.

—Sobre la mesa de la casa había un cenicero y una tarjeta de visita que tenía impreso el nombre de George Alber y algunas palabras escritas con lápiz, y en el cenicero había una colilla de cigarro, ¿no es así?

—Sí. El cigarro lo había dejado Franklin Shore. La tarjeta la encontré pegada a la puerta cuando salí.

—¿Cuando salió?

—Sí.

—¿No oyó usted golpes a la puerta ni el timbre mientras estuvo en su casa?

—No. Por eso me preocupó la tarjeta. Alber debió haber tocado el timbre, y éste no funcionó. A veces se descompone.

El fiscal del distrito se dirigió a Mason, diciéndole:

—¿Puede usted retirar a ese testigo temporalmente para hacer declarar a otros dos que tienen prisa por retirarse? Luego este

testigo podrá volver al banquillo.

Mason se inclinó gravemente y replicó.

—No hay inconveniente.

En seguida, Burger llamó al conductor del taxi que declaró haber llevado a Della Street al barrio de Lunk, dijo el tiempo que la estuvo esperando, y que luego la llevó a su departamento. Después Tragg ocupó nuevamente el banquillo y declaró haber hallado el gatito en el departamento de Della Street; y Helen Kendal, llamada nuevamente, identificó al gatito como el que había sido envenenado y entregado luego a la custodia de Thomas Lunk la noche del trece.

Mason pareció no prestar ninguna atención a las declaraciones de esos testigos. No se molestó en formular ninguna protesta, ni usó su derecho a interrogarles.

Luego fue llamado Lunk para seguir su interrogatorio.

Mason estudió al testigo durante varios segundos, hasta que el silencio logró atraer la atención de todos los ocupantes de la sala sobre la importancia de lo que iba a decir.

—¿Recuerda usted cuándo abrió por última vez la lata de harina que está en la alacena?

—La mañana del día trece. Preparé panqueques para mi desayuno.

—Y desde el momento en que le llamé la atención con respecto a la cantidad de harina derramada alrededor de la base de la lata, ¿no ha vuelto a destapar el recipiente?

—No, señor. No he tenido oportunidad de hacerlo. La Policía me sacó del hotel y me ha tenido custodiado desde entonces.

—Como testigo importante —se apresuró a explicar Burger.

Lunk se volvió hacia él y le dijo malhumorado:

—¡No me importa por qué lo hicieron, pero así ha sido!

—El testigo se limitará a responder a las preguntas que se le formulen —advirtió el juez.

Mason levantó la vista para fijarla en el juez Lankershim.

—Si su señoría se digna suspender el juicio durante media hora —dijo—, creo que no será necesario formular más preguntas.

—¿Cuál sería el motivo para proceder en esta forma?

Mason había comenzado a sonreír.

—Señoría, no pude menos de observar que, en cuanto comencé la última fase de mi interrogatorio, el teniente Tragg abandonó algo

apresuradamente la sala. Creo que treinta minutos serán suficientes para que llegue a la casa, revise la lata de harina y regrese.

—¿Opina usted que alguna otra persona quitó la tapa del recipiente de harina durante la noche del trece, o la mañana del catorce? —preguntó el juez.

La sonrisa de Mason se hizo más amplia.

—Me parece, señoría, que el teniente Tragg hará un descubrimiento muy interesante. Su señoría debe comprender mi posición. Sólo me interesa establecer la inocencia de mi defendida. Por tanto, no tengo interés en hacer ninguna declaración con respecto a lo que se pueda descubrir, ni a su valor como prueba.

El juez Lankershim respondió:

—Muy bien; se suspende la sesión hasta dentro de media hora.

Cuando el público salía de la sala para reunirse en los pasillos, George Alber se acercó a Mason, sonriendo con algo de timidez.

—Lo siento si esa tarjeta mía ha complicado en algo las cosas —dijo—. Resulta que pasé frente a la casa de Lunk en mi automóvil, a la salida del teatro. Se me ocurrió detenerme para ver si había alguna luz encendida, y como así era, subí la escalera y toqué el timbre. Nadie me atendió; entonces dejé mi tarjeta, pues pensé que le resultaría agradable a Helen el hecho de que yo me acordara del gatito…, y en realidad me hallaba un poco afligido por su estado. A decir verdad, no se me ocurrió que el timbre estuviera estropeado.

—¿Había luz encendida? —preguntó Mason.

—Sí. Pude distinguirla a través de las persianas. No golpeé, pues creí que el timbre funcionaba.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—Alrededor de medianoche.

Mason frunció los labios y dijo:

—Podría usted mencionar eso, como por casualidad, al fiscal.

—Ya lo he hecho. Él dice que sabe que el timbre no funcionaba, de modo que no tiene ninguna importancia.

—Me imagino que así será, entonces —respondió Mason.

Capítulo 22

Cuando se reanudó el juicio, Hamilton Burger demostró bien a las claras que se hallaba preso de gran excitación.

—Si me permite el tribunal —dijo—, y por haberse presentado una situación extraordinaria en este caso, solicito permiso para retirar al testigo Lunk y llamar de nuevo al teniente Tragg.

—No hay inconveniente —anunció Mason.

—Muy bien —ordenó el juez—. El teniente Tragg ocupará una vez más el banquillo de los testigos. Ya ha prestado usted juramento, teniente.

Tragg asintió y se dirigió al banquillo.

—¿Ha ido usted recientemente al domicilio del testigo Lunk? —preguntó Burger.

—Sí, señor.

—¿Ocurrió eso durante la última media hora?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted allí?

—Fui a la alacena y quité la tapa de la lata de harina.

—¿Qué hizo usted después?

—Metí la mano dentro de la harina.

—¿Qué halló dentro del recipiente?

Tragg no pudo evitar que su voz temblara nerviosamente.

—Hallé un revólver de doble acción marca «Smith & Wesson», calibre treinta y ocho.

—¿Puede decirnos qué hizo con el revólver?

—Lo llevé en seguida al laboratorio policíaco para examinarlo en busca de huellas dactilares. Tomé el número y, aunque he comprobado su procedencia a mi entera satisfacción, no he podido llamar aún a los testigos necesarios para que declaren. Creo que podré presentar un testigo mañana por la mañana.

—Puede usted interrogar al testigo —anunció Burger.

Mason dijo muy cortésmente:

—Pero, ¿se ha asegurado usted con respecto a lo que mostrarán los registros de ventas, teniente?

—Sí, señor. Recientemente hemos preparado planillas para poder comprobar la venta de cualquier arma en este estado, durante un período de quince años…, es decir, para satisfacción de la Policía. Por supuesto que esos registros no se pueden presentar como prueba en ningún tribunal. Tendremos que obtener el registro original de la casa que efectuó la venta.

—Comprendo perfectamente —dijo Mason—. Pero esos registros les dan a ustedes, para uso policíaco, los informes que contienen los libros de los vendedores de armas, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Renunciaré a todas las protestas a que tenga derecho con respecto a si es o no la mejor prueba, para preguntarle si los registros policíacos muestran que este revólver fue comprado por Franklin B. Shore poco antes del mes de enero de mil novecientos treinta y dos.

La mirada de Tragg demostró que la pregunta de Mason le cogía por sorpresa, pero la contestó al cabo de un momento:

—Sí, señor. Ese revólver, de acuerdo con nuestros registros, fue comprado por Franklin B. Shore en octubre de mil novecientos treinta y uno.

—¿Y qué deduce usted de eso, teniente? —inquirió Mason.

El juez Lankershim miró a Mason con el ceño fruncido.

—Abogado, esa pregunta exige una respuesta que difícilmente tenga algo que ver con la acusada, y, por supuesto, no se permitiría que la formulara el acusador.

—Entiendo perfectamente —respondió Mason—, pero creo que la acusación no tendrá inconveniente en que la formule.

—No hay ningún inconveniente —anunció Burger, dirigiendo una mirada de triunfo al jurado—. Nada me gustaría más que oír al teniente Tragg responder a esa pregunta.

El juez Lankershim aún vacilaba; luego dijo:

—Sólo habría un motivo por el cual se podría admitir esa pregunta: sería para demostrar los prejuicios que pueda tener el testigo. En vista de que la pregunta podría ser aceptada desde ese

punto de vista, y ya que no hay inconveniente por parte del acusador, permitiré que se conteste. Por supuesto, el tribunal no puede saber las intenciones del abogado defensor; pero estamos dispuestos a que, en lo que concierne a los procedimientos contra la acusada, se observen las garantías constitucionales. Por tanto, el tribunal limitará la significación que el jurado pueda dar a la respuesta, a lo relacionado con la demostración de la posible parcialidad de parte del testigo. De acuerdo con esas circunstancias, el testigo puede responder a la pregunta.

Tragg dijo entonces:

—En mi opinión, no existe la menor duda de que Franklin B. Shore se levantó en cuanto Thomas Lunk abandonó la casa, fue a la alacena y ocultó este revólver en la lata de harina; creo también que el gatito le siguió, saltó sobre la harina y míster Shore le echó de allí de un empujón: entonces, el gatito corrió al dormitorio y saltó a la cama que míster Shore acababa de abandonar. Puedo afirmar, además, que todo esto indica la importancia que tenía, y tiene, para nosotros, el testigo Franklin Shore, y señalo claramente la gravedad de cualquier intento que se haya hecho para lograr su desaparición.

Mason sonrió.

—También indica que Franklin Shore, muy poco después del atentado contra Jerry Templar, estaba en posesión del revólver con el que fueron efectuados los disparos y con el que, muy probablemente, fue disparada la bala que costó la vida de Henry Leech, ¿no es así?

Burger intervino:

—Protesto por esa pregunta, señoría, basado en que exige suposiciones por parte del testigo y no corresponde al interrogatorio.

El juez Lankershim dijo:

—Es altamente irregular. Se aleja del curso ordinario del interrogatorio. E indica lo que ocurre cuando se permite a un testigo perteneciente a la Policía dar su opinión y exponer sus deducciones a guisa de declaración bajo juramento. Empero, al no protestar contra la otra pregunta, la acusación ha dado lugar a un nuevo curso del interrogatorio. Aunque sólo se hizo con el propósito de demostrar posibles prejuicios por parte del testigo. Si se permite a este testigo exponer sus deducciones con referencia a lo que

indican los hechos, debe permitirse al abogado defensor indicar al testigo un posible error en su razonamiento. Creo que me doy cuenta del motivo que mueve al defensor a formular esa pregunta, y me parece saber cuál será su próxima pregunta…; la que podría afectar muy seriamente el caso en lo que concierne a la acusación. Al permitir que se dé un nuevo curso al interrogatorio, el fiscal de distrito ha brindado al defensor la oportunidad de recorrerlo en toda su extensión. Permitiré que el testigo responda a esta pregunta, como así también a las preguntas que estoy seguro seguirán.

—Yo no sé si es la misma arma con la que se cometieron los crímenes —dijo Tragg con cautela—. Es un revólver del mismo calibre y de las mismas características. Había tres cápsulas vacías en el tambor de ese revólver, y los tres proyectiles restantes eran de la misma clase que los que fueron extraídos del cuerpo de Henry Leech, del marco de la puerta en la residencia Shore y del cuerpo de Jerry Templar cuando se le operó.

Mason miró a Hamilton Burger y le guiñó un ojo. Se volvió al jurado y sonrió triunfante.

—Y ahora, teniente —le dijo al testigo—, le preguntaré si no es igualmente justo presumir, una vez comprobado que ésta es el arma asesina, que Franklin Shore, después de ocultar el revólver en la residencia de Thomas Lunk, se hubiera encontrado muy interesado en huir.

—Protesto —gritó Hamilton Burger—, basado en que la pregunta obliga al testigo a internarse muy lejos en el terreno de las conjeturas. Ése es un asunto que el abogado defensor puede exponer al jurado. No es una pregunta que se pueda formular a este testigo.

—Es precisamente la pregunta que yo estaba seguro que el defensor formularía —anunció el juez—. Se rechaza la protesta. El testigo responderá la pregunta…; pero recuerden, la respuesta se admite sólo para demostrar posible prejuicio por parte del testigo.

—No lo sé —respondió Tragg—. Por supuesto que es posible.

El juez Lankershim se volvió hacia los jurados.

—Los jurados deben comprender que estas últimas preguntas se han permitido con el solo propósito de demostrar la actitud del testigo. En otras palabras: la posible parcialidad del testigo, lo que quiere decir cualquier prejuicio que el testigo pueda tener contra la acusada. Las preguntas y respuestas no tienen valor probatorio,

excepto para ese sólo propósito. Sólo así deben considerarlas ustedes.

Mason se acomodó en su silla y preguntó a Tragg:

—Ahora bien: cuando usted halló ese revólver en la harina, estaba algo excitado, ¿no es verdad?

—No precisamente excitado.

—¿Tenía usted prisa por volver a la sala y entregar el arma al laboratorio policíaco?

—Sí.

—Tanta prisa tenía —dijo Mason—, que me imagino que no revisó todo el contenido de la lata para comprobar qué otra cosa había oculta en su interior.

La súbita consternación que se reflejó en el rostro de Tragg anunció de antemano cuál sería su respuesta.

—Yo…, yo no revisé el resto del contenido de la lata. Pero la traje conmigo y la entregué al laboratorio para que se buscaran huellas dactilares.

Mason se volvió al juez y le dijo:

—Señoría, habiendo llegado el caso hasta este punto, solicito que se permita al testigo…

Se produjo cierto alboroto en la entrada de la sala. El escocés encargado del laboratorio policíaco se abrió paso entre los espectadores que se habían agrupado en la puerta. Mason dijo entonces:

—No obstante, señoría, creo que Angus Macintosh nos dará la información que necesitamos. Estamos dispuestos a permitir que el teniente Tragg abandone el banquillo para que lo ocupe míster Macintosh, quien ya ha prestado juramento.

Hamilton Burger intervino entonces, diciendo:

—No sé lo que se propone el abogado defensor. Si el tribunal me permite, quisiera hablar un momento con míster Macintosh.

Burger se levantó apresuradamente y se acercó a la barandilla que separaba la mesa de los letrados del espacio destinado para el público. Comenzó a conversar por lo bajo con Angus Macintosh, luego miró a Perry Mason con expresión de asombro, y en seguida se dirigió al juez, diciendo:

—Si el tribunal lo permite, quisiéramos que la sesión se suspendiera hasta mañana por la mañana.

—¿Hay algún inconveniente? —preguntó el juez a Perry Mason.

—Sí, señoría. Si el fiscal de distrito no llama a Macintosh al banquillo, yo le necesito como testigo para la defensa.

Hamilton Burger dijo algo amoscado:

—La acusación no ha terminado de presentar sus pruebas. La defensa tendrá amplia oportunidad de llamar a sus testigos cuando le llegue el turno.

El juez Lankershim le respondió ásperamente:

—Se rechaza la petición de suspensión. Prosiga con su interrogatorio del teniente Tragg, míster Mason.

Mason replicó:

—No tengo nada más que preguntarle, señoría. Ni tampoco nada más que preguntar al testigo Lunk, cuyo interrogatorio se interrumpió para permitir que ocupara el banquillo el teniente Tragg.

Hamilton Burger intervino rápidamente:

—En vista de esas circunstancias, desearía formular algunas preguntas más al testigo Lunk.

El juez le respondió impaciente:

—Muy bien. Puede usted descender, teniente, y el testigo Lunk ocupará de nuevo el banquillo. Pero le ruego que no nos haga perder tiempo, señor fiscal.

Cuando Lunk tomó asiento en el banquillo, Hamilton Burger le preguntó:

—Míster Lunk, ¿abrió usted esa lata de harina que estaba en su alacena después de la mañana del día trece?

—Protesto. La pregunta ya ha sido formulada y contestada —dijo Mason.

—Ha sido formulada y contestada; pero, en vista de las circunstancias, permitiré que se haga de nuevo —dijo el juez—. El testigo responderá a la pregunta.

Lunk dijo:

—No. Después de preparar los panqueques durante la mañana del trece, no volví a destapar la lata.

—¿Usó usted esa lata para algún otro propósito que no fuera guardar harina? En otras palabras; ¿puso usted en ella alguna vez otra cosa que no fuera harina?

—No, señor.

Burger vaciló un momento, luego dijo:

—Eso es todo.

El juez Lankershim miró al reloj y luego al fiscal.

—Llame al testigo siguiente.

De mala gana, Burger dijo:

—Angus Macintosh ocupará el banquillo. Míster Macintosh ha prestado juramento y ya nos ha dicho la posición que ocupa en los laboratorios policíacos.

Macintosh se sentó en el banquillo de los testigos.

—¿Le dio el teniente Tragg una lata de harina hace algunos minutos? —preguntó Burger.

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted con ella?

—Quería fotografiar la lata y revisarla en busca de huellas dactilares, de modo que vacié su contenido.

—¿Qué encontró usted? —preguntó Burger.

—Hallé billetes de banco de cincuenta y cien dólares, que sumaban un total de veintitrés mil quinientos cincuenta y cinco dólares.

Se notó cierta agitación entre los jurados.

—¿Dónde están esos billetes en este momento?

—En el laboratorio policíaco.

—Su testigo —dijo Burger a Mason.

—No tengo preguntas que formular —replicó Mason rápidamente, y luego, sonriendo a los jurados, dijo—: Y ahora, señoría, la defensa no tiene inconveniente ninguno en que se suspenda la sesión, de acuerdo con lo pedido por la acusación.

—La acusación no lo desea ahora —replicó Burger amoscado—. La acusación ha presentado sus pruebas.

—La defensa ha presentado ya las suyas —dijo Mason en seguida—. Son las cuatro y treinta. Sugiero, en lo que concierne a la defensa, que los argumentos de ambas partes se limiten a diez minutos.

—No estoy preparado para discutir el caso ahora en tan corto espacio de tiempo —replicó Hamilton Burger—. Los recientes acontecimientos han sido tan extraordinarios que desearía mayor tiempo para comparar los diferente descubrimientos.

—Entonces, ¿por qué protestó usted cuando la defensa sugirió

que se aplazara la causa? —preguntó el juez.

Burger no replicó.

—Aparentemente —prosiguió el juez—, usted quería ver cuáles serían las pruebas presentadas por la defensa. El abogado defensor consintió en que se efectuara el aplazamiento y usted lo rechazó.

—Pero, señoría —protestó Hamilton Burger—, yo creía estar en situación de continuar el caso en lo que respecta al interrogatorio de los testigos de la defensa, pero no estaba preparado para la discusión.

El juez Lankershim movió la cabeza.

—La sesión se suspenderá a las cinco en punto. Puede proseguir con su argumentación. El tribunal limitará los alegatos a veinte minutos para cada parte litigante.

Hamilton Burger aceptó la orden del tribunal; se acercó a la tribuna de los jurados y dijo:

—En vista del límite que se ha dispuesto para la argumentación, y los extraordinarios acontecimientos del caso, no estoy preparado para presentar un argumento preliminar muy extenso. Ahorraré mi tiempo para poder presentar una exposición final más detallada. Afirmaré, sin embargo, que las pruebas circunstanciales demuestran claramente que la acusada y su jefe, Perry Mason, se ocuparon en actividades destinadas a hacer desaparecer a testigos importantes. La defensa no ha rebatido nuestras afirmaciones con respecto a lo que se hizo con el testigo Lunk. No se está juzgando a la acusada por eso; pero su voluntad de hacer desaparecer a un testigo está claramente demostrada por la forma en que ella y su jefe alejaron al testigo Lunk de la Policía y se esforzaron por ocultarle. Pedimos que se condene a la acusada a base de las pruebas presentadas. A pesar de lo que Franklin Shore pueda haber hecho, no creo que ninguno de los jurados dude de que el propósito de Della Street, al ir a casa de Thomas Lunk durante la madrugada del día catorce, fue el de hacer desaparecer a Franklin Shore. El tribunal les asegurará a ustedes que no es necesario que la intentona tenga éxito para que sea considerada como un delito, de acuerdo con el artículo ciento treinta y seis y ciento treinta y seis bis de nuestro Código Penal. El rapto de un testigo, con intención de evitar que el mismo se presente a declarar en el procedimiento legal o durante una investigación, se considera delito penado por la ley. Ésa, señoras y

señores, es la base de la acusación. Si la defensa afirma que Franklin Shore había abandonado la casa antes de la llegada de Della Street, el abogado defensor deberá presentar las pruebas pertinentes para demostrarlo. No perderé más tiempo ahora, sino que lo reservaré para presentar mi argumentación final.

Burger miró el reloj con expresión triunfante y se dio cuenta de que había obligado a Perry Mason a presentar su argumentación preliminar antes que se cerrara la sesión, dando a la acusación la ventaja de poder disponer de una noche entera antes de presentar su argumentación final.

Mason se incorporó lentamente de su silla, marchó con aire pensativo hasta detenerse frente a la tribuna y sonrió a los componentes, del jurado.

—La acusación —comenzó con voz serena— no puede obligar a la acusada a presentar pruebas de su inocencia hasta haber probado sin lugar a dudas que la acusada es culpable. Yo afirmo, señoras y señores, que Franklin Shore no se hallaba en la morada de Lunk cuando Della Street llegó allí. La razón de que no haya presentado ninguna prueba al respecto es que la evidencia presentada por la acusación ratifica mi afirmación sin lugar a dudas. No haré comentario respecto a la prueba de la harina. Sólo les recordaré los movimientos del gatito. Alguien abrió la lata de la harina. En ese recipiente fue colocado un objeto, quizás el arma, quizás el dinero, tal vez ambos. El gatito, un animal juguetón, imprudente y desconocedor del miedo, saltó dentro de la lata. La persona que había destapado el recipiente lo sacó del interior y lo echó. El gatito pasó entonces por la puerta entreabierta, se introdujo en el dormitorio trasero y saltó sobre la cama. Está perfectamente claro que la cama se hallaba entonces desocupada; es obvio también que el gatito saltó por el otro lado de la cama y cruzó el cuarto de baño para saltar a la cama que se halla en el dormitorio delantero. Señoras y señores, pediré a la acusación, ya que es éste un caso basado en pruebas circunstanciales, que les explique una cosa… Y anticipando eso, permítanme recordarles que, siendo éste un caso de pruebas circunstanciales, la ley dice que deben ustedes absolver a la acusada si las pruebas no indicaran sin lugar a dudas su culpabilidad, y si no pueden ser aclaradas con una hipótesis razonable que no sea la de su culpabilidad. Por tanto, señoras y

señores, pregunto: «¿Por qué, después de pisar la harina y saltar sobre la cama de Franklin B. Shore, abandonó el gatito esa cama para dirigirse al dormitorio delantero y echarse a dormir en la otra?». Habiéndose basado en las pruebas circunstanciales, debe ahora el fiscal dar una explicación para cada una de ellas. Por tanto, esperamos que mañana por la mañana el fiscal de distrito responda a esa pregunta tan interesante referente a la conducta del gatito. Y alguno de ustedes, que probablemente estén familiarizados con los gatos, su psicología y sus hábitos, conocerá sin duda la respuesta a mi pregunta. Con esto, señoras y señores, finaliza mi argumentación.

Varios de los componentes del jurado parecían intrigados, pero dos de las mujeres afirmaban con movimientos de cabeza y sonreían como si ya hubieran entendido perfectamente ese detalle que hacía fruncir el ceño a Hamilton Burger.

El mismo juez parecía conocer las costumbres de los gatitos, pues se esbozaba una sonrisa en sus labios y un brillo especial en sus ojos cuando advertía a los jurados que no debían formarse ninguna opinión con respecto al caso, ni discutirlo entre sí ni permitir que se discutiera en su presencia, y suspendía la sesión hasta el día siguiente a las diez de la mañana, anunciando que la acusada estaba libre bajo fianza y seguiría estándolo hasta la mañana siguiente a las diez.

Capítulo 23

En cuanto se suspendió la sesión y el juez hubo abandonado su sitial, Hamilton Burger se abrió camino en dirección a Mason.

—Mason, ¿qué diablos significa esto?

Mason sonrió afablemente.

—Le aseguro que no podría decirlo, Burger. Todo lo que estoy haciendo es defender a miss Street de una acusación criminal. No creo que el jurado la condene, ¿y usted?

—Al infierno con eso —respondió Burger—. Todos tenemos un deber que cumplir…: aprehender a un asesino. ¿Fue Franklin Shore el culpable?

—No podría decirlo.

Lunk entró en el sitio reservado para los letrados.

—Quiero hablar con el fiscal.

—¿De qué se trata? —le preguntó Burger, volviéndose hacia él.

Lunk replicó:

—Es posible que Franklin Shore haya puesto ese revólver en la harina, pero *yo* no creo que sea él quien lo hizo. Y estoy seguro de que él no puso ese dinero allí.

—¿Cómo sabe usted eso? —inquirió Mason.

—Porque Shore trató de convencerme de que le diera dinero —respondió Lunk.

—¿No se lo dio usted?

—No.

—¿Por qué? —preguntó Mason.

—Porque quería que se quedara hasta que yo hubiera podido hablar con mistress Shore.

—¿Y por qué estaba él tan impaciente por conseguir el dinero y huir? —preguntó Mason—. Vamos, Lunk, usted mismo me dijo que me comunicaría lo que en realidad le había dicho Shore. Usted ha

sido bastante reticente hasta ahora. Será mejor que diga abiertamente todo lo que sepa.

—Me parece que será mejor —respondió Lunk—. Shore vino a mi casa. Estaba muy nervioso. Dijo que había tenido una pelea con un hombre y le había pegado un tiro. Me dijo que tenía que huir pronto, que tuvo que disparar contra el otro para evitar que lo mataran a él, pero que la Policía podría considerarlo un asesinato. Me dijo que Matilda se pondría muy contenta si algo le pasaba. Yo le aconsejé que hablara con ella antes de irse y él no quiso escucharme, de modo que le dije que trataría de conseguir un adelanto sobre mi sueldo y se lo prestaría para que huyera. Después que le dije eso, se acostó y se quedó dormido. Entonces yo salí para ver a mistress Shore. Quería avisarle que había visto a su marido. Deseaba asegurarme de si ella quería que le diera dinero o no.

—Si ella hubiera dicho que no —preguntó Mason—, ¿hubiese usted denunciado a Shore a la Policía?

—No lo sé, míster Mason. Shore había sido muy bueno conmigo. Compréndalo usted, yo no tenía intención de decir a mistress Shore que él estaba en mi casa. Pensaba decirle solamente que le había visto. Mi idea era proceder correctamente con ambos.

—Prosiga, Lunk; dígale al fiscal toda la verdad —dijo Mason—. Ahora tiene que hacerlo. Cuéntele lo que le dijo Shore respecto al sitio donde había estado.

—Él me…, no hablamos mucho.

—Por lo menos conversaron todo el tiempo que él tardó en fumar un cigarrillo —dijo Mason—. Dígale a míster Burger lo que le dijo.

Lunk vaciló un momento, luego exclamó:

—Bien; él se había fugado con aquella mujer.

—¿Adónde y por qué? —preguntó Mason.

—Fue como se lo dije a usted —respondió Lunk—. Cuando Shore estuvo en Florida la gente le confundía con otro hombre. Shore fue a visitar a ese hombre y vio que se le parecía enormemente. De modo que, en plan de broma, se hicieron retratar juntos, y Shore empezó a fastidiar a su esposa diciéndole que instruiría a ese hombre para que le sirviera de doble en todas las fiestas a las que él no deseaba asistir. Luego, Shore se enamoró de esa mujer, más joven que él, y se le ocurrió la idea de desaparecer,

llevándose consigo a la amante. Pensaba ir a Florida y enseñar a ese individuo para que fuera su doble, instruyéndole respecto a sus negocios y a la gente con quien trataba diariamente. Al cabo de seis meses, cuando el doble hubiera aprendido todo bien, se presentaría aquí afirmando que era Shore. Diría que había perdido la memoria y que aún se sentía un poco confuso. Bien; Shore lo preparó todo. Las cosas iban muy bien. Antes de los seis meses el doble estaba ya listo, de manera que Shore envió una postal a su sobrina desde Miami. Se figuró que la Policía iría a Miami para encontrarse allí con su doble, quien se mostraría algo confuso, pero sin dejar de afirmar que era Shore. Y recobraría la memoria poco a poco. Por supuesto, que el doble estaría demasiado enfermo como para dedicarse a los negocios, pero los intereses de sus inversiones le daban suficiente dinero y el doble podría enviar una cantidad mensual al verdadero Shore. Franklin Shore tomaría el nombre de otro individuo, se casaría con esa mujer y todo saldría de maravilla. Pero la noche misma en que Franklin Shore envió la postal, su doble murió en un accidente automovilístico. Bien; allí quedó Shore con sus barcos quemados y sin poder retornar.

—¿Y qué papel juega Leech en la historia? —preguntó Mason.

—Leech había convencido al amo para que invirtiera dinero en su mina. De modo que el amo le dio dinero diciendo que era de un individuo que vivía en Florida…, y Leech, creyendo que el otro individuo sería un tonto, no le dio un solo centavo de los dividendos cuando el negocio comenzó a rendir utilidades… Por supuesto que en realidad el hombre de Florida era el amo. Había dado a Leech un nombre falso. Últimamente, Shore necesitó dinero y se dirigió a Leech. Éste estaba dispuesto a dárselo, pero en ese momento andaba falto de fondos…, de modo que Shore se vio obligado a volver aquí. La mujer le abandonó hace un par de años y Shore no tenía un solo centavo. Eso es todo lo que sé, de acuerdo con lo que contó el amo la otra noche en casa.

Hamilton Burger dijo:

—¡Eso es increíble! ¡Es el relato más raro que he oído en mi vida!

Lunk respondió con la voz monótona del que no tiene interés en convencer a nadie:

—A mí me pareció completamente lógico. Quizá resultara

convincente por el hecho de que lo escuché de los mismos labios del amo, pero eso es lo que él me contó.

Mason se dirigió al fiscal de distrito, diciendo:

—Supongamos que sea verdad… hasta el momento en que ocurrió el accidente automovilístico, Burger. Supongamos entonces que fue Shore la víctima. El doble había estado aprendiendo para tomar el lugar de Shore en la sociedad. Él conocía detalles íntimos de su vida y los había aprendido de memoria. Le esperaba una fortuna si podía suplantar a Franklin Shore.

—Entonces, ¿por qué no se presentó antes? —preguntó Burger.

—Una posible explicación para eso es que mistress Shore estaba enterada de la existencia de ese doble que había hallado su marido —replicó Mason—. Recuerde usted que Shore lo había tomado en broma al principio, y su esposa estaba enterada de todo. Pero si muriera mistress Shore, entonces se podría haber presentado el doble declarando ser el banquero desaparecido y hubiera reclamado la entrega de todas las propiedades.

Burger emitió un silbido por lo bajo; luego exclamó con énfasis:

—¡Caracoles! Y eso explicaría el envenenamiento.

Mason encendió un cigarrillo.

Lunk dijo:

—No era un doble el que vino a mi casa, estoy seguro. Era el amo.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Mason.

—Porque me dijo cosas que sólo conocía el amo.

Mason sonrió a Burger.

Lunk frunció el ceño y dijo de pronto:

—Bien; sea quien fuere el que vino a mi casa, estaba arruinado. ¿Por qué razón iría a robar el poco dinero que tenía yo en mis ropas, dejando una fortuna en la lata de harina?

Burger miró a Mason en espera de una respuesta.

—No tengo comentarios que hacer —dijo Mason sonriente.

—¿Cree usted que el que visitó a Lunk era el doble o el mismo Shore? —preguntó entonces Burger a Mason.

—No lo sé, Burger —replicó Mason—. Yo no le vi. Al fin y al cabo, me ha dicho que yo debo preocuparme de mis asuntos y dejar que la Policía resuelva sus problemas. ¿Qué le parece si trata usted de resolverlo?

—¡Maldita sea, podría haber sido cualquiera de los dos! —exclamó Burger.

Mason no parecía interesado en absoluto.

—Bien; me parece que mis clientes están a salvo, tanto Della Street como Gerald Shore.

La voz de Hamilton Burger reflejaba su exasperación cuando exclamó:

—¡Éste es un caso de lo más complicado!

Mason estiró los brazos y bostezó.

—A mí no me parece así —dijo—. Empero, lo único que me interesa es que absuelvan a miss Street.

—¿Qué es ese asunto de psicología gatuna del que habló usted, y qué tiene que ver con el caso? —inquirió Burger.

—Temo que si se lo dijera me acusaría usted de tratar de ser más listo que la Policía, Burger —respondió Mason—. He estado reflexionando sobre lo que me dijo usted en su oficina y creo que tiene gran parte de razón. Usted considera que un abogado no debe meterse a resolver casos de asesinato y que debería limitarse a ejercer su profesión. Pues bien: me veo obligado a estar de acuerdo con usted. Represento a Gerald Shore y a Della Street. En mi calidad de representante legal de ambos, no tengo interés alguno en resolver ningún crimen.

—Pero usted quiere dejar bien sentada la inocencia de Gerald Shore, ¿no es verdad?

—Sí.

—No hay mejor manera de hacerlo que demostrándonos quién cometió los crímenes.

—No —respondió Mason—. Ésa no es la ley. Por eso mismo criticaba usted mis métodos, Burger. Es usted el que debe probar que mis clientes cometieron algún hecho delictivo. Mientras yo me limite a representar a esos clientes, estaré ejerciendo mi profesión de una forma juiciosa y convencional. En el momento en que trate de «ser más listo que la Policía», como lo llama usted, seré culpable de esa conducta que le resulta a veces tan irritante. En pocas palabras, señor fiscal: he decidido dejar que resuelva usted sus propios problemas…, y ésta es la última palabra que le aseguré que diría. Vamos, Della —dijo, dirigiéndose a su secretaria—. Dejemos que el teniente Tragg y el fiscal de distrito junten las piezas del

rompecabezas. Al fin y al cabo, no es asunto nuestro.

—¡Oiga, Mason, usted no puede hacer eso! —exclamó Burger—. Estoy seguro de que sabe usted mucho más que nosotros con respecto a este caso.

—No, no es así —respondió Mason—. Ustedes conocen todos los detalles esenciales que yo conozco.

—Bien; tal vez haya aplicado usted mejor el conocimiento que poseemos todos.

—Gracias, Burger —replicó Mason inclinándose.

—Muy bien; es deber suyo decirnos lo que sabe.

—Le diré lo que pienso hacer, Burger —dijo Mason—. Le brindaré la oportunidad de estar a la misma altura que yo. Una cosa sé yo que ustedes no conocen. Lunk me dijo que estaba seguro de que Komo, el sirviente, solía experimentar con venenos, y que comenzó a hacerlo hacía diez años. Me dijo también que, poco antes de la desaparición de Franklin Shore, murió el hermano de Lunk, y él ha tenido siempre la impresión de que fue el sirviente quien lo envenenó.

—¿Es verdad eso? —preguntó Burger a Lunk.

—Sí, señor —respondió Lunk—. No creo que ese maldito japonés tuviera nada contra mi hermano, pero creo que estaba experimentando con venenos…, de la misma forma que comenzó a experimentar con el gatito.

El teniente Tragg, que acababa de unirse al grupo, dijo:

—Había cuatro botellas de cerveza en la nevera. Todas tenían estricnina. ¿Cree usted que fue el criado quien hizo eso?

—Estoy bien seguro de que lo hizo —respondió con vehemencia Lunk.

—¿Cómo lo sabe?

—Por deducción lógica, lo mismo que se sabe todo.

Burger dijo a Tragg.

—Existen detalles nuevos y sorprendentes, teniente. Quiero conversar con usted.

Mason sonrió y dijo:

—Lo que Lunk quiere decir, teniente, es que está seguro de que Komo es el envenenador. Usted recordará lo que me dijo respecto a que se demostraría que todas las balas habían sido disparadas con el mismo revólver, y eso significaría que una sola persona es culpable

de ambos crímenes. Ahora siga razonando todo en la misma forma. Matilda Shore tiene una coartada perfecta. Ella estaba en el hospital cuando se cometió el segundo crimen. Gerald Shore tiene una coartada. Probablemente usted la conoce, pero no me pondré en un aprieto diciéndosela, porque no quiero ser testigo. Puede usted eliminar a Helen Kendal y a Jerry Templar. De acuerdo con esa teoría, puede usted eliminar a casi todos los participantes, excepto tres o cuatro de ellos. Ahí tiene, teniente. Elija y pague. Pero si yo estuviera en su lugar, investigaría la muerte del hermano de Lunk para asegurarme de si la muerte se debió a envenenamiento o a causas naturales. Y ahora, caballeros, les ruego me dispensen, porque tengo que ir a cenar con la acusada.

Capítulo 24

La orquesta era maravillosa. El salón estaba débilmente iluminado y en la pista bailaban pocas parejas, de modo que estaban a sus anchas y no llamaban la atención de nadie.

Sin haberse cruzado palabra desde hacía largo rato, Perry y Della Street se movían rítmicamente al compás suave de la música. Cuando la orquesta comenzó a ejecutar la parte cantada, Della tatareó suavemente la melodía. De pronto, calló, al ahogarse las palabras en su garganta.

—¿Qué pasa? ¿Se tragó una mosca? —preguntó Mason—. Vamos, siga cantando. Me gusta.

Ella negó con la cabeza.

—¿Pasa algo? —inquirió él con gravedad.

—No. Creo que no. He comido, he bebido, he estado alegre, de modo que ya estoy lista para mañana.

En ese momento calló la orquesta. Mason, con el brazo aún rodeándole la cintura, la condujo hacia la mesa. En sus ojos se reflejaba una expresión de curiosidad. Luego se aclararon.

—No había entendido. Ahora veo… Mañana llega la muerte. ¿Se ha estado afligiendo por ese caso tan tonto?

Ella rió nerviosa.

—Bien… Supongo que todas las chicas buenas tienen que soportar algo por el estilo alguna vez.

—Pero usted no ha cometido ningún crimen.

—Quisiera que se acordase usted de decírselo a Hamilton Burger cuando lo vea. Es ridículo no aclarar este malentendido, cuando todo lo que tiene que hacer es decir: «Oiga, Ham, amigo, esta chica es…». ¡Oh, caramba, sentémonos!

Perry la siguió a la mesa.

—Yo creí que estaba usted preocupado —prosiguió Della—

cuando me trajo el gatito después de haber comprobado que Shore no estaba allí.

—Lo estaba —admitió Mason—. Aunque, si hubiera usado mi cabeza, no hubiera tenido ninguna necesidad de preocuparme.

—No lo entiendo —dijo ella, encendiendo un cigarrillo.

—Debería comprenderlo… si conoce a los gatitos.

—¿Se refiere a que el gatito saltó sobre la harina?

—No; a eso, no… ¿Qué pasa? —preguntó al notar que la joven tenía la vista fija en un punto, a espaldas de él.

—Paul Drake.

—¿Cómo nos halló aquí? —dijo Mason, frunciendo el ceño.

Drake estaba lo suficientemente cerca como para oír las palabras de Mason. Separó una silla y tomó asiento.

—Como lo sabe usted muy bien, yo puedo hallar a cualquier persona, en cualquier momento y en cualquier sitio. Aquí tiene mi tarjeta. ¿No piensa invitarme a una copa?

—Los policías y los detectives privados no deberían beber cuando están de servicio.

—Paul Drake, mi patrón, es muy liberal y muy buena persona. Casi podría decir que es un príncipe. Debería usted conocerle.

Mason llamó al camarero y pidió:

—Tres whiskies con soda.

—Cinco whiskies —le corrigió Drake—. Sólo que debe poner tres de ellos en un solo vaso. Las bebidas me hacen mal.

El camarero vaciló un momento y luego se retiró.

—Perry, le diré que no vine aquí sólo para invitarles a una copa. Hay algo que me tiene preocupado.

—¿También a usted le arrestaron? —gritó Della.

Paul Drake no prestó atención a la broma y siguió mirando fijamente a Mason.

—Perry —dijo—, ¿usted tenía pensado un final dramático para el caso utilizando a su amigo Tom Lunk?

—Quizá. ¿Por qué?

—No lo podrá hacer ahora —le dijo Drake.

—¿Por qué no?

—Lunk ha muerto. Lo hallaron en una bocacalle, a dos manzanas de su casa; parece que lo atropelló un auto que siguió su marcha. Un testigo vio lo ocurrido y corrió detrás del automóvil

unas seis manzanas, pero no pudo acercarse lo suficiente como para ver el número de la matrícula. El automóvil dobló la esquina en el momento mismo en que Lunk descendía del tranvía.

Mason tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Burger ha sido un estúpido al dejarle libre —comentó.

—Aparentemente, creyó que Lunk les había dicho todo lo que sabía y no consideró necesario retenerle más tiempo.

Mason frunció el ceño.

—¿Qué pensaba hacer usted con Lunk? —inquirió Della.

—Unas cuantas cosillas. ¿No le ha parecido a usted curioso que, después de tomar tantas precauciones para anotar a Lunk en el hotel bajo el nombre de Thomas Trimmer, la Policía le haya encontrado con tanta facilidad?

—Alguien debe de haberle seguido a usted —comentó Drake.

Mason movió la cabeza.

—No trate de engañarse a sí mismo, Paul. Cuando yo no quiero que me sigan, nadie puede hacerlo.

—Entonces, ¿quién fue el que les avisó? ¿No es posible que lo haya hecho el propio recepcionista del hotel?

—No —dijo Mason—. Y puede seguir ese proceso de eliminación hasta el final. Sólo una persona pudo haber sido el informante.

—¿Quién?

—Lunk.

Drake pareció incrédulo.

—¿Quiere usted decir que él mismo telefoneó a la Policía?

—Sí.

—Pero eso hubiera sido una locura. ¿Qué motivo tenía para obrar así?

—Eso es lo que nos da la clave de todo el enigma —respondió Mason.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Della.

—Sólo por una razón se me ocurre —dijo Mason.

—¿Cuál?

—Quería que le arrestaran —respondió Mason secamente.

—¿Quiere usted decir que el hombre temía algún peligro?

Mason se encogió de hombros.

En ese momento el camarero les sirvió las bebidas.

Drake elevó su vaso, mirando a Della.

—Brindo por la cárcel —dijo riendo—. Bien, Perry, ¿qué hará usted ahora?

—Nada, absolutamente nada —replicó Mason—. Hamilton Burger tendrá que cascar esta nuez por sus propios medios. Ese jurado no condenará nunca a Della…, por lo menos mientras haya en él dos mujeres que conocen algo de la psicología gatuna.

Della Street puso su vaso sobre la mesa con firme ademán.

—Si no me explica qué quiere decir con eso, me condenarán por asesinato.

—Ningún fiscal de este Estado le acusaría a usted de asesinato si matara a Perry Mason —comentó Drake—. ¡Le darían una recompensa! Pero, ¿qué hizo el gatito que tenga tanta significación?

Mason sonrió.

—Aquella noche hacía mucho frío —dijo—. El gatito saltó sobre la harina cuando alguien estaba ocultando el revólver. Naturalmente, el individuo lo alejó, probablemente dándole un golpe en la cabeza. Ahora bien; ese gatito había sido siempre muy bien tratado, y no le gustaba que lo golpearan. De modo que salió corriendo de la cocina, entró en el dormitorio trasero y saltó a la cama. Empero, no se quedó allí, sino que saltó al suelo de nuevo y se fue a la otra cama.

—¿Por qué? —preguntó Drake.

Della Street lanzó de súbito un suspiro y exclamó:

—¡Oh! ¡Ya sé por qué! Cualquiera se daría cuenta si lo pensara un momento.

Drake movió la cabeza y se puso en pie.

—¿Adónde va usted, Paul? —preguntó Della.

—Me voy a comprar un gato para estudiar sus costumbres y aprender así algunas de las verdades más importantes de la vida.

—Pues le aseguro que las aprendería —le dijo Mason seriamente.

—Buenas noches —murmuró Drake con voz lúgubre.

Cuando Paul Drake se hubo alejado, Mason se volvió a Della.

—Della, este caso ha sido para usted más molesto de lo que yo creía. En cuanto el jurado pronuncie mañana su veredicto, ¿qué le parece si nos vamos de paseo al desierto…, a Palm Springs o a Indio? Podemos cabalgar, tomar baños de sol…

—Perry…, es posible que me condenen mañana.

—Olvida usted a esas dos mujeres del jurado que conocen a los gatos —le respondió Mason sonriendo.

—¿No piensa usted explicar nada más al jurado?

—Ni una palabra más.

—¿Por qué?

—Porque, si así lo hiciera, Hamilton Burger se daría cuenta de todo. Quiero dejarle que se cocine en su propia salsa.

—¿Qué hará el teniente Tragg?

—Con el tiempo, el teniente Tragg resolverá el caso —dijo Mason.

—Pero, ¿no llevará demasiado tiempo convencer al jurado de todos los detalles del asunto?

Mason respondió:

—Bueno, eso es algo que despierta mi espíritu deportivo. Le apuesto cinco dólares a que el jurado estará deliberando durante tres horas, por lo menos. Saldrán con un veredicto de inocencia, pero será un jurado compuesto de hombres algo aturdidos y ceñudos, y de dos mujeres que le sonreirán a usted con expresión triunfante. Luego partiremos para el desierto, y Hamilton Burger comenzará a conversar con los jurados, tratando de averiguar qué detalle, de lo que hizo el gatito, resolvió el problema. Luego querrá ponerse al habla conmigo, y nosotros estaremos ocultos en el desierto. Olvidémonos de todo y bailemos.

Capítulo 25

El enorme automóvil avanzaba velozmente en medió de la oscuridad. Las estrellas que titilaban en el firmamento oscurísimo, eran tan brillantes en el horizonte como en lo más alto de la bóveda celeste. Ya habían emprendido su viaje al desierto.

Mason dijo de pronto.

—Detengámonos a un lado del camino para observar el espectáculo, Della. Es un panorama tan incomprensible que le hace a uno olvidar esos extraños bípedos humanos que acostumbran a cometer asesinatos.

Llegaron a una parte en que el camino se ensanchaba y Mason detuvo el coche, apagó los faros y se arrellanó cómodamente en el asiento.

—Me encanta el desierto —dijo, al cabo de un momento.

Della Street se acurrucó a su lado.

—¿Se supone que trabajaremos en este viaje? —preguntó.

—Ajá. He traído conmigo ese legajo, y no volveremos a la oficina hasta haberlo terminado.

—Bien, le debo cinco dólares —dijo ella—. Le costó tres horas y diez minutos al jurado. Jefe, yo conozco ya lo del gatito, pero, ¿qué más sucedió?

—El gatito saltó sobre la cama que se suponía fue ocupada por Franklin Shore, luego saltó al suelo, fue al otro dormitorio y se hizo un ovillo en medio de la cama que se suponía que no había sido ocupada por Tom Lunk. El gatito nos prueba que Lunk estaba mintiendo. Nadie había dormido en la cama del dormitorio trasero, y estaba fría. La del dormitorio delantero había sido ocupada y estaba caliente. No sé si le ocurrió alguna vez esto, Della, pero le diré que si un hombre tiene a su disposición un escondite que considera seguro, siempre seguirá ocultándolo todo en él. Lunk

ocultaba allí, desde hacía tiempo, el dinero que cobraba por la parte que jugó en el asunto. La lata es un escondite típico para un viejo solterón. Luego, cuando tuvo que ocultar el arma con precipitación, naturalmente eligió el mismo sitio.

—¿Por qué tuvo que ocultar el arma?

—Tonta, porque después de haberse acostado, mistress Shore le telefoneó desde el hospital para ordenarle que fuera a la casa, entrara por la ventana, y sacara el revólver del cajón del escritorio. Ella se dio cuenta de que la Policía registraría toda la casa. Es un milagro que no lo hayan encontrado allí la primera vez, pero en esos momentos Tragg sólo se ocupó de registrar el botiquín en busca de veneno.

—Quisiera que me contara usted toda la historia.

—Alguien envenenó al gatito —dijo Mason—. Fue un trabajo ejecutado por alguno de los ocupantes de la casa. El gatito no había salido para nada. Komo podría haberlo hecho, pero no tenía ningún motivo. La razón insinuada por Lunk respecto a que el sirviente quiso probar el veneno, es una tontería, debido a que la dosis que dio al animalito fue muy grande. Ya puede figurarse lo que ocurrió. Mistress Shore recibió aquella tarde una llamada telefónica. Después de la llamada, decidió que había llegado la hora de cometer el asesinato que ella tenía planeado tan cuidadosamente desde hacía tiempo. Se sentía hastiada de pagar a un chantajista. Tenía que sacar a Helen de la casa durante algún tiempo, para que la joven no se enterara de que ella saldría. Estaba segura de que, envenenando al gatito, Helen correría en seguida a casa del veterinario. Gerald llegó inesperadamente, pero él acompañó a Helen. Luego alejó a Komo con el pretexto de que le comprara cerveza. Teniendo la costa libre, tomó el viejo revólver de Franklin Shore, subió a su coche y se fue a las colinas de Hollywood, donde había dado cita a Leech para efectuar otro pago del chantaje. Pagó la última cuota con una bala de calibre treinta y ocho, retornó a su casa y guardó el arma en el cajón del escritorio. Se dio cuenta de que era posible que las sospechas recayeran sobre ella, de modo que envenenó la cerveza que estaba en la nevera, fingió que sentía síntomas de envenenamiento y fue llevada al hospital. Eso dirigió las sospechas aún más contra Franklin Shore. No se le ocurrió a ella, hasta después de ver a Tragg, que la Policía registraría la casa. Se

dio cuenta entonces de que ellos podrían encontrar el arma. La Policía la tenía vigilada en el hospital, de modo que llamó por teléfono a Lunk y le ordenó que fuera a sacar el revólver. Lunk era su cómplice. Ella le había enseñado hasta en los detalles más insignificantes lo que debía hacer. Sólo era necesario llamarle por teléfono esa tarde, después de tener noticias de Leech, y decirle que obrara de acuerdo con sus órdenes.

Della objetó entonces:

—Pero yo creí que Franklin Shore no le había contado a Matilda, ni a nadie, lo de aquella noche en que Helen bebió el ponche, y el día en que rescató al…

Mason rompió a reír y replicó:

—Fingiendo ser Franklin Shore, Lunk llamó por teléfono y dijo a Helen que no le había dicho nada a Matilda.

—Bien, ¡que me…! —exclamó Della—. De modo que Lunk entró en la casa para llevarse el revólver…, y disparó para que no le sorprendieran.

—Sí, entró por la ventana, hizo caer un taburete, y siendo hombre de rápidas decisiones, pues Lunk no era ningún tonto, trató de simular que era mistress Shore quien caminaba por la habitación. Llegó al escritorio, sacó el revólver, y se dirigía ya a la ventana cuando Jerry Templar abrió la puerta y comenzó a buscar la llave de la luz. Disparó un par de tiros, se dejó caer al suelo y luego huyó a su casa, probablemente en su automóvil. Lunk mentía cuando dijo que no se había acostado. Estaba ya en cama cuando Matilda le telefoneó. Cuando volvió a su casa, escondió el revólver entre la harina. Luego separó las mantas de la cama del dormitorio trasero, se acostó en ella lo suficiente como para arrugar las sábanas, colocó la colilla del cigarro en el cenicero, y luego sacó la ropa de la cómoda y del armario y la esparció por el piso. Tomó un tranvía para ir a casa de los Shore, con la esperanza de que la Policía le detuviera e interrogara. De mala gana relataría la historia que preparara Matilda respecto a que Franklin Shore se había presentado en su casa. La Policía saldría corriendo para la casa de Lunk y encontraría allí el escenario preparado para demostrar que Shore había estado allí, y que huyó después de robar a Lunk. Por supuesto, Lunk no creyó nunca que sería registrada la lata de harina. Ése era su escondite secreto y particular…, y no lo hubieran

registrado si no hubiera sido por mí.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —preguntó Della.

—Los movimientos del gatito demuestran, sin lugar a dudas, que la cama del dormitorio delantero estaba caliente y que la del dormitorio trasero no lo estaba. Ésa es la clave de todo el asunto. Lunk se levantó de la cama, dejándola caliente por haber estado allí su cuerpo. El gatito subió a la cama. Lunk retornó para esconder el revólver y el gatito se metió en la harina; Lunk lo echó, *Ojos Ambarinos* se fue a la cama del dormitorio trasero, la halló fría, recordó el calor de la otra cama en la que previamente había estado y volvió allí para hacerse un ovillo y quedarse dormido. Lunk salió teniendo ya preparada su historia, y esperando encontrarse con la Policía en casa de los Shore. En lugar de encontrarse con la Policía se encontró con usted. Él no tenía grandes deseos de contarnos el caso a nosotros, sino a las autoridades; pero tenía que fingir que no quería saber nada de la Policía. Temió que yo no me comunicara lo suficientemente rápido con las autoridades, de modo que, en cuanto se libró de nosotros, llamó a Tragg dándole el informe que provocó su captura. Matilda tenía planeado matar unos cuantos pájaros con esa bala del treinta y ocho, haciendo creer que su esposo estaba vivo aún y era el culpable del crimen. Incidentalmente, el hecho de que estuviera vivo, y, por supuesto, la Policía nunca podría hallarle, impediría que Gerald Shore y Helen Kendal pudieran abrir juicio de testamentaría, quedando así Helen dependiente siempre de ella, y ahorrando ella la suma de cuarenta mil dólares, que correspondería a los legados.

—Pero, ¿por qué hizo que Lunk llamara a Helen?

—¿No se da usted cuenta? Es lo más significativo de todo el asunto. Helen era la única persona que no estaba en condiciones de reconocer la voz de Franklin Shore. La joven sólo tenía catorce años cuando él desapareció. Existe un gran trecho desde los catorce a los veinticuatro años. Lunk podía engañarla a ella, pero hubiera sido imposible engañar a Gerald Shore.

—¿Y esos objetos de uso personal de Franklin que se hallaron en el auto de Leech?

—Matilda sacó algunas cosas viejas de su marido, hizo con ellas un lío en uno de los pañuelos de Franklin y se lo llevó consigo. La marca del lavadero fue lo que la traicionó. Franklin Shore no habría

usado el mismo pañuelo durante diez años. El hecho de que se hubiera dado cuerda al reloj alrededor de las cuatro y treinta demuestra que fue entonces cuando Matilda se preparó para efectuar su pequeña excursión de caza. La gente no acostumbra a dar cuerda a sus relojes a las cuatro de la tarde. Es un detalle tan obvio que salta a la vista. Le diré, Della, que ella pudo haber triunfado si no hubiera sido por *Ojos Ambarinos*. Todo el plan estaba concebido con mucha astucia. No obstante, cometió un error estúpido.

—¿Cuál?

—Ésa nota, aparentemente enviada por Leech, dando instrucciones para que fuéramos al depósito de agua, y que ella echó al correo cuando volvía de cometer su crimen. La escribió con el estilo que hubiera usado un japonés, tratando de complicar a Komo en el asunto, con la intención de que confundieran las investigaciones. No fue muy inteligente al hacer eso.

—Pero, ¿por qué la molestaba Leech?

—Él se enteró de la verdad.

—¿Qué verdad?

—¿Recuerda usted ese cadáver escondido que fue encontrado en la época en que desapareció Franklin Shore?

—¿Quiere decir que era Franklin Shore? ¡Pero, jefe, eso es imposible! Ese…

—No, no era Franklin Shore. Era Phil Lunk.

—¿Phil Lunk? —preguntó ella.

—Le explicaré. Matilda Shore no amaba a su marido y, lo que es más, Shore estaba a punto de arruinar al hombre al que ella amaba en realidad. Si Matilda podía quitar de en medio a Franklin, ella heredaría la fortuna, quedando así en situación de dar rienda suelta a su ansia de poder; podría salvar a Stephen Alber de la ruina, y más tarde, casarse con él. Nuestro amigo Lunk fue su cómplice desde el principio. Su hermano se hallaba agonizante. Ambos sabían que su muerte era cuestión de días…, quizá de horas. Matilda preparó sus planes teniendo eso presente. Cuando Phil murió, el doctor que le estaba atendiendo se presentó al ser llamado por Tom Lunk y llenó formalmente el certificado de defunción. Pero el cadáver que se llevó la empresa de pompas fúnebres era el de Franklin Shore, a quien previamente se le había dado una dosis de

veneno de acción rápida. Su cadáver estaba esperando, probablemente en el auto de Lunk, listo para efectuar el cambio. Después de librarse del cadáver de su hermano, Lunk se llevó el cuerpo de Shore hacia el Este para enterrarlo como si fuera su hermano, y después mintió respecto a la fecha en que fue de viaje, diciendo que fue antes de la desaparición de Shore.

—Pero su madre vivía en el Este. ¿No se hubiera dado cuenta de que el cadáver no era el de Phil?

Mason sonrió.

—¡Todavía cree todo lo que le contó Lunk! Le apuesto esos cinco dólares que le gané a que, cuando Tragg investigue el asunto, averiguará que Lunk no vivió nunca en ese pueblo adonde llevó el cadáver para que fuera sepultado. Existe otro indicio, además. George Alber fue a casa de Lunk alrededor de medianoche. Había luces encendidas, pero no se oía nada en el interior de la casa. Lunk dice que estuvo escuchando la radio antes que se presentara Franklin Shore. Si eso hubiera sido verdad, Alber hubiese oído voces o el sonido de la radio.

—¿Y esa tarjeta que envió desde Florida?

—Esa tarjeta aclara tanto las cosas como las acciones del gatito —respondió Mason.

—¿Cómo?

—¿No se da cuenta? Porque fue escrita durante el invierno de mil novecientos treinta y uno y no durante la primavera de mil novecientos treinta y dos.

—¿Cómo puede usted afirmar eso?

—Dijo que le sentaba muy bien el clima cálido —explicó Mason —. En Florida el clima de verano es espléndido; pero la gente no dice que le sienta el clima cálido, excepto en invierno. Luego dice: «Lo creas o no, nadamos todos los días». Seguramente no hubiera dicho eso si hubiera escrito la tarjeta en Florida durante el verano, en ese caso no habría razón para decir «lo creas o no» respecto a que nadaban todos los días.

—Pero el matasellos del correo decía junio de mil novecientos treinta y dos.

—Seguramente —respondió Mason—. Pero no había ninguna fecha en la tarjeta, solamente el sello del correo. La gente rara vez pone la fecha en las tarjetas postales. ¿No se da cuenta? Existe sólo

una explicación. Esa tarjeta fue la que él escribió a Helen cuando estuvo con Matilda allí, el invierno anterior. Probablemente, Franklin se la guardó en el bolsillo de uno de sus trajes y olvidó echarla al buzón. Matilda la encontró cuando estaba limpiando su ropero, poco después de la desaparición. Eso le permitió dar un último toque artístico al asunto. De modo que, seis meses después de la desaparición, Helen recibe una tarjeta despachada desde Florida. No sé cómo la despacharía Matilda, pero es una cosa muy fácil de conseguir. Eso también le dio oportunidad de inventar la historia del doble misterio, la que serviría para confundir a la Policía, aún más cuando ella quiso preparar el retorno y hacer creer que Franklin Shore fue el que mató a Leech —Mason bostezó—. Tengo sueño —declaró.

—Creo que es usted el individuo más desconcertante que conozco —dijo Della.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Son tan simples todos esos indicios, una vez que los explica usted! —exclamó Della—. Eso es lo que los hace más exasperantes. El hecho de que sean tan simples. La respuesta es obvia, una vez que uno considera todos los detalles colocados en perfecto orden. Pero yo no puedo nunca ponerlos en orden, ni interpretarlos.

—Pero todo está muy claro —respondió Mason—. El gatito que buscó el calor de la cama, el pañuelo con la marca del lavadero impresa diez años atrás, el reloj al que se dio cuerda a las cuatro de la tarde… una hora en que a ninguna persona normal se le ocurriría dar cuerda a su reloj. La tarjeta que se envió en verano, pero que había sido escrita en invierno…

—¿Y no piensa usted ayudar a Hamilton Burger a que descifre el enigma?

—No le ayudaré ni un poquito siquiera. Que reviente.

—¿Va a permitir que ella se salga con la suya, y…?

—No se saldrá con la suya —dijo Mason—. Tragg lo descubrirá todo con el tiempo. Probablemente ya se ha figurado el asunto del gatito. Hará exhumar el cadáver de Phil Lunk y descubrirá que en realidad es el de Franklin Shore. Comenzará a preguntarse quién habrá sido el conductor de ese automóvil que atropelló a Lunk, y llegará a la conclusión de que debió de ser la persona que mató a Leech, quien, de esta forma, tapó la boca del hombre que podría

hablar demasiado. Hay que reconocer que Lunk fue listo. Representó el papel más peligroso y el más efectivo: el de testigo inteligente, pero que finge ser estúpido. Sus mentiras respecto a la visita de Franklin Shore fueron una obra maestra. Pero ésa, por supuesto, es una de las cosas que un investigador debe recordar. El asesino miente siempre, y una persona que fue lo bastante inteligente como para concebir un plan ingenioso para cometer un asesinato, será lo suficientemente astuta para preparar una mentira igualmente ingeniosa. Por supuesto, Matilda le había ayudado. Ambos concibieron el plan cuidadosamente detallado; pero, si no hubiera sido por ese gatito, nos hubiesen engañado a todos…, durante cierto tiempo por lo menos. Y créame, querida, la próxima vez que trabaje en otro caso, Hamilton Burger y el teniente Tragg no me dirán que mi sitio está en la oficina, donde debo esperar a que me presenten los indicios. Durante algún tiempo tendrán que trabajar desesperadamente, y cuando al fin resuelvan el problema, se darán cuenta de que yo conocía todas las respuestas desde el principio.

Della Street confesó:

—Bien, le diré una cosa. A mí me tuvo atemorizada.

—¿Temía que pronunciaran un veredicto de culpabilidad?

—Yo…, yo no sabía. El caso me pareció terriblemente desesperado cuando vi que se iban amontonando todas las pruebas circunstanciales.

Mason separó una mano del volante para abrazar a la joven.

—Querida mía —le dijo gravemente—, debería usted confiar siempre implícitamente en su abogado.

Notas

[1] Locución latina que significa «lo hecho». (N. del T.) <<